

DEL MALTRATO SOCIAL
CONCEPTOS SON AFECTOS

MARCELO MATELLANES

DEL MALTRATO SOCIAL
CONCEPTOS SON AFECTOS



Ediciones Cooperativas es un emprendimiento cooperativo de docentes de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires para difundir sus trabajos e investigaciones

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, óptico de grabación o de fotocopia sin permiso previo del Editor.

© 2003 Marcelo Matellanes

Derechos exclusivos

© 2003 Ediciones Cooperativas

Billinghurst 940, 4° 20 (1174)

Buenos Aires - Argentina

Tel. (54) 11 15 4198 5667

<http://www.edcooperativas.com.ar>

info@edcooperativas.com.ar

Colección: *Crítica de la Economía Política*

Director: *Lic. Axel Kicillof*

Diseño de tapa e interior: *Matías M. Reck - Fernando Catz*

ISBN: 987-1076-38-X

1ª edición, Octubre de 2003.

Impreso y encuadernado por:

Imprenta Dorrego. Av. Dorrego 1102, Cap. Fed.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE

Agradecimientos

Ante todo quisiera agradecer a mis colegas de la cátedra de Economía Internacional de la carrera de Ciencias Políticas de la Universidad de Buenos Aires: María Cecilia Abdo Ferez, Verónica Gago, Amilcar Salas, Ariel Filadoro, Guido Starosta y Nicolás Grinberg. Sus aportes en el dictado de los cursos y en la discusión de ideas son fundamentales, así como el intercambio intelectual y el sostén afectivo que para mí representan.

A Ana Fernández le debo la redacción del prólogo de esta obra así como una hermosa y “lujosa” amistad. Someterme al juicio de Ana me pone en algún sentido en alerta, ya que es difícil resistir su sensibilidad política, ética y estética, a pesar de la singularidad rizomática de los hechos sociales que sometemos a nuestra empresa intelectual.

En el origen de este proyecto colaboró decisivamente Axel Kicillof cuya desinteresada ayuda es por demás poco frecuente en los medios académicos que son los nuestros. Verónica Gago, dotada de una paciencia imposible respecto de mis variables humores, ayudó inapreciablemente en la preparación de la edición. A la refinada sensibilidad de Luis Micou debo la foto de la tapa.

Mis temores iniciales respecto de la posibilidad de llevar a buen puerto este proyecto se fueron diluyendo a medida que recibí el apoyo desinteresado de la gente de Ediciones Cooperativas, especialmente Alejandro García Venturini y el incansable Matías Reck. No es fácil en estos tiempos encontrar apoyos para proyectos “caseros” como es el libro que nos ocupa.

A la querida profesora Nilda Venticinque y a su colega Agustina Blanco debemos las traducciones del francés de los textos de Pierre Salama y de Jaime Marques Pereira, vaya a ellas nuestro agradecimiento por su desinteresado esfuerzo.

En un plano institucional, recibí el apoyo del director de la carrera, Tomás Varnagy y de los directivos de la Unión de Trabajadores de Prensa, UTPBA, especialmente Lidia Fagale y Jorge Muracciole. En un plano de la más exquisita amistad recibí a lo largo de los últimos veinte años el estímulo, la fineza y la potencia de la ingeniera Sara Tressens, a quien dedico este libro.

Es por cierto inmensa mi gratitud a dos ascendentes intelectuales valiosísimos para mí como son los profesores Eduardo Grüner y Pierre Salama. Ambos son especies raras en el zoológico de los intelectuales de nuestros tiempos; Salama por permanecer con una fe, un profesionalismo y un compromiso inalterables en tiempos que frecuentan el cambio de posiciones según los intereses y conveniencias del caso; Grüner por ser un intelectual de lujo en un medio particularmente mediocre como lo es el pensamiento social en Argentina.

Finalmente, vaya un agradecimiento universal a todos mis alumnos, los que a lo largo de estos quince años de actividad docente han hecho posible que encontrara en esta labor una fuente permanente y potente de apasionamiento, con lo cual se cumple aquello de que CONCEPTOS SON AFECTOS.

PRÓLOGO

“Del Maltrato Social – Conceptos son afectos” es una ilustrada máquina de guerra que impacta tanto cuando pone en juego el exceso como cuando opta por lo minimal. Una condición se hace necesaria para participar en su combate conceptual. Porque de eso se trata y hay que decirlo de entrada. Dejarse afectar. No pedir garantías de sistema conceptual sino disponerse a circular, ir y venir en los *ritornellos* del campo de problemas que instala su lectura. No es un libro que anhele ordenar, clasificar cuestiones sino que pretende provocar. Y lo logra. Necesita, busca la pelea y desde allí, pone en escritura, dilucida aquellos dominios de saberes y acciones que las *“astucias de la hegemonía”* soterran una y otra vez. Incansable, insiste. Insistir, esa particular propiedad de los acontecimientos de sentido. Insiste, para existir.

Afecta y apuesta. No ilusiona, apuesta. Produce pensamiento y allí, en acto hace alianza -palabra magnífica de la política que no hay porque regalar a alguna mistificación de turno- con tantos otros que en la Argentina tomaron en sus propias manos *“lo que hay que hacer”*.

Apuestas colectivas -también personales- al borde o desde el fondo del abismo. Único movimiento posible si de hacer del horror alguna maravilla se trata. Marcelo Matellanes sabe de horror, de abismos, fondos y resbaladizos bordes. Algunos de nosotros también.

Busca plantear problemas más que instituir sistemas y así este libro se inscribe en un doble y digno linaje. Participa de una modalidad de pensamiento que tira sus dados para poder pensar los problemas de otro modo. Intención de radicalidad que no busca amparo en algunas tradiciones del pensamiento crítico. No reproduce institución ni funda nueva sino que instala situación. Pensamiento situado, situacional que en su brillo logra distinguir *“el germinal político de la más pura pulsión vital y libertaria de la sociedad”* allí donde la izquierda de la representación ven solo barullo efímero que se desintegrará si no es captado por la organización. Allí donde algunos progresismos de las ciencias sociales suelen observar con perplejidad y a lo sumo alcanzan a reconocer que les faltan categoría conceptua-

les metodológicas para estudiar-interpretar esos impensados de la expulsión social que pueden algunas veces transformar la culpa en autogestión, el dolor de la queja en invención política.

No sólo vislumbra y apuesta a ese *germinal* -Zola ineludible- también se anticipa. Impacta leer en el 2003 artículos escritos desde 1998/9. Recordará el lector/a que esos fueron los tiempos de los gobiernos -si así pueden llamarse los siniestros, familiares y extraños periodos- del menemismo, la alianza, Cavallo. Ya entonces anuncia los acontecimientos que diversos gritos de *¡Basta, ya!*, a través de variadas formas de convulsión social marcaron un punto de hartazgo a los modos clásicos de hacer política el 19 y 20 de diciembre del 2001. Convulsiones de un *socius* con sus mitos políticos desfondados de sentido que solo miradas de superficie pueden considerar insustanciales a la luz de elecciones posteriores.

A Marcelo Matellanes no le cae bien el disciplinamiento de un intelectual orgánico de partido o academia. Se inscribe así en aquellos linajes de producción de pensamiento que no toman en cuenta los dominios territoriales académicos de las disciplinas con-sagradas. Sin embrago, o tal vez por ello mismo, *“Del maltrato social – Conceptos son afectos”* despliega y acrecienta a lo largo de sus distintos tópicos y autores/as rigurosidad en sus argumentaciones, sutileza hermenéutica, firmeza estratégica en sus confrontaciones.

A lo largo de todo el libro, rompe en acto con las territorializaciones académico profesionales. Transversaliza áreas de conocimiento y campos de intervención. Hace conexiones inusitadas. Junta lo disjunto y busca fugarse de la aparente armonía de las facultades. Desordena la academia, desdisciplina disciplinas. Y desde allí urge a *“despolitizar la economía y deseconomizar la política”*. Y así podrá poner en cuestión -desnaturalizar la *ratio* instituida de la crisis económica que atraviesa actualmente el capitalismo. Contra argumenta las tesis neoliberales y pondrá a considerar una idea fuerte: más que una crisis económica, el capitalismo enfrenta un fracaso político, fracaso de su proyecto de socialización que ha puesto en riesgo su propia reproducción social.

Llama a las cosas por su nombre, de-construye los eufemismos de la cuestión social y al desempleo y la exclusión los nombra *genocidio*. Nunca tan preciso Bourdieu cuando decía *“nominar es un acto político”*.

Retoma términos un poco en desuso y reformula. Así, por ejemplo dirá que usará “*alternativa*” en sentido fuerte. En sus propias palabras: “*alternativa es la palabra frente al ruido, alternativo es el amor frente al egoísmo, alternativa es la potencia frente al poder, alternativa es la multitud frente a la sociedad civil, alternativa es la gratitud frente al valor, al cálculo y la economía, alternativo es lo que nos cuesta pensar frente a lo que pensamos acriticamente, alternativos son los movimientos que emergen frente a nuestro estrabismo, no precisamente sartreano. Alternativa es la expresión frente al significante*”.

Participa del debate frente a las categorías de *Imperio* y *multitud* que el texto de T. Negri y M. Hardt han desatado. Toma partido, reactualiza y también enriquece una discusión filosófica y política imprescindible.

No toma caución, no calcula conveniencias, prefiere expresar más que interpretar y en sus errancias construye interpelación ética. Tal vez se desborde. Exceso imprescindible en el movimiento disruptivo que lo anima. Solo desde esa condición intempestiva será posible vislumbrar lo insoportable, abrir caminos hacia lo impensado, imaginar libertades por venir. Radicalidad que insita a resistir, a vivir.

Matellanes no está solo. “*Del maltrato social – Conceptos son afectos*” porta significativas compañías. Escriben aquí sus colaboradores/as de la Cátedra de Economía Internacional de la Facultad de Ciencias Sociales de la U.B.A. y también alumnos/as con trabajos monográficos. Todos de muy buen nivel. Hay que destacarlo. Se insubordina aquí frente a la naturalización de la apropiación intelectual de la universidad estamentada y horizontaliza en acto. Da lugar, abre espacios y seguramente con ello también hace de la gratitud acción.

Lo acompaña Carlos Mendes, incansable editor de la revista “*NX, Revista gay para todos*” quién con extrema claridad invierte las bondades de los diagnósticos. Asimismo engalanan esta publicación dos colaboraciones “*El cero y el infinito*” de E. Grüner y “*Homicidios en América Latina*” del economista francés Pierre Salama traducida para esta ocasión.

Son -somos- sus amigos/as. Afectos son acciones. *Philia* que solo es posible entre pares, que solo es deseable cuando potencia libertades. Política, *encore*.

Marcelo, ¡has vuelto! Bienvenido. Te extrañábamos.

Ana Fernández
Buenos Aires, octubre del 2003

RESISTIR EL ASESINATO O EL PODER DEL DIAGNÓSTICO

*por el Dr. Carlos A. Mendes*¹

El diagnóstico de una enfermedad “mortal” hace irrumpir abruptamente en nuestra cotidianeidad la idea de la muerte, y nuestra cotidianeidad es también la de muchas otras personas, empezando por la del médico que pronuncia ese diagnóstico.

Los médicos, en general, están más o menos llenos de conocimientos, pero, en igual proporción, suelen estar más o menos vacíos de sabiduría.

Esta cualidad no es patrimonio exclusivo de la medicina, acompaña a todas las disciplinas que configuran nuestra cultura, impregnando también a esa forma cotidiana del saber a la que llamamos opinión pública y que no es otra cosa que las creencias y el modo de pensar de cada uno de nosotros.

Las personas que vivimos con VIH/SIDA, estamos culturalmente condenadas a muerte ¿Qué significa eso?

Significa que la mayoría de las personas que nos rodean creen honestamente que “debemos” morirnos. Esta creencia no implica “maldad” alguna, a veces quienes más nos aman son quienes más cumplen con ella.

La ecuación sida = muerte ha sido minuciosamente aprendida por toda la población, no se discrimina entre un infectado y un enfermo de sida, y todo enfermo de sida es, tácitamente, un moribundo. Esa es la idea que nuestra cultura ha sabido imponer a través de sus autoridades sanitarias, sus médicos, y la totalidad de sus medios de comunicación.

Una vez que se sepa que sos HIV(+), no esperes que nadie te pregunte lo que querés hacer de tu vida, y mucho menos aún lo que querés hacer de tu muerte. Habrá un ejército de personas a tu alrededor dispuestas a decidir por vos, en base a su buen criterio que nada tiene que ver con el tuyo. Y ese “buen” criterio estará siempre impregnado con el propio temor a la enfermedad, al sufrimiento y a la muerte que cada uno de ellos tenga.

¹ Miembro fundador de la Asociación Civil Gay NEXO y de REDAR+, Red Nacional de Personas Viviendo con VIH/SIDA

Tampoco esperes que ninguna de estas personas se tome el enorme trabajo que significa analizar esto, ellos sólo hacen lo que pueden, es decir, responder a las creencias establecidas.

¿Cómo se efectiviza esa condena cultural?

De muchas, variadas, y a veces sutiles maneras. Desde la mirada, pasando por la palabra y efectivizándose en acciones concretas, la condena cultural se expresa minuciosamente.

El diagnóstico es una forma elaborada y sutil de la marginación. Al igual que el diagnóstico religioso de “pecado”, el jurídico de “delito”, o el económico de “pobreza”; el diagnóstico médico de “enfermedad” y el más lapidario de “enfermedad mortal”, es un instrumento de la cultura para sostener un determinado orden, es decir, un determinado estado de las cosas que conforma nuestra “realidad”.

Los delincuentes son indispensables para sostener la idea de la “honestidad”, los pecadores son indispensables para sostener la idea de la “virtud”, los pobres son indispensables para sostener la idea de la “riqueza”, los enfermos son indispensables para sostener la idea de la “salud”.

Para ello, el “diagnosticado” debe cumplir minuciosamente con su diagnóstico, y la cultura toma todos los recaudos necesarios al respecto, impidiendo que el delincuente muestre su honestidad, que el pecador muestre su virtud, que el pobre enseñe su riqueza, que el enfermo sea saludable o que el moribundo exprese su vitalidad.

Las personas que vivimos con VIH/SIDA, como tantas otras en esta cultura que divide para dominar, no sólo debemos tratar de sobrevivir en el campo de la realidad concreta, sino que además debemos demostrarlo cotidianamente. Sobre nosotros recae toda la carga de la prueba. Como si el trabajo de sobrevivir fuera poco, se nos endilga la obligación de convencer a los demás de que estamos vivos.

La irrupción de la posibilidad concreta de muerte verbalizada en un diagnóstico nos crea una abrupta ruptura con la cultura, nos transforma repentinamente en seres contraculturales mientras persistamos en estar vivos.

La cultura “honesta”, “virtuosa”, “rica”, “sana” e “inmortal”, no nos quiere sanos ni nos quiere vivos por mucho tiempo después de su diagnóstico.

Si somos obedientes haremos lo que hemos hecho siempre, acatar sus pautas; pero si tenemos algún entrenamiento “contracultural”, si encontramos algún lugar donde afirmarnos para hacerle frente, podremos resistir.

Resistir al minucioso asesinato cultural, que ha cobrado y cobra muchos más muertos que el sida, que mata con diagnósticos de “pecado”, “delito”, “pobreza” o “enfermedad”; que mata en catedrales, juzgados, comisarías, cárceles, bancos, ministerios de economía u hospitales, que mata para que la cultura pueda seguir sintiéndose “honesta”, “virtuosa”, “rica”, “sana” e “inmortal”.

A esa muerte resistimos las personas viviendo con VIH /SIDA, a la muerte desde el prejuicio sostenido por el diagnóstico; a la otra, a la biológica, sabemos muy bien que no tiene ningún sentido resistírsele.

EL HILO DE ARIADNA

Pedirles que abandonen sus ilusiones sobre su condición es pedirles que abandonen una condición que exige ilusiones.

Karl Marx, *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*.

...El hilo se ha perdido; el laberinto se ha perdido también. Ahora ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto, un secreto cosmos, o un caos azaroso. Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y que hay un hilo. Nunca daremos con el hilo; acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad.

Jorge Luis Borges, *Los Conjurados*.

Las citas podrían continuar. Son tantas o aún más que los cuentos que Sheherazde narraba a su ¿amo?, ¿destino?, para renovar su vida noche a noche. Y en ese aplazamiento cotidiano de su propia condena, ella lograba mucho más que trampear a la muerte (¿o a la espada?, ¿al poder?). Lograba presentificar la vida como expresión afirmativa, producción, deseo, eternidad. En vez de someterse al yugo de los instantes, eternizaba al propio tiempo, universalizando su singularidad, liberando desde su esclavitud, haciendo de su verdugo testigo de su propio arte.

Y la empresa alternativa requiere toda esa pasión, toda esa potencia, toda esa intensidad. Y ello es labor difícil –love labour lost– porque los que se asfixian en el mundo del poder, los malditos llamados a expresar la potencia (“el tiempo está fuera de quicio, y maldito destino el mío que fui nacido para enderezarlo” –Hamlet–) son ellos precisamente los responsables anónima, impersonal y gratuitamente de darle al mundo y al hombre un poco de salud. Asmáticos de miseria, deben ser médicos de la humanidad. Marginados por el poder, son moléculas de la potencia. Como dijo Gilles Deleuze “el mundo es el conjunto de síntomas cuya enfermedad es el hombre. Frente a

ello la literatura es una empresa de salud". Lo mismo sucede con la alternativa.

Y son muchos y poderosos los que queman esas producciones de eternidad, de perfección (Fahrenheit 451). Porque la otredad creativa, impersonal, es el siniestro del poder. Porque la alternativa exige bastardía, piedad, pasión, gratuidad, disolución yoica. Y como el Don Quijote, corre el riesgo de estigmatización de locura. O como el Don Giovanni, el riesgo del proceso moral. La alternativa ve quemar los libros que no produjo y añora las prácticas que aún ignora (Paradise Lost).

No pidamos definiciones, trayectorias, fines, argumentos ontológicos. Sabemos que esas son deudas impagables de la metafísica y fuentes de tristeza de la ética. Contentémonos con presentificar las ausencias. No se trata de salvarse, se trata de salvar al júbilo, a la alegría. O, como diría Charly, de hacerle parir a la lágrima una hija. La podríamos llamar Ariadna. La alternativa es la victoria de la inmanencia natural, animal, ovárica, mineral, molecular, sobre el logos, el antropos, el orden, el poder, el Estado, la miseria.

La alternativa no se toma en serio a sí misma. Ni siquiera libra batalla, sus armas provienen del desarme, y son la extrañeza sugerida, la inquietud testimonial, la otredad misma, la apelación a aquéllas semillas de verdad que aún no fueron capturadas por la técnica. No es una fuga hacia delante, es una línea de fuga desde el cuerpo mismo. Es una grieta, una fisura, es praxis presentificante. Es una ignorancia lúcida, femenina, infantil, risueña, piadosa como un área de Mozart. No es un fin o un destino de llegada, es el goce y el regalo del viaje (Cavafy). Es Alicia cayendo abismalmente a un género imprevisible. Es un pathos, no es un logos.

En estos impiadosos tiempos nuestros, el único salvoconducto, la única visa, es la expresión de la vida. Es traer a la rosa del futuro y bailar en torno a ella las antiguas danzas. Los poderosos, bajo todas sus formas, políticos, religiosos, metafísicos, científicos, técnicos, son todos hijos de un oscuro equívoco originario que es la sombra que nubla la luz del origen. De la inmanencia. La única rendición de cuentas es ante la vida, si es mortificada, ante la idea, si es impensada, ante la palabra, si es acallada, ante el afecto, si es triste.

La tradición metafísica, moral, racionalista, utilitaria y psicoanalítica es fuerte. La alternativa es sólo una apuesta frá-

gil frente a un camino pavimentado por los saberes que ganaron las batallas. Nuestra labor política, afectiva, pasional, intelectual y simple es expresar éticamente esa alternativa y tratar así de que ella renueve al mundo. Como decía Aristóteles, encaremos esto “en la medida de lo posible”, sin heroísmos. Para ello contamos como él mismo decía con “ese generoso auxiliar del pensamiento y de la acción humanos, el tiempo”. Y también, siempre con Aristóteles citando a Homero, hagámoslo juntos, “como cuando dos van en compañía, porque entonces se puede vivir y pensar con más potencia”.

Como en el film “Nostalghia” de Andrei Tarkovsky, se trata de atravesar la fuente ancestral de la vida con una vela encendida en la mano, con su frágil llama amenazada por vientos mortificantes. Y se trata de llegar al otro lado de la fuente con la vela todavía encendida, aunque tantas veces apagada. Aunque allí mismo termine nuestro viaje.

Buenos Aires, Septiembre del 2003.-

INTRODUCCIÓN

Hoy un manifiesto, un discurso político, debe aspirar a llevar a cabo la función profética spinozista, la función de un deseo inmanente que organiza a la multitud. No hay aquí ningún determinismo o utopía: éste es, en verdad, un contrapoder radical, apoyado ontológicamente no en algún “vacío de futuro”, sino en la actividad actual de la multitud, su creación, producción y poder – Una teleología materialista.

Toni Negri y Michael Hardt, Imperio.-

Hace mucho tiempo que nos venimos demorando en esta delicada tarea de editar un libro, si es que podemos llamar así a este rejunte apresurado de trabajos. En todo caso esta empresa quiere saldar afectivamente el agradecimiento que sentimos hacia todos aquellos –muchos– que nos han estimulado para encararla finalmente. Y todas las personas que nos han deseado el mejor bien nos han alentado en este sentido. Este libro, aunque pobre e imperfecto, es muy rico en los afectos que trata de reconocer.

Los trabajos que componen este libro fueron escritos en la transición entre dos siglos, entre las Guerras de Kosovo y la invasión a Irak, en lo global. En lo local, estos escritos van desde los efectos de la dictadura, pasando el fin del menemismo y hasta la experiencia de la gestión Kirchner, deteniéndose en los episodios del gobierno de la Alianza. El lector encontrará pocas líneas referidas al movimiento del 19 y 20 de diciembre del 2001, a la represión brutal del 26 de junio y, en suma, a todas las formas moleculares de resistencia social al Imperio. No obstante, esa carencia busca verse compensada por todas las invocaciones a “ese pueblo por venir”, como diría Gilles Deleuze, a las que hemos hecho referencia en los distintos trabajos.

Somos economistas, y fuimos formados en la deplorable época del proceso militar. Debemos reconocer que aún hoy, después de veinte años de democracia, la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA es una usina de economistas genocidas. Es la fábrica del neoliberalismo, del ajuste y del pensamiento único, y la sociedad se da el lujo de pagar con los recursos fis-

cales del Estado a capas de profesionales sin pudor social alguno. Y para colmo, como metáfora más que significativa, el predio en donde funciona esa casa de estudios coincide con el de la morgue oficial. Es más que una casualidad burocrático-espacial, porque las gestiones económicas no son sólo ya desintegradoras del tejido social, fuentes de violencia económica y de atomización disolvente del mundo social, sino más: son agentes de la muerte.

Afortunadamente, hay algunos estudiantes que, espantados por la formación que recibieron, huyen hacia la Facultad de Ciencias Sociales para compensar un poco tanto economismo a-social y a-histórico. Es por eso que en nuestra materia de Economía Internacional de la Carrera de Ciencias Políticas de la UBA, como se podrá observar leyendo el programa y el texto de nuestra querida ex-alumna Morena Quiroz, tratamos de compensar ese sesgo hacia el pensamiento único. Porque, por supuesto, al economicismo asesino de la Facultad de Económicas corresponde un tecnicismo-burocrático-institucionalista en la formación de los politólogos de la Facultad de Ciencias Sociales. Sí, todo esto sucede en democracia. La academia es cómplice directa de estos procesos de vaciamiento intelectual de nuestros alumnos, de negarles el acceso a la potencia de la que son portadores desde la misma inmanencia.

Volviendo a nuestro libro, éste se conforman de la siguiente manera. Por un lado, una serie de escritos que publicáramos en distintos medios académicos y de investigación en Ciencias Sociales. Luego, una serie de columnas de opinión y los editoriales políticos y económicos que realizáramos para la revista *NX -periodismo gay para todos-* y para *Página/12*. Seguidamente, un pequeño dossier sobre Toni Negri. El libro abre con una producción del Dr. Carlos Mendes, miembro fundador de la RED+ de personas conviviendo con HIV/SIDA, sobre el poder del diagnóstico clínico y una severa crítica respecto del “asesinato” al que nos condenan las prácticas medicas, de información, de políticas sociales y de opinión pública a los que estamos infectados por el virus. Para tomar una expresión de nuestro querido Gilles Deleuze, esto es más que un dato, es un camino desde la clínica hacia la crítica.

Si hiciéramos una integral de los trabajos, encontraríamos dos grandes ejes temáticos: el ocaso civilizatorio del capitalismo de fin de siglo y su devenir como forma *Imperio*, para

usar el concepto del filósofo Toni Negri, por un lado, y el modelo de sistemática destrucción social desde la última dictadura militar hasta la actualidad, modelo que conceptualizamos como de genocidio o de *Sociedad-Cero*, y en ello coincidimos plenamente con la caracterización que realiza Eduardo Grüner en el exquisito texto que se incluye aquí. Por supuesto que esta distinción que hacemos entre el Imperio Global y el Genocidio Local es sólo con fines analíticos, ya que ambos procesos encuentran una misma matriz como expresiones espaciales de las relaciones sociales del capitalismo siglo XXI. Ambos procesos, por su parte, toman origen en similares momentos históricos: finales de la década del sesenta y comienzos de los setenta. Esa común raíz histórica deriva de la conflictividad social que caracterizó esos momentos: Mayo Francés en París, Cordobazo en Argentina, Otoño Caliente en Italia, etc.

Efectivamente, es a comienzos de los años setenta que entra en crisis el Estado de Bienestar en los países céntricos y el Estado desarrollista en la periferia. En este sentido, podemos hoy hacer una lectura retrospectiva acerca de la racionalidad en que fueron dándose esos procesos. Resulta claro que el capital, como relación social, sufrió en esos momentos de alta conflictividad una embestida que no se agotaba en una puja distributiva, ni siquiera por el control de los medios de producción. Los movimientos de los cuales Mayo del 68 es el más elocuente cuestionaban la producción y reproducción de la vida misma, y con ella la de la relación salarial fordista. O sea: un rechazo al trabajo como agente de filiación social y símbolo de pertenencia al todo capitalista. Ese rechazo al trabajo fue aún más fuerte en el caso del operariado italiano, ya que en Italia el viento del mayo francés duró diez años. Es que a partir de los movimientos del sesenta se cuestiona el biopoder en la sociedad capitalista, o sea el investimento político de la vida social y de la reproducción de esa vida.

Análogamente en Argentina se da una dinámica similar luego del Cordobazo y de los movimientos de trabajadores y estudiantes de fines de la década del sesenta. El capital local, más feroz y violento que sus equivalentes europeo y americano reacciona contra la sociedad forjada a partir de los años cuarenta con un golpe de Estado en donde comienza el proceso de genocidio que irá en cada etapa –dictadura/democracia/menemismo/alianza/– perfeccionándose y sumiendo a la sociedad

en la atomización disolvente, la violencia generalizada y la desagregación social. Los capitales locales se desenganchan entonces de las respectivas formaciones sociales y se unen para atacar a los estados. En esa tarea hacen causa común con los capitales individuales de los países desarrollados. Como lo señala Negri, los estados son atacados en su soberanía por las distintas burguesías nacionales mientras se va conformando, globalización mediante, una nueva soberanía global, el Imperio. Es asombroso constatar la racionalidad dinámica de estos procesos de *maltrato social* a partir de la dictadura de los setenta. A medida que se avanza en el análisis la tarea de genocidio cobra mayor relevancia.

Como resulta hoy evidente, después de treinta años, los movimientos sociales, sindicales, estudiantiles, de género, gays, etc. de fines de los sesenta no planteaban demandas al capitalismo, sino la de ser autónomos productores de la vida misma, y ello connotaba obviamente una nueva socialización, desde subjetividades renovadas y potencias acalladas aunque inmanentes. Ante esta amenaza el capital se enfurece, achica el tamaño de las fábricas, despide masivamente a los trabajadores, se desterritorializa, y, llegado el caso, produce golpes de estado. Esos movimientos no obedecían a una lógica de transición, de toma del poder, de lucha de clases dialéctica. No, son movimientos de ruptura ontológica de la relación social de violencia, dominio y explotación. Siniestran el poder del capital como sujeción, hacen estallar la subjetividad individualista y utilitaria. O sea, más que revolucionarios en el sentido clásico del término, son *alternativos*. Más que la revolución en términos clásicos, persiguen una ruptura ontológica que poco tiene que ver con las formas de transición y toma del poder.

Alternativa, palabra/concepto/afecto que nos conduce directamente a Baruch de Spinoza. Los lectores observarán que son muy frecuentes las referencias a este filósofo. Y ello es así porque su filosofía nos abre las puertas de esa re-fundación ontológica de la que hablábamos, porque su no modernidad nos permite pensar una nueva subjetividad social, constituyente, en permanente actualización de las potencias. Porque también nos permite eludir –y salvarnos– de la cuestión del estado trascendente. Porque el poder no encuentra lugar en las nuevas multitudes que molecularmente buscan un devenir de afirmación ética y absoluta democracia política. Porque frente a

la trayectoria violenta a la que el capital obliga a los excluidos, como perfectamente demuestra el profesor Pierre Salama en su contribución, las múltiples expresiones de alternatividad que surgen diariamente reemplazan esa violencia por sentimientos comunes, cooperación, autonomía, amistad.

Primera Parte

**Sobre el ocaso civilizatorio del
capitalismo y el modelo de
genocidio en la sociedad argentina**

EL FRACASO POLÍTICO DEL CAPITALISMO

La desvalorización de las pasiones tristes y la denuncia de aquellos que las cultivan y que se aprovechan de ellas constituyen el objeto práctico de la filosofía.

Gilles Deleuze, Spinoza et le problem de l'expression.

Introducción

Creemos que para encarar las actuales situaciones nacionales, regionales y globales, debemos hacerlo conscientes de que veinte años de hegemonía neoliberal y conservadora en términos de pensamiento económico y político nos condicionan más allá de lo que nuestra visceral reacción a lo que ese estado de cosas puede permitirnos en primera instancia suponer. Por ello, nuestra mirada debe sospechar de sí misma para no ser aliada enmascarada de todos los elementos –incluida nuestra propia potencia intelectual– que ese pensamiento ha naturalizado.

Nuestro diagnóstico no debe ser cómplice, sino recurrir a todo el esfuerzo reflexivo posible para pensar la realidad de nuestros pueblos de manera crítica, potente y radicalmente alternativa. Ese diagnóstico debe ante todo situar y caracterizar la fase histórica del capitalismo que enfrentamos. Descentrar entonces, desde la tradición crítica más enérgica y hacia el devenir **alternativo** más des-utopizable, el pensamiento que han naturalizado las elites internacionalizadas actuales (sin excluir las menos sospechables pero más sospechadas) y recuperar así nuestra intelección de qué es el capitalismo hoy.

En este sentido, se nos habla (y muchas veces hablamos) de crisis del capitalismo desde hace más de dos décadas. Pero ¿de qué crisis nos hablan los que la usan para prolongar indefinidamente en un sendero que pretenden de no retorno, los ajustes salvajes, el deterioro salarial, el recorte de la seguridad social, la imposición regresiva, la exclusión, la precariedad laboral, la vulnerabilidad de porciones crecientes de nuestras sociedades, etc.? No nos hablan de una crisis en la acepción tradicional del término. Las tasas de ganancia, principalmente las de los sectores dinámicos actuales (léase telecomunicaciones, informática, robótica, microelectrónica, automotriz, biotecnología, etc.) alcanzan niveles

inéditos de rentabilidad en la historia capitalista, sobre todo en nuestros países.

Y ello sumado al hecho de que la desregulación financiera mundial y las políticas de ajuste hacen que también las tasas de interés muestren niveles sin precedentes, lo cual permite entonces a las grandes empresas no sólo lucrar en su propia especialización productiva, sino desviar excedentes hacia la especulación financiera, cambiaria y bursátil, haciendo de ello una subsidiaria, cuando no preponderante, fuente de ganancias a costa casi siempre de los salarios de los respectivos trabajadores de los países, cuyo deterioro se profundiza con el chantaje de la pérdida de competitividad por parte de aquéllos mismos que hacen de la apuesta contra sus propias monedas nacionales su nueva modalidad de enriquecimiento.

Entonces, no estamos hablando de una crisis del capitalismo como depresión de la tasa de ganancia, des-incentivo a la inversión, depresión de la demanda, etc., como lo fuera la crisis de los años treinta en particular, o como se entendía hasta ahora cualquier crisis del capitalismo a partir de su caracterización histórica y de la especificidad de su naturaleza. El empeño neoliberal en sostener un renovado discurso de crisis tradicional es sólo para legitimar nuevas **de-generaciones de ajuste** a costa de los asalariados, los desempleados, los precarizados, los excluidos, etc.

Cada generación de ajuste acerca la dinámica económica, política, social, sindical, etc., a un escenario de **no retorno**. Y ello por múltiples razones que no cabe aquí desarrollar, pero entre las que se cuentan la pérdida incremental, con cada nuevo ajuste, de grados de libertad en materia de soberanía política, de gestión monetaria, de política social, etc., todo ello en un contexto de atomización disolvente de la sociedad en general, y de los sectores, instituciones y grupos sociales llamados a conservar en cada momento y reproducir dinámicamente cierto nivel **inmunológico** contra la disolución de la sociedad en la violencia y la exclusión.

Con la intención de aplicar esa nueva mirada, y partiendo de lo anterior, creemos entonces que lo que el capitalismo enfrenta no es una crisis, sino un **fracaso**. Y ese fracaso es de naturaleza política, en el sentido de que el capitalismo no tiene ya un proyecto de sociedad mínimamente legítimo en lo político, aceptablemente incluyente en lo social ni viablemente generalizable en términos de modernidad económica. **Es el fracaso de un proyecto de socia-**

lización, algo muy diferente a una crisis económica más, aun cuando se la quiera caracterizar como estructural.

Es precisamente la matriz de configuraciones estructurales del capitalismo, como articulación entre lo político y lo económico capitalistas, como ecuación entre legitimidad-represión, como límites al par derecho-delito, entre otras submatrices de configuración del modo de producción capitalista, lo que nos muestra que la realidad social de nuestros pueblos es una crisis de civilización, bajo la modalidad de relaciones sociales capitalistas. En otros términos, la reproducción económica del capitalismo ha asumido –en las últimas décadas– **perversiones, violencias y corrupciones** que hacen que éste ya no pueda reconciliar su propia reproducción económica con la reproducción social. Y es éste el argumento ontológico de su crisis política del más elevado orden, de su fracaso socializante, de su **límite civilizatorio**. Y todo esto hace que, simultáneamente, las bases formales e ilusorias de la “democracia liberal” estén siendo llevadas hasta sus propios límites y estén estallando.

Sin inscripción salarial, no hay ciudadanía política. En consecuencia, un sistema que expulsa permanentemente a los asalariados les hace simultáneamente visible la ilusión de su ciudadanía republicana y de la puesta en jaque del carácter democrático de los regímenes políticos actuales. Es necesario que tratemos de describir el escenario actual desde su propia efectividad, no por fuera pero sin aspiraciones de filiación respecto de las diferentes teorizaciones acerca de la crisis terminal del modo de producción.

Gran parte de los atributos constitutivos del capitalismo persisten y se recrudecen exponencialmente –violencia, explotación, desigualdad, etc.– pero es precisamente por ello que lo que está desarrollándose parece empezar a requerir otro nombre. Si no buscamos, caracterizamos e indagamos profundamente ese nuevo monstruo-nombre, dejaremos que siga su curso el discurso de la crisis, que nos sigan distrayendo con soluciones posibles.

Sin abundar mayormente en esto, creemos que ese fracaso se debe esencialmente a tres elementos:

1) la virtual desaparición de la lucha de clases como motor de nuevos compromisos políticos, gremiales y sociales debido a la

angustia por el desempleo y a la mercantilización de la otrora llamada conciencia de clase;

2) la atomización, límites y focalización excesiva de los movimientos sociales como disparadores de una mayor equidad distributiva, justicia social y participación democrática;

3) la desaparición desde fines de los años setenta de los estados capitalistas como árbitros relativamente autónomos respecto de la miopía, cortoplacismo y ansia explotadora de los capitales financieros y productivos individuales. Ya no hay más estados, hay gobiernos que otorgan más de lo que se les pide, que descuidan la reproducción del conjunto social y participan activamente de su propia degradación institucional. Y ello debido a que han enganchado su reproducción *clientelar* a la de los intereses y *lobbies* de sectores específicos. La racionalidad política de conjunto que encarnaban esos estados desaparece entonces ante la degradación disolvente de la clase política.

En otros términos, las sociedades ya no tienen un representante político relativamente trascendente y al menos “formal” del interés común y del bienestar general, sino agentes activos de su propia desagregación. El capitalismo ya no tiene instancias de racionalidad sistémica, global y de largo plazo, es decir, política en el sentido de modo de socialización, sino racionalidades atomizadas, caóticas, imposibles de conformar en su agregación un sector portador de un proyecto político mínimamente legítimo. Parece incluso de mal gusto que se aplique a esos agentes económicos la teoría de las expectativas racionales. Creemos que ayudarían más las matemáticas de la teoría de catástrofes.

Ello no quiere decir en manera alguna que debemos sentarnos a esperar que ese fracaso, hoy ya evidente, se realice plenamente. Los intereses en juego no lo aceptarán. Tratarán de desviarlo, ocultarlo y expresarlo con nuevos espejismos, nuevas fetichizaciones, nuevas alienaciones, nuevas violencias, nuevas miserias. Sin extendernos demasiado en esto, se dibujan ya, desde los influyentes centros académicos e intelectuales del *establishment* estadounidense dos enmascaramientos de este fracaso.

El primero, el más extremo, se presenta en el discurso de Samuel P. Huntington, asesor del Departamento de Estado, diciendo que

los grandes conflictos del próximo siglo no serán de índole económica, política o social, sino determinados por beligerancias crecientes y generalizadas de orden étnico, racial, religioso, etc. En lugar entonces de un conflicto mundial intra-capitalista, la máscara del fracaso pasará por la **promoción de la violencia** entre los grupos sociales, países y regiones excluidos del devenir capitalista. **El ocaso civilizatorio del capitalismo se venderá entonces como un renacimiento de primitivismos, fundamentalismos y violencias de los excluidos.** Sus culturas, razas y religiones serán las responsables de la situación y las encargadas de esconder que la cultura que fracasó es la del propio capitalismo. En fin, una nueva cara histórica del viejo “civilización o barbarie”.

El otro escenario, menos extremo pero no más aceptable, es el de desplegar toda una nueva ingeniería política neoliberal que desplace el problema del desempleo, la pobreza, la marginalidad y la exclusión hacia nuevas formas, sumamente degradadas, de inscripción socialmente residual, económicamente premoderna y políticamente antidemocrática. Sobre esto trabaja, entre otros, Jeremy Rifkin en su último libro “El fin del trabajo”. El objetivo aquí es desplazar “el trabajo” como fundamento de nuestras sociedades y ocultar así este conflicto mayor del capitalismo actual, base esencial de su fracaso y no simple emergente de una crisis más. Sus propuestas respecto de un cierto tercer sector no pueden dejar de inspirarnos la sospecha de que se trata de nuevos empleos basura, bolsones de precarización y reservas para minorías sociales, aunque en su conjunto conformen crecientemente la mayoría de la sociedad.

Seguramente los escenarios serán más variados y complejos que los que hoy somos capaces de imaginar en función de tendencias y discursos ya presentes. Tampoco subestimamos la capacidad de organización y de lucha de las víctimas de este estado de cosas. Simplemente quisimos comenzar nuestra contribución por el diagnóstico más serio que somos capaces de formular.

Quisiéramos por último aclarar que el término fracaso no connota para nosotros ningún exitismo, porque la situación de violencia y miseria que ese fracaso promueve en forma exponencial fue construido sobre la derrota de las conquistas, luchas y derechos ganados y porque no pareceríamos estar, como sectores progresistas, muy cerca de teorías, propuestas y prácticas sociales, económicas y políticas de alternativa.

Fundamentos del sistema económico neoliberal

Sin pretender aquí una exposición detallada de los axiomas, presupuestos y métodos de este pensamiento, queremos insistir sobre aquellas características que, simultánea y paradójicamente, hacen de él un sistema de pensamiento, doctrina y política altamente dogmático, cuasi-religioso, totalitario pero, no obstante ello, sumamente **seductor**, de fácil divulgación mediática y muy apto a la penetración ideológica.

Todo lo que de él se deduce, todas las conclusiones a las que llega, todas sus implicancias políticas -dimensión negada por este dispositivo ya que se presenta como la “naturaleza de las cosas”-, están contenidos en sus presupuestos de base. Sólo se encuentra en él lo que ya estaba contenido en un principio, y eso que se encuentra no tiene nada que ver con el devenir efectivo de las relaciones sociales ya que, partiendo de sujetos libres, racionales, homogéneos, (es decir, de una ficción o a lo sumo de una construcción de laboratorio), que sólo se inter-relacionan a través de sus intercambios en los mercados, se llega a una concepción que niega el carácter eminentemente social e histórico de las relaciones sociales capitalistas.

Sólo le importa entonces que esa libertad y racionalidad individuales no sean interferidas por instancias políticas, léase estado, sindicatos, asociaciones de todo tipo. Por ello, como este sistema no admite la existencia de crisis o desequilibrios, cuando éstos se producen, los únicos responsables e imputables por ello son los que interfieren políticamente en las decisiones de los empresarios, consumidores, trabajadores, etc. Léase, **la responsable es la política**. En cierta forma y para provocar un poco, tienen razón, ya que para muchos sólo se trata de re-politizar la economía, lo cual no es poco, cuando en verdad creemos que un horizonte radical consistiría en **deseconomizar la política**. Las experiencias antropológicas y culturales a este respecto abundan, baste con señalar como símbolo la *polis* griega o la propia cultura tupi-guaraní.

Decimos que es totalitario, porque bajo un falso manto de apoliticismo, de impecable tecnocracia y de cierta estética formal, propone en realidad un “político” carente de representatividad, de participación, de organización social, gremial o política que interfiera con esa libertad, que no es otra que la de dejar librado el devenir social a los mercados. Decimos igual-

mente que es totalizante, porque sin explicar nada en realidad, pretende, y es efectivo en hacer creer, que lo explica todo. Nada queda fuera de su *corpus* teórico y de política económica, salvo la historia, la política, la solidaridad, la organización asociativa, la lucha, las múltiples relaciones intersubjetivas que toda sociedad comporta.

No obstante ello, esta visión, aunque divorciada de la realidad, al esconder el conflicto, la crisis, los desequilibrios, ofrece una propuesta de sociedad altamente tranquilizadora y tranquilizante. Y ello, junto con la simplicidad formal de sus argumentos, hace a su carácter seductor, a su facilidad de lograr hegemonías discursivas y a su penetración ideológica. Es un saber vulgar, convencional, fácilmente instalable como sentido común. En fin, todo ello se encuentra mucho más seriamente elaborado por las producciones de la escuela francesa de la regulación, principalmente en la introducción al libro de Michel Aglietta, "Regulación y Crisis del Capitalismo".

Cierto es que esa victoria ideológica, política y discursiva, que de hecho se manifestó a partir de los años setenta, sólo es posible bajo ciertas condiciones de desmovilización de los sectores intelectuales, críticos, sindicales, sociales y políticos progresistas. Su contenido totalitario se demuestra, por último, al caracterizar como a-científica, irreal, voluntarista, imposible, toda visión alternativa de la economía, la sociedad y la política. Eso es el ***pensamiento único***, pero no lo es por necesidad o naturaleza, lo es porque cierta configuración de retirada, derrota y resignación masiva de quienes lo padecemos en todos los ámbitos y de quienes deberíamos ser los primeros responsables en oponérsele, se lo han permitido. Creemos, una vez más que -sin autoflagelos, pero con lucidez-, asumir esa derrota es otra condición para ser capaces de esa otra mirada de la que hablábamos al comienzo.

Finalmente, apelando a la historia como prueba de lo antes dicho, se impone recordar que en el período en que este sistema fue llevado a la práctica en total conformidad con sus postulados (entre fines del siglo XIX y finales de los años treinta) los resultados fueron crisis social, dos guerras mundiales, sesenta millones de muertos, nazismo, fascismo y una gran depresión que sólo fue superada cuando se reintrodujo lo político, el compromiso social y una nueva política económica, en las antipodas de la receta liberal.

Causas de la victoria del pensamiento único a fines de los setenta y diagnóstico acerca de la derrota del pensamiento crítico

Para llegar a explicar las razones de la aplastante victoria político-ideológica del neoliberalismo tenemos que remontarnos a la manera en que concluye el punto anterior, es decir, a las modalidades que asumió la superación de la crisis de los treinta y de los compromisos **sociales** de la inmediata posguerra, a la base del naciente Estado de Bienestar.

Cabe recordar que el *New Deal* es anterior a la Teoría General de Sir John Maynard Keynes, lo cual no deja de prolongar su percepción hasta nuestros días, en el sentido de que en ese momento la economía se definió desde la política, cosa hoy rara de imaginar en esta época en que los políticos le piden disculpas a la economía antes de decir nada. Sí es cierto que el *New Deal* y las políticas keynesianas significaron la cristalización institucional de reivindicaciones históricas del movimiento obrero, en términos de mayor progresividad en la distribución del ingreso, protección y seguridad social, jornada de trabajo, legislación laboral, etc.

Cierto es también que esto terminó siendo altamente costoso para la institución sindical y para la clase obrera en su conjunto. Y ello debido a las características tecnológicas, productivas, de gestión de la fuerza de trabajo y de los esquemas de representación (excesivamente delegativa en lo político y distribucionista en lo económico) de los trabajadores, que el régimen político asociado con el fordismo impuso como contrapartida a sus concesiones.

El fordismo representó, bajo un régimen de cadena de producción masiva de productos estandarizados altamente rígido en su concepción, una vuelta de tuerca más en términos de sumisión de los trabajadores, sobre el taylorismo que lo precedió, dándole asimismo el gradiente patronal en términos de gestión de la mano de obra, es decir, eliminación de tiempos muertos, ruptura de los colectivos de trabajo, alienación del trabajador respecto de su producto y del conocimiento de su proceso, en fin, atomización en lo gremial y debilitamiento en lo político-sindical. Las nuevas tecnologías fordistas permitieron perfeccionar la estrategia taylorista de dominación-explotación gracias a una fenomenal expropiación del conocimiento, organización y gestión de los trabajadores sobre el proceso productivo. Los rutinizó, los atomizó, los ató a tiempos y movimientos que implicaban su cuasi total degradación como agentes activos de la producción.

Esta nueva modalidad de puesta en explotación de los trabajadores no pudo implicar otra cosa que una derrota política de ellos y de sus representantes respecto del capital. Perder control, gestión y conocimiento de la producción, junto con la desarticulación de los colectivos de trabajo, no es otra cosa que una enorme fragilización político-gremial-sindical de los trabajadores y sindicatos en sus relaciones de fuerza respecto del capital. Si se nos acepta cierta impiedad en la elección de la figura elegida, se permitió que se cambiara el Fiat 600 por la conciencia de clase. Y la fuerza de trabajo conceptualizada por Marx como “mercancía maravillosa”, única capaz de crear valor, pasó a ser una “mercancía descartable”. Y todo ello con exquisita anticipación descrito por Herbert Marcuse en su obra, “El Hombre Unidimensional”.

Junto con ello, que se da en el propio proceso productivo, desde lo institucional, los sindicatos formularon un esquema altamente delegativo, reforzando así la atomización obrera, en donde todo se resumía a acordar convenciones colectivas por rama, indexación salarial por inflación, plus por productividad, etc. No podemos dejar no obstante de evocar la potente experiencia del operaísmo italiano y su abortada refundación ontológica de las relaciones sociales en base a un rechazo de la relación salarial fordista y un éxodo respecto del trabajo asalariado.

No nos parece exagerada la comparación con la entrega de las armas que los partidos y organizaciones de resistencia le exigieron a la gente apenas conformadas las coaliciones de gobierno en la inmediata posguerra. A los obreros se les pidió su única, irremplazable y maravillosa arma: su conocimiento-control-gestión del *savoir faire* de la producción y del control del proceso productivo. Sería conveniente rever “Tiempos Modernos” de Chaplin y “Novecento” de Bertolucci desde esta óptica, aunque nuestro espiar por el ojo de la cerradura de esas realidades no se compare con la llave de intelección que paradójicamente, ayer como hoy, dan el cine y las artes en general.

No intentamos pasar por alto los numerosos y valiosísimos ejemplos de lucha obrera, autonomía operaria y demás formas de combatividad que se dieron en muchos países, tanto desarrollados como subdesarrollados, a partir de los años sesenta. Queremos sólo puntualizar que estos procesos dejaron a sindicatos y trabajadores delante de un vacío de conciencia obrera, de conceptualización de esa etapa del capitalismo y de respuesta gremial ante la

instalación de la “crisis” a mediados de los setenta. Para no hablar de la cuasi universal ilusión del Estado de Bienestar(a la cual no escapó la gran mayoría del arco sindical aunque competía más bien a la academia y a la intelectualidad prevenirlos al respecto por dentro de los sectores progresistas, con las honorables excepciones de siempre. Obviamente, esto facilitó enormemente la instalación del discurso, la ideología, la política y la economía neoliberal y conservadora).

Respecto de lo que sucedió en los sectores académicos e intelectuales progresistas en materia de Estado Benefactor, se pensó, groseramente hablando, que éste era ya una forma universal del Estado Capitalista, en vez de una modalidad particular, históricamente determinada de éste. En otros términos, al caer el Estado de Bienestar, estos sectores quedaron desnudos frente a la elaboración de otra propuesta que aceptara la caducidad del Estado Benefactor como modalidad histórica, pero que tratara, al menos reformista e inmediata-mente, de elaborar una nueva forma de estado que reeditara y aun potenciara las conquistas sociales y laborales asociadas con el fordismo. Ese vacío teórico-político alimentó también, en convergencia con lo anterior, la imputación por parte de los neoconservadores de la responsabilidad de la crisis al desenfreno de las demandas sindicales y sociales, a los casos antes citados de fértil combatividad obrera y a la pérdida del control por parte del Estado de Bienestar.

Los modelos de organización sindical y las fetichizaciones respecto del estado por parte del pensamiento crítico, junto con -como anunciaba Marcuse ya en 1967- la unidimensionalidad crecientemente mercantilista de la subjetividad, con su correlato de germen de individualismo, fueron todos factores que, si no promovieron, por lo menos facilitaron un terreno sumamente fértil para que se difundiera, y ulteriormente se naturalizara, el hoy llamado pensamiento único. A esto debe agregarse, por último, la promesa de eliminar la inflación, de retomar el pleno empleo, de difundir el consumo, etc., que usó la revolución conservadora para volver al “orden” económico, social y político.

Frente a subjetividades mercantilizadas y atomizadas y frente a la falta de propuestas que trascendieran la mera repetición de las viejas recetas, debemos aceptar que esto no fue tarea difícil para que, en nombre del bienestar de todos, se ins-

talara como nunca antes la prioridad de los intereses de algunos, en un marco de creciente destrucción de las regulaciones sociales nacionales en simultáneo con la pujante internacionalización de los intereses económicos por parte de elites cada vez menos nacionales.

En este contexto, y ante la angustia por la depresión económica, la inflación y cierto fantasma de descontrol social promovido por los conservadores, el discurso que proponía que había que volver a las bases de la democracia liberal, de la “libertad individual” y el consumo mercantil, dio a la propuesta neoliberal una renovada legitimidad política. Su idea simplista pero avasalladoramente atractiva era que de la suma de libertades individuales y de bienestar personales resultaría la libertad política colectiva y el bienestar económico generalizado. No muy lejos de los principios fundadores del liberalismo en economía, salvo por la existencia de unas cuantas decenas de millones en el olvido en el medio de esas dos promesas liberales.

Los conceptos y representaciones tradicionales respecto del trabajador, de la clase obrera, del estado, del sindicalismo, de la subjetividad obrera y ciudadana, etc. ya no guardaban proporción con sus correlatos reales. Por otra parte, la parálisis de los sectores progresistas en casi todas sus manifestaciones ante la crisis y el avance neoconservador entorpecieron el esfuerzo, la reflexión y la indagación respecto de las nuevas categorías que estaban dibujándose.

Éxito del sector capitalista en imputar las razones de la crisis a las conquistas de la clase trabajadora y al Estado de Bienestar

Si bien es indudable que en un comienzo sí hubo crisis económica, en términos de caída de la tasa de ganancia, manifestada macroeconómicamente como *stagflación* –inflación con recesión– ello no se debió a las conquistas obreras ni a las coberturas sociales del Estado Benefactor, como propagandizó el discurso neoliberal. Si bien es cierto que en un período de crisis económica, como lo fue al comienzo y hasta mediados de los ochenta, pagar esos compromisos laborales, sociales y políticos le era más difícil al capital que durante épocas de crecimiento (los treinta gloriosos 1945-1975), ello no quiere decir que sean esas conquistas las causas efectivas de la crisis. Las causas verdaderas fueron las rigideces tecnológico-productivas asociadas con el proceso de produc-

ción fordista, el cual no fue una opción de los trabajadores sino una estrategia del capital para aumentar la sumisión real en el proceso de trabajo, atomizar y descalificar los colectivos de trabajo.

Paradójicamente pero dialécticamente el capital, que había devaluado a los trabajadores en el fordismo, se dio cuenta de que fue esa devaluación-atomización-descalificación la que, dialécticamente, le provocó su crisis posterior. Se había castrado el potencial productivo de la única mercancía maravillosa capaz de producir valor. El resultado no podía ser otro que el de una crisis de la valorización del capital. De allí la interpelación inicial - en el comienzo de los ochenta- del capital a la capacitación, a la recomposición de colectivos de trabajo, a la mayor implicación de los trabajadores en los procesos productivos, etc. Pero esto era algo que el capital no podía reconocer política, gremial ni salarialmente, y por ello acompañó esa estrategia con otra simultánea de flexibilización laboral, retirada del Estado de Bienestar, etc. Nos estamos refiriendo básicamente a los países periféricos, y al nuestro particularmente, dado lo caricaturesco de su modalidad a este respecto.

Este doble juego de glorificar a los trabajadores al mismo tiempo que se robaban sus conquistas, o se minimizaba el equivalente monetario de su enorme aumento en términos de productividad, gracias a los famosos imperativos de competitividad impuestos por la globalización, fue lo que permitió a las fracciones del gran capital más concentrado y especializado no sólo recomponer su tasa de ganancia sino llevarla a niveles inéditos. Y ello debido a la combinación perversa entre una enorme productividad-calidad total derivada de las nuevas tecnologías con la cooperación asociativa de los trabajadores (la mayoría de las veces impuesta, en algunos pocos países negociada) y una ausencia cuasi total de equivalente salarial y de condiciones de trabajo acordes a esa potenciada productividad.

Retirada de los gobiernos a través de las concesiones realizadas al gran capital productivo y financiero. Pérdida de la trascendencia política del Estado. Pérdida de su soberanía económica y monetaria. Privatización de lo político

Pero esta perversa estrategia del capital no es novedosa respecto de sus modalidades históricas en materia de lucha de clases. Tampoco agotan este análisis las derrotas sindicales, obre-

ras, sociales, intelectuales y políticas de los sectores progresistas antes señaladas. Para que esa estrategia capitalista pudiera instalarse hacía falta algo más: la retirada masiva del Estado Capitalista como árbitro de la nueva situación, como garante de la rentabilidad de los capitalistas individuales, pero también como responsable de la reproducción sistémica, global y de largo plazo de ese mismo capitalismo.

Un estado de esa naturaleza presupone cierta racionalidad global de su parte que trascienda los apetitos de los capitalistas individuales y haga expresión efectiva los intereses y la racionalidad del capital en general, es decir, de la relación social. También supone que la reproducción de los capitales individuales, en otro nivel de abstracción, ya fenomenal, admita la reproducción del conjunto de la sociedad.

Por último, no como concesión sino como elemento fundacional del modo de producción mismo, supone además que el estado vele por la legitimidad política del sistema. Todo ello implica un proyecto político, una racionalidad de conjunto, un horizonte de tiempo y un cuidado por la cuestión social y por el resguardo de la soberanía nacional que escapa necesariamente a los capitalistas tomados individualmente. Y ello era también así en la época en que existían las llamadas burguesías nacionales industriales.

Con mayor razón debía serlo entonces ante la desaparición -o al menos el desdibujamiento- de éstas, debido, entre otras cosas, a los efectos sociopolíticos que la globalización produjo en los sectores empresarios, creando nuevas elites internacionales de distinta índole, interés y modalidad, pero que intentan socavar las soberanías nacionales o, en algunos casos, utilizarlas y fragilizarlas para su propio posicionamiento internacional. Y recíprocamente, usan ese posicionamiento internacional para legitimar sus reclamos ante el poder político, o lo que queda de él, en el plano nacional/regional.

En suma, a partir de esta crisis de los setenta, estamos frente a estados que renuncian a su propia naturaleza y funciones y a lo que el modo de producción espera de ellos. A partir de los setenta tenemos gobiernos que no encarnan ya esa naturaleza ni esas funciones de los estados. Son simplemente gobiernos que instrumentan un cambio de envergadura en la historia del capitalismo: la renuncia del Estado a su "relativa" transcendencia política. Esto, como ya fue mencionado al comienzo, es un elemento esen-

cial de por qué caracterizamos esta situación como fracaso y no como crisis del capitalismo.

Somos conscientes de que, en sus inicios, la crisis impuso cierta modalidad del ajuste que, pese al esfuerzo de naturalización realizado desde distintos frentes, no fue ni natural, ni necesaria, ni universal, sino políticamente impuesta con mayor o menor beneplácito de los gobiernos de turno, y que ese ajuste a su vez demandó, entre otras cosas, privatizaciones de empresas estatales, desregulaciones de tipo laboral, financiero, comercial, etc. Pero lo más esencial y previo a ello, es una privatización de la que casi no se habló. Es la gran ausente del discurso del ajuste: la **privatización de lo político**. Es el abandono de lo político al devenir de los mercados, lo cual equivale a decir abandonar a las sociedades a lo que los mercados financieros y productivos -globalizados y más voraces que nunca- les permitan.

O mejor aun, es el abandono de toda reconfiguración, consenso, política económica, compromisos sociales y sindicales, etc., de todo aquello que no sea la única forma entonces naturalizada de la política, que no es otra que la renuncia a la politización de lo económico. A partir de esa privatización de lo político, se abandona todo a la economía, hecho aun inédito en el propio capitalismo, con la salvedad ya planteada de que un escenario muy parecido pero tal vez no tan extremo fue históricamente el de la vigencia del patrón oro durante la hegemonía del imperio británico, situación que desembocó en la gran crisis de los treinta, el fascismo y el nazismo. Los gobiernos olvidan entonces que, en última instancia, representan a los Estados y conceden irracionalmente lo que los capitales les piden: privatizaciones, flexibilización y precarización del trabajo, desregulaciones, desmantelamiento de los regímenes laborales, renuncia a la soberanía monetaria y, en los casos más caricaturescos, a la política industrial, tecnológica, educativa, de salud, de cobertura y protección social, etc.

En lo social, su cohesión, equidad relativa, reproducción progresista y modernizante, etc., estas ya no son funciones que los gobiernos asuman como propias. En lo político, permiten y a veces promueven, por mecanismos corporativos, clientelares, corruptos o mafiosos, la degradación de los poderes e instituciones políticas de los antiguos estados. Este desmoronamiento social, territorial, regional, institucional y político, es implementado por gobiernos de diferente color político y con matices según los casos.

Pero lo importante es que desaparece un agente esencial de la socialización capitalista, un instrumento indispensable si el sistema quiere tener ciertos niveles de legitimidad política, sin los cuales, creemos, deberíamos comenzar a hablar de otra cosa diferente al modo de producción capitalista como lo entendimos hasta ahora, o la cuestión teórico-política fundamental y constituyente del mismo, su legitimación. Los gobiernos entregan así todos los resortes de potestad legislativa y regulatoria a la voracidad de los intereses privados, al devenir de los mercados (esas instituciones históricamente ficticias pero realizadas a golpes de intervención estatal y que ahora sólo esconden la especulación más abierta, privada y caótica), perdiendo por tanto su carácter institucional.

Y ello, para peor, en un mundo globalizado, incierto e impredecible. Esa globalización imponía, en lugar de retirada y abandono, una reconstrucción y resignificación supranacional de la trascendencia política capitalista -que antes tenía sede en los Estados Nación- si ésta conseguía perpetuarse reconciliando, (muy estrechamente, dada la naturaleza constitutivamente antagónica de su relación social), acumulación de capital con inclusión social, mayor bienestar generalizado y formas renovadas de legitimidad política y calidad institucional. Este es el gran *lapsus* del capitalismo contemporáneo. Esta es la base material y política de su fracaso como proyecto social, civilizatorio, identitario, socializante y antropológico.

No obstante todo lo previo, tal vez debamos aprovechar la parte potencialmente buena de esta modificación trascendental del capitalismo, a través de la recreación de formas participativas de alternativa, que no sustituyan al estado, sino que se apropien de ese vacío político para la reinención de un **político-gremial-social** que no negocie ante el tribunal de una instancia, como el estado capitalista, basada sobre la violencia y la dominación, sino que nos permita salir de esas trampas de un capitalismo que nos mostraba un “político” ilusorio donde aparentemente se podían resolver los problemas de su “económico”. Tal vez nos sirva que esta ilusión haya caído, porque sin olvidar la inmediatez y la urgencia que la situación de la mayoría de nuestros pueblos exige, quizá sea posible abrir caminos que no tributen obligatoriamente a la violencia, a la dominación, al poder, en fin, a todos esos atributos de “lo político” del capitalismo.

Naturalización de las políticas económicas de desinflación competitiva, más allá del color político de los gobiernos de turno

Con respecto a la globalización que mencionamos recientemente, debemos señalar que lo que comúnmente se entiende por ese proceso tampoco es una necesidad, ni una naturaleza, ni una ley de la acumulación capitalista, aún menos lo es la modalidad anárquica que está asumiendo, lo cual se vincula con la desaparición de los estados de la que hablábamos recientemente, así como con la elitización internacional de diversos grupos de interés económico-financiero que antes radicaban especialmente sus *lobbies* en el espacio nacional. En todo caso, lo que sí nos interesa aquí es el efecto que ella produce en la naturalización de las llamadas políticas económicas de desinflación competitiva y los efectos nefastos de éstas en el mundo del trabajo. En este sentido, el pensamiento único, que se expresa a través de esas políticas, ataca desde varios planos.

Por un lado, y a pesar de que en los sectores de punta y estratégicos, los costos del trabajo no representan, en promedio, más que el treinta por ciento de los costos totales, el neoliberalismo insiste en el abaratamiento de los costos laborales directos e indirectos. Este razonamiento es parte de un falso supuesto, ya que está muy estudiado que, en la fase actual del capitalismo, la competitividad no-costo es más importante que la competitividad costo para mantener situaciones global y dinámicamente competitivas. Pero la falacia de ese discurso permite, aparte de aumentar la tasa de explotación, precarizar a los trabajadores, administrar una gestión laboral por el estrés y volcar la relación de fuerzas políticas intrafábrica y sector o rama, aún más en favor del capital.

También se usa la globalización en el sentido de que, bajo esta concepción errónea de la competitividad, si no se reducen los salarios se pierde competitividad, generando una vulnerabilidad externa que caerá finalmente sobre la fortaleza de las monedas nacionales. Otra forma perversa en que la globalización procesada por estas políticas ataca a los trabajadores, consiste en decir que si los operadores financieros internacionales no ven que se lleva a cabo flexibilización y precarización, ello implicará a mediano plazo una pérdida de competitividad que los llevará a apostar contra las monedas de los países en cuestión.

Como se aprecia, estas formas son convergentes y no las únicas. Lo que aquí importa es que sobre la base de una falsedad, bajo la amenaza psicológica de atentar contra la moneda nacional, etc., se descarga todo el peso de la presión competitiva sobre los trabajadores. Ante la inexistencia de regulaciones supranacionales en este sentido y gracias a la ausencia de voluntades políticas nacionales para detener estas tendencias, se legitima una suerte de ***mundialización del dumping social***, sumamente coherente con la desnacionalización de las nuevas elites globalizadas. Esto obliga a que si un país avanza un paso más en la flexibilización-precarización, otros tengan la excusa, cuando no la obligación, de invocar ese ejemplo para avanzar sobre sus propias condiciones laborales y salariales. Aparte de la degradación laboral y social que estas políticas producen, lo más perverso de ellas es que se invocan razones de soberanía monetaria. Soberanía a la cual se renunció en el momento mismo en que se permitió una desregulación mundial financiera como la actual, decisión política que obviamente no fue tomada ni consensuada con los trabajadores.

En el mismo sentido, y sin soñar con una regulación laboral global, vemos las dificultades que la Unión Europea tiene respecto de la construcción de la Europa Social que debía acompañar la construcción política europea. Maastricht triunfó sobre esa aspiración social-regional, lo cual implica que la situación de la clase trabajadora europea depende más de las mesas de dinero mundiales que de sus propios gobiernos, aun cuando éstos invocan falsamente la defensa de las monedas nacionales para justificar estas políticas.

Lo terrible es que estas políticas se han naturalizado y se plantean como la “senda correcta”, como la única vía posible. Ello no es así, aquí no hay naturaleza alguna, sólo se trata de intereses financieros y productivos altamente concentrados e internacionalizados que, casi sin resistencia, aprovechan los mecanismos que ellos mismos promovieron para aumentar sus ganancias y llevar hacia su lado las relaciones de fuerza, no sólo respecto de los trabajadores, sino también respecto de los propios gobiernos. Esto instala un círculo vicioso, ya que esos gobiernos, aun aquellos más progresistas, están obligados a conceder más, a corromperse y a degradar las democracias e instituciones debido a que -carentes de legitimidad política por parte de los sectores trabajadores, desempleados, precarizados

y marginalizados o excluidos- buscan ilusoriamente sustituir esa pérdida con el beneplácito de los capitales concentrados y de sus agentes académicos, mediáticos, intelectuales, etcétera.

Cierto es que este ajuste sin fin comienza a plantear cierto grado de irreversibilidad de estas políticas. Aun suponiendo un vuelco o una situación más favorable a los sectores oprimidos en términos de relaciones de fuerzas. En otras palabras y sin querer ser apocalípticos, hasta el propio reformismo se ve cada vez más amenazado en sus ya estrechas posibilidades de cambio económico, político y social.

Dificultades ideológicas, discursivas, teóricas, gremiales, mediáticas y del orden de la atomización disolvente en lo social para agrietar a la hegemonía del pensamiento único

Muchos de los aspectos que hacen a las dificultades para agrietar, y más ambiciosamente, como lo pensamos desde la necesidad de un diagnóstico alternativo, descentrar el pensamiento único ya fueron señaladas. Podemos agregar que ese pensamiento, más allá de regir las políticas económicas vigentes casi planetariamente, comienza a perder permeabilidad en amplios sectores sociales tanto de los países desarrollados como de los subdesarrollados. Abundan los ejemplos, pero baste mencionar el reciente evento social francés, donde ciudadanos de todas las categorías pegan en los muros de París páginas del libro de Vivianne Forrester “El horror económico”. Ello se debe a que se sienten representados por ese grito, pero el grito no alcanza.

Nuestro deber es transformar ese grito en palabras, en diagnósticos, en propuestas, en la recreación de subjetividades que permitan encaminarnos a un nuevo “político”. No obstante, y sin desmerecer el aporte de la autora citada, es casi vergonzoso que ese grito no encuentre correlatos en conceptos y representaciones de las Ciencias Sociales. Esto dificulta nuestra tarea en el sentido de luchar contrahegemónicamente, ya que los dispositivos teóricos con los que contamos siguen trabajando inercialmente con categorías como trabajador, capital, sujeto, sindicatos, etc., que ya no representan a sus equivalentes actuales. Por otro lado los sujetos, relaciones sociales y procesos tendenciales que se nos presentan en la realidad no encuentran representaciones que agoten su intelección.

Nos hacen falta teorías que den cuenta de la situación actual. Finalmente, y siempre dentro de este esquema de crisis de las Ciencias Sociales, no aparecen nuevos imaginarios, nuevas utopías desu-topizables. No obstante, los recientes encuentros de economistas europeos, regionales y locales para salir del pensamiento único, aunque tímidos en sus propuestas, hacen al menos honor a la urgencia de la situación y a la necesidad de internacionalizar los esfuerzos, las prácticas políticas, sociales y gremiales que expresan, antes que la teoría misma, algunas sendas germinales.

Es allí, en la no resignación de ciertos grupos víctimas del pensamiento dominante, en sus reacciones desde la defensa de su dignidad, que de hecho se están expresando las pistas que nos ayudarán a dar esta batalla. Sin perjuicio de ello, creemos que el espíritu de la convocatoria antes citada es un aliado al menos táctico, sino estratégico, de nuestra tarea. Por ejemplo, el documento del encuentro francés de economistas contra el pensamiento único, expresa en algunos de sus tramos: ***“(…) al igual que el propio pensamiento económico, la política económica tampoco se conjuga en singular. En consecuencia, ella no puede aspirar a la neutralidad. Toda política económica expresa determinadas opciones sociales, responde a ciertas prioridades, así como privilegia intereses específicos. Las decisiones económicas resultan ser entonces claramente decisiones políticas”***.

Y más adelante, ***“el neoliberalismo no es portador de un proyecto de sociedad aceptable para la gran mayoría de las poblaciones”***. Finalmente, en coincidencia con nuestro diagnóstico, señalan, “el simple retorno a políticas keynesianas no constituye en forma alguna una respuesta suficiente a los desafíos frente a los cuales nos colocan la coherencia de las políticas neoliberales y la potencia de los intereses que ellas representan”.

Esta última aseveración nos lleva a otro de los aspectos que hacen a las dificultades que enfrentamos y ello se juega en el campo mediático. La enorme revolución tecnológica que se da en el plano de las telecomunicaciones, las fusiones, absorciones y re-configuraciones estratégicas de los cada vez menos y concentrados medios de comunicación constituyen un obstáculo de envergadura y ello a pesar de que es el periodismo, en muchas naciones, el sector que goza de mayor prestigio social. Así como el tratamiento por la CNN de la Guerra del Golfo llevó al sociólogo francés Jean Baudrillard a escribir un libro titulado “La Guerra del Golfo no

existió”, **no es difícil imaginar la posibilidad de que en pocos años la violencia, la miseria, la marginalidad, la exclusión no existan en las pantallas ni en las noticias**, o sólo tal vez para aquellos que estén conectados en los medios de más difícil acceso. Este escenario interpela de nuestra parte toda una serie de luchas en favor de un periodismo e información libres así como de exigir de los poderes políticos regulaciones en este sentido.

En cuanto a los avances tecnológicos, creemos que, en lo inmediato, su empleo en el sector industrial, al menos dentro de la frontera tecnológica actual, está en un período de madurez, con su enorme costo en términos de expulsión de mano de obra y de creación de subjetividades potencialmente alternativas, pero hasta ahora reapropiadas por el capital y conducentes a lo que el sociólogo francés Robert Castel llama “**individualismos negativos**”, o sea competitivos, cómplices del capital y sospechosos de sus propios pares. Pero lo que queda aún por venir es su efecto en el sector de los servicios.

Obviamente hablamos de los servicios que no son de “punta”, en los que los resultados son los mismos que los ya expuestos para el sector industrial. Nos inquieta la expulsión de mano de obra que provocará. Y como prueba, es inquietante que un economista como Jeremy Rifkin -proveniente de un país donde ese sector ha sido, aun a un alto costo de pérdida salarial y degradación laboral, una salida para contener las pulsiones al desempleo, como es el caso de Estados Unidos- diga en su último libro, que en treinta años casi la totalidad de la producción mundial podrá ser llevada a cabo por apenas un 3 a 5 por ciento del total de la población mundial en condiciones de trabajar. No es entonces casual que sea ese autor el que empieza, tal vez con esa ingenuidad tan norteamericana, a elaborar proyectos en búsqueda de descentrar al trabajo como eje de la inserción social y como elemento fundacional de la cohesión social.

Efectos de no retorno de las políticas en materia de expulsión

Hemos hablado de condiciones de irreversibilidad en materia de las condiciones, mecanismos y procesos que crean las políticas neoliberales no sólo para avanzar en su devastador diseño, sino también como reaseguro frente a posibles cambios en las relaciones de fuerza políticas, sociales y sindicales.

También hemos evocado las altas posibilidades de no retorno de la soberanía política, monetaria y económica, aun con el acceso al poder de partidos, bloques o alianzas de corte progresista. Pero hay un ángulo del no retorno y de la irreversibilidad que rara vez se encuentra en los discursos o producciones teóricas. Es el relativo a la degradación, dinámicamente creciente, en el orden psíquico, anímico, físico, educativo, participativo y ciudadano de la gran mayoría de los desocupados, subocupados, precarizados, excluidos y marginados.

Esos grupos, socialmente significativos y muchas veces mayoritarios, según los países, no son un número, una masa, un *quantum*, que hoy se excluye o deteriora y mañana se inscribe, comenzando a fojas cero. La angustia, la depresión, muchas veces la ruptura de los lazos de socialización doméstica, familiar, grupal, vecinal, etc., y muchas otras la apelación a la violencia que implican no son procesos que se puedan resarcir ni en muchos casos recuperar. Esos grupos sociales, en su gran mayoría, se consideran a sí mismos y son estigmatizados por otros, (a veces por aquellos de su mismo entorno), como expulsados de la sociedad. No forman parte del proceso de socialización, no tienen utilidad social, renuncian a sus derechos cívicos y ciudadanos por su propia autopercepción.

Esos son amplios sectores sociales que constituyen un serio problema para nuestro diagnóstico y nuestra propuesta alternativa. Como lo muestra numerosa filmografía británica y francesa, entre otras, muchos subgrupos de entre ellos no quieren volver a la sociedad salarial, ni aceptan lo que queda de la protección social del Estado Benefactor. Este problema también es una de las más dramáticas conclusiones del estudio del renombrado sociólogo francés Pierre Bourdieu, quien en su libro "La Miseria del Mundo" y luego de 600 encuestas de campo realizadas en el conurbano parisiense llega a la misma conclusión.

Esto es más que un emergente de las consecuencias de las políticas neoliberales, es un grave problema que debemos asumir en toda su complejidad. ¿Cómo resocializar a estos grupos? ¿Debemos hacerlo? Porque más allá de los casos en que esa expulsión deriva en delincuencia, suicidio, enfermedades terminales, locura, etc., también debemos dejar abierta la posibilidad de que esos clones de rechazo a la civilización actual contengan elementos germinales, no mercantiles, sociales,

solidarios, etc. que no deberíamos subestimar y preocuparnos por relevar. Por otra parte, lo cual expande ahora sí cuantitativamente la envergadura de este problema, lo antes dicho no exime a los sectores que no han sido aún completamente expulsados o marginalizados, sino que ese deterioro abarca en parte a los que todavía gozan de ciertos ingresos monetarios o de capacitación de distinta índole.

Como dice nuevamente Robert Castel, hay muchos excluidos hipercalificados. Lo que importa en lo más mediato es remontar la filial de estos procesos productores no sólo de trabajos basura sino de lo que sus implementadores llaman directamente basura social. Remontar la genealogía de estos procesos implica centrar nuestro análisis sobre la propia incertidumbre, fragilización, angustia, estrés, y rotación que se produce en el seno de los incluidos, o sea, en las empresas, en los procesos de trabajo.

Y ello nos lleva a las políticas que crean y recrean esas condiciones. En este sentido, como en tantos otros, tenemos que ver la película, no la fotografía. Tenemos que ver a la gente y sus condiciones, no los números y estadísticas. Tenemos que reconstruir el origen de la chispa, sin desprestigiar en lo inmediato el diseño del matafuegos.

Cabe una reflexión crítica acerca de la generalización del empleo del término “fractura social”. Este es un término originado en ámbitos políticos e intelectuales de derecha, aunque su uso se halla incorporado al léxico progresista y de izquierda. Esta situación a la que asistimos en el fin de siglo, no es en modo alguno una fractura social. El término no es ingenuo. Sartre decía **“cuando hablo, disparo”**, éstos, cuando hablan, ocultan. El término sugiere que una fractura puede ser enyesada, reparada, devuelta la zona fracturada al cuerpo al que pertenece. Por lo antes expuesto, ***esto no es fractura, es desagregación social, atomización disolvente, crisis civilizatoria, fracaso del capitalismo como proyecto de sociedad.***

En lo inmediato, parar la miseria y la violencia a través de nuevos compromisos sociales, como por ejemplo la reducción del tiempo de trabajo

Hasta aquí nuestro diagnóstico de la situación actual, así como la del ensayo que hemos hecho para deconstruir las razones que nos llevaron a ella y, finalmente, las pocas pistas que hemos dado respecto de la manera de enfrentar la realidad. Ellas han apuntado, esencialmente, a lo estratégico. Pero somos concientes de que este estado de cosas reclama acciones en lo inmediato. Descartamos las implementadas por una gran mayoría de gobiernos, sobre todo de países subdesarrollados, por considerarlas clientelares, asistencialistas, degradantes en todo sentido para las poblaciones objeto de esas políticas.

No obstante ello, debemos trabajar urgentemente en la agregación de las demandas sociales y laborales hoy atomizadas para lograr una mínima relación de fuerzas que nos permita exigir compromisos sociales de emergencia. La situación específica de cada país determinará la forma, los tiempos y los contenidos de esos compromisos, pero de manera general, hay un punto que abarca todas las situaciones, porque se deriva de la dinámica capitalista global que hemos descrito.

También debemos hacerlo con el conocimiento de que, en muchos casos, las propias víctimas rechazan lo que se les ofrece desde los gobiernos, pero que sería no obstante ello un piso aceptable para muchos sectores progresistas negociadores. En fin, el punto que nos parece más esencial y generalizable es el atinente a la reducción del tiempo de trabajo. Sobre él centraremos ahora nuestro análisis, para focalizar propuestas más específicas, sin olvidar el espíritu crítico y alternativo que nos anima.

La reducción del tiempo de trabajo no debe buscarse como una conquista, ya que ella es una consecuencia necesaria del fenomenal carácter social que ha asumido la productividad del trabajo en el capitalismo actual. Si se puede producir más y mejor en menos tiempo, es lógico que, en vez de desempleo, ello genere una radical transformación en el tiempo total social de trabajo necesario. El estado actual de la productividad debe liberar tiempo social de trabajo y, simultáneamente, beneficiar a los hoy desocupados, marginados de ese progreso. Ya que ellos son también quienes han contribuido a esa potencia productiva.

Esto, insistimos, no debe arrancarse en negociaciones, debemos instalarlo como un resultado naturalmente justo de la historia social, política y laboral del conjunto de nuestras sociedades. Ello permitiría que, quienes están hoy inscriptos salarialmente, gocen de un mayor tiempo libre, al mismo tiempo que se reinserta a quienes han sido individualmente expulsados de los beneficios de un estado social.

Insistimos en el doble aspecto de, por un lado, tiempo liberado para el conjunto de lo que queda de la sociedad salarial en simultáneo con la repartición equitativa de esa mayor potencia productiva social a través de la creación de nuevos puestos de trabajo. Siendo el trabajo la interfase de socialización por excelencia, su distribución debe comprender a todos. Y no debemos permitir que sean los gobiernos o empresarios quienes ecuacionen esta nueva re-socialización inmediata. Aquí hay tasa de ganancia por demás para lograr este nuevo compromiso. Y no debemos permitir que ello sea desnaturalizado y tenga como resultado más precarización, más fragmentación y mayor tasa de explotación. La estrategia neoliberal es atomizar, individualizar la relación laboral. Debemos ser eficaces en la penetración de un discurso que destaque que el **trabajo no es ya más individual, sino que es eminente, inmediata y naturalmente social**, dado el estado actual de las tecnologías, las ciencias y las artes productivas.

En ese sentido sí reivindicamos el espíritu keynesiano. Debemos encontrar las formas de discurso, lucha, sentido y prácticas políticas que nos permitan un renovado pleno empleo. Sin perjuicio de reservarnos mayor radicalidad y alternatividad en mediano y largo plazos, ésta debe ser una exigencia inmediata. Keynes decía que en el largo plazo estaremos todos muertos. Hoy, muchos están en el corto plazo miserabilizados, marginados, excluidos, invalidados. Si el pleno empleo fue posible en la época de Keynes a partir de una depresión, tanto más realizable es hoy con tasas de ganancias inéditas. **Es ese plus de las tasas de ganancia actuales, el que tiene como equivalente el desempleo y la exclusión**. Pero la gran diferencia respecto de los años treinta, es que hoy la productividad social se ha potenciado de manera increíble, pero sin contrapartida política y social.

En otros términos, este nuevo pleno empleo debe ser con mayor tiempo libre para todos y, si es posible, **con una concepción del tiempo libre que sea para la libertad y no para el consumo alienante**. De lo contrario, estaríamos hipotecando

nuestras aspiraciones respecto de la política de la subjetividad y de la libertad a más largo plazo. En suma, nuestra reivindicación inmediata de la reducción del tiempo de trabajo y de un renovado pleno empleo debe ser cuidadosamente diseñada para que pueda articularse con el nuevo imaginario individual-social y simultáneamente, con la reinención de un nuevo “político” como horizontes de nuestra potencia alternativa. Y ese esfuerzo debe legitimarse respecto de los trabajadores, desempleados y excluidos y no justificarse ante el altar de los que sólo piden sacrificios.

Desarrollo del proceso de traslado del conflicto capital/trabajo al conflicto capital/desocupación

En convergencia con su estrategia de fragilización sindical, deterioro salarial, degradación de las condiciones de trabajo, etc., la estrategia neoliberal, principalmente desde su artillería de producción en Ciencias Políticas, pretende centralizar el problema de lo que ellos mismos denominaron la fractura social, en el problema de la exclusión, lo cual, en un corto período, será equivalente directo y sin mediaciones de la desocupación. Esa estrategia no es ingenua, porque además de desplazar el centro genealógico del antagonismo en las relaciones sociales capitalistas, es decir, entre el capital y el trabajo, busca que los desocupados y excluidos vean como enemigos a aquellos que continúan inscriptos en lo que queda de la sociedad salarial. La reaparición, al menos en las sociedades desarrolladas, del neofascismo y la xenofobia es resultado de esta estrategia, pero también en los países menos desarrollados asistimos a múltiples formas de violencia entre las propias víctimas de este modelo.

Ya señalamos los peligros de focalizar el tema sólo en la exclusión, tomándola como dato, sin remontar las filiaciones de los procesos que le dan origen, pero ello no nos exime de entrever la posibilidad de que este devenir instale un conflicto social mayor y violento entre ocupados y desocupados. El discurso neoliberal tiende a reemplazar su viejo lema “siempre habrá pobres”, por el de “siempre habrá excluidos o desocupados”. Si el capital está siendo eficaz en instalar este discurso es porque, entre otras cosas, detenta el monopolio de la angustia, no sólo respecto de desocupados y excluidos, sino aun entre los propios ocupados, a través de lo que describimos como individualismos negativos y nuevas subjetividades reapropiadas por el capital.

Es esa misma angustia la que permitirá, si todo sigue así, potenciar el conflicto ocupados/desocupados. A ello tampoco es ajena la concentración del esfuerzo sindical en mantener las fuentes de trabajo, relegando a un plano secundario -cuando no negando o abandonando- la posibilidad, sumamente difícil de instrumentar por cierto, de organizar la creciente masa de desocupados para que su destino final no sea la *lumpenización*, la marginalidad o la simple exclusión. No pretendemos aquí abrir un debate sobre este punto, sino simplemente señalar que el tema de la desocupación, desde sus inicios, planteaba a las organizaciones sindicales la inminencia de su propia expansión respecto de su ámbito tradicional de acción, obligándolas a desbordarse, en el sentido positivo del término, sobre la cuestión social.

En la medida y en los tiempos y ritmos en que el trabajo dejó de ser el eje de la inserción social y el fundamento de la socialización, los sindicatos debieron ver dibujarse en ese proceso la proyección de un nuevo ámbito de acción política, que trascendía en mucho a las empresas, sectores o ramas, y que comprendía a la sociedad misma. Si las primeras violencias originadas en torno de la problemática de un trabajo cada vez más escaso se concentraron sobre los inmigrantes, es porque la cuestión nacional seguía estando vigente. Pero como estos procesos implican, al menos para algunos países, el desdibujamiento de la cuestión nacional, esto reafirma nuestra hipótesis de que, si no actuamos con rapidez respecto de esta estrategia del capital, la desaparecida beligerancia inter-clase tomará la forma de violencia abierta intra-clase, es decir entre las víctimas miserabilizadas y las víctimas de lujo de este modelo.

Es por ello, que juzgamos necesario romper ese monopolio de la angustia, para que ésta pueda expresarse no como violencia, rencor, resignación o abandono, sino como principio de una **nueva subjetividad potente**, libertaria, solidaria. Esto es, una vez más, uno de los puntos de interfase entre nuestra acción inmediata y el horizonte de socialización renovada que nos desafiamos a encarar.

La naturaleza de la actual productividad laboral es inédita, instantánea y eminentemente social. A mediano plazo no hay ingeniería política liberal que resuelva este desmoronamiento de las bases genealógicas de la socialización capitalista

El “sistema automático de máquinas”, que es en realidad la actualidad del modo de producción capitalista, implica que la ley del valor, las bases genealógicas de la explotación, el capital mismo estallan en sus elementos constitutivos trayendo a la luz el hecho de que toda la riqueza es producción social, como potentemente anticipó Marx en su obra sobre los fundamentos. ***Esto debería provocar un nuevo agenciamiento de las subjetividades, que serían individualidades sociales, lo cual desplegaría toda la potencia inmanente en los sujetos sociales para expresar su producción, su libertad, no ya para el desarrollo de la riqueza únicamente, sino para la plena actualización de los atributos que les son inmanentes y que fueron obliterados durante siglos por la explotación, la miseria, la alienación, la violencia y el poder.***

Actualización de las potencias inmanentes para la libertad, ese es el “afirmativo” del actual régimen de acumulación capitalista, así como el ***camino desutópico*** de su propia superación histórica. Creemos que ese debe ser el gradiente hacia el cual debemos dirigirnos. No somos ingenuos respecto de la dificultad de este nuevo agenciamiento ontológico de la individualidad capitalista, para transformarla en individualidad-social, pero ¿quién hubiera pensado en los últimos años del Antiguo Régimen que en poco llegaría la Revolución?

En fin, si no logramos ayudar a la construcción de este escenario, a la actualización de esta potencia, volveremos atrás, tan atrás como los escenarios que prevé el capitalismo y que describimos al comienzo de nuestra contribución.

Buenos Aires, septiembre de 1998

CAPITALISMO SIGLO XXI: LA IMPOSTERGABLE ALTERNATIVA ¿IMPERIO HOBBSIANO O MULTITUDO SPINOZISTA?*

Ella (la filosofía de Spinoza), cuyo redescubrimiento debemos a Deleuze y Matheron, nos muestra que la consistencia ontológica de los individuos y de la multitud permite mirar hacia delante, cada vez que la vida-singular como acto de resistencia y de creación emerge.

Y si los post-modernos declinan la palabra “amor” según la idea de un deseo marchito, nosotros, los del partido de spinozistas, osamos sin falso pudor hablar de amor como de la pasión más fuerte, una pasión que crea la existencia común y destruye el mundo del poder.

Toni Negri, *Magazine Littéraire*, Noviembre 1998.

Introducción

Son varias las razones afectivas y conceptuales¹ que explican este epígrafe de Toni Negri. En el marco de esta breve colaboración, sobresalen las vinculadas a sus trabajos teórico-especulativos y a la coherencia de su eto-existencia en torno al renacer/rescate de Baruch de Spinoza y de Karl Marx: dos catedrales del pensamiento que marcan, cada una infinita y de infinitos modos, pero ambas desde una filosofía de la afirmación y de la libertad, las difíciles intensidades immanentes des-

* Como bien decía Spinoza, es imposible hacer filosofía con el lenguaje. Cuando decimos individualidad-social significamos no la proyección social de una subjetividad, menos aún su apriorísticamente postulada “sociabilidad”. La individualidad social es un modo (affectus) en donde todo va “de una”. No hay separación emocional, ni analítica ni fenomenológica. Sujeto social es un modo del afecto, de la ética como los que se intuyen en una manifestación, en un partido de football, en el amor, en la amistad. No hay álgebra, no hay partes, hay un todo que no es “totalidad” sino potencia, que no es “uno”, sino infinito.

¹ En realidad, la conjunción “y” a esta altura de nuestro itinerario afectivo/intelectual es sólo a fines de comunicación, ya que afirmamos la vanidad de los conceptos que son elaborados por fuera del dolor, calor, alegría, empatía, solidaridad u otras formas “activas” del afecto, tanto en el sentido de la intencionalidad primera que nos lleva a escribir como de la afección de júbilo que deseamos que estas líneas provoquen en el lector.

de donde nos proponen ser artistas creadores de un devenir que pare esta barbarie de decadencia capitalista y abra expresiones renovadas de vida, joiá y libertad.

Y notemos ya mismo que ese “nos” que interpelan los filósofos nombrados no es la suma algebraica de voluntades que “pasan” contrato, o delegan representatividad en cierta imaginaria “trascendencia” política creada por la agregación de hipotéticos “sujetos fundantes”. Ese “nos” es algo nuevo, una criatura cuya posibilidad parte “inmanentemente” de una forma del nosotros como individualidad-social*. Una reinventada vida política que transpira la multitud de afectos que expresan la joiá ética. Se trata entonces de inventar ese “nos” en donde la política y la ética son dos formas de un mismo “buen vivir” individual-social. De lo contrario nos queda el triste devenir del “no”, de la privación, de la escasez, del poder, de la economía, del cálculo, de la gestión. Estas aproximaciones quisieran tener un aroma aristotélico, un perfume libertario y antieconómico que oxigene este tiempo en que el capitalismo es decadencia y execra crematística.

Pero hablando de denegaciones y “noes”, se impone un comentario que hace al aspecto central, si es que hay alguno, de este trabajo. Sin este preliminar la intelección del resto se vería seriamente gravada. Justamente a causa de una negación bastante generalizada respecto de ese eje que queremos colocar al desvelo de nuestra reflexión. Ese “no” que condiciona todo intento de praxis libertaria. **Ese “NO” que pícaramente sostiene todo el andamiaje del capitalismo**, a pesar del fracaso político del mismo que nos ocupará. Hemos sentido esa negación en los más diversos ámbitos, en medios intelectuales, académicos, sindicales. Porque desde hace aproximadamente tres años empezamos a tener esta intuición respecto del fracaso político, socializante, civilizatorio del capitalismo, y desde entonces nos cuesta enormemente encontrarle un nombre, al menos nombre como sustituto imperfecto del concepto. Volviendo a esa negación, *cuesta pasar la idea, no ya de una crisis capitalista más, sino de algo que se trata de mucho más que una crisis.*

Qué hondo caló el “estado de naturaleza” hobbesiano y toda la herencia racional –individualista– contractualista-utilitaria que toma en él origen. Esa violencia postulada por Hobbes como argumento antropológico, construcción filosófica de hace poco menos de quinientos años, nos impide aún ver las

causas efectivas de este nada metodológico “estado de violencia” y esta “violencia del Estado”, que son los principales atributos del actual “capitalismo”. Lo que se niega y reniega en los más insospechados ámbitos es el propio **fracaso socializante del capitalismo**, es decir el proceso histórico de los últimos veinte años por el cual el “capitalismo” fue perdiendo exponencialmente, (y bajo toda verosimilitud, con crecientes dificultades de reversión de este proceso), la posibilidad de actualizar su promesa constitutiva y constituyente: la de asegurar, en un devenir políticamente liberal, formalmente democrático, socialmente incluyente y económicamente pródigo, *la reproducción social*.

Reproducción social en sentido dinámico, aunque creemos que la cuestión es más inmediata. Sin miedo a dramatismos, porque la gravedad de los tiempos no deja lugar para resguardos subjetivos, creemos que está en seria cuestión la *posibilidad misma de lo social*, dadas las formas violentas, ilegítimas (criminales, aún dentro de las liberalidades que se permite el derecho liberal y del espacio justiciable burgués que le es propio), excluyentes, que asume el actual estadio capitalista. Para no ahorrar claridad, estamos delante de algo mucho más serio que una simple decadencia del modo de producción, de una arrogante categoría novedosa o de cualquier desnaturalización política supuestamente “aberrante” o “corrupta” (pour faire “fashion”) respecto de la naturalidad naturalizada del y por el capitalismo. Estamos delante de un nuevo “enemigo”, cuyo desmoronamiento tardará cierto tiempo mientras que esa debacle se nutre de un violento, vertiginoso proceso de des-socialización. Es decir de orfandad social, política y económica creciente por parte de mayorías cada vez más vastas de este mundo.

Tal vez la intuición última e inconsciente de este estado de cosas es la que contribuye al proceso de negación antes señalado. Lo cual no hace más que tornar más urgente la tarea de darle visibilidad, de nombrarlo, de atacarlo. Porque, a riesgo de repetirnos hasta el hartazgo, pero no es hora de cuidados estéticos textuales, ya no se trata *sólo* de explotación, poder, sumisión, miseria, etc. Se trata de la viabilidad misma de nuestra posibilidad de reinventar lo social y lo político antes que la decadencia civilizatoria del capitalismo marque un punto de no retorno para toda la humanidad. Invitamos con humildad a la

“academia psicoanalítica” en particular a analizar estas intuiciones, si es que encuentra en ellas algún viso de posibilidad y seriedad teórica. En este sentido, nos afirmamos en esta afirmación de Michel Foucault de marzo de 1972 en su diálogo con Deleuze: “El discurso de lucha (contra el poder) no se opone al inconsciente; se opone a lo secreto. Esto parece ser mucho menos, ¿pero si fuera mucho más? Hay toda una serie de equívocos respecto del ‘caché’, del ‘refoulé’, del ‘non dit’ que permiten ‘psicoanalizar’ a bajo precio lo que debiera ser el objeto de una lucha. Tal vez lo secreto sea más difícil a develar que el inconsciente...”.

Por otra parte, “nos” es sumamente grato destacar que de cara a tanta decadencia, disolución social y política en la violencia y fracaso socializante, surgen cotidianamente y por doquier nuevas formas, intentos más o menos embrionarios de la vida social que son la afirmación potente del deseo liberado de las ataduras construidas bajo la “representación” inconsciente, de la perseverancia en el ser social y político. En palabras de Félix Guattari (2): “no hay ninguna posición del deseo contra la opresión, por más local o minúscula que sea esa posición, que no porte amenaza, cada vez más próximamente, contra el conjunto del sistema capitalista, y que no contribuya asimismo a hacerlo fugarse hacia delante”.

Asistimos así, en la medi(d)a en que este “penchant” oxigenante encuentra canales de difusión, a nuevas multitudes, nuevas singularidades, nuevos sujetos colectivos, nuevos procesos de subjetivación y justo aunque doloroso es señalar que la teoría política y social no han ayudado en gran medida a esos pueblos en devenir que provienen esencialmente de los sectores que más padecen este estado de cosas del capitalismo (Imperio) de fin de siglo. Creemos que hay allí, en ese **Poder Constituyente*** (3), mucha más intensidad creativa de la que somos capaces de pensar sectores más acomodados o por lo menos no tan arrinconados por esta barbarie violenta. (Esta apreciación ética cuya gravedad asumimos plenamente no pretende ser un lamento-enjuague de conciencias sino una urgente interpelación a nuestros amigos y colegas).

* Entre otras definiciones dadas por Toni Negri, se destaca la siguiente: “lo político es eminentemente la potencia ontológica de una multitud de singularidades que actúan en cooperación”. Cf. Op.cit.

Retomando la idea desde un lugar menos imperativo, lo que es sorprendente es que el dogma liberal a ultranza provoque la efectivización universal de la construcción originaria “estado de naturaleza” (en términos de la violencia a la que asistimos) y ello, para no menor estupor, en el momento mismo en que esa reacción liberal se postula como “la naturaleza de las cosas”. Pareciera que la “naturaleza de las cosas” neoliberal se terminó juntando con uno de sus orígenes, el “estado de naturaleza” de Hobbes. Sería tal vez tiempo de repasar la tan gastada expresión (neoconservador/a). Porque la modalidad “fin de siglo” del capitalismo a la que asistimos no conserva, destruye, desagrega, disuelve en la violencia más abierta lo que tanto empeño “representativo” y de construcción de categorías de filosofía política tardó en realizar.

En otros términos, si no fuera dramático, sería risible que el neoliberalismo que postula este estado de cosas de lo económico del capitalismo de fin de siglo como “el estado natural de las cosas”, sea exactamente lo que Hobbes usó como “estado de naturaleza” para legitimar la creación del Estado como forma de escapar a esa violencia natural de lo social postulada como realidad en lugar de cómo hipótesis de antropología social. A tal punto el liberalismo olvidó sus orígenes. He aquí, creemos, una de las armas ideológicas/discursivas/teórico/políticas más eficaces para agrietar la hegemonía neoliberal. Y urgentes, por cierto, pues como señala Toni Negri en “El poder constituyente” (3): “...El terror, y no la liberación, sobre eso desemboca el racionalismo moderno cuando se sobreimpone al poder constituyente considerado desde esta perspectiva. El tiempo continuo de la racionalidad capitalista, su progresión lineal, y su tendencia a reducir a la nada el mundo de la vida, se presentan como obstáculo infranqueable: esta sustancia se infiltra en el proceso alternativo, lo mina desde su interior, le impide alcanzar el espacio de lo real y lo compele así a un juego de báscula entre utopía y terror”.

Y creemos que esto es más que un vano “boucler la boucle” (en términos de que el recurso hobbesiano del ‘estado de naturaleza’ terminó siendo en este fin de siglo una “ficción realizada”). Esto habla de lo que le queda al capitalismo por desplegar aún en materia de violencia travestida, de sumisión naturalizada, de explotación casi “deseada” desde la desesperación subjetiva motivada por la caída de la sociedad salarial (o

sea por los bellos treinta años 1945-1975) para los países de la OCDE al menos, en que la pertenencia y afiliación al todo social (nunca asegurado) **estaba ilusoriamente garantizada** por el régimen de acumulación y el modo de regulación fordistas. Por el contrario, predomina actualmente el afán de capitalistas temerarios que usan, ganan y reafirman su poder a través de infundir miedo, incertidumbre y los “individualismos negativos”. Es entonces en la posibilidad misma y urgente de deshacer esta negación basada en el miedo, la tristeza, la muerte y el poder que se juega la condición de posibilidad misma de nuestra vida social y de la de tantos hermosos pueblos que son y de los por venir, que esperamos contribuyamos colectivamente, sin mesianismos ni vanguardias, pero sí con toda la responsabilidad histórica y la de la hora, la afirmación política, la invención socializante, la “imaginación verdadera” (Negri) que debemos cuidar, intuir, conceptualizar, defender y acompañar como tierra prometida. La potencia de poder ser sin poder.

Digresión: a propósito de esta potencia de poder ser sin poder, juzgamos muy oportuna esta citación de Pierre Clastres. “Nuestra cultura, desde sus orígenes, piensa el poder político en términos de relaciones jerárquicas y autoritarias de orden-obediencia. Toda forma, real o posible de poder es así reducida a esta relación privilegiada que expresa a priori su esencia. Y si esa reducción no es posible, es que nos encontramos más acá de lo político: la falta de relación mandato-obediencia acarrea *ipso facto* la falta de poder político. El problema es que existen sociedades no sólo sin Estado, sino aún más, sociedades sin poder” (4).

O sea que no sólo el Estado capitalista, como relación social de violencia y dominación se ha naturalizado, aún en el panorama que es el nuestro, sino que desde un punto de vista de antropología política y cultural se nos ha “prácticamente” borrado toda representación de lo político en donde no sea la forma Estado su componente inevitable, sino que toda forma de organización de lo social no puede escapar a formas “naturales” de ejercicio del poder. Esta es la tradición de filosofía política de la cual no(s) cuesta tanto escapar y, por su parte, otras son las que tanto esfuerzo demanda presentificar, sacar del olvido, del silencio. En fin, mediante distintos expedientes, (escolástica, erudición, utopías vanas, etc.) y desde la misma

academia o desde gran parte de ella se acallan o travisten las voces de Aristóteles, Lúcrece, Spinoza, entre tantos otros.

Admitimos todo reparo u objeción respecto de estas enunciaciones apresuradas, sintéticas, etc. *Tout ce que vous voulez*, pero que no nos digan que cuando empezamos a hablar de economía, porque es de lo económico del capitalismo y de su desagregación implosiva que estamos hablando todo el tiempo. Es una impiedad que, herederos de tan nobles tradiciones en Economía Política, hayamos dejado que ellas desaparezcan virtualmente de nuestra escena política. O hayan sido remitidas a asuntos de academia, debates y filologías. Debemos entonces restablecer esos ausentes, esos acallados, esos desaparecidos del linaje crítico en Economía Política. Pero no sólo en los programas y curricula, sino sobre todo en todas las intervenciones a que tengamos lugar. Luego de esa operación de agrietamiento del sentido común instalado, debemos trabajar por su destrucción en el marco de las invenciones políticas, deseantes, multitudinarias y otras en donde esas operaciones críticas ya no serán necesarias. **Porque la alternativa habrá reemplazado a la crítica.**

Estamos hablando entonces hacia la gratuidad que excluye los dispositivos de valorización económica y social del capitalismo. Hablamos de reivindicar la intensidad de la potencia productiva social, como inmanente, imaginativa y deseante producción de lo político y social. No obstante, ¿hace falta el “mot d’ordre” de destruir la ley del valor? ¡No es mejor hablar de potencia social generosa, inmanente, artística, gratuita! Es tiempo de dejar de regalar el nombre, el lenguaje y la palabra a quienes se valen de ella para naturalizar una verdadera catástrofe social y política.

Y si se nos permite otra licencia, ¿qué hablar más abismal, más siniestro (**Umheimlich**) para el capitalismo que hablar de gratuidad? Porque, creemos, que si bien es necesario ya que el progresismo trabaje en vías de aliviar mediante distintos dispositivos y representaciones el estado actual de miseria, pobreza y exclusión, es la destrucción misma de la ley del valor la que debe fijar nuestro horizonte en lo inmediato. Porque los resortes de tipo reducción del tiempo de trabajo, ingreso mínimo de inserción, ingreso de ciudadanía pueden y deben con seguridad ya aliviar la debacle, pero desde allí no se ayuda a la invención/construcción de una potencia social y una “véri-

table” invención de lo político. La gratuidad, la “cupiditas” de la potencia social es el “siniestro” del capitalismo, o más generalmente, es el siniestro del poder*.

Dejemos las liturgias de lado, que el Templo no está lleno de mercaderes. Han hecho del Templo de la vida política y social un Mercado.

En todo caso no nos plegamos a la violencia consistente en que se nos diga qué es hablar de economía. En ese sentido creemos saber algo de la materia, al menos lo suficiente para que nuestro “hablar” de economía aspire a ser libre, crítico, político y alternativo. Esto no es “affaire” de discurrir contra el “pensamiento único”. Esto pretende pretenciosamente ser “recuperación” del pensamiento y ello es irreconciliable con el “hablar” de economía que se nos impone desde los múltiples centros de poder, incluidos los más insospechables. Porque el “hablar de economía” que se espera de nosotros no es otra cosa que “callar” la economía del poder. Es distraernos y distraer de esa “miseria de la economía” que sustenta la economía de la miseria. Y en este sentido, subimos aún más, casi ferozmente, la apuesta: ni siquiera podemos ya restringir nuestro análisis a la crítica (poco importa aquí si es más o menos ortodoxa u heterodoxa) de la economía política (o sea, a cierta posteridad marxista que poco tiene que ver con ese Marx que debemos hoy rescatar). Y sin duda ese Marx nos ayudará a hacer estallar la crítica en **alternativa**. Porque hoy se trata de estar atentos a la invención política de las multitudes estalladas, se trata de filosofía política, de la más noble de la que seamos capaces y ello consiste, en parte y con sumo cuidado, en “mandar a la economía a su ‘case de départ’”.

Con el poder no se dialoga, no se transa, no se comercia. Respecto del poder, la única efectividad es vivir para otro lado y al lado de quienes lo abisman con su ética. Pero lo más siniestro de los diferentes dispositivos actuales políticos, económicos, culturales, periodísticos en sus aspectos micro, mez-

* Apelando una vez más al infinito “decir” de Gilles Deleuze (5), “Él (Nietzsche) nos brinda un gusto perverso (que ni Marx ni Freud jamás han dado a nadie, todo lo contrario): el gusto para quienquiera sea de decir algo en su propio nombre, de hablar a través de los afectos, a través de intensidades, experiencias, experimentos. Decir algo en su propio nombre, es realmente curioso; ya que no es en absoluto en el momento en que uno se toma por un “yo”, una “persona”, un “sujeto”, que uno puede hablar en su nombre.”

zo y macro del poder, es que si los negamos al negar su arqué (origen) capitalista, ayudamos a la operación de ocultar ese orden capitalista en disolución. Entonces habilitamos que esa violencia sea hegemónica, que se instale como natural en los imaginarios, favoreciendo el terreno para que esa violencia sea mediática e ideológicamente metabolizada como violencia racial, étnica, religiosa, fundamentalista. Es decir “primitiva”. Esa suerte de argumento ontológico de esta violencia que nos quieren hacer pasar como “*la violencia de la diferencia*”, del “retorno de lo primitivo”, etc.

Y si hablamos y apuntamos al poder más que al “poder económico” es precisamente porque la matriz de tristezas, de dominación, de violencia, de explotación y de muerte es el poder mismo, expresado desde hace aproximadamente trescientos años bajo la forma de relaciones sociales capitalistas. Antes de ello bajo otras formas de socialización, no todas, pero las herederas de la cultura occidental de lo político como trascendencia, de lo violento como naturaleza y de la naturaleza como obstáculo permanente cuando no enemigo directo. Con ello queremos desmitificar, aunque sea rápidamente, al CAPITAL. Porque nos hemos fijado un horizonte de “nos” multitudinario, potente y alternativo y para ello la superación de la dominación, hoy imperial, capitalista es necesaria, pero si “es”, lo es porque condiciones, representaciones e imaginarios previos han permitido que se fenomenalicen como formas históricamente situadas del poder, desde lo más profundo de nuestra cultura y de esta civilización que sólo reacciona con más violencia a la violencia de un poder que la precede ontológica, histórica y culturalmente.

Como señala Gilles Deleuze en sus conversaciones con Michel Foucault, “frente a esta política global del poder (del aislamiento y el encierro) hacemos respuestas locales, defensas activas, y algunas veces preventivas. No es asunto nuestro totalizar lo que sólo se totaliza del lado del poder, y que, por nuestra parte, sólo podríamos totalizar restaurando formas representativas de centralismo y de jerarquía”. y más adelante **“... la realidad para nosotros no pasa en absoluto por la política en el sentido tradicional de competición y distribución del poder...”**.

Samuel P. Huntington, entre otros ideólogos de la derecha fuerte, construye pantallas discursivas/bélicas contra los

primitivismos citados y debiera ocupar particularmente nuestra atención. Pero por ahora queremos sólo nombrar lo que el poder niega, politizar lo que la economía capitalista naturaliza (despolitiza), salvar lo que el Imperio (o sea, el estadio actual de la debacle capitalista como modo de socialización) difamará, estigmatizará y, en el límite, destruirá para tapar su derrumbe. Perdón, incurrimos en una forma más de negación, a pesar de tanta especulación preventiva. *El imperio ya llegó*. Es casi una impiedad respecto de sus víctimas darle cierto aire de novedad o pretender soberbiamente “anunciar” su llegada. Por lo pronto quisiéramos que quede en claro que la derecha neoliberal y el establishment no tolerarán no sólo admitir, sino aún dejar entrever que es la debacle civilizatoria capitalista la responsable de los, aquí sí agregables, “conflictos de baja intensidad”. Lo que es más, se darán el “lujo democrático” de presentarse como salvadores de la paz y la civilización respecto de los “monstruos” emergentes de este “orden” en disolución.

Y pedimos aquí una licencia: hablando de impiedades, atención a los modelitos estocásticos, a las expectativas racionales y las diferentes teorías de la decisión. Si debemos sopor-tar tanto abuso pretendidamente metodológico, al menos habremos, discutamos e investiguemos la pertinencia de los reales y eficaces dispositivos matemáticos que ayudarían a las ciencias sociales a dar cuenta de estas realidades. En otros términos, aprendamos y enseñemos la teoría de catástrofes, la de las trayectorias dinámicas de no retorno, la física de pozos de potencial, la teoría del caos, etc.

En suma, bienvenida la matemática que ayuda a dar cuenta de tan compleja y límite realidad, pero basta de la que es usada para ocultar, esconder, travestir, negar. O en el mejor de los casos, de aquélla que modeliza situaciones que están lejos de representar nuestra realidad. Un poco más de originalidad, *mes collègues*, eso ya lo hizo la ciencia económica vulgar (en el sentido de Marx) y lo hizo tan bien que a más de cien años cierta ciencia política quiere imitarla. Y “par-dessus le marché” se nos pide ingenuidad, cuando no elogio y respeto. A ello contestamos que la responsabilidad* debe inundar nuestra

* Responsabilidad, entonces, como generosamente y por tanto víctima de ataques mezquinos señala Jacques Derrida en sus “Espectros de Marx” (6): “... aprender a vivir *con* los fantasmas, en el diálogo, la compañía o la camaradería,

labor en ciencias sociales. Siendo que por otra parte nuestra interpelación encuentra legitimidad en el hecho de que desde hace diez años propiciamos el estudio del análisis matemático en la Carrera de Ciencias Políticas, pero a la manera de la “dianoia” platónica (República VI) y de lo que nos pueda ayudar metodológicamente y sin hacer del método una cortina acrítica y vulgar.

No abusemos entonces de la gratuidad y generosidad filosóficas de quien expresó (Marx) que “Toda la vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que desvirtúan la teoría hacia el misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica” (7). Creemos que esa es la radicalidad crítica y el gradiente (vitalmente) alternativo al que debemos aportar. Y decimos alternativo en sentido fuerte, en sentido filosófico, ya que he allí otra palabra que ha sido devaluada nada ingenuamente, sino con plena conciencia de su peligrosidad para los poderes establecidos. Nos permitimos ejemplificar: alternativa es la palabra frente al ruido, alternativo es el amor frente al egoísmo, alternativa es la potencia frente al poder, alternativa es la multitud frente a la sociedad civil, alternativa es la gratuidad frente al valor, al cálculo y a la economía, alternativo es lo que nos cuesta pensar frente a lo que pensamos acríticamente, alternativos son los movimientos que emergen frente a nuestro estrabismo, no precisamente sartreano. Alternativa es la expresión frente al significativo.

en el comercio sin comercio de los fantasmas. Aprender a vivir de otra manera y mejor. No mejor, sino más justamente. Pero *con* ellos. ...Y este ser-con los espectros sería también, no únicamente pero también, una *política* de la memoria, de la herencia y de las generaciones.” Y más adelante: “Hay que hablar *del* fantasma, aún más, *al* fantasma y *con* él, desde el momento mismo en que ninguna ética, ninguna política, revolucionaria o no, parece ser posible, ni responsable ni *justa* si no reconoce en su propio principio el respeto por esos otros que ya no están o por esos otros que no están aún *ahí*, *presentemente vivos*, sea que ya estén muertos o que no hayan aún nacido. (...) Ninguna justicia (y no decimos ‘ninguna ley’ y aclaramos nuevamente que no hablamos aquí del derecho) parece posible ni pensable sin el principio de cierta *responsabilidad*, más allá de todo *presente viviente*, en aquello que disloca al presente viviente de cara a aquellos que todavía no han nacido o que fueron ya muertos, víctimas o no de guerras, de violencias políticas u otras, de exterminios nacionalistas, racistas, colonialistas, sexistas u otros, víctimas de todas las opresiones del imperialismo capitalista y de todas las formas del totalitarismo.”

El tiempo del nombrar, el nombre de nuestros tiempos

Volviendo entonces a la dificultad de abrir “emotivamente” la idea del fracaso capitalista, ¿cómo entonces hablar del desmoronamiento capitalista y expresar, comunicar esa idea de decadencia, ese concepto de disolución política, **de imposibilidad de lo social**? ¿Cómo llamar entonces a esto “otro” para el cual no tenemos nombre al mismo tiempo que ensayamos y estamos atentos a su “alter”? Porque el nombre de eso otro sería su aparición simbólica en escena. No es ingenuo que no tenga nombre. Porque la eficacia de los dispositivos de todo orden que niegan visibilidad a esta evidencia es condición necesaria para que funcionen los desplazamientos de culpas, sentidos y realidades. No podemos, tomando prestada por un instante una imagen de Baudrillard, admitir, permitir que, silencios mediante, se imponga algo así como que *“el fracaso civilizatorio del capitalismo nunca existió”*. Y porque si no fuera que se juegan vidas, hambres, saludes, y toda forma de miseria, es hasta estratégicamente el tiempo de ganarle al poder en la construcción de nuevos discursos que develen el estado de cosas. Nuevos nombres, nuevas prácticas que no irán por delante del poder, sino por encima de su propia sorpresa frente a este monstruo que construyó y al que las gentes le harán bellas creaturas*.

Repasaremos aquí algunos tramos del maravilloso diálogo Foucault/Deleuze de marzo del 72 en la revista *l’Arc* para poner en claro algunas cuestiones respecto a los intelectuales y el poder:

“El rol del intelectual ya no es el de situarse ‘un poco delante y un poco al costado’ para decir la verdad muda de todos, ese rol consiste más bien en luchar contra las formas de poder allí mismo donde él es objeto e instrumento: en el orden del ‘saber’, de la ‘verdad’, de la ‘conciencia’, del ‘discurso’” (Foucault).

Los por qué del fracaso socializante del capitalismo los veremos con cierto detenimiento, interesa ahora liberar a Toni Negri, en sentido literal. Negri nos dio el concepto provisorio, la imagen parlante, para empezar a agrietar esa ciudadela simbólica y fetichizante con la que el capitalismo vela la quietud de sus desvelos: el Imperio (8). Con seguridad no será la más feliz, pero por ahora nos permitirá hablar y llenar de significantes

(los que hereda de por sí ya son bastantes) al concepto de capitalismo de fin de siglo como estadio de **Imperio**. Y al decir “nombrar”, “significar”, nos interesa empezar a devolver la *re-rum natura* a su *potentia agendis*, en lo que a posibles modos de socialización respecta, o sea en lo que hace a la vida de lo social y de lo político. Y sacarla de la prisión asfixiante, triste y mortificante en donde la encerró la hegemonía de nuestros tiempos.

Decimos entonces “Imperio” en el sentido de un régimen político neo-despótico, o sea, necesariamente represivo y sin construcciones de “equivalentes” ni formas fetichizadas de ninguna especie y donde el poder imperial (no ya una trascendencia política formalmente representativa del bienestar general, sino un archipiélago caótico de intereses particulares relativamente entramados por ciertas convergencias de intereses) ha deshecho los componentes y resortes matriciales nacionales/regionales/locales en función del mantenimiento de un agregado de capitales que concentran crecientemente la acumulación de riqueza sin la menor búsqueda de legitimidad política o mercantil. Su legitimidad (en ese escenario, concepto en sí mismo vacío) proviene de la necesidad de contener a los bárbaros, a los fanáticos, a los enfermos, a los débiles, a las etnias, a las religiones obtusas (sobre todo si refractan la mercancía capitalista), a las razas exóticas, etc. Por su parte, el miedo así instalado y del que se nutre todo poder, así como la tristeza que podridamente goza en difundir se instalarán como nueva versión de la ley. Una ley sin derecho, una ley imperial.

Somos concientes de la dificultad de definir conceptualmente los contornos de este “modo” al que esperando mejor término llamamos Imperio. Quedan asimismo al descubierto las orfandades que este capitalismo en caída libre nos invita a reconocer. Pero no podría ser de otra manera: si los conceptos/nombres de “régimen político”, “legitimidad”, “ley”, etc., de los que nos servimos hasta ahora son inmediatamente refractados por el escenario que intentamos delinear es precisamente un indicador de la urgencia con la que debemos emprender la empresa filosófica/científica/política/ética de conceptualizar y dar cuenta de estos procesos. Porque es en la cruda inmediatez de esta “coyuntura” que somos interpelados a dar cuenta de lo que en ella subyace. No podemos repetir la morosidad inercial con la que miramos hacia otro lado ante la crisis y caída del

Estado de Bienestar. Porque no se trata de nuestro confort en un capitalismo que no economizará violencias para ocultar su ocaso al abrigo de dispositivos teóricos ya perimidos. Se trata de pueblos enteros sobre los cuales se desmorona.

En realidad, la operación más certera para demorar el ocaso del fracaso ya fue casi finalizada. Esto es, el poder más crudamente abierto en su actual configuración global/financiera/productiva desplazó al estado al menos en las potestades que podían interferir con sus intereses y serruchó la base material de su legitimidad, esto es, la universalidad de la mercancía. Ante el nuevo estado de cosas, no es necesaria esa universalidad mercantil, siempre y cuando y aquí sí importa a esos poderes concentrados el Estado gendarme y represor, se asegure una gestión de la mano de obra (extracción de plusvalor), distribución del ingreso y de la riqueza que constituyan la masa crítica de producción y consumo de mercancías, y ello a escala global.

Estamos en presencia ya, y la tendencia irá creciendo de no proliferar las alternativas, de un capitalismo estallado en dos (estilizadamente hablando) esferas de la producción y del consumo. Una que expresará lo más tecnológico, simbólico y de frontera de la producción. La producción de este tipo hará, de hecho hizo ya, estallar ontológicamente la ley del valor, ya que es una producción inmediata e inmanentemente social, que debiera refractar y destruir su apropiación privada si no fuera por el estadio actual mayoritario en términos de subjetividad. La otra gran esfera, que no debe subestimarse bajo esta aparente revolución tecnológica, es la de procesos de trabajo en repliegue hacia condiciones cuasi esclavistas de producción de mercancías y servicios varios y los que el imperio vaya conformando.

Lo anterior merece desde ya dos apreciaciones. Por un lado, al verse disueltos los mecanismos tradicionales de legitimidad, sumado a la retirada frontal de la mayor parte de las instituciones del derecho burgués, lo de cuasi-esclavitud no debe extrañarnos. Por otra parte ella ya existe, lo que se callan son los nombres que la denuncien y los conceptos que den cuenta de esa realidad críticamente. En segunda instancia, la ruptura entre las esferas evocadas de la producción y consumo de mercancías y servicios trae agua al molino de que esto ya no es capitalismo. El capitalismo fue una progresión continua de intensidad de la acumulación gracias a sectores de punta, se-

gún los distintos períodos, que tiraban para delante la acumulación y forzaban a los sectores de productividad media y baja a actualizarse o desaparecer. En otros términos, el gradiente en términos tecnológico-productivos era de una fuerte tendencia a la homogeneidad estructural de los sectores de la producción. Tendencia nunca realizada, pero dinámicamente en acto. Esto se opone frontalmente al mapa productivo que prefigura el imperio, escindido abismalmente como lo hemos señalado.

Dado este estado de situación, nos hará falta mucho afecto, mucha potencia, mucho “amor” para emprender, acompañar, y dar cuenta de los éxodos multitudinarios, moleculares que rompan, desde los multitudinarios procesos de subjetivación - social en acto (más allá de la visibilidad que se les de desde diferentes ámbitos) los exilios alienantes, atomizados, aislados y ayuden a crear “ese pueblo por venir” que deseó Gilles Deleuze (9). Un éxodo desde la subjetividad mercantil hacia la subjetividad-social, ruptura ontológica de por medio en términos de procesos de subjetivación y todo junto, de “un solo paso” como decía Montaigne. No hay suma, hay creación de nuevas y potentes formas de la vida común, es decir, *de la política*.

Éxodo también y *necesariamente* desde la ley economista del valor, que sustenta el trabajo asalariado, abstracto, irreconciliable con su inmanencia social y con **la efectividad social de la potencia**, dado el estado social actual de las fuerzas productivas, hacia lo antieconómico de la gratuidad, del trabajo inmanente e inmediatamente social, del trabajo como obra de arte, del arte como creación social, de lo social como arte de la política sin poderes ni sumisiones. Sin tristezas, aliadas incondicionales del poder. En palabras de Deleuze en su curso sobre Spinoza en la Universidad de Saint-Denis, “... (los dos polos que Spinoza claramente distingue: alegría/tristeza) le permitirán abrirse sobre un problema político y moral fundamental, que será su manera singular de colocar el problema político: ‘¿A qué se debe que los hombres que detentan el poder, sin importar el área particular en que se ejerce, tienen necesidad de afectarnos de manera triste?’. Las pasiones tristes como necesarias. Inspirar pasiones tristes es necesario al ejercicio del poder” (10).

La ley capitalista del valor (y no pretendemos aquí empezar a hablar de economía, jamás creemos haber dejado de hablar de “l’économique” del capitalismo) es una de las mani-

festaciones esenciales de esa tristeza que el capital, los capitalistas y el Estado crean y recrean para la reconducción del modo de dominación. Ley del valor, trabajo asalariado y abstracto componen la trilogía que sostiene (o mejor dicho, sostenía) la reproducción dinámica del capitalismo, su continuo esfuerzo por postularse como lo “único” capaz de dar cabida (o sea, subsumir) las diferencias. Esa ley del valor devalúa la producción y la potencia del trabajador como condición de la tristeza y la alineación, atomiza la potencia productiva de los colectivos de trabajo que el capital, como veremos luego, se vio obligado a recomponer después de promover su disolución durante el forjamiento.

Y, en el estadio actual, (y en simultáneo con la implosión social de un capitalismo políticamente incapaz de reconducir, aunque sea sólo temporariamente, la ecuación coerción/legitimidad sin la cual no es tal), el vértigo de la acumulación basada en esa ley del valor cuyo postulado funda la dominación y de cuya destrucción (tarea que la propia dinámica de la acumulación capitalista se encarga de efectivizar) depende la liberación de la potencia social antieconómica, contra el valor y por la inmanente socialidad del estado actual de las fuerzas de la producción (11). Producción por ahora entendida en el sentido de creación de riqueza material a partir del axioma de la escasez, que abre por su parte el espacio para que pueda desplegarse “la ley del valor” y tan triste y legitimante del poder como el del “estado de naturaleza”.

Y aquí no hay lugar para la especulación ingenua. El capitalismo a cuyo desmoronamiento asistimos/padecemos tiene una matriz de origen en las relaciones de poder. Y no sólo nos resistimos, sino que sostenemos que nada, que ningún recurso representativo, que ningún argumento ontológico, que ningún estado de naturaleza, que ninguna forma naturalizada de poder nos hará renunciar a la posibilidad de la potencia, de la política como júbilo ético vivido multitudinariamente, de la búsqueda, con la ayuda de ese maravilloso “auxiliar de la acción y de la reflexión humanas que es el tiempo” (Aristóteles) de la belleza y perfección de la política de esa polis por inventar, de ese “pueblo por venir”, en un devenir en donde tal vez el arte no sea otra cosa que la vida misma (12). En otros términos, donde el arte no sea ya la gratuidad “de mostrar al mundo tal cual es, pero como si tomara su origen en la libertad humana

(Jean-Paul Sartre)”, por que la vida social misma será potencia agendis y Natura será devuelta a su pura, eterna y divina afirmación de la potencia.

Decíamos entonces, con sincera humildad, que ya no hay lugar para distracciones. En estos tiempos se está decidiendo el carácter terminal o germinal de la posibilidad misma de lo social y de la reinención de lo político. Sin perjuicio entonces de que la gravedad de la hora no admite purismos ideológicos y que todo recurso que pare la violencia y la muerte es bienvenido, no podemos dejar de admitir que esto no se emparcha repolitizando la economía, pasando nuevos compromisos sociales, actualizando las formas institucionales del Estado Benefactor, etc, etc, etc. La opción de las Ciencias Sociales, o sea nuestras opciones, no pasarán inadvertidas en estos tiempos. No hay modelística de políticas públicas, ni ingeniería institucional ni re-ecuacionamientos del actual sistema político que puedan redimirnos de una responsabilidad que nunca dejó de ser, pero cuya negación hoy será indiscutiblemente una forma más de “no dejar ser”.

¿Una crisis más o mucho más que una crisis?

Si bien es indudable que en un comienzo sí hubo crisis económica, en términos de caída de la tasa de ganancia, manifestada macroeconómicamente como stagflación –inflación con recesión– ello no se debió a las conquistas obreras ni a las coberturas sociales del Estado Benefactor, como propagandizó el discurso neoliberal. Se debió a todo un proceso de crisis del modelo fordista de regulación, básicamente de la relación salarial de ese régimen de acumulación, así como del neokeynesianismo en vigencia. Crisis en el sentido de agotamiento de las condiciones de puesta en explotación de la clase trabajadora para la obtención de plusvalía. Curiosa y dialécticamente, la gestión de la mano de obra y del proceso de trabajo que permitió la instalación del fordismo –basada en una fenomenal expropiación de la potencia y saber productivo de los trabajadores– y la salida de crisis de los años treinta sentó las bases que explicarían la crisis del fordismo de los setenta.

O sea que la vuelta a la calificación, la cooperación y la gestión productiva por parte de los trabajadores promovida por

el capital, así como la recomposición de los colectivos de trabajo, fueron la condición sin la cual el capital no hubiera podido reconducir su necesario proceso de valorización. Por otra parte, dados los niveles de combatividad operaria de los sesenta y setenta y los cuestionamientos de los movimientos sociales que estallan a partir del Mayo francés, una “no salida de crisis” o una instalación duradera en una configuración de crisis de valorización del capital hubiera planteado un escenario, esta vez sí, revolucionario en el sentido del mayo francés, o sea cultural, existencial, de modo de vida.

Pueden plantearse a partir de esta situación algunas hipótesis: el capital (el más de frontera, concentrado y financiado) termina su proceso de crisis de valorización mucho antes de lo que la academia y la gran mayoría de los formadores de opinión que respaldan al establishment sostienen. La crisis capitalista se instala entonces como una forma discursiva, mediática y pseudo-científicamente naturalizada, de manera tal que permite recrear una realidad legitimadora de los ajustes salariales, la profilaxis fiscal, la flexibilización laboral, la retirada del Estado, las privatizaciones, etc. En suma, los Estados van perdiendo el control de esa crisis no porque no tengan instrumentos de “agentes provisorios de crisis”, sino porque la crisis es política y radica en su consentida, creciente e irracional entrega de los resortes de la relativa soberanía que, respecto de los capitales individuales, puede hacer que sean preservadas, mediante la intervención estatal, la relación social y socialización capitalista.

Dicho en términos aritméticos y de nivel de tasa de ganancia: un proceso de socialización capitalista que asegure la distribución del ingreso y la riqueza asociados al Estado Benefactor (es decir, a lo que sería hoy su equivalente cuantitativo aún sin suponer nuevas conquistas) en los países de la OCDE requiere que la tasa de ganancia promedio del capital, y particularmente la de los sectores de punta, no supere ciertos niveles críticos por encima de los cuales la función del Estado en términos de reproducción dinámica de la relación social se ve seriamente hipotecada. La presión entonces de los capitales individuales en función de un discurso de crisis permanente les permite obtener ventajas que inhiben al Estado respecto del cumplimiento de garante de la relación social a largo plazo. Por lo demás, desregulación/globalización mediante, en su modali-

dad específica, expresan la tendencia de un grave y creciente desentendimiento político de los capitalistas respecto de sus formaciones sociales. En suma, los nuevos niveles de tasa de ganancia de los sectores dinámicos y medios son irreconciliables con la reproducción social. Y para ser más claros bajo riesgo de reformismo, el equivalente instantáneo de los actuales niveles de desempleo es esencialmente el nivel inédito de ganancias extraordinarias.

Nos encontramos aquí frente a uno de los atributos más relevantes del porqué sostenemos asistir a un cambio de envergadura en la socialización. La famosa “cuestión social”, caballo de batalla desde derechas no extremas a izquierdas no míticas, debido a esa desamparo en que dejó el Estado a la sociedad, se vé transformada para las Ciencias Sociales en que es “lo social mismo que está en cuestión. Nos explicamos gracias al recurso siempre generoso de la historia. La Revolución Francesa planteó ideales de tal radicalidad que fueron un “traumatismo inicial” que marcará las revoluciones siguientes. En todo caso, al reeditarse en la Revolución del 48, queda claro que esos ideales son inviables dentro del marco del derecho burgués, porque la **república** es imposible bajo relaciones sociales capitalistas, pero este modo de producción, por su parte, no puede (a diferencia del Imperio) **eludir la cuestión de lo social**.

Así entonces lo social surge, eminentemente en la Francia de la segunda mitad del Siglo XIX como una creación estatal, como una suerte de interfase entre el estallido evidente del derecho burgués y la atención política que merecen las condiciones sociales de los procesos de trabajo tayloristas, (impuestos después de cierto autonomismo “avant la lettre” de la clase obrera en la segunda mitad del Siglo XIX). Sin entrar entonces en la forma concreta de esa “invención” de la cuestión social (en suma: desplazar la realidad respecto de que el capitalismo es incapaz de asegurar el “travail pour tous” que demandaban los cuarentiocheros y desviarla respecto de la ciega que representa sobre las aspiraciones republicanas del derecho burgués), **asistimos hoy a la reversión (regresión aún aporética) en tanto es lo social mismo lo que está en cuestión, en el sentido más fuerte de viabilidad. O sea, si cuando el derecho liberal aspiraba aún a cumplir los ideales de las luces había “cuestión social” de la cual el capitalismo no podía desentenderse, frente a las orfandades del derecho neoliberal**

ral actual, en franca retirada gracias al estado, es casi un corolario que sea lo “social lo que entra en cuestión”.

Volviendo a la caracterización de esta crisis artificialmente construida y dinámicamente recreada, es entonces funcional a la estrategia del nuevo poder económico-financiero (no creemos que político) supranacional que se va gestando a su amparo y gracias a ella. Debilita a los gobiernos haciéndolos más permeables a las demandas sin fin del ajuste sin fin; contiene a través de cierta inducción de “culpa” a los sindicatos de trabajadores y a los movimientos sociales en sus demandas y en la defensa de sus conquistas; lleva agua al molino del individualismo negativo y de la atomización competitiva en las relaciones intersubjetivas, en la formación de identidades colectivas de trabajo y otras, etc.

La cuestión que se ve ya delineada y a la que asistimos hoy con mayor o menor virulencia según los distintos países es que no basta con hacer tabula rasa del derecho laboral y de las conquistas sociales. La realidad, respecto de la cual Argentina es nuevamente un “cas de figure”, es que los poderes económicos no admiten seguir “financiando” lo social, o mejor dicho, la sociedad misma. Esto refuerza nuestra intuición respecto de que no es un problema de repartición del empleo, de distribución del ingreso o de cambios en las relaciones de fuerzas. Sin perjuicio, lo repetimos, de que en lo inmediato sean formas de aliviar la situación e impedir tal vez que se desate abiertamente un proceso de ***des-socialización al modo de los países de Europa del Este, de la ex Unión Soviética.***

Entiéndase bien, no se trata para la nueva configuración global de intereses concentrados de una cierta táctica para evitar estratégicamente volver sobre los compromisos sociales del Estado Benefactor. **La única estrategia es la lógica de la ganancia.** Esos sectores no poseen ni desean compromiso social alguno y no respetan al Estado como árbitro de los mismos porque se han desanclado de sus respectivos territorios, poblaciones e instituciones sociales y políticas. Mientras tanto, los intelectuales y académicos funcionales a estos intereses sólo producen discursos economicistas que racionalicen los ajustes y reproducen imaginarios basados en el miedo a la diferencia para distraer la atención de la grave crisis política del capitalismo. Que no se rasguen luego las vestiduras si reaparecen en escena neofascismos, porque como sabiamente se enunció en

la filosofía medieval, “conocer las cosas es conocerlas por sus verdaderas causas”.

Ya dejamos planteada la hipótesis de una crisis sobreactuada que habría precipitado los determinantes del fracaso político capitalista. Y siempre respecto de la sospecha de esa famosa crisis del capital de los setenta, tal vez la historia y su avance enmascarado decanten que, entre otros factores, el desencadenamiento de la crisis de los setenta (nos hablan del precio del petróleo!!) y de la virulencia neoconservadora (más bien destructora) y de atomización disolvente de los colectivos de trabajo y de los sindicatos y movimientos sociales que esa reacción desplegó sean la expresión de capitales (con sus respectivos intelectuales) en pánico. No tanto debido al riesgo de un estallido obrero/social/estudiantil sino “la terreur” ante la posibilidad que caiga el fetiche mercancía frente al despliegue potente del deseo no o, más bien, anti-mercantil que desató mayo del 68.

Porque punto más o menos de tasa de ganancia, eso se podía arreglar con intervención estatal. Pero si bien el imperio puede despreciar la legitimidad política, necesita en cambio de la producción de mercancías mediante un proceso de trabajo capitalista (o no) generador de plusvalía. Si suponemos válida esta hipótesis, la implosión de nuevas, no mercantiles y deseantes subjetividades potencialmente agregables –no algebraicamente, sino constituyentemente- en términos no ya de una nueva “demanda social” sino de una invención de lo político por fuera del Estado, del deseo por fuera del consumo y de la realización en acto de la potencial social por fuera de las instituciones (poder constituido), eso sí que un capitalista lo ve de lejos como amenaza terminal.

La **violencia** constitutiva (13) de la civilización capitalista como modalidad histórica ha entrado en la fase de la *destrucción primitiva*. Ya no sólo es una violencia inherente al modo de producción sino también la violencia de su incapacidad de socializar. Esa es, creemos, *la cuestión de nuestros tiempos*. Pero no es la única. Simultáneamente estallidos de potencia alternativa, de multitudes huérfanas, inventivas, esperanzadas florecen por todas partes. Esa es la apuesta ineludible, la responsabilidad indelegable de nuestros tiempos. Ya no hay máscaras con que cubrirse. Las academias, a fortiori las de Ciencias Sociales, no pueden mirar para otro lado, porque todo

desborda violencia, tristeza, mortificación, muerte. Se van a recordar pronto los quinientos años del juicio inquisidor y asesinato de Giordano Bruno. Y los cruces no han cambiado mucho. O René Descartes en silencio y racionalmente a la sombra del poder ilustrado, o Baruch de Spinoza a la defensa deseante de la República.

Si se nos concede cierta plausibilidad en cuanto a los escenarios y devenires aquí delineados, lo que llamamos la cuestión central de nuestros tiempos no es sólo un voluntarismo revolucionario, un deseo reformista o un Apocalipsis construido. La cuestión central radica en el aparente sendero de no retorno que van asumiendo estas tendencias, en la dificultad de los Estados de crear regulaciones/instituciones que cambien el rumbo de estos procesos. Sobre todo cuando ellos han avanzado gracias y a costa del despilfarro de la soberanía política instrumentado por gobiernos que dejaron formalmente de sostener y recrear las instituciones básicas de la dominación capitalista. ***En suma, ante este panorama, la actualización de la alternatividad, la reinención de lo político y la recreación de una subjetividad social no son ya un futuro deseable sino una acción política, teórica, práctica y filosófica impostergables.***

Desarrollaremos aquí muy estilizadamente las razones que hemos esbozado en recientes colaboraciones (14) en lo que respecta a la caracterización de esta crisis del capitalismo como “política” en su sentido más originario, ontológico, fundacional. Desde ya que no hablamos de crisis del sistema político ni del de representaciones, aunque estos son obviamente la punta del iceberg que aquí nos ocupa. Ni siquiera alcanza a dar cuenta de la profundidad de esta debacle sociopolítica de la socialización capitalista una posible conflictividad estructural (en la tradición de la escuela alemana de la Derivación del Estado), entre las esferas fenomenalmente diferenciadas de “lo político” y “lo económico” del capitalismo, remisibles en esa filiación marxista a la unidad del Capital, como relación social. En otros términos, ni siquiera se trata de una falta de eficacia fetichizante en cuanto a la interacción entre las “aparentemente diferenciadas” áreas de lo económico y lo político, que dieron la acrítica ilusión de que en la esfera de lo político podían resolverse los antagonismos, violencias e injusticias de lo económico. Esquema éste que impide ver la univocidad de la relación

social y la miopía reformista y epistemológica de los enfoques que reproducen (y producen) esa diferenciación. Estamos, en suma, frente a algo de mucha mayor radicalidad.

Como decíamos en (14) “...en otros términos, las sociedades ya no tienen un representante político relativamente trascendente y representante al menos ‘formal’ del interés común y del bien bienestar general, sino gobiernos que esencialmente, con mayor o menor conciencia, actúan con gran eficacia en la desagregación misma de esas sociedades. En este marco, el capitalismo ya no tiene instancias de racionalidad sistémica, global y de largo plazo (...) sino irracionalidades atomizadas, caóticas, incapaces de conformar en su agregación (supuesta) un sector portador de un proyecto político mínimamente legítimo”.

Lo social no se “hace”, ni se “activa” en segundas vueltas posteriores a la prolijidad macroeconómica. Lo social se determina de una, simultáneamente al régimen de acumulación económico y éste, recíprocamente, expresa la estructura jerárquica de intereses, posicionamientos y privilegios inter e intra capitalistas y de estado de las relaciones capital/trabajo. Por eso descartamos desde la perspectiva de Marx en los Gründisse que la esfera de lo político ajuste mediante arbitrajes, modelitos y diseños institucionales los olvidos, destiempos o desajustes de lo económico. El capitalismo, en este sentido, fue víctima de su propia trampa. Porque (sin tesis conspirativas, apocalípticas o leviatánicas) más allá de las razones que hubieran provocado su estallido desde las transformaciones en curso en el mundo del trabajo-social o desde otras perspectivas, se permitió la privatización de lo político (Estado), la implosión del derecho (único aunque formal garante de representaciones comunes y transacciones políticas y económicas entre “equivalentes”).

El Imperio promueve así la destrucción del derecho, pero necesita de la producción de mercancías. Creemos, como ya dijimos, que eso destruye la ecuación fundacional del capitalismo y que sólo un régimen político de represión, lo cual puede no querer decir represión abierta, sino defensa de los intereses de la civilización puede sostener esa “gran transformación invertida” del capitalismo (15). Pensamos en consecuencia que esta serie de hechos nos autoriza mínimamente a colocar la cuestión de la definición, caracterización e historicidad del capitalismo y de sus probables transformaciones de naturaleza, para

revisar entonces críticamente pero en un gradiente de alternatividad, la vigencia científica y la oportunidad política de los dispositivos de análisis de ese modo de producción.

El rey capital quedó desnudo por dejar a la intemperie las instituciones, derechos y conquistas de quienes nutren la corte de capitalistas. Ya no hay mediaciones, fetiches, “humanidades”, ni siquiera proyectos que simbólicamente calmen el vértigo social que produce el desmoronamiento del sistema. Tal vez hayamos a esta altura podido aclarar entonces que no estamos frente a una crisis más “fin de siècle”. Muy por el contrario: **Hablamos de todo el andamiaje capitalista construido históricamente, desde las representaciones de filosofía política (Hobbes, Locke, Mandeville, Hume, etc.), pasando por la violencia de la intervención estatal en la creación de las mercancías ficticias “tierra”, “mano de obra”, “moneda”, “crédito” (Polany), sin olvidar los modos de control /recreación de subjetividades del desde todo el mapa de la microfísica del poder bajo dominante capitalista. (15)**

Hablamos de todas las categorías, representaciones, formas de la vida, **expectativas e intereses** subjetivos y sociales sin los cuales Adam Smith no podría haber imaginado el proyecto liberal de sociedad capitalista desplegado con excelencia en “La Riqueza de las Naciones”. Todo ello no está en crisis. Esta en franca disolución. La nueva configuración geo-estructural y el mix sectorial-global del nuevo poder económico se ha desanclado de los Estados Nación (es decir, se desentienden de sus sociedades de origen, del carácter nacional de sus territorios y de la soberanía de los Estados sin los cuales no hubieran sido). Esos intereses económicos apelan a la “razón de Estado”, a la “cuestión nacional”, al equilibrio inter o intra regional con el sólo propósito de arrancar más concesiones al poder político, pero sin que éste ni la sociedad que dejó formalmente de representar tengan un retorno socializante como “equivalente” de los grados de libertad cedidos.

Aunque a esta altura de la exposición resulte redundante, quisiéramos recalcar una cuestión no menor, porque no queremos que se pueda interpretar aquí que destacamos una deriva “perversa”, “irracional”, “temporaria” o contra-natura del modo de producción capitalista. La cual podría corregirse con una mano de ética y moral y otra de formas capitalistas a “rostro humano”. A la manera en que lo sugiere la expresión “capi-

talismo salvaje”, tan frecuentemente usadas por nuestro colega y amigo Borón.

Así como violencia, explotación, poder, sumisión y alienación son atributos constitutivos y dinámicamente constituyentes del capitalismo, también lo son las a veces poco formales y bien construidas hegemónicamente nociones/procesos de consenso, democracia, derechos civiles, instituciones sociales, etc. Y aquí va el nudo de este planteo, **porque el capitalismo no puede ser (percibido) sólo como injusticia, violencia y desagregación del tejido social**. Su picardía, su ecuación indescifrable, su alquimia ha sido justamente no sólo la de velar, ocultar, distraer respecto de esos argumentos ontológicos antagonistas, sino que ha sido falta aún que se presente eficazmente como garante del bien común y representarme del interés general.

Creemos que éste ha sido el “secreto” del capitalismo, el de los fundamentos primeros y reconducciones históricas de su legitimidad política. Es por ello que ha fracasado políticamente, porque, como relación social ha permitido la fragmentación y disolución totales de la matriz socializante a través de la inclusión vía relación salarial (trabajo asalariado, para ser más claros) y la implosión de los mecanismos de regulación social. Esta legitimidad cuyos resortes los Estados han perdido es tan constitutiva como la violencia y explotación de la relación social. Entonces, si cambia esa configuración fundacional, cambia todo. Y detrás de la precarización, segmentación, desagregación de la relación salarial fordista, se retira el derecho, se indiferencia el territorio y se disuelve la sociedad en la violencia. Eso sí, con inflación cero, e implosión violenta infinita.

Se ha roto así la articulación capitalista tradicional entre crisis económica y crisis política. Antes del imperio, el capitalismo, sea cual fuere la etiología de su crisis económica debía, a través del Estado, ser sumamente eficiente en la ejecución de las políticas de salida de crisis. Porque la crisis desnudaba al rey, evidenciaba la naturaleza de clase y, eventualmente, represiva del Estado. Al caer entonces su manto de trascendencia era imperativo recomponer la universalidad de la mercancía y de la inclusión salarial para evitar el abismo de un Estado develado en su naturaleza. El imperio, en cambio, no tiene esos imperativos, no intuye esos abismos, se siente eterno y natural. Dos cosas respecto de las cuales los dispositivos,

instituciones y agentes capitalistas (aunque corramos el riesgo de biologizar/antropologizar procesos ideológicos de construcción de sentido) no tuvieron nunca paz.

El Imperio no desea la paz, por el contrario necesita infinidad de estallidos violentos (llamados guerras de baja intensidad) para distraer su pasado de derecho y para hacer de la violencia que él mismo induce su renovado argumento ontológico. Y para colmo, este fracaso no es percibido como ocaso del capitalismo, menos aún, convengamos un término, como Imperio. Y asumamos como tiempo de descuento que las múltiples violencias derivadas de esta implosión político social capitalista no hayan encontrado aún filosofías políticas del tipo “violencia fundacional” (16) como momento lógico/ontológico de constitución de “lo social”. Pero atención, porque Le Pen, La Liga Norte, Serbia, Austria, (et j’en passe) están ahí encubando algunos y nutriendo otros.

Jean-Paul Sartre pasó gran parte de su vida y parió gran parte de su obra tratando de expiar su pecado de juventud, el cual fue, según el mismo confiesa, no haber visto la llegada del nazismo por haber residido esos años en los celestes altares de la metafísica y la literatura. Desde qué altares miramos nosotros estos sucesos desde hace más de dos décadas. Seguramente no es por escribir *La Nausea* que apuntamos hacia métodos, modelos y movances académicas más ascéticas. En el mismo registro derridiano (*Enter Ghost, Exit Ghost*) nos preguntamos si escuchamos los versos, las músicas, la jerga, los andares y vestires de esos millones de Paul Nizan que, cada uno a su modo, nos dicen “...jamás permitiré a nadie decir que veinte años es la más bella edad de la vida”.

Un poco de historia

Sirva entonces como nunca redundante “rappel”, que si bien hasta ahora hemos enfatizado la caracterización política y la dinámica reciente de los Estados y capitales individuales, hay algo respecto de la clase trabajadora que debe recordarse. Desde un punto estrictamente (a fines expositivos) económico, la clase trabajadora, a parte de ser la mercancía maravillosa de la que hablaba Marx, porque única capaz de crear valor, fue, a través de su lucha de clases, un motor indispensable de la acumulación capitalista y de su intensidad reproductiva (como

respuesta del capitalista al antagonismo de clase en el seno de su fábrica o coerción interna). En fin más claramente llamada “lucha de clases”.

Simultáneamente fomentó la solidez de las bases de soberanía de los Estados al brindarles, nuevamente a través de la lucha de clases y salvo en tiempo de crisis, más grados de libertad respecto de sus compromisos/deberes hacia el capital. En otros términos, la clase trabajadora apuntaló dinámica e intensivamente la acumulación y al aceptar a través de sus instituciones representativas los compromisos capital/trabajo correspondientes a cada época, sumó densidad legitimante al Estado capitalista y a la violencia, intereses y sumisiones que éste mediatizó a favor del Capital.

Por otra parte es a esas luchas sociales y sindicales que debemos gran parte de los avances en materia de derecho. Los réditos (en el orden de la representación colectiva) se los llevó el Estado, pero hizo falta mucha lucha –y nos contenemos en las imágenes– para que esas conquistas alcancen rango legal o institucional. Lamentablemente estas no son cuestiones obvias. Lo obvio actualmente es el obstáculo que los trabajadores imponen a la búsqueda y logro de una mayor competitividad para beneficio de la “sociedad”. Como si se reconociera ya impunemente que están los trabajadores fuera de esta “nueva sociedad”. Sociedad cuyo mapa y topología están ya insinuándose y los que queden dentro (respecto de los márgenes), en esa cercanía al proceso de trabajo esclavista evocada, nos recuerdan esa siniestra Fábula de las Abejas como modelo de la sociedad inglesa de la monarquía de Orange (1714) de Bernard de Mandeville (20), donde es en cierta forma “socialmente óptimo” que los beneficiados por el modelo se desenfrenen en la satisfacción de sus apetitos y deseos mientras que las abejas laboriosas no dejan de producir para esa casta “imperial”.

Esta propuesta política de sociedad debió ser moralizada por David Hume más tarde, sin lo cual Adam Smith, desde su filosofía moral mucho antes que desde su obra fundadora de la economía política no hubiera podido “éticamente” imaginar el modelo/proyecto de sociedad expuesto en “La riqueza de las naciones”. Algo que nos hace preguntarnos por dónde pasa la filosofía política liberal en nuestros tiempos. ¿Por qué tanto paper, congreso, panel, etc. respecto de la caída del muro del

este y tanta negación de la caída de todo este andamiaje del proyecto social capitalista?

En suma: estamos recordando algo que todavía está en la piel de muchos de los que el actual capitalismo en deriva violenta margina, cual es el hecho de que fueron los trabajadores los que, a base de lucha, cuerpo y muchas veces vidas (60 millones de muertos de 1914 a 1945) lograron para sí pingües conquistas, pero también:

Aumentaron la soberanía política de los Estados de posguerra al acceder a la propuesta de relación salarial fordista, la que no sólo no fue un intercambio de “equivalentes”, sino que destruyó política, gremial y sindicalmente al movimiento obrero al aceptar un proceso de trabajo que lo rutiniza, atomiza, descalifica, con la honorable excepción de, entre otros, el movimiento operaísta italiano. En fin, le saca su control del proceso productivo y su conocimiento de la producción, o sea, lo desmantela de los resortes históricos de su fuerza política en la dinámica de clases.

Es precisamente esa lucha de clases la que, mediatizándose (en lo fenomenal pero argumentando en lo ontológico), está en la base de los dispositivos de aumentos de la intensidad de la acumulación y de la productividad en la producción, como ya señalamos.

Por su parte, esa mayor soberanía política del estado debido a la paz social (que algunos llaman Welfare, otros Keynesianismo o Newdealismo, etc., en fin esa paz social) que concedieron los trabajadores le permitió a ese estado arbitrar instituciones de competencia para que la coerción externa (la valorización en el mercado de la producción atomizada de valores de uso) garantizase la dinámica del sistema socio político en equilibrio en otros términos, fue esa lucha de clases la que contuvo las demandas social y sistémicamente irracionales de la relación social capitalista por parte de los capitales individuales.

Y es cuando el Estado abandona esa “representatividad formal” que no era un regalo o un plus concedido a los trabajadores, sino la base misma de su propia legitimidad política frente al caos de los intereses individuales que queda abierta la vía suicida y circular de desagregación social y política del capitalismo.

Antes de proseguir con el argumento que veníamos desarrollando, reparemos en el hecho de que a partir de la crisis

de los setenta, los capitalistas no soportan ya más coerciones. y he aquí (sólo enunciamos un proceso no anunciado pero por demás relatado) que no ya *Das Kapital*, sino los capitalistas individuales convergen en sus intereses (incipiente globalización y desregulación mediante) de destruir las bases de la soberanía de los estados que no sólo acompañaron sino que crearon y recrearon dinámicamente las bases de sus existencia como tales al mismo tiempo que endilgaron a la clase trabajadora y su insaciable “apetito” las razones de la crisis.

De un solo golpe entonces (y ya sin necesidad de golpes, por ahora), debilitados los agentes de la coerción externa (instituciones de la competencia y del compromiso social) e interna (sindicatos, clase trabajadora). Lo interesante aquí es que cuando los capitalistas deben volver a acudir a la clase trabajadora, ésta ya está virtualmente desestructurada como para motorizar combativamente un compromiso que no sea un presente griego, si es que alguna forma de compromiso fuera admisible en este estadio del capitalismo (nos explicaremos). Curiosa picardía del capitalismo pre-imperial: “los necesitamos, ahora que ya están como colectivo, clase y fuerza política privatizados entre la compulsión mercantil y el pánico al desempleo”. Como lo vio tan oportuna y tempranamente Guy Debord (17): “el sistema económico fundado sobre el aislamiento es una producción circular de aislamiento. La atomización funda la técnica y el proceso técnico aísla a su vez. Desde el automóvil a la televisión, todos los bienes seleccionados por el sistema espectacular constituyen simultáneamente sus armas para el refuerzo constante de las condiciones de aislamiento de masas solitarias”.

En esa configuración de fuerzas, resortes de poder y posibilidad o responsabilidad de liderar proyectos políticos por parte de los distintos actores, sólo queda una lectura: el Estado vio desvanecerse su trascendencia (relativa pero eficaz) política y los sectores de poder se desentienden crecientemente de poblaciones, territorios, cohesión social, en fin no sólo no proponen un nuevo proyecto sino que su proyecto es, a mediano o no tan largo plazo, la interrupción abrupta, y no ya sólo racionalizada, sino naturalizada ideológicamente, de los dispositivos de la propia reproducción social.

Devenir de multitudes

Es difícil, como veremos, imaginar a partir de este cuadro de fin de siglo devenires de potencia social en acto, de subjetividades colectivamente libertarias. Hasta su mapeo nos es difícil dado que nada institucionalmente lo promueve, aunque esto será un punto a favor, como veremos. Pero sí podemos con baja probabilidad de error descartar algunas modalidades de estabilización o salida de crisis pasadas en cuanto a su factibilidad en esta debacle civilizatoria del capitalismo.

Pero retomando las salidas “históricas” a descartar y convocando desde ya a imaginar especulativamente a partir de estas realidades y procesos las posibles), seguramente, muchas de ellas ya en acto mientras la economía vulgar hace modelitos de “noed papillon” macroeconómico y mientras la politología mayoritaria despliega optimizaciones, modelos y demás instrumentos de gestión de gobierno.

Las salidas hipotéticas serían:

1) Una remake de **“l’invention du social”** (18) que debió llevar a cabo el estado francés luego de la revolución del 48, la Comuna y ante las crisis que poblaron las últimas décadas del siglo diecinueve, aún cuando grandes como Victor Hugo o Zola encontrarían nuestro tiempo como una forma similar de sus presentes respectivos. Es decir, ante la imposibilidad de cumplir la demanda del 48 de “trabajo para todos” y la correspondiente ruptura de la “ilusión del derecho” que esa imposibilidad manifestaba, “lo social” se inventa desde el Estado capitalista como interfase entre ese quiebre develado entre la política y la economía del capitalismo.

Esta vía, y todas las asimilables, obviamente, son inviables, aún cuando hubiere disponibilidad política de los sectores de poder, por la disolución y estallido de la separación entre las esferas fenomenales del capitalismo entre “la política” y “la económica” (19). La invención de lo social, como demuestra brillantemente Donzelot, fue una interfase entre la imposibilidad capitalista de dar status de derecho a los valores de la Revolución Francesa y de la Primera República. También jugó aquí la necesidad del Estado de empezar a crear ámbitos, si no aún de compromiso social, al menos de co-responsabilidad, de

“reaseguros sociales” aunque de hecho se tratara de asegurar cierta estabilidad de la relación de dominación ante un capitalismo convulsionado por crisis, guerras y revoluciones. Primera forma de “socialización” de los intereses de clase.

2) La de un posible neo-new-deal, impensable también, por la inexistencia de estadistas de la talla de Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill o de Charles De Gaulle y por la ya señalada falta de disponibilidad política de reconstrucción de lo social por parte de los nuevos sectores de poder/interés. Y aquí nos resistimos a hablar de intereses globalizados, si bien es innegable que esa es la dimensión espacial de su recreación. Y lo hacemos porque creemos que dentro de la saturación del término globalización no escapa cierta disolución de responsabilidades políticas nacionales respecto de las poblaciones, sociedades, instituciones y territorios de origen.

En este sentido, Donzelot apunta en la obra citada: “... Y si la salida de la crisis pasara por un desdibuje de la tradicional separación entre lo económico y lo social, a través de una movilización de toda la sociedad, ¿cómo podría esa movilización realizarse en el marco de una vida política aún completamente marcada por las posiciones heredadas de otra era? Todos los partidos políticos recurren de manera ostensiva al vocabulario del cambio pero, a pesar de esta concesión verbal a la modernidad, mantienen en la práctica las viejas recetas del Estado de Bienestar. Y, como éstas ya no funcionan, después de dejarse agitar de espasmos ideológicos el tiempo de una elección, enseguida vuelven, los rostros caídos, a la gestión cotidiana de la crisis. ¿Cómo entonces no leer todo esto como un signo flagrante de ***un malestar de la política?***”

Ello debe entenderse a partir de la constatación de que los empresarios y sectores dinámicos actuales ni imaginan lo que ganarían con una keynesianamente renovada demanda social agregada (y ninguno de los economistas oficialistas u opositores doctorados en macroeconomía en donde se debe, dice, aunque sea al pasar, que en Francia, por ejemplo, el mercado interno es más importante en su share de demanda agregada y tira más el crecimiento y el empleo franceses que el comercio exterior, no obstante la Unión Europea). O que en Argentina las más grandes empresas ganaron más en los años de depresión

que en los de crecimiento durante los noventa, según los estudios recientes del Instituto de Estudios de Estado y Participación (IDEPE) de ATE.

Valga aquí una aclaración. No repasamos estos escenarios históricos del capitalismo pensando ingenuamente en la posibilidad de su repetición, ni siquiera como “comedia”, sino porque creemos firmemente que contribuyen a consolidar la hipótesis de esta aporía del capitalismo como sistema de socialización.

En fin, -tout compte fait-, los devenires transitan entre el riesgo a la generalización neo-nazi, racista, xenófoba, y las líneas de fuga, las grietas, las fisuras que nos pueden permitir reinventar pueblos, alegrías y potencias por venir. La trampa del Estado de Naturaleza está ahí curtiendo su agriedad (S. Huntington y sus primitivos, fanáticos y violentos pueblos cuya violencia debe terminar). Los primeros atacan al sistema político democrático para debilitarlo y eventualmente ampararse de él como salvadores. Los segundos son moleculares, escurridizos, hacen máquina desde deseos liberados, no esperan una nueva “invención de lo social”. Pero inventan cotidianamente un político diferente. No sólo apelan a las instituciones en retirada, avanzan con formas no institucionales de resolución de situaciones sociales.

O sea devuelven molecularmente a lo público su carácter no estatal, rompiendo esa sutura tan propia del capitalismo. Tientan a la gestión de los nuevos modos de subjetivación que provocan para sostener mínimamente los valores de lo público y de la República, pero se escapan en un mismo tiempo político, ético.

Ellos actúan (praxis/agire, potentia agendis) sobre todo desde la inmanencia de las multitudinarias multitudes que recrean más o menos intensamente formas alternativas, gratuitas, colectivas, impensadas de vida común, de deseos pendientes y potencias tapadas. Desde el afecto y con toda la necesidad de la ayuda que nuestros conceptos y representaciones puedan agregar para todos. Un Hobbes imaginario del capitalismo fin de siglo no tendría que fundar la hipótesis del estado de naturaleza para erigir un Leviathan. Su problema sería imaginar un estado de cosas más violento aún que el de este renegado fin del capitalismo para hacer posible la refundación de una trascendencia.

La salida a esta crisis terminal pasa entonces, creemos, por la invención de lo político, desde la inmanencia, la gratui-

dad, la potencia multitudinaria de afectos que se cruzan, multiplican, creando lo que no sabemos ni estamos obligados a saber. Ese es el encuentro posible de nuestros deseos, potencias y creatividades. Esa es nuestra libertad, nuestra necesidad. El amor y la salvación que nos debemos. Con todo respeto por la academia, basta de modelos, simulaciones, y tecnicismos. Salvemos a los pueblos que fueron para hacer la posta de esta sed de potencia y libertad, a los pueblos que están padeciendo esta debacle y a los que vendrán. Y pidiéndole a Humberto Ecco prestada por un segundo la imagen, tanta militancia en contra de la potencia de las ciencias sociales tiene que tener una explicación. Tal vez sea que, a la manera del relato de “El nombre de la rosa”, alguien escondió el Tratado de la Risa de Aristóteles en nuestras ciencias. Y si a pesar de nuestras nobles filia-ciones, no fue aún escrito, a escribirlo.

El mismo Jacques Donzelot, afirma en “la Invención de lo Social” (19), ya un clásico, que: “... se ha convertido en casi imposible hablar de sociedad, salvo bajo una forma de alguna manera sintomática, como residuo que se quiere restablecer o como fantasma que alucinamos”. ¿Qué otra cosa es una crisis de socialización? Y el autor citado escribió este enunciado hace ya diez años y en el contexto francés. ¿De qué hablamos nosotros cuando hablamos o cuando dejamos de hablar del mercado? ¿Tendremos (tenemos) sociedad mientras ajustamos, flexibilizamos y emprolijamos la economía? A veces nos tienta pensar que el interés de los países centrales por nuestro “mercado emergente” es una forma inconsciente de vernos como postal del futuro de esta civilización en emergencia violenta.

Y en términos de violencia, nos parecen apropiadas las últimas palabras con que René Girard apostrofa a la cultura occidental en *La violence est le sacré*: “(...) después de haber emergido de lo sagrado más completamente que las otras sociedades, a tal punto de haber “olvidado” la violencia fundadora, de haberla perdido completamente de vista, vamos a reencontrarla. La violencia esencial vuelve sobre nosotros de manera espectacular, no solamente sobre el plano de la historia, sino también sobre el del saber. Es por tanto que esta crisis nos convida, por primera vez, a violar el tabú que ni Heráclito ni Eurípides en fin de cuentas pudieron violar: el de tornar plenamente manifiesta y bajo una luz perfectamente racional, el rol de la violencia en las sociedades humanas”.

Notas

1. Gilles Deleuze, *Spinoza et le Problème de l'Expression*, Les Editions de Minuit, Paris, 1968.

2. Felix Guattari, Entrevista sobre el "Anti-Edipo", L'Arc, Numero. 49, Paris, 1972.

3. Toni Negri, *Le pouvoir constituant – Essai sur les alternatives de la modernité*, Presses Universitaires de France, Paris, 1992.

4. Pierre Clastres, *La société contre l'État*, Les Editions de Minuit, Paris, 1974.

5. Gilles Deleuze, *Pourparlers (1972 – 1990)*, Les Éditions de Minuit, Paris, 1990.

6. Jacques Derrida, *Spectres de Marx*, Éditions Galilée, Paris, 1993.

7. Karl Marx, Thèses sur Feuerbach en *L'idéologie allemande*, Editions Sociales, Paris, 1982.

8. Toni Negri y Michael Hardt, *Empire*, Harvard University Press, 1990.

9. Gilles Deleuze, *Critique et Clinique*, Ed. De Minuit, Paris 1991.

10. Gilles Deleuze, Curso sobre Spinoza, Universidad de París VIII, Saint-Denis, ex Vincennes, Enero 24 de 1978.

11. Toni Negri, *Marx et le travail: le chemin de la désutopie*, Futur Antérieur, L'Armattan, Paris, 1996.

12. Gilles Deleuze, *Critique et Clinique*, Ed. De Minuit, Paris 1991.

13. Karl Polanyi, *La Grande Transformation*, Gallimard, Paris, 1980.

14. Marcelo Matellanes, "El fracaso político del capitalismo", en Realidad Económica, Revista del IADE, No. 158, agosto de 1998 y en "El trabajo y la política en la Argentina de fin de siglo-Primer encuentro Nacional por un Nuevo Pensamiento",

compilador Claudio Lozano, EUDEBA/CTA, Buenos Aires, Marzo de 1999.

15. Karl Polanyi, *La Grande Transformation*, Gallimard, Paris, 1980.

16. René Girard, *La violence et le sacré*, Grasset, Paris, 1972.

17. Guy Debord, *La Société du Spectacle* (1967), Ed. Champ Libre, Paris, 1976.

18. Jacques Donzelot, *L'Invention du Social*, Editions Du Seuil, Paris, 1994.

19. John Holloway and Sol Picciotto, Editors, *State And Capital – A Marxist Debate*, London 1979.

20. Bernard de Mandeville, *La Fable des abeilles ou les vices privés font le bien public* (1714), Ed. Vrin, Paris, 1974.

ARGENTINA: DE LA NO SOCIEDAD A LA SOCIEDAD CERO

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL GENOCIDIO DE LA SOCIEDAD ARGENTINA IMPLEMENTADO POR LA GESTIÓN DE LA RÚA - CAVALLO

La visión lúcida de la situación más sombría es ya en sí misma un acto de optimismo: ella implica de hecho que esa situación es pensable, es decir que no nos encontramos perdidos en ella como en una selva oscura y que podemos por el contrario arrancarnos al menos por el espíritu, sostenerla bajo nuestra mirada y así separarla ya y tomar nuestras resoluciones frente a ella, aún cuando esas resoluciones sean desesperadas.

Jean-Paul Sartre, ¿Qué es la literatura?, París, 1948

Introducción

La presente colaboración es ante todo el resultado, primero afectivo-padecido y luego afectivo-activo-afirmativo de lo que en nosotros provocó el anuncio del último, pero no final, ajuste del binomio De la Rúa – Cavallo. Nuestra primera intención teórica es, por tanto, el encuadramiento de la dinámica que da origen a estas medidas, de ellas mismas en su implementación, y de los resultados sociales, políticos, monetarios y económicos dentro del marco coyuntural en el que surgen como decisión política de la actual gestión.

No obstante, el esfuerzo conceptualizador que hemos llevado a cabo arroja más claridad sobre la dinámica socio-política y económica argentina desde la década del setenta en particular, dando a los distintos períodos (dictadura militar-democratización-menemismo) una nueva racionalidad de largo plazo que apuntala y a su vez convalida nuestras hipótesis y conclusiones, como intentaremos explicar. Es éste el nivel local del análisis que nos permite realizar la interfase teórica con los procesos del capitalismo globalizado en su estadio Imperio.

Y ello, debido a que nuestras elites locales y sus representaciones políticas han sistemáticamente, desde los años setenta, diseñado e implementado por etapas un proyecto que hoy surge a la luz, a nuestro entender, con toda claridad. Ese diseño consiste en, en lo local, pasar en lo que compete a la

sociedad argentina, de un cierto estado de **no sociedad**, debido a sus fragilidades constitutivas como formación social periférica industrializante, a un estado de **sociedad cero**, conforme al programa de déficit cero recientemente implementado.

En lo global, este diseño capitalista aberrante de las clases dominantes y del capital concentrado argentino demuestra que nuestro país ha sido líder en la implementación de procesos de desagregación política y social mediatizados –aunque no únicamente– por políticas neoliberales que detrás de la mitificación de la llamada globalización y de las políticas de ajuste cuya última generación aquí analizamos, remiten en última y real instancia a una modalidad “Imperio” del capitalismo que hace cuestionar la pertinencia misma, de ahora en más, del mismo nombre de capitalista para caracterizar el modo de producción.

Queremos decir con ello, que más que una nueva fase o diferencia de grado en la acumulación mundial de capital, podemos asistir a un cambio de naturaleza en el llamado capitalismo, cosa que por otra parte hacen de una u otra manera quienes denominan, como Toni Negri, Imperio a la actual fase, o desde otros ámbitos, como el propio en recientes artículos, “crisis civilizatoria”. En otros términos, en este trabajo se despliegan hipótesis que superan de mucho por su potencial teórico el estricto esfuerzo de conceptualización del programa de déficit cero.

Se puede a través de él, pensamos, alimentar la hipótesis de que Argentina es una postal del futuro de un capitalismo que ha abandonado toda racionalidad global política y económica, dejando de ser, como lo pretendió desde que Adam Smith le diera forma literaria, un proyecto de sociedad, o, dicho en términos más estrictos, un **modo de socialización**. Afincamos dicha afirmación en el hecho de que, a nuestro entender, los distintos análisis de izquierda en lo político o de corte crítico marxista en lo teórico, han desestimado la relevancia constitutiva y constituyente que para el capitalismo como modo de socialización tiene el elemento “legitimidad política” y de agente de socialización.

Preliminares

En un país capitalista medianamente razonable, si es que la razón puede asistir a la explotación, a la alienación y a la violencia constitutivas del capitalismo, el Estado tiene ciertas funciones que pueden agruparse en dos ámbitos:

Las relativas a la reproducción dinámica, intensiva y equilibrada de la relación social capitalista, es decir del sistema de dominación.

Las inherentes a la búsqueda de consensos, arbitrajes y compromisos sociales mínimos que aseguren legitimidad política al sistema que permita ocultar el rasgo de violencia que es constitutivo del Estado capitalista.

Es decir, el capitalismo ha sido históricamente una dialéctica entre el afán desmedido de lucro de los empresarios, rentistas y financieros y las regulaciones que el Estado, como capitalista colectivo ideal, es decir, dotado de una racionalidad global que desconocen naturalmente los capitales individuales, ha debido ir estableciendo para compatibilizar ese afán de explotación con la legitimidad política y, dominando estos desequilibrios intra-capitalistas y estas voluntades consensuales de los Estados, la lucha de clases.

Lucha de clases que ha permitido al proletariado las sucesivas conquistas, hasta fines de los setenta del siglo XX, y al capital intensificar su acumulación tecnológica debido a ese mismo enfrentamiento con los trabajadores que lo llevaba a sustituirlos por maquinaria y tecnología. La lucha de clases, en este sentido, ha sido, aunque sumamente costosa para la clase trabajadora, virtuosa en por lo menos dos niveles. Por un lado, ha permitido la intensificación capitalista del proceso de acumulación a través de la coerción interna que hace patente el antagonismo entre la lucha por el salario y las condiciones de trabajo y la tasa de ganancia, que llevan al capitalista en particular y al capital en general a intensificar la sustitución de trabajo por capital.

Por el otro, y nada menor para los afanes de reproducción regulada sistémica del modo de producción, la lucha de clases ha permitido la institucionalización creciente de sus conquistas gremiales y sociales, dotando así al sistema de los niveles de legitimidad política que le son constitutivamente indispensables y generando, por otra parte, niveles de regula-

ción social a través de los mecanismos distributivos del ingreso que de ella se desprenden y que permitieron al capitalismo el crecimiento inédito en tasas, en legitimidad política y en intensidad de la acumulación que se registraron en los bellos treinta años (1945-1975) para el mundo desarrollado. Es en este sentido que sostendremos que el devenir capitalista argentino en particular y global en general han obstruido esta capacidad de la lucha de clases de ser virtuosa al capital a través de los mecanismos de expansión de la demanda agregada de la sociedad salarial y de la posibilidad de una sociedad salarial misma, que es condición indispensable en tanto y en cuanto el capitalismo quiera plantearse como proyecto de sociedad y como modo de socialización.

Tesis del Estado genocida De la Rúa- Cavallo

De acuerdo a los preliminares citados, es función del Estado el garantizar una serie de estrategias de desarrollo, de funciones sociales, de seguridad del empleo, la educación, la previsión social, etc. El modelo instalado por la dictadura y sus representados económicos y políticos, perfeccionado por el menemismo durante los años noventa y continuado por la Alianza no respeta estos prerequisites que ningún liberal en serio se atrevería a cuestionar. En este sentido, más allá de las formas fenomenales de los procesos de privatización inspirados en el neoliberalismo, el caso argentino es paradigmático y casi una postal del futuro del devenir capitalista ya que la privatización primera y originaria ha sido **la privatización de lo político**. Entendamos esto como que lo político del capitalismo es absorbido completamente por los comandos del **Imperio** y de los llamados mercados, como señalan Toni Negri y Michael Hardt en su obra *Imperio*.

Es en este sentido que decíamos que en cierta forma, a partir de los años setenta y del comienzo de las políticas de desregulación financiera, cambiaria y comercial, se inhibe el efecto virtuoso que para el capitalismo, nada paradójicamente, habían tenido las luchas sociales y de clases. La privatización de lo político en el caso Argentino durante el menemismo, posible debido al carácter desintegrador que en lo social y en lo económico imprimió el proceso militar y que los albores de la democracia no supieron desandar, es eso, el hecho de que el

capitalismo repliega sobre sí la totalidad de lo político. De esta manera, la esfera formal, discreta y diferenciada de lo político, que en el capitalismo había permitido la ilusión democrática y de igualdades formales en materia de derecho, todo ello es retirado por el capital sobre sí mismo, en Argentina de manera precoz aunque sumamente cruda en particular, y en el capitalismo global en general. Es por eso que la crisis del sistema, la clase y la representatividad políticas en Argentina se dan de manera anticipada respecto de lo que se convertiría en su devenir en todo el mundo capitalista. A procesos como éste remite la primera elección presidencial fraudulenta en la “madre” de las democracias occidentales, como fue el caso de la elección de Bush Jr. en los Estados Unidos, así como a estas dinámicas debe referirse la caída de todo velo democrático ante los recientes sucesos represivos durante la reunión del G-8 en Génova.

Para intentar redondear un poco esta idea que no obstante deberá seguir abierta a lo largo de todo el análisis como su hipótesis fundante y que, creemos, arroja nueva luz sobre la dictadura de los setenta, las fragilidades alfonsinistas y la aberración del menemismo en los noventa, después de los radicales movimientos contestatarios del capitalismo del mayo francés del 68 y del movimientismo operario (cordobazo en argentina en los sesenta, autonomismo operario en el otoño caliente italiano en los setenta, para citar sólo algunos ejemplos), en fin luego de ese nivel de radicalidad en la lucha, el capital en su forma de relación social y su representante político, el Estado, se privatizan, atomizan concentradamente y deciden que el juego terminó. Que se acabó la fiesta del fordismo, de las conquistas sociales, de los convenios colectivos, en suma del derecho en el cual habían cristalizado las luchas políticas, sociales y gremiales desde el siglo XIX.

Es sorprendente en este sentido como las clases dominantes en Argentina, así como sus poderes represores y agentes políticos anticipan esta decisión política de terminar con la política como se la había entendido hasta entonces. Creemos que esto da una posible llave de intelección diferente tanto a la dictadura militar como a las políticas monetarias, neoliberales y de desregulación que inaugurarán en los fines de los setenta y comienzos de los ochenta los gobiernos de Reagan y Thatcher. Es ese repliegue de lo político sobre los llamados merca-

dos, eufemismo que esconde las nuevas y difusas formas del poder concentrado global, el que determina la dinámica en la que se instalan los diversos procesos de ajuste económico en Argentina y en el capitalismo en general y a cuya expresión y última generación podemos ahora sí volver a analizar.

En consecuencia con lo que estábamos diciendo respecto de las funciones del Estado capitalista al comienzo de este capítulo, el diseño de los presupuestos fiscales de todo orden, naturaleza y jurisdicción deben hacerse por fuera de los diseños de ingresos fiscales. Luego, una vez establecidos los niveles de gasto público total, se decantan los ingresos necesarios al cumplimiento de las funciones del Estado liberal y capitalista. Dentro, por cierto, de límites de razonabilidad: estrategia de desarrollo modernizante y mínimamente equitativa, necesidades y previsiones sociales básicas que garanticen la reproducción social y las que las luchas sociales y sindicales hayan históricamente determinado como formas incorporadas al derecho. Nada más, pero nada menos. El sistema tributario en particular y el fiscal en general deben solventar esos niveles de gasto. Todo esto, obviamente dentro de un contexto sistémico capitalista que funcionó hasta la llamada decisión política de los años setenta en el sentido de que “se acabó la fiesta”. Lo que demuestra el caso argentino es que con esa decisión de los capitalistas individuales, mediatizadas por los gobiernos de turno y toleradas por una alertagada sociedad civil **lo que se acabó es la sociedad.**

Porque no es la recaudación la que determina el gasto sino el gasto estratégico, científico, social y previsional el que determina el nivel de recursos públicos necesarios. Sucede que bajo el esquema Cavallo-De la Rúa primero lo primero –lo que determina el gasto es el nuevo ordenamiento del poder global imperial, o sea, el pago de los intereses por la deuda externa. Poder imperial en su forma más bastarda, ya que es la del capital financiero. El dinero como mercancía evacuado de socialización, de política, salvo que se entienda a la moneda como privada de y privatizada por lo político de este nuevo capitalismo imperio.

Sucede así que, paradójicamente, la moneda, que era desde sus inicios al ser creada por los Estados-Nación naciendo la mercancía política por excelencia deviene, en manos de los llamados mercados, la mercancía de la despolitización, de

la transfiguración de las antiguas soberanías nacionales, la mercancía de la des-socialización. Es por ello que al comenzar con la desregulación financiera a fines de los setenta, Reagan hace mucho más que “devolverle la libertad a los mercados”, lo que hace es dar rienda suelta a la fracción del capitalismo más atomizada, más irracional, menos política. Sobre esos átomos incipientes iniciales cabalgarán luego las reales transformaciones deseadas por los capitales más concentrados que decidieron cortocircuitar la lucha de clases, comenzar la destrucción sistemática del derecho formal burgués y alienar a los gobiernos, crecientemente corruptos e irrepresentativos de todo afán de legitimidad política en el cual basar las políticas económicas reclamadas por el nuevo poder global en vías de constitución.

Todo esto sucede, insistimos, a medida que comienza a quedar caduco el cuadro de razonamiento de un Estado capitalista que resiste los dispositivos analíticos en materia de teoría del Estado marxista hasta el llamado debate alemán de la derivación del Estado, en lo teórico, y en lo que respecto al devenir del capitalismo hasta fines de los años setenta, en lo político. Sucede que a partir de ese momento y como reacción de los capitalistas individuales ante el frontal cuestionamiento de los años sesenta y setenta, las categorías analíticas de Estado, trabajo asalariado y sociedad salarial, entre otras, sufrirán una brutal transformación no de grado sino de naturaleza debido a la citada reacción de los capitalistas individuales a partir de fines de los setenta. Y no podría haber sido de otra manera ya que esos movimientos, no esperan ya nada del Estado liberal burgués representante formal del bienestar general, por el contrario, su propio **poder constituyente** como multitudes en acción afirmativa es la negación de los presupuestos de soberanía, de contrato, de delegación y de institución misma del Estado Capitalista.

Así como los movimientos sociales de esos años – y que vemos renacer renovada y recreativamente actualmente en los movimientos capitalistas mal llamados anti-globalización– no “van por el Estado” al viejo estilo revolucionario sino que “su afirmación es la negación del Estado”, lo mismo sucede al nivel de los movimientos autonomistas operarios que no van, según la tradicional lógica de la lucha de clases, por “el salario y las condiciones de trabajo” sino que su lucha afirmativa es la “negación misma del trabajo asalariado y la reapropiación libertaria del

trabajo” desde el mismo imaginario en que los movimientos sociales van por la vida y no por las mercancías que el Estado de bienestar de posguerra ayuda a procurarse. Hay una vital simultaneidad en cuanto al reclamo de ambas formas de expresión libertaria, que es la firme acción en aras de la reapropiación de la vida, o *biopolítica*, como la llamarán Foucault y Negri.

Hipótesis

Volviendo al escenario local y actual, en la Argentina del postmenemismo delaruista contamos con cuatro clases de monedas y con cuatro clases correspondientes de ciudadanía, al mejor estilo de las jerarquías político-represivas y capitalistas nazis por lo que es de la moneda que detentan los privilegiados, y con estrellas de distintos colores según el grado de exclusión de la población.

Fuertes en el sentido represivo, fascista: **la violencia de la moneda**. Esto no es un modelo antagónico, eso lo fue en los setenta; este no es un modelo de puja distributiva, eso lo fue en los ochenta; este no es un modelo atomizante en lo social y disolvente en lo político, ese fue el menemismo. ***Este es un modelo de genocidio al cual los términos liberal, capitalista y represivo le quedan cortos.***

En una sociedad política e institucionalmente consolidada a la manera liberal, sólo puede haber una moneda, ya que la moneda es el símbolo más eminente de lo político como cristalización de una soberanía política y monetaria del Estado que es eficaz en presentarse fetichizadamente como representante del bien común y garante del bienestar general. Por lo tanto el estallido de monedas de diversa naturaleza, solidez y confiabilidad es síntoma de desagregación política y de disolución social. En este sentido el estallido de la moneda argentina, ya seriamente hipotecado desde el plan de convertibilidad de Cavallo en los noventa, es la manifestación de un modelo político de socialización capitalista periférica, al menos para el caso argentino, pero que creemos anticipa devenires para otras formaciones sociales contemporáneas en consonancia con la monopolización de “lo político” por parte del IMPERIO y de las redes de poder y comando globalizado que antes citábamos como respuesta del poder ante los cuestionamientos de radicalidad alternativa mencionados con respecto a hace tres déca-

das y hoy recreados por los movimientos anti-globalización neoliberal desde Seattle a Génova, por los movimientos de desocupados y piqueteros, por las asambleas y redes autónomas, por las ocupaciones de fábricas y demás luchas sociales.

Antes de avanzar en la clasificación de monedas y formas de afiliación, desafiliación en devenir o exclusión social, cabe un rápido reparo respecto del proceso hiperinflacionario vivido por nuestro país a fines de los ochenta y comienzos de los noventa. Ello permitirá esclarecer, a nuestro entender, la siniestra conexión entre el actual estallido monetario con su correlato de disolución social y los procesos económicos y sociales de la dictadura y de la experiencia alfonsinista, para demostrar la radical funcionalidad del ajuste actual a ese proyecto genocida. Ante todo debemos aclarar mínimamente ciertos conceptos respecto de la hiperinflación, lo cual nos obligará a remontarnos groseramente a la década de los cuarenta para entender la genealogía de ese proceso. Ante todo el concepto.

Como hemos dicho y ha sido brillantemente tratado por Michel Aglietta en "La violencia de la moneda", la moneda no sólo es signo de valor, la moneda en una sociedad capitalista y salarial (o sea que asegura su cohesión social dinámicamente hablando a través de la provisión masiva e incluyente de empleo) es el símbolo más eminente de lo político. Es la representación común, es la **posibilidad misma de un común, de un social**. Es por ello que una situación hiperinflacionaria es siempre síntoma de una crisis política y de alianzas de clases y fracciones de clase y es vivida por la sociedad como una total **amenaza de muerte**. La hiperinflación disuelve lo común, hace estallar lo público y lo social (al menos en su formalidad capitalista) en un infinito imparables de privados que compiten violentamente entre sí para hacer valer sus monedas privadas particulares por sobre las restantes, mientras que la moneda que sufre la acometida hiperinflacionista y violenta es poseída por los menos protegidos, por los más dependientes de lo público.

Decíamos que la hiperinflación es el emergente de una crisis política, y, en efecto, en el caso argentino su desencadenamiento fue consecuencia que la concentración aberrante del poder económico instalada desde el proceso militar y la participación en la toma local de decisiones de las potencias capitalistas, de las agencias internacionales como el Banco Mundial y el F.M.I. y los operadores financieros no se correspondían ya con el

grado de aspiración aún en épocas de Alfonsín de soberanía política y monetaria. Por tanto debía provocarse una crisis política de la mayor envergadura, que permitiese un trasvasamiento de soberanía política y monetaria como spiraban los capitales concentrados locales, los internacionalizados y la banca extranjera y sus agentes. En otros términos, había que destruir el austral, como último remedo de soberanía y de sociedad.

Es en este sentido que los episodios hiperinflacionarios son la consecuencia hoy lógica de los procesos desencadenados en los setenta, porque ponen a la sociedad frente a la amenaza de su destrucción total, lo cual la sitúa políticamente hablando en un estado de estupor que le permite aceptar cualquier solución política a la crisis que la amenaza de muerte. Toda salida de hiperinflación es una resolución política a una crisis y se fenomenaliza a través de la cristalización de nuevas alianzas de clases y sectores. La particularidad de la salida de la hiper argentina es que el menemismo gestiona esa salida de crisis con los sectores que apostaron a la destrucción de lo público y que exigen como moneda de cambio la virtual destrucción del Estado en materia de soberanía política y de autonomía monetaria. Esos sectores son los que detentan la moneda fuerte, el dólar, o sea los sectores exportadores de commodities agropecuarias o industriales, parte de la banca nacional, la banca extranjera, países e instituciones acreedoras y empresas transnacionales. Pero esos sectores pactan la salida de la crisis a condición de que el nuevo peso tenga garantía fija en dólares. Allí es donde entra Cavallo con su Plan de Convertibilidad.

Retrospectivamente visto, el plan de convertibilidad es de una ingeniosidad política extrema. Permite instalar la ilusión de que un peso equivale a un dólar para que la sociedad acepte las sucesivas condiciones y ajustes, privatizaciones y expropiaciones de lo que había logrado históricamente gracias a su aún temor a la crisis hiperinflacionaria. El peso aparece así durante los noventa fetichizado detrás de una ley proveniente de un estado él mismo vaciado de soberanía. Pero el peso debía sostenerse el tiempo que la economía necesitara para que los poderes económicos locales globales ajustaran posiciones mientras que detrás de la inflación cero secretamente se instalaba en el país la violencia infinita y la atomización disolvente. El modelo era inviable desde hacía diez años –por no decir cuarenta, como aclararemos luego. Pero hubo una

sola moneda llamada peso y fue fetichizada e ilusoriamente fuerte mientras se desguzaba toda fuente de ganancias impensables en el resto del mundo y mientras los llamados mercados financiaban su propia reproducción a tasas dinámicamente crecientes y de inmejorable rentabilidad. **Hasta que llega el tiempo del estallido del peso en el estallido de diversas monedas.**

Hasta que, dicho de otro modo, la tan temida muerte social durante la hiperinflación terminó por hacerse realidad durante una década de inflación cero, de manera tal que los escenarios teatralizados de la híper de los ochenta terminaran siendo una parodia respecto de la realidad de desagregación social y política que emerge actualmente en la sociedad argentina. La coherencia de los intereses que representa Cavallo, a quien los representantes de nuestro pueblo han votado poderes extraordinarios y a quien el llamado presidente de la Nación colocó como superministro es mucho más fuerte, siniestra y genocida que mucho de lo que se ha dicho hasta ahora. Su presencia en el Banco Central –casualmente la institución responsable de la administración monetaria– con el proceso, su llamado a los intereses extranjeros a cortar el financiamiento para catalizar el fin del plan primavera y desatar la híper que querían los poderes –casualmente también gestión monetaria– y su plan de convertibilidad –decisión de política monetaria si las hay– convergen ahora en el estallido de la moneda, de lo social, de lo público. Colocan a la sociedad frente al temerario escenario del que pagó todo precio social y político durante el menemismo para escapar. Sólo que esta vez no son imágenes por t.v., son la realidad del genocidio instrumentado durante tres décadas. Si no fuera porque Cavallo es un mero personero de intereses a los que vendió su alma, y su pueblo, podría decirse que es de una ingeniosidad típica de un psicótico.

Pero antes de encarar las tipificaciones en dégraré de monedas y ciudadanías, recién dijimos tres décadas, y antes, cuando insinuamos una genealogía de la hiperinflación nos remontamos a los años cuarenta y a su vez lo que sigue aclarará, esperamos, el concepto anticipado en la introducción acerca de la **No Sociedad** que como se verá, es políticamente lamentable, pero menos perverso que el de la **Sociedad Cero** que nos quieren imponer actualmente la dupla De la Rúa – Cavallo. Muy breve y groseramente expuesto, podría decirse

que durante los años cuarenta el cambio de régimen de acumulación económica desde la economía agroexportadora hacia la naciente industria no fue un éxito. La Argentina de 1880-1940 no fue justa, pero fue dinámicamente hablando eficiente desde el estricto lineamiento de un régimen de acumulación. La Argentina de 1940 en más quizo ser justa por tiempos, pero el Estado de los cuarenta fracasa en su intento de revolución industrializante “por arriba”, cosa que no le sucedió a los estados brasileño, chileno o mexicano.

Las razones de este fracaso nos exceden tanto en los límites temáticos de esta colaboración como en nuestras competencias, pero es un hecho que el conjunto de Estado/burguesía industrial/sindicatos/resto de la sociedad civil no creó un conjunto sino justo por lo menos eficiente de reproducción económica dinámicamente potentes, modernizante, capitalista-intensiva y mundialmente inserta de acuerdo con los devenires de la división internacional del trabajo. **Es en este sentido que decimos que a partir de la decadencia del modelo agroexportador se crea una no-sociedad.**

Esta **No Sociedad** intenta, por imprevisiones de los sucesivos gobiernos, letargo sindical y falta de espíritu schumpeteriano de sus sectores económicos, todo ello bajo un manto de pasividad por parte de la sociedad en general, muchas veces promovida por el autoritarismo represor, intenta entonces, a través de distintos dispositivos macroeconómicos (excedentes comerciales de posguerra, superávit inicial de la seguridad social, inflación, deuda externa, deuda externa, entre otros) de postergar su inviabilidad, en términos estrictamente capitalistas de democracia formal periférica. Esta “deuda” de la sociedad que estalla en la hiperinflación no es otra cosa que la deuda de la sociedad argentina consigo misma, como formación social capitalista con pretensiones democráticas y de Estado de Bienestar. Y esa deuda es síntoma de una profunda crisis política, crisis que a partir de cierto momento será imposterizable demorar. Allí entonces la emergencia de la mayor emergencia política, la hiperinflación como disolución de la moneda que presagia la disolución de lo social. Dejamos a la historia y al juicio público el hecho de si la única salida de semejante crisis social era, como lo instrumentaron a sus tiempos y movimientos Alfonsín, Menem, De la Rúa y Cavallo, por no mencionar las responsabilidades de la U.C.R., del P.J., de la Alianza y de

las izquierdas e intelectuales, incluidos nosotros, fue la única posible.

Creemos que no, y es lo que parece afirmarse desde múltiples y variados sectores y lugares de resistencia social, que expresan con una vitalidad inaudita y digna del mayor respeto, el respeto por la vida social, la perseverancia de la sociedad en su ser. Esas multitudes son las que no figuran en los planes de los poderes del IMPERIO, locales-globales, pero están surgiendo a pesar del chantaje, la atomización disolvente en la violencia, la fetichización y el engaño padecidos durante una década. Por no hablar de las anteriores. Ahora sí al tema que se nos demora tanto.

Las cuatro monedas

A partir del ajustazo de déficit cero de De la Rúa – Cavallo se instala necesariamente en Argentina la concreción del proyecto iniciado con la dictadura económica. En este caso se tratará de desaparecidos sociales o económicos, de pertenencias privilegiadas ***no ya a un cuerpo social sino al imperio***. Como el imperio no conoce centro ni periferia, el lugar que se ocupa es independiente del país, aunque obviamente el nuestro no lleva las de ganar en términos de población favorecida. ***Pero esto es muy importante, dado este estado de cosas, la pertenencia no es ya en términos de nación sino de sistema imperial global.***

Esto no es políticamente irrelevante ya que, como veremos, los únicos portadores de un proyecto político radicalmente alternativo son los excluidos y las alianzas que se vayan dando dentro de las categorías degradadas de ciudadanía. Vamos ahora sí a las monedas:

- El dólar, que detentan los capitales y grupos sociales concentrados y globalizados y que tienen garantía de la reserva federal de estados unidos, porque su posesión no depende ya de las reservas del banco central. Estas clases desententidas del devenir nacional están globalizadas y no se preocupan por la convertibilidad. La función política y social de la convertibilidad que fue fetichizar las relaciones sociales hasta este momento deja de ser relevante y no debieran sorprendernos deva-

luaciones del peso o multiplicación de bonos basura, lo que remite a lo mismo.

- Los bonos de la deuda pública detentados por los llamados mercados, es decir especuladores privados, entidades financieras locales y extranjeras, afjp y operadores institucionales y diversos. A ellos, se les garantiza certeza y usuraria rentabilidad desde el último ajuste de De la Rúa -cavallo como prioridad incuestionable. Son los que ocupan un lugar privilegiado en la configuración socio-política del imperio.

- El peso argentino para las clases medias medias y bajas empobrecidas cuyos ingresos son en parte en pesos garantizados por un banco central cuya convertibilidad durará lo que dure el desguace y el resto con la moneda cuarta, en bonos basura o menores ingresos para trabajadores y jubilados, a parte de recorte en las prestaciones sociales.

- Los bonos basura que empiezan a florecer para los incluidos en el mundo del trabajo precarizado, en negro, etc pero no todavía excluidos. y algunos pesos en vía de devaluación una vez asegurados los cambios para las deudas en dólares de la primera clase de ciudadanía.

Las cuatro ciudadanías:

- Los privilegiados locales-globales detentores de dólares globalizados, élites mundializadas y cuadros jerárquicos de grandes corporaciones. Estos poseedores de la moneda fuerte del imperio definen su pertenencia a la ciudadanía global y están divorciados del devenir de la socialización local. Aún más, su pertenencia en términos dinámicos a la ciudadanía imperial se nutre de la profundización del proceso de desagregación nacional. La genealogía de esta correlación se remonta a la salida de crisis hiperinflacionaria de los noventa y a la implementación del plan de convertibilidad durante el menemismo, donde estaba claro que los detentores de moneda fuerte – exportadores de commodities, empresas privatizadas, afjp y sistema financiero globalizado constituían el núcleo del nuevo

régimen de acumulación argentina fundado en las alianzas que permitieron la salida de la hiperinflación.

- Los reasegurados locales-globales por el último ajuste ya que el pago de sus títulos es el objetivo primero de las recaudaciones del fisco. Estos también, como la categoría anterior, gozan de la ciudadanía global, con la diferencia en cuanto a los procesos dinámicos de integración a ella respecto del grupo anterior, de que en este caso para que esos bonos sean sustitutos casi-perfectos de moneda fuerte se tienen que asegurar en el orden geopolítico procesos de pérdida de soberanía territorial y de desagregación de la nación en consonancia con el “plan colombia” o la instalación de bases de control misilístico u otros de origen norteamericano en nuestro país, como ya aconsejan los gurúes del establishment internacional. Ello es así ya que esta inclusión de la argentina en el sistema de defensa y de ocupación territorial por parte de los estados unidos es lo único que da garantía de que esos bonos de la deuda externa argentina coticen a valores rentables para los especuladores financieros y aseguren el reciclaje de la deuda más allá de la inviabilidad de hecho de su pago a corto, mediano y largo plazo.

- Los migrantes hacia la desafiliación social pasando por el subempleo y precarización, o sea las clases medias medias y bajas tradicionales con estrella amarilla que señala peligro de exclusión. La fragilidad de su consistencia ciudadana es correlativa a la fragilidad del peso argentino que los tiene como detentores mientras se profundiza el sistema de concentración económica y financiera del poder y de las dos monedas fuertes –dólares y bonos de la deuda externa-. El peso es sólo así una moneda de transición hasta el momento en que estos grupos sociales adquieran finalmente el status degradado que está destinado a la moneda que poseen y que se irá deteriorando a medida que se perfeccionen los instrumentos de dominación del imperio y se profundice el deterioro del sistema democrático formal hasta estos procesos conocido en el país.

- Los ya instalados en la desafiliación paulatina a medida que se asegura la certidumbre de los dos primeros

grupos y la transición desafiadora del grupo anterior. Estrella roja que indica peligro de no reproducción del grupo social. Los detentores de esta forma menos valorizada de moneda correlativa a la forma más deteriorada de ciudadanía dentro del régimen dominante –ya que excluimos aquí radical y alternativamente a la quinta ciudadanía sobre la cual nos extenderemos a continuación– son virtualmente expulsados del régimen de socialización en disolución con el único límite que establece el ejército de reserva necesario a la provisión de mano de obra precarizada salarial y laboralmente según las necesidades que la nueva división internacional del poder y de la acumulación del imperio destinen a la argentina.

La quinta moneda y el carácter germinal, radical y alternativo al sistema dominante

La quinta ciudadanía. Los deshechados del sistema, piqueteros, desocupados, excluidos, discriminados, asentamientos, movimientos campesinos, poblaciones indígenas. Estrella negra según los pronósticos de los gurúes. Cielo por asalto según la perseverancia de la vida, la libertad y la dignidad. Estas últimas son sus monedas, que no incluimos en la clasificación anterior porque pertenecen a un nuevo imaginario político y social y no a un régimen decadente.

Los procesos sociales impresos por estas políticas no se juzgan estática sino dinámicamente. Al privilegiar el pago de la deuda externa por sobre la deuda social y desarrollista, la alianza apuesta no al déficit cero. Eso es una falacia. Siempre habrá déficit si no cambiamos este régimen político porque ello es necesario al chantaje para bajar aún más los ingresos de los sectores medios y bajos y porque es el argumento del riesgo país.

No habrá déficit cero. Ello no es funcional al modelo de “sociedad cero”, de destrucción de la nación. y sociedad cero es genocidio. y destrucción de la nación.

Buenos Aires, Agosto de 2001

DEL MALTRATO SOCIAL

El hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría es una meditación no sobre la muerte, sino sobre la vida.

Baruch de Spinoza, *Ética*, IV.

La total devaluación de las pasiones tristes y la denuncia de aquellos que las cultivan y que se sirven de ellas constituyen el objeto práctico de la filosofía.

Gilles Deleuze, *Spinoza y el problema de la Expresión*.

Hace una década la sociedad argentina se debatía en la violencia de la moneda. Si hoy no transita la moneda de la violencia se debe solamente a aquellos de sus miembros que no aceptan el desmembramiento social. A aquellos que hacen de la vida política la misma empresa que el hombre mismo en la concepción de Spinoza, o sea, a aquellos que **preservan el derecho de naturaleza que posee la sociedad a perseverar en su existencia y el de aspirar al máximo de júbilo que está en su potencia**. Estas primeras palabras se quieren una dedicatoria a todos aquellos que desde la ignorancia o irrazonabilidad que permitirían suponer su propia historia individual, grupal y colectiva, desde el idealismo, el paternalismo o el autoritarismo que poseen como todo capital histórico de *vecu* y experiencia social, desde el maltrato al que son sometidos por un gobierno y un ordenamiento político, jurídico e institucional que carece ya totalmente de legitimidad y de razón, en fin, desde todas esas carencias, los movimientos de desocupados, los piqueteros, los que ocupan tierras en Santiago del Estero o en el conurbano, los indígenas de Neuquén, por no citar más que algunas moléculas de esta pulsión social por la vida y por la libertad, nos hacen presente con sus prácticas cotidianas que la sociedad está siendo maltratada, que está desvaneciéndose en el apetito irrazonable de unos pocos locales y de fuera.

A todos ellos dedicamos estas líneas y aspiramos a expresar. En realidad, estas especulaciones obedecen a un pedido que se nos ha hecho respecto del tema del orden. Y ello nos

hizo pensar en la *rerum natura*, o sea en la naturaleza de las cosas. Nuestro propósito aquí es afirmar que todas esas expresiones de la vida social que hemos invocado representan el derecho de naturaleza, en el sentido más estrictamente político de la expresión, del conjunto de la sociedad. Eso mismo que está siendo criminalizado, que se reprime desde el Estado por orden de este gobierno y con nuestra insospechada anuencia, todos esos que padecen prisión, proceso o censura por expresar la renuncia de la sociedad a perecer en la violencia, todos ellos constituyen actualmente en Argentina la razón, **el germinal político**, la más pura pulsión vital y libertaria de la sociedad. Lo que estamos tal vez con un poco de suerte expresando así es que el Estado actual y el gobierno que lo encarna en Argentina están reprimiendo la vida, la razón, la libertad, el derecho político natural de la sociedad. Una vez más, lo que hiperbólicamente estamos insinuando es la total carencia de legitimidad política del actual gobierno y todas sus instancias de representación, pero no en el sentido de sistema político, sino en el más sagrado y natural sentido de sobrevivencia y potencia de la vida social misma.

Pero tal vez esta sea no ya sólo políticamente, sino ontológicamente hablando, la posibilidad de una **refundación inmanente de las formas de la vida política y social en Argentina**. Nos explicamos. Nuestro propósito es especular en torno a la posibilidad de que este estado terminal al que nos hemos llevado nos permita acceder a una forma de relaciones sociales e instituciones políticas que nos hagan superar la forma obviamente fracasada de la organización política como trascendencia en nuestro país, o sea como régimen político pretendidamente representativo y democrático. Y tal vez entonces en esas expresiones del conatus social a las que asistimos, se estén haciendo presentes gérmenes de reconstitución política de la sociedad argentina en el sentido más fuerte de la expresión. Y en tiempos de patacones, no es por ironía que guiaremos nuestro análisis desde los fenómenos monetarios. Intentaremos explicar que el actual estallido monetario, expresado en el plan de Cavallo de déficit cero y de patacones y demás formas degradadas de la relación social monetaria, porque la moneda es una relación social, ese plan es la materialización misma de un orden social y político de violencia desencadenada y total represión fascista. Si no hemos llegado aún a eso, es porque des-

de la violencia monetaria de los acontecimientos hiperinflacionarios de comienzos de los noventa, **lo más vital de la sociedad se resiste a la violencia e insiste en la potencia política de lo social.** Queremos decir que en el momento mismo en que la política económica del Gobierno de De la Rúa y de la Alianza con anuencia justicialista propone un esquema monetario de violencia como relación social predominante, **los sectores más maltratados de la sociedad argentina responden con invención e imaginación política.**

Responden con razón, en el sentido valorativo en el que tienen razón, pero sobre todo y para colocar los términos en el nivel de pureza al que aspiramos, porque actúan desde la razón, desde lo que es su derecho natural. Natural en el sentido más inapelable, que es el de la *rerum natura*, el de la naturaleza de las cosas, el de la vida, el de la potencia, el del júbilo, el de la libertad. Pero antes deberemos explicarnos más extensamente sobre lo que hemos llamado la violencia monetaria de la hiperinflación, nuestra interpretación de sus causas y resultados como prueba irrenunciable del fracaso del sistema político representativo, y como cuadro de violencia e irracionalidad social que implicaron como propuesta de exterminio social a partir del Plan de Convertibilidad de Cavallo como política económica de salida de crisis. Hasta aquí es evidente que tenemos un concepto de la moneda como vínculo social. En realidad, en un sistema capitalista o simplemente mercantil, es el símbolo más eminente de lo político en sí mismo. Siguiendo las teorías monetarias de Michel Aglietta inspiradas en parte de la obra de René Girard, la moneda sería así la forma de vínculo social que canaliza y neutraliza las posibles expresiones de violencia en un estado de cosas carente de cierto ordenamiento político.

Nos explicamos hasta la obvedad, en un modo de producción como el capitalista basado constitutivamente en la apropiación privada de valor social a través de la explotación de un sector de la sociedad por otro, la moneda viene a operar como el equivalente general, la unidad de medida, el orden de dimensiones, que permite a cada uno situarse respecto de sí mismo y del resto del cuerpo social, manteniendo la forma de dominio detrás de la apariencia de la igualdad jurídica. No, no somos tan primarios, estamos diciendo que **la moneda equiva-le a la ley**, con todas sus implicancias para un medio político y académico bañado hasta la saciedad en monetarismos libera-

les. No nos detendremos aquí en la pertinencia de las hipótesis antropológicas que en materia de violencia supone este enfoque, porque intentamos usar las mismas sólo como herramientas de acceso a la realidad que se pretende explicar y no en un sentido esencial u ontológico. La moneda entonces de la Argentina hasta la hiperinflación era la representación fraguada, forzada, remitida, fallida de un síntoma de no contrato social, de no funcionamiento de los esquemas democrático representativos de organización política. No obstante ese síntoma, de hecho la moneda nacional operó por décadas como el signo socializante de la sociedad argentina. Es decir, en la moneda residía la pretensión trascendente de lo político nacional. En ella se depositaba un fallido originario de organización social y política. Era la representación misma de la trascendencia política, es decir, de ese todo creado por fuera de las partes, que operaba como sustituto altamente imperfecto en lo político –autoritarismo mediante, e ineficiente en lo económico– crisis recurrentes del sector externo -o sea de la validación mundial del lazo político y social nacional.

En otros términos, la moneda era la depositaria de la soberanía política entendida desde un esquema de trascendencia. Y aquí sí no podemos postergar más la interpelación que se impone. La moneda era el Estado mismo, como régimen político democrático representativo en su interpretación liberal y moderna. No nos detendremos aquí en las **fisuras originarias en lo ontológico-político de la sociedad argentina ni en sus disfunciones institucionales y económicas** principalmente desde los años cuarenta en adelante. (Lo hemos hecho recientemente en oportunidad del escrito llamado **De la no sociedad a la sociedad cero**, algunas de cuyas humildes especulaciones fueron llevadas a un nivel de expresión de suma fineza por Eduardo Grüner en su escrito **El cero y el infinito**. Retomemos entonces, no sin dificultad, el hilo de nuestro análisis. La hiperinflación devela el fracaso político de las formas políticas e institucionales ya que el devenir económico de crisis recurrente desde los años cincuenta en adelante estalla en el estallido mismo de la relación monetaria, o sea, bajo fetiche económico-monetario, la sociedad estalla políticamente en la hiperinflación como presentificación aguda de un síntoma crónico de a-socialidad, por llamarlo de alguna manera grosera.

Pero recordemos aquí, sin lo cual no se puede apreciar la relevancia política de los hechos hiperinflacionarios, que un estallido de ese tipo comporta la disolución misma de los lazos sociales, aunque sea mediatizado por la pérdida de horizonte temporal de cálculo y como unidad de representación social del valor. El valor social desaparece entre los despojos de valores privados que luchan entre sí por apropiarse de la mayor parte posible de excedente económico y de poder político existente en medio de la desagregación social más profunda. Ese es un escenario de violencia social de la cual Argentina salió sólo en apariencia durante los años de éxito de la convertibilidad y del quinquenio de recesión y negación política por parte de la clase política que le sucedió. Así es que, en tiempos de patacones, la misma inoperancia de la clase política que no sacó al país de la híper sino bajo forma de disolución social, de des-socialización, el mismo poder económico que convalidó un peso convertible mientras se posicionaba económicamente y como sistema de dominación política, esos mismos sectores políticos y económicos son los que hoy proponen el Plan de déficit cero. O sea el plan ***de exterminio social en la violencia generalizada y en la represión apuntalada desde el biopoder imperial global.***

De esta manera, la forma que asumió la salida aparente de la crisis hiperinflacionaria, nos habla de la privatización de lo político, de la disolución cuasi-extrema del Estado y de la propuesta de un vínculo social con pantalla dólar, o sea, de ***un vínculo monetario heterónomo, privado y representante del poder del Imperio en sus formas local/global.*** A ello nos referíamos cuando hablábamos del fracaso del esquema trascendente de representación política en la Argentina de fines de siglo. Falló la estabilidad monetaria no por deficiencias de modelo económico, aunque las hubo e importantes, sino por deficiencias del régimen político de organización social. En este sentido, la mayoría de los análisis de esas épocas de autoritarismo en nuestro país privilegian las necesidades de represión política desde las necesidades de acumulación económica. Ciertamente y en cierta forma ello fue así, pero preferimos interpretar esos periodos de fuga del régimen político democrático liberal como emergentes de fallas constitutivas originarias en el sentido más puro de una concepción de lo político. En fin, la propuesta política del gobierno de De la Rúa está clara. Estallido monetario bajo la forma de una esquema político-de-

gradable de signos monetarios con la desagregación social, la privatización y legitimación del poder más concentrado que ello implica en un marco de déficit cero, o sea, **de sociedad cero**.

*Pero como más que apropiadamente señaló Grüner, finalmente ese cero no sea tan fatal. Porque al señalar el agotamiento de una forma de representación política trascendente, con toda la legitimación política de la violencia y poder en manos del Estado que ello supone, tal vez esté abriendo las líneas de fuga hacia formas de asociación política que trabajen desde la inmanencia del derecho natural de la sociedad a darse un devenir y ordenamiento dinámico que le permita acceder al máximo de libertad y buen vivir al que la razón de lo natural mismo, no otra, le dan acceso. **La posibilidad de una concepción del todo político desde la renuncia de lo razonablemente indispensable para el mejor vivir de la cité, pero no de un todo trascendente que sea depositario de la violencia desencadenada en la que estaríamos “naturalmente” según las versiones trascendentes en materia de filosofía política. Esa posibilidad inaugural, originaria, ontológica, inmanente, es la que para nosotros representan todas las manifestaciones de conatus social y político actualmente en nuestro país. Son tiempos de razón, y basta de dar razón a los tiempos.***

AJUSTE O DEMOCRACIA

Tres pasiones simples pero abrumadoramente intensas han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad. Estas tres pasiones como grandes vendavales me han llevado de acá para allá por una ruta cambiante sobre un profundo océano de angustia, hasta el borde mismo de la desesperación. El amor y el conocimiento, en la medida en que ambos eran posibles, me transportaban hacia el cielo, pero siempre la piedad me hacía volver a la tierra. Resuena en mí el eco de gritos de dolor: niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos y todo un mundo de soledad, pobreza y dolor convierten en una burla lo que debiera ser la existencia humana. Deseo ardientemente aliviar el mal, pero no puedo. Y yo también sufro.

Bertrand Russell, Autobiografía, 1953.

Este artículo tratará de construirse a partir de tres módulos. El primero de ellos delineará cuestiones de definición que precisen los contornos de algunos de los conceptos utilizados, sobre todo de los más devaluados por el uso mediático consciente de sus fines. El segundo intentará hacer un breve inventario de las consecuencias de mayor relevancia social, institucional, política y económica que se derivan de la oposición *ajuste/democracia* y de la eventual continuidad del primero como “reaseguro” de la democracia (demostraremos que en realidad es lo inverso). El tercero, finalmente, esbozará algunas referencias históricas porque no le tenemos miedo a la enseñanza histórica, son los neoliberales quienes la evitan porque les da vértigo lo que el sistema que promueven causó de daño a la humanidad.

Empezamos entonces por rechazar la postura predominante según la cual el “ajuste” remite al campo de la economía, de la gestión, mientras que la democracia se trata de una forma de régimen político. Afirmamos por el contrario que, por un lado, el ajuste sobredetermina políticamente la democracia, así como una democracia que se quiera profunda y de excelencia

refracta el ajuste¹. O sea que, en otros términos, son dos opciones políticas y no dos etapas de un proceso de democratización. No es ingenuo restablecer el mismo orden de naturaleza política para ajuste y democracia, porque entonces sacamos al ajuste ahora y después se verá y lo remitimos a ajuste o democracia ya. A partir de aquí, es imposible continuar esta línea de argumentación sin referirnos a un tema caído en desuso: la soberanía.

Ajuste o democracia ocultan detrás de su propagandizada diferenciación un problema común: ¿dónde reside la soberanía?, ¿a partir de qué intereses se toman las decisiones políticas?, ¿con quién se pasa contrato en el acto electoral, con la ciudadanía demandante de una democracia incluyente, participativa y progresista o con ciertos intereses escondidos detrás de las necesidades del ajuste?. Esta cuestión nos parece central porque permite evaluar la legitimidad de los actos y opciones políticas de gobierno en función de qué entiende por soberanía, dónde reside, a quién se la debe, quién se la puede sacar (bajo el supuesto de que la tenga efectivamente). Y tampoco se trata aquí de simples etapas o reaseguros. La soberanía de los pretendidos mercados se nutre de la destrucción sistemática de la soberanía popular, a través de la desarticulación económica, social y territorial, que va dejando a la sociedad abandonada a sí misma, que no es poco².

Este debilitamiento no puede sino debilitar la soberanía del Estado en que el pueblo ha “delegado” los resortes del po-

¹ En realidad, aún después de haber aclarado que el ajuste no remite a lo “económico”, mientras que la democracia sería del orden de lo “político”, nunca está demás señalar que la separación ***economía/política es una de las astucias/alquimias/ecuaciones*** más brillantes del capitalismo. ¿Por qué? Porque crea la idea que desde el derecho, la democracia y la justicia se puede hacer del capitalismo un sistema de relaciones sociales relativamente justo y, recíprocamente, saca la violencia, sumisión, explotación de los procesos de trabajo económico, a la esfera “justiciera y consensual” de lo político. Pero ya ni eso se propone, por eso hablaremos luego de decadencia civilizatoria del capitalismo.

² Notamos aquí algo muy parecido a primero el crecimiento, después la distribución. La forma se complica: primero el ajuste, después el crecimiento, y finalmente la distribución. No rotundamente no, en economía política todo va de una, como en la vida. Si el ajuste empobrece la democracia, empobrece la ciudadanía y el bienestar, todo a la vez, todo junto. Nada puede reabsorberse que no esté de lleno en la naturaleza de los hechos político-económicos, nada empieza luego, todo ahora. Y ese todo ahora debe ser política y económicamente la democracia.

der, lo cual contribuye a alimentar el círculo ya que cada vez que la soberanía mercantil avanza, lo hace sobre la renuncia de la soberanía del Estado, que despilfarra así un poder que no le corresponde sino por delegación y en tanto cumpla con sus funciones de preservar el bienestar general, la integridad nacional y el sistema político. Otra vez aquí vemos que el dominio del ajuste contra la democracia ataca la legitimidad del Estado, que creyendo gobernar, sólo gestiona opciones políticas que le vienen dadas por la falsa soberanía que le hacen creer que tiene. Sin explayarnos aquí, a esta administración le caben por la gravedad de los temas en juego, un rol similar al de la Generación del 80, sin criterios de valor sólo refiriéndonos a la construcción de la Nación. No sólo no hace eso, sino que ni siquiera gobierna. Gestiona creyendo gobernar.

Otra precisión, los mercados no son de orden natural, son instituciones, y como tales resultados de diseños y decisiones políticas. “Desregular” un mercado no es devolverlo a su estado natural, sino darle políticamente otra configuración estructural, de manera que produzca ciertos efectos y no otros. Por ejemplo, que facilite la especulación o la inversión productiva, que deteriore el salario a apunte la demanda efectiva a través de la remisión de parte de las ganancias de productividad a los salarios para fortalecer el mercado interno, que concentre monopólicamente o promueva la competencia, que propicie ganancias extraordinarias o reasegure ganancias razonables. En realidad, nunca se desregula un mercado, siempre se lo está regulando, en alguno de los sentidos señalados. Sucede que una vez hecha hegemónica la falacia de la virtud de los mercados libres y naturales, se ve evacuada la realidad de las cosas, cual es que los mercados son o para la sociedad, el crecimiento y el progreso social, o para la concentración, la marginalidad y el lucro rentístico.

Cuando se dice, a modo de boutade, que los gobiernos más liberales en Argentina han sido los más intervencionistas, se está diciendo lo antes expuesto. Sólo que el dispositivo teórico liberal tiene una simpleza que lo hace más permeable, ofrece una tranquilidad nunca duradera. No habla de historia, política, sindicatos, conflictos y sociedad, porque eso es complejo, como la realidad que un modelo económico está llamado a mejorar. Y hay que ser muy simple, porque la injusticia es simple, porque la renta es fácil, porque la verdad cuesta. Como

transición ahora hacia el segundo módulo, concentrémonos en ciertos mecanismos del ajuste que comporta mucho más de lo que más suele criticársele: no sólo no contribuye a la democracia, sino que necesariamente propicia violencia, luego represión y finalmente autoritarismo. No es sólo cuestión de justicia social, equidad distributiva o marginalidad. Es cuestión de retirada progresiva del régimen democrático, siempre con el argumento de que hay que ajustar, aún si ello implica violencia o represión, hasta que lleguen los amaneceres democráticos.

No insistiremos en el hecho de que los mercados no quieren decir nada si no se hace referencia al poder político que los diseña e institucionaliza, a los intereses que defiende y a la operación de naturalización y ocultamiento que logran. Señalemos ahora que los economistas, empresarios, operadores y demás custodios de los mercados libres saben más de economía industrial, de estrategia económica y de competitividad dinámica que muchos de los que dicen aplicar las leyes del mercado porque Natura obliga. El hecho al que apuntamos no es sólo una paradoja, es la falacia más grande construida en los últimos treinta años. El dispositivo de funcionamiento es en realidad muy simple.

Los operadores piden apertura comercial, convertibilidad fiscal, prolijidad presupuestaria, etc., para decir que sólo así traerán los capitales sin los cuales el país estallaría en una crisis externa de magnitud. En realidad, lo que hacen es crear las condiciones para que sus relaciones de fuerza aumenten, sus colocaciones reditúen más y, último pero no menor, para que el único grado de libertad de la política económica del gobierno nacional, oh! ironía, sea el deterioro salarial, la flexibilización y la marginalización del trabajo como fuerza productiva nacional y regional. De esta última manera, las ganancias de productividad permiten mayores lucros especulativos tanto para los concentrados nacionales como para los globales, que sean ellos financieros o productivos. Y, por si esto fuera poco, ese efecto depresor sobre los salarios locales actúa indirectamente sobre los países céntricos induciendo ajustes salariales que van a parar al mismo fondo. La “inevitable” globalización de los mercados es así compañera íntima del “conveniente” deterioro salarial y de relaciones de fuerzas de los sectores populares. Por supuesto que no todo “cierra” (empezando por las cuentas del ajuste aplicado insensatamente durante más de

una década). Hay conflictos intraindustriales, interregionales, financiero/productivos. ***Pero la expropiación de plus valía a los trabajadopres da para todo y para todos.***

La maquinaria juega más o menos así: la competencia industrial exige avance tecnológico, éste aumenta la productividad, pero ésta no va a salario ni a empleo, va a las colocaciones de los que se encargan de mantener tasas de interés elevadas en los países emergentes bajo el eterno sabotaje del riesgo país. De esta manera, todos ganan, se ahorra trabajo, se lo paga mal, se lo amenaza impiadosamente con ser el responsable de la pérdida de competitividad si sus reclamos aumentan. ***Y las uniones y joint ventures de los grandes les ahorran competencias entre sí que serían costosas para un capitalismo de esta naturaleza.*** Estamos en lo peor de fines del siglo XIX donde en vez de repartirse colonias se reparten el producto del trabajo con una crisis cada tanto para recordar que ese trabajo debe producir, porque sino la fiesta se acaba.

Retomando la paradoja señalada anteriormente, la aparente contradicción entre las teorías económicas gritadas y las calladas por los mercados, los indicadores más serios para cualquiera, presidente, operador, o ministro de economía, son el PBI/exportaciones y la deuda/exportaciones. Eso es lo que marca la capacidad efectiva de un país de honrar su deuda. El resto, el ajuste, es teatralización para amasar ganancias inéditas en el capitalismo. Pero cuando los indicadores señalados se ponen demasiado rojos, o se prolongan mucho en el tiempo, o cuando hay perspectivas de aumento de la tasa de interés de la Reserva Federal, o expectativas de caída de la liquidez internacional los muchachos se ajustan los cinturones. Ahí se acaba lo global y cada uno a su aldea con los bolsos llenos del viaje planetario por los países emergentes. ¿Qué otra cosa explica que De la Rúa tenga que hacer un show lamentable de anuncios cuando Fernando Enrique toma decisiones sin moverse ni siquiera telemáticamente del Planalto? Que Brasil tiene una burguesía industrial, que cada concesión del Estado debe tener su retorno y que ese país cuenta con divisas fuertes. Porque exporta industria, eso sí en voz baja.

Ahora, se como bien fue dicho en los graffittis del Mayo Francés, “nadie se enamora de una tasa de crecimiento” y para salir del tecnicismo de los indicadores señalados, únicos importantes menos para el gobierno argentino, lo que es de suma relevancia

en ellos es la estrategia de desarrollo industrial del país, su competitividad y sustentabilidad dinámicas. O sea, su potencia exportadora. Que es la única que provee moneda fuerte para pagar los compromisos. Ahí radica una de las principales diferencias con Brasil a quienes le seguimos aconsejando la convertibilidad. Repetimos, porque esto es tan obtuso que cuesta entender: los operadores sólo confían en la política industrial de penetración exportadora de alta performance, pero sus ganancias les hacen imponer el ajuste. Los operadores hacen su juego, es nuestra clase política y la mayoría de los economistas (que son quienes en realidad hacen política) los... dejen el adjetivo a los lectores.

Si no se producen grandes cambios en la configuración de fuerzas mundiales, lo que no parece estar al orden del día, el ajuste nos lleva directo a la violencia generalizada, a la desagregación social y a la desintegración de la Nación. No son palabras graves. Son procesos y tendencias aterradoras. Ni hablar de restablecer las bases de un modelo económico estratégico y equitativo, porque esto opera como en física el pozo de potencial: cuanto más se adentra uno, menos fuerza tiene para romper el campo magnético que lo inmoviliza. Ya vimos esto a propósito del círculo vicioso en torno de la soberanía. Nadie puede negar con cordura la defensa de una moneda fuerte, de un presupuesto con déficits manejables y que obedezcan a las opciones de política, nadie quiere aislarse. No será la primera vez que lo justo y verdadero es estigmatizado como anacrónico y *depassé* en nuestro país. ¿Qué ofreceremos en el próximo estallido? Lo que queda de la patagonia, las aguas territoriales?

Y mencionamos sólo al pasar algo que nos parece fundamental. Los reclamos populares, de sindicatos de trabajadores, de movimientos sociales, y organizaciones de todo tipo están estigmatizados de ineficaces, inconducentes, ignorantes. Guarda con la soberbia. Respeto a las reservas políticas de la República. Esos movimientos, estallidos, localizados, variados, radicalizados, reformistas o contestatarios, están recordando al Estado que éste no está cumpliendo sus funciones elementales, re-fundacionales para que la sociedad se reproduzca, para que la economía socialice y para que se reconstruya la Nación. Desde su precariedad, expresan ***la perseverancia en el ser de la vida social y política***, como lo hace la naturaleza en su género. Están, y con paciencia no fácil después de tanto maltrato, interpelando al Estado a hacer eso. Porque nadie obligó a la clase política a ser gobierno, pero esa

responsabilidad no se desprecia ni delega en intereses otros que los del pueblo, la democracia y la Nación.

Sí así fuera, estaríamos cayendo otra vez en el tema de la legitimidad del gobierno. Porque si los vientos cambiaran y las demandas no pudieran encontrar otra forma de expresión que la violencia que padecen, o estamos delante de una segunda república, en el mejor de los casos, o seremos la postal más siniestra del futuro en el capitalismo de estos tiempos. A veces tenemos la impresión, a través de nuestros contactos con colegas de otros países que Argentina concentra mucha atención no por las razones que el menemismo creía o el delaruísmo espera, sino porque algo en sus inconscientes, profundamente negado, les muestra el cuadro que el neoliberalismo ofrece al mundo, incluidos los países céntricos. Triste honor el nuestro, apalea al pueblo que recuerda las funciones indelegables y constitutivas de la democracia, la economía y la sociedad, y ser la mala conciencia de un capitalismo en plena decadencia cultural. Esos países pueden negar sus devenires porque no están ahí. El nuestro está a la deriva de estos tiempos desquiciados, sin burguesía industrial, sin clase política en su mayoría, sin más que el aferrarse a la vida y a la dignidad desde la destrucción de lo político en sentido noble.

Otro efecto nefasto de este ajuste que nos presentan como paso previo a la continuidad y profundización democrática es el deterioro de los distintos poderes e instituciones del Estado, los cuales, en vez de cumplir en total libertad y ajustados a derecho sus funciones, caen disimilmente, pero casi unánimemente, en la desnaturalización de sus funciones porque el poder político central les dice que ésa es la **razón de estado**, y que si sus actos obvian ese imperativo y están socavando al Estado mismo. Es así, sin entrar en el tema de la corrupción, que Las Cortes Supremas avalan decretos de necesidades y urgencia y demás actos de gobierno aparentemente inconstitucionales, que el parlamento -el oficilismo- vive a mano alzada, que los entes reguladores regulan las prebendas y hacen no ha lugar a los derechos de usuarios. Reconocemos la complejidad de estos procesos, pero la dictadura del ajuste opera de manera nazi, totalitaria, incendiando los foros y poderes de la República. Disculpémosnos la digresión, pero este sistema electoral no va más. No puede ser que el presidente elija a dedo las listas y que los ciudadanos sólo puedan refrendar esa elección.

Y para colmo, se nos amenaza con la dolarización total. ¡Se dan una somera cuenta los políticos y economistas de los que eso implica! La Moneda no es sólo un fetiche, un símbolo que circula. Es la representación misma de la existencia, cohesión y reproducción en el tiempo de lo social. Renunciar a la moneda es renunciar a lo político, a la soberanía que para la “formalidad” democrática capitalista emana del pueblo, a todos los resortes de opción política. Y en lo más técnico, no podemos dolarizarnos, porque no podemos en lo inmediato ni a mediano plazo producir dólares. Seríamos un apéndice de la Reserva Federal que sostendría nuestra masa monetaria en dólares gracias al apoyo que semejante medida le brindaría respecto de su lucha contra el euro por la hegemonía monetaria mundial. Y por último, quiénes tendrían dólares, ¿el pueblo?, los trabajadores. No, porque otra vez la *razón de Estado*. La Alemania de Hitler resolvió de cierta forma la desaparición de la moneda con la guerra. Los Estados Unidos actuales harían aparecer el dólar por doquier gracias al trabajo previo del ajuste y a las intervenciones bélicas. No hay duda de que éste es otro símbolo de la decadencia capitalista. No tengamos miedo a los términos. Quienes los juzguen paseístas, románticos y trasnochados, que se expliquen. A nosotros nos explica la realidad.

A propósito de decadencia capitalista, violencia y guerras, cabe una reflexión destinada a los países que no aceptan el ajuste, porque no han aceptado nunca la cultura occidental capitalista. Son las ocupaciones de fábricas, los movimientos de piqueteros y desocupados, los zapatistas, los militantes contra la globalización y el ALCA, las minorías étnicas, los pueblos indígenas, las naciones primitivas, las religiones fundamentalistas, las poblaciones enfermas epidémicamente –última preocupación del Departamento de Estado– en fin todo eso que no es global, prolijo y que como no ajusta es imperativo ajusticiar para mantener el nuevo orden mundial: el Imperio. La derecha dura estadounidense –Huntington Moore– ya está preparando el terreno para las intervenciones ascéticas en esas poblaciones y territorios, responsables de que el capitalismo no continúe sus avances. No nos extenderemos aquí porque el tema domina los medios. El Imperio no es el capitalismo fordista, benefactor. Ni siquiera es el neoliberal. Tiene algunas similitudes: alineación, fetichización, explotación, etc. ***pero no pretende darse legitimidad política.*** Hace retroceder el derecho y los derechos, pro-

pone la desaparición y no el alivio relativo de las poblaciones molestas –no creamos que gran parte de la nuestra escapa a esto–, domina sin consenso, controla sin excepción. ***Este es el ajuste que sigue al actual. Imaginemos cómo será la democracia que sigue a esta segunda fase del ajuste.***

Volviendo al ajuste, otro efecto devastador sobre la democracia, a partir de sus consecuencias en materia de salud, educación, gestión del territorio, etc., lo terrible son sus consecuencias sobre el empleo, la formación profesional de los trabajadores, el impacto institucional, etc. ***Porque debe aquí plantearse una cuestión que da vértigo, pero que debemos encarar.*** Los mercados cambian geográficamente, en sus productos, preferencias, etc., pero desde hace treinta años encuentran la manera de reconducirse. En cambio, los procesos sociales, económicos, institucionales y políticos que instala el ajuste son de difícil reversión, por un lado, y crean vacíos ante las desimplicación del Estado, que no sabemos cómo pueden llenarse. Trataremos de explicarnos sobre ambos puntos.

Con los siguientes planteos no pretendemos salirnos del tema ajuste/democracia, sino presentar de lleno uno de sus lados más oscuros. Haciendo un poco de historia, recordaremos que hasta que el tramo del ajuste implementado por Menem empezó a socavar relativamente los poderes locales, clientelistas, paternalistas, éstos, que lejos están de merecer elogios democráticos, eran formas en donde ante la retirada del Estado debido al ajuste y los nuevos pactos fiscales con las provincias, debilitó esos poderes cuasi feudales pero conocidos, controlados en parte desde el poder central y sometidos a cierto control ciudadano cuando la corrupción o el clientelismo desbordaban. El ajuste ha cambiado drásticamente este estado de cosas y no siempre en ventaja de la universalización de relaciones sociales democráticas.

En otros términos, ¿quién asumirá ahora control de esos territorios, ofreciendo a sus poblaciones salud, seguridad y adueñándose de las actividades locales concebidas a designio (Colombia, Perú, Ecuador)? El estado no parece no querer y aún si lo quisiera, no poder ya, ajuste mediante, socializar económica, social y territorialmente esas zonas. Si sabemos casi con certeza que el crimen organizado mundial, en amplísima expansión en nuestro subcontinente, trabaja a la par pero detrás de los “mercados” lavando crimen, no sería de extrañar que esos comerciantes del horror ocupen esos territorios, con mucha

mayor disponibilidad financiera que los planes trabajar. Por su parte, last but not least, la DEA y otras agencias deben tomar parte para salvar a la democracia argentina y ajustarla a derecho. Sabemos cómo opera esto y si no se sabe más es porque, como ha dicho en Buenos Aires recientemente Bourdieu, las investigaciones las pagan los que dominan para ocultar el poder. Estos procesos están ya en marcha desde hace por lo menos diez años, pero ciertos movimientos ciudadanos, populares y de trabajadores, unidos en contra de la corrupción política, han demorado su avance. Si se nos permite una ironía, sería el narcotráfico la única manera de sostener la dolarización.

El otro punto que queríamos señalar es el de los procesos de no retorno. Muchas décadas Argentina vivió a pesar de errores pasados y a cuenta de ligerezas o pesadillas travestidas. Todo este panorama parece nocturno pero es una forma de luz. Seguir como si fuésemos una sociedad democrática arraigada ya no es posible. Pero ahora que una nueva democracia tiene oportunidades de ver la luz, el ajuste la oscurece, la jaquea, la siniestra. Aún cuando el ajuste parase, aún cuando el modelo económico se redefiniera radicalmente, aún cuando el gobierno o el pueblo reclamaran la soberanía perdida, ¿es posible hacerlo? Esto no es un video que se avanza y retrocede. Esto es como la vida, marca, condiciona, enseña, golpea. Y no siempre hay tiempos para ejercer lo aprendido. En este sentido, el gobierno es responsable de las alianzas electorales que le dieron el poder, de los efectos que está produciendo y de la irreversibilidad de muchos de ellos. Al igual que Menem. Pero no sólo los gobernantes y empresarios están llamados a la responsabilidad, a toda la responsabilidad.

La ciudadanía pareciera estar asumiendo su responsabilidad no sólo de recordar sino de exigir que este país no se dilapide en una mesa de póker. Los intelectuales, académicos, lo más noble de los políticos y sindicatos, los movimientos de piqueteros y desocupados, los ocupadores de fábricas, los asambleístas diversos, las organizaciones sociales de todo tipo deben infundir esa confianza en el ciudadano. Y aquí comenzamos a cerrar imaginando una historia por venir en base a la defensa de la dignidad.

Buenos Aires, Octubre del 2001.-

GOCE PODRIDO

No hace falta ser psicoanalista para intuir el significado de esta expresión. Ya no es placer, deseo, menos aún se trata del mejor bien propio y ajeno. Es una relación de poder donde éste no se contenta con dominar, sino que miserabiliza. Roba toda dignidad y para ello es necesario que la víctima calle, se someta. En fin un horror, que se dé al nivel de relaciones de amistad, pareja, relaciones laborales, o de política. Ese poder y sus testaferreros se han vuelto tan inmorales que perdieron lucideces del viejo poder. Una víctima o grupo de ellas que resiste salva a toda la humanidad. Un dispositivo de poder que falla se siniestra.

Algo así está sucediendo en el manejo de la política argentina por parte del oficialismo y que resulta evidente después de la postal del futuro de desempleo y hambre que mostró mediática y futuristamente el despliegue de los anuncios del ajuste. Qué atentado a la dignidad, que trahición a la palabra empeñada en la campaña. Si el Estado respeta más y por demás sus pactos mefistofélicos con los “mercados” a un punto que olvida los límites de la dignidad, ese Estado no tiene competencia para dictar derecho y menos aún para destruirlo.

Pero en este mismo sentido, interesan más los excesos represivos recientes desprovistos de toda proporcionalidad. Porque el poder disciplinario se siniestra, se brota, se enceguece ante lo que no entiende y menos aún no puede controlar. No hablamos de protestas ni huelgas al estilo tradicional, que bienvenidas sean si son democratizantes. Hablamos de lo molecular, de lo imprevisible, de aquello a lo que no se da visibilidad social y política. Hablamos de lo germinal (Zola) y que los viejos métodos redistribucionistas no consiguen entender, porque esas prácticas alternativas son el milagro de la vida social y política que persevera en su ser así como la biológica insiste en el suyo. La última con la inmanencia de la naturaleza, la primera con el amor creativo hecho multitud.

Mientras tanto, los intelectuales miran para otro lado, los académicos están sobrecargados por temas de hace veinte años y lo más noble de los sindicatos, agrupaciones de derechos humanos y movimientos sociales se aglutinan ante la

angustia (siempre saludable) de algo que se les escapa. Y para ello a veces diseñan entre sí alianzas que no harán más que espantar esas semillas de vida social. Dejémoslos ser, la política en todas sus formas tradicionales ha *deshonrado estos tiempos* (Hamlet), y desde que el capitalismo es tal los pueblos libertarios tienen la triste suerte de llevar justicia poniendo cuerpos y vidas para honrar las luchas que heredaron, para mantener vivas las de su tiempo, y para abrir deseos, potencias e intensidades a los que aún no son.

Pero atención, que el poder nos los toque, que se banque su siniestro que no es otra cosa que el devenir de nuevos pueblos, de nuevas subjetividades, de otras relaciones sociales, en fin, de puntas de potencia que no quieren poder. Están empezando a rechazar el asistencialismo del Estado disfrazado de políticas públicas, las dádivas recubiertas de hipócrita filantropía. Y esa es el mejor devenir para detener esta nueva forma de goce podrido en la sociedad argentina, esta vez con hábitos de democracia.

Por eso el poder está nervioso y se excede sin saber que cada exceso es como una noche más de la joven de Las mil y una noches, exacerbando su imaginación no ya para que se le perdone la vida, sino desnudando al poder en las grietas que ofrece.

PROLEGÓMENOS A TODA POLÍTICA ECONÓMICA ALTERNATIVA

Pedirles que abandonen sus ilusiones sobre su condición es pedirles que abandonen una condición que exige ilusiones.

Karl Marx, *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel.*

Antes de que internas, campañas y tiempos electorales arrasen con la poca capacidad de reflexión que, como sociedad, nos queda, intentemos colocar algunas cuestiones esenciales sobre el marco que condicionará un eventual triunfo opositor en 1999. Pero también, y más optimistamente, sobre el cuasi impensado espacio de opciones alternativas que aún le quedan a un futuro gobierno en materia de política económica. Es decir, en materia **política**. Y ese espacio es más que una opción, es un imperativo ***si se aspira realmente a gobernar.***

Ese estrecho abanico de opciones que puedan romper con el continuismo en materia de ajustes, concentración económica y profundización del desempleo, la pobreza y la marginalidad se debe, **previamente**, dos consideraciones de orden histórico (en el sentido de la particular reconfiguración política que fue produciéndose en el país en materia de Estado/sectores económicos/sociedad/clase política). Una, vieja de cinco décadas pero siniestramente presente. La otra, de inicios de esta década.

La necesidad de ese repaso histórico se fundamenta en la hipótesis de que creemos que existe una negación bastante generalizada en la clase política respecto de la presencia que los procesos políticos y económicos de esos años tienen a la hora de diseñar un verdadero diagnóstico en materia del mapa (o archipiélago) político que deberá enfrentar. Y sospechamos que esa negación no es un simple olvido, sino que se basa en la falsa ilusión de que calmando al establishment en materia económica y mejorando algunas cosas en materia social, se puede lograr una renovada legitimidad. Y ello a través del inadmisibles expediente de borrar de la agenda lo que constituye la decisión política central de la sociedad argentina contemporánea. Esto

es, **la acción enérgica o la concesión complaciente de sus representantes respecto del poder económico.**

La primera consideración histórica reside en que, a partir del desdibuje de la burguesía terrateniente en lo político-institucional y del modelo agroexportador en materia de “proyecto de desarrollo” durante la década de los treinta, no surge espontáneamente desde las nada incipientes bases industriales de la época, ni se “provoca” institucional y políticamente desde el Estado (como fuera el caso en Brasil, México o Chile), **una nueva clase dirigente.** Esa necesaria “posta” entre clases dirigentes, ese surgimiento o, en su defecto, “parto político” de una burguesía industrial nacional que encuadrarse su modelo de desarrollo industrial en lo que comúnmente se denomina un proyecto político respecto de la sociedad, el Estado y la Nación, con contadas y efímeras excepciones, no existió.

Por el contrario, los sucesivos gobiernos de las últimas décadas, ocultan a la sociedad ese desgarrar constitutivo, ese agüjero ontológico de la sociedad argentina post-agropecuaria. Y lo hacen mediante el gasto en recursos públicos genuinos, o endeudamientos de diversos tipos, según los casos, en dos direcciones: hacia una ineficiente, hiperprotegida y malcriada, en su enorme mayoría, clase empresaria, o en la satisfacción de demandas de una sociedad que no ve tampoco, ni se le hace ver (políticos, intelectuales, academia, sindicatos, etc.) que ese estado de cosas es una bomba de tiempo que, impostergablemente, la tendrá tarde o temprano como víctima primera.

Es así que la sociedad pedalea, bicicletea su propia imposibilidad, hasta que el estallido de las cuentas públicas refleja, en el marco de una deriva crecientemente inflacionaria, la imposibilidad de continuar con esa **no-sociedad**, con ese Estado que no disciplina a los sectores económicos en términos de encuadrarlos políticamente dentro de un proyecto industrial estratégico, sustentable, modernizador de las relaciones sociales y respetuoso del interés general de la sociedad (Estado) y del suelo (Nación) en donde anclan sus fuentes de intereses. Este escenario nos lleva a la segunda consideración: la crisis hiperinflacionaria y su privadísimo modo de resolución por parte de la gestión Menem.

La experiencia internacional demuestra que toda salida de una crisis hiperinflacionaria requiere una nueva configuración de alianzas político-económicas y la formulación de medi-

das económicas que, simbólicamente, representen una ruptura con el pasado. Pero en el caso argentino, esa situación, producto de la postergación negadora de un conflicto viejo de cinco décadas, se resuelve de una manera insospechada, gravísima, y para peor, legitimada por una sociedad paralizada por la violencia económica. Esa particular salida de hiperinflación se resuelve por una fuga hacia delante, por un total abandono político por parte del Estado a las exigencias, demandas y condiciones de aquellos sectores mismos que habían contribuido a desencadenarla, tanto histórica como inmediatamente. La sociedad, o por lo menos su gran mayoría, queda así abandonada, bajo la corta manta del discurso neoliberal, al lugar que ese poder económico más voraz, concentrado y exigente que nunca antes tenga a bien concederle.

El ritual neoliberal se cierra así con la sociedad como víctima sacrificial en el altar de los mercados detrás de los cuales se enmascaran los irresponsables de siem configuraciones de interés cambian, pero la irracionalidad política que les es característica e pre. Los sectores, alianzas, nombres, nacionalidades y s la misma. Y ya casi no hay Estado, ni soberanía política, ni instituciones para empezar a imaginar una superación de esa inconsciencia colectiva, aunque claramente focalizada en el sector empresario, en la clase política, y en la mayoría de los sectores intelectuales, académicos y sindicales, que debieron haber dado el alerta.

Como lo señala recientemente el brillante análisis del Boletín de Coyuntura de ATE, “(...) el comportamiento descripto **reproduce un rasgo que la crisis hiperinflacionaria de 1989 parece haber transformado en estructural para la orientación del sistema político. El reconocimiento, por parte del mismo, como base de legitimación principal, de la necesidad de construir y evidenciar una armónica relación con los sectores dominantes**”.

La sociedad argentina se interroga entonces si tal vez es posible que quienes aspiran a representarla le den la cara y el coraje político a este desafío refundacional del orden político y económico del país. O si, por el contrario, la negación continuará detrás de los bellos y cosméticos nombres de transparencia de gestión, control republicano y eso tan vago, para un tiempo de definiciones, de “preservar lo que está bien y agregar lo que falta”.

¿LA CUESTIÓN SOCIAL O LO SOCIAL EN CUESTIÓN?

Ante todo aclaremos los términos, suspendiendo por un momento el tema “ajuste” para ajustar mejor la denuncia de su irracionalidad. Lo que se esconde detrás del ajuste es la horfandad en que está cayendo “la cuestión social”, o sea el nombre que dio el capitalismo a eso que le molesta profundamente pero que es la base de su acumulación: la sociedad. Esa “cuestión social” aparece en Europa hacia mediados del siglo XIX, cuando se produce el golpe contra la revolución del 48 en Francia. El lema de esa revolución era “trabajo para todos”. Cinco meses de ilusión y golpe de estado. El capitalismo no podía tolerar ese asambleísmo permanente, ese trabajo asegurado a todos, esa soberanía popular en acto. Ese reclamo soberano de trabajo por derecho que representaba un virtual estallido del derecho a la propiedad.

No obstante, el Estado, para sostener la ilusión de ser representante del interés común y lo más alejado posible de los capitalistas, inventa entonces “*lo social*” como interfase que reconcilie el hecho de que “el derecho” en los términos de la revolución francesa y la del 48 no puede existir más que como calmante de corto alcance, pero suficiente para camuflar los impresentables intereses de los capitalistas. Si se mira esto desde la perspectiva actual, se observa un retroceso respecto de la Francia de mitad del siglo XIX: creación y no destrucción de derecho por parte del estado, estado despegado del capital lo más que puede y hoy más ennoviado que nunca, asambleísmo callejero versus individualismo negativo, etc.

Lo importante es tener la alarma puesta porque nos quieren hacer creer que se ocupan de lo social. No podemos llamar a los parches y remiendos de estas “políticas públicas”, a esta forma aséptica de ocuparse de los dramas sociales, ideada por la nueva generación de managers de la miseria que salen de la universidad pública pagada por la sociedad y hacen postgrados afuera. Porque si bien nunca antes el capitalismo podía asegurar relativamente y sin atarse el derecho “trabajo para todos”, había no obstante cierto consenso en las burguesías respecto de que el estado “tapara” la cuestión social que se desnudaba en sus fábricas y que a ese estado había que

financiarlo con impuestos directos y reconocerle, aunque sea con mal de estómago, cierta soberanía política y potestad regulatoria. Esta articulación entre estado y poder económico para dejar vivir y reproducirse las formas de lo social está desapareciendo en el mundo, y argentina asume una vez más la caricatura de esta aberración.

En el escenario argentino actual, el gobierno debiera asumir los deberes fundacionales de la nación y las imposterables políticas de recuperación de soberanía frente al poder económico. Cosa que Fernando Henrique tiene muy en claro. Ha privatizado, desregulado, atraído capitales pero siempre con un teorema que queda demostrado: los resortes soberanos del brasil no pierden en la transa ni regalan nada. Brasil no da más de lo que obtiene a cambio y preserva discretamente su soberanía. y esas son reglas de juego sustentables por el estado, por eso también van los capitales, no sólo por las condiciones decimonónicas de gestión de la fuerza de trabajo.

Nosotros, comparados con Brasil, hacemos lo que las restricciones externas piden y es sólo dentro de ese espacio que se gobierna, o mejor dicho que se gestiona, dando más de lo que se pide, por simple servidumbre y fe de conversos, para que no suba la prima de riesgo. Pero es precisamente reproduciendo un estallido a mediano plazo seguro de del sector externo y o del fiscal que se induce a que suba el riesgo argentino. Brasil devalúa el valor de su moneda cuando la situación lo demanda para reevaluar sus relaciones de fuerzas, basadas en políticas industriales estratégicas, en un círculo virtuoso que le restablece soberanía, le acerca capitales, lo preserva de inflaciones rampantes y trae capitales porque saben que brasil pagará.

Argentina amenaza con la dolarización. O sea con la ruptura política del mercosur y la desestimación de la unión europea con una ingenuidad peligrosa para un equipo económico. ¿De dónde sacarán los dólares, luego de repatriar las reservas del exterior y cambiar los bonos brady por moneda fuerte?. Esto no puede continuar, que salgan de la burbuja waldorf, que abran los libros de estrategia que escribieron hasta no hace mucho, que recuperen sus papers de hace un tiempo sobre regulación participación y deuda social potencial, que releen sus definiciones de política exterior los que hoy reprimen dentro, que tengan respeto por los que fueron, los que

pelean por ser y por los que vendrán. y si no que se remitan a las alianzas políticas y sociales gracias a las que llegaron al poder....de los otros.

La Alianza debe y deberá ser estado al estado puro. Y el estado puro del Estado es no entregarse a las demandas de los poderes que no aseguren de alguna manera la regulación de la sociedad y la potencia de la economía, básicamente a través de nuevos puestos de trabajo, nuevas tecnologías y sectores estratégicamente competitivos. El Estado no puede abandonar el carácter sagrado de lo social como base constitutiva de la nación. Ya no hay muchos mercaderes en el templo, sino que el templo de lo social ha sido convertido en un mercado, con cámaras y efectos especiales por doquier, y con más cuervos que palomas, para agotar la metáfora.

Y esto debe cambiar porque ante esta renuncia política del gobierno, la cuestión social se abisma. **Más aún la cuestión social desaparece.** Y aquí los tiempos juegan en contra, ya que no se recupera soberanía con la misma facilidad con que se la rifa. Allí empieza a aparecer “lo social en cuestión”. O sea, la pregunta de si aún están dadas y por cuanto tiempo, las condiciones de posibilidad de sostener a la sociedad con un mínimo de integración social, inclusión económica y preservación territorial. La sensación de desamparo va cubriendo a gran parte de la sociedad. Debe decirse que nuestra clase política ha deshonorado los tiempos y ha entregado a los únicos que la sustentan como sacrificio para que no suba el riesgo argentino.

Esta **opción política** (sistemáticamente) aplicada durante diez años de no encarar una nueva fase de la cuestión social sino más bien de desestimarla se oculta a través del ajuste sin fin. Ajuste inacabable que no es sólo una opción de los últimos dos gobiernos sino que se pide desde los sectores económicos de mayor poder y concentración a la vez que no se hacen cargo de un proyecto político que contenga a la sociedad. Así entonces el ajuste que hunde lo social se hace pasar por garantía de resurrección de la cuestión social. Esto no es sólo explotación, reconversión o vasallazgo respecto del poder económico. Esto es la forma actual de lo siniestro. Esta es la encerrona trágica de nuestra sociedad.

La conjugación de ajuste con flexibilización acelera la desaparición de la cuestión social en beneficio de las políticas llamadas activas. Este social en cuestión que progresa no es

otra cosa que **la virtual desaparición de la “política” en la sociedad argentina** y decimos política en su sentido más originario: como principio de fundación y cohesión de lo social a través del tiempo. El gobierno cree gobernar cuando sólo gestiona en base a las opiniones del gran capital global. Si como ya se ha dicho sólo un gran estadista con una clase empresaria más presionada entre el poder político y el civil y movimientos sociales, sindicales y otros que refunden la nación, podrían disciplinar al poder económico, ¿cómo no va a estar en cuestión lo social si ni siquiera se gobierna, apenas se hacen cuentas?

Así planteadas las cosas se torna evidente que el ajuste es irracional no sólo por la manera en que amenaza la vida social, sino que es falaz en sí mismo. Porque es realmente paradójico que los “mercados” y sus “operadores”, neoliberales confesos, tengan la estrategia industrial dinámicamente competitiva de un país como límite de sus opciones de cartera, mientras que ex desarrollistas, ex neopostpseudokeynesianos o cepalianos (o sea una buena parte del gabinete) ignoran totalmente el único reaseguro para empezar a romper la dialéctica del ajuste: la definición política de un proyecto industrial estratégico, incluyente y dinámicamente sustentable. Algo así como lo que hace a media voz y pura política fernando henrique en Brasil.

Con esta necesidad de financiamiento externo anual, (por lo menos 12000 millones de dólares) no hay ajuste de presupuesto ni flexibilización laboral que impidan que el sector externo estalle. Si no es inducido desde fuera por una caída en la liquidez internacional, o subas en las tasas de interés lo será por una menos probable implosión social interna. (En realidad la implosión ya está, sólo que la violencia que invadió de la mano de diez años de ajuste nuestra sociedad aparece en un rubro de la prensa, el ajuste en otro, y los chismes de la clase política primeros al aire.

A partir de lo señalado el ajuste genera autoritarismo, violencia y represión. Tal vez alguna intuición del gobierno en este sentido explique el plus de represión frente a las protestas ocurridas recientemente sobreactúan ajuste, represión y mass-media. En ese sentido y en este social jaqueado, las diferentes protestas son más que reivindicaciones regionales o sectoriales, *son la expresión vital de la perseverancia en el*

ser de la vida social y política. El sentido común va ganando al común de la gente gracias a tantas otras formas de resistencia a las que no se da visibilidad. Simplemente porque no “venden”. Todas estas expresiones populares que indicarían que ha llegado el límite son *saludables* muestras de defensas de la sociedad. Pero no pueden sustituir a las políticas de estado. Los diferentes sectores de la vida política no partidaria son los que parecen tener más idea del estado que el estado mismo lo cual no es una paradoja, ya que son los soberanos y están desamparados.

En todo caso y sin dramatismo, las cosas por su nombre o estamos en un estadio *germinal de una refundación republicana* en argentina, donde las diferentes expresiones populares irán asumiendo la defensa de lo que el estado no debiera haber descuidado, o enfrentamos el comienzo de una etapa de desagregación social, política y territorial en la violencia. Porque aunque parezca una boutade, si midiéramos el grado de cobertura social (justicia, protección, habitación, trabajo, etc.) del señor respecto de sus siervos dentro del régimen medioeval, el argentino excluido y marginado actual añoraría esa posición. Porque por servil que fuere la situación del siervo, era un modo de socialización que lo afiliaba a las relaciones sociales, que lo contenía en un todo social y con ciertas coberturas. Ahora se expulsa, se desafilia, se pateo a la gente no en el vientre, sino en su identidad.

Y esta afirmación que puede ser provocativa pero no deja de basarse en criterios de comparación transhistóricos nos está delineando binariamente lo antes dicho para los escenarios argentinos, la *refundación republicana por abajo*, por el pueblo (1789), o la violencia universal más irracional (colombiana). La derecha fuerte mundial y el establishment ya están preparando los conflictos y discursos de esos conflictos primitivos que serán llamados a tapar la decadencia de esta civilización.

Y como cantaba la Baez, “siempre con Dios de su lado y revólveres en las manos”. Sustituir Dios por mercados y revólveres por armas química.

Lo que fue demostrado.

ARGENTINA 2001: URNAS BLINDADAS

Mientras el mega-especulador Georg Soros se da el lujo de abogar por la vigencia de impuestos que castiguen la especulación financiera (la llamada propuesta Tax-Tobin) en el Foro Económico Mundial reunido en Davos, el gobierno de la Alianza festeja el blindaje que le otorgaron los intereses que representan esa misma especulación (bajo la conducción de la Reserva Federal de los Estados Unidos y el propio Fondo Monetario Internacional), con un entusiasmo casi ingenuo, si no fuera políticamente lamentable. Se podría decir que el blindaje le provoca al gobierno actual el mismo goce que normalmente otorga un triunfo en las urnas, lo cual más que una metáfora es una manera de decir que el oficialismo considera a los capitales concentrados globales y locales como aquellos que pueden darle o quitarle legitimidad política.

Legitimidad política, o sea eso que hasta hace algún tiempo se lograba en la arena electoral, y que este año responderá en elecciones parlamentarias desde una realidad social a quien el blindaje no le habrá cambiado la vida y a quien la memoria le recordará que para adentro se hace lo contrario a lo comprometido en la campaña electoral, mientras que para los intereses globales-locales se da más de lo que esperan. Pero antes de un análisis más acabado de lo que es el blindaje, usado por el gobierno con una cosmética mediática que indigna cuando acontece en simultáneo con las demandas de dignidad que llegan cotidianamente desde todo el país, es lamentable señalar que Soros, que no regala nada, tiene una racionalidad política que no conocen ni nuestros gobernantes ni quienes les han “regalado” ese presente griego llamado blindaje.

En realidad, poco se sabe acerca del blindaje en términos de cuánta “ayuda” representa efectivamente, una vez descontados los movimientos contables, las refinanciamientos de deuda pública y privada, las suntuosas comisiones de los agentes intermediarios, etc. Cada artículo que se lee en la prensa muestra cifras, fuentes, usos y destinos que no coinciden ni entre sí ni con nada, salvo el hecho de que obviamente, para no ser conspirativos, lo mínimo que puede decirse es que la actual administración está embarcada en la negativa a las

legítimas demandas sociales y embriagada por su afán de seducir al nuevo poder económico-político global. Para usar una expresión acuñada por uno de los espíritus más lucidos de nuestro tiempo, el filósofo político Toni Negri, el gobierno mira hacia el “Imperio” en casi todos sus actos de política económica, o sea de política en sentido estricto. Es entonces en el cruce de la política que, bajo toda apariencia, despliega y desplegará el Imperio, o sea la modalidad del capitalismo versión siglo XXI, que da un sentido al blindaje.

¿Por qué entonces aquellos que dejaron que Soros hiciera trizas la libra esterlina gracias a su poderosa capacidad de especulación, los mismos que miraron para otro lado cuando se derrumbó el sistema bursátil, financiero y monetario de la propia Rusia o que dejaron librada a la locura especulativa de los mercados la suerte de las principales monedas del Sudeste Asiático, todo ello hace muy poco tiempo, por qué de pronto tanto interés en “blindar” a la economía argentina, que no es otra cosa que asfixiarla políticamente?. Existen varias respuestas a esta razonable pregunta, y esas respuestas recorren un sendero que va desde la miope vanidad de sostener a toda la tecno-buro-globalocracia internacional del F.M.I., del B.I.D. (Banco Interamericano de Desarrollo), del Banco Mundial y demás yerbas para recalar finalmente en lo más crudamente esencial de la “política del Imperio”.

El blindaje, entonces, que impidió que Argentina entrara en franca cesación de pagos, parece tener el objetivo no de salvarla y ni siquiera de calmar a los llamados “operadores” internacionales, sino muy por el contrario de sujetarla políticamente hasta niveles insospechados en nuestra historia de relaciones políticas internacionales. Y ello porque Argentina es necesaria para los intereses de los Estados Unidos y demás representaciones políticas e intereses económicos globalmente difusos para que el diseño geopolítico pensado para el siglo XXI reproduzca de la forma más eficaz a esos mismos intereses. Para ello, como esto no es Colombia ni Kosovo, hay que llegar blindando toda aspiración de dignidad política, de soberanía monetaria y de modernidad económica. En otros términos, el blindaje es al caso argentino lo que las “fuerzas de paz” de las Naciones Unidas fueron a Bosnia. Sólo que de a poco, lentamente y con un poco de anestesia.

Por otra parte, en el juego de distribución de poderes a nivel mundial, es obvio que hay una lucha no declarada por el liderazgo entre los Estados Unidos y la Unión Europea, entre el euro y el dólar, juego al que prestan suma intención dos vigilantes poderosísimos económicamente, Alemania y Japón, un vigía ideológico como ha sido y sigue siendo Francia, y un espectador nada pasivo aunque no desarrollado, como es Itamarati, sede de la cancillería del Brasil. En esta línea de razonamiento, Argentina es entonces una pieza clave para que el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) sea una realidad y le robe toda pretensión de soberanía al MERCOSUR, es decir, esencialmente al Brasil, y que al mismo tiempo, una vez neutralizado Brasil gracias al desembarco en nuestro país, el juego geopolítico mundial vea al euro en franca devaluación, al poder político de la Unión Europea falto de aliados, acelere e incline a favor propio la decisión de Alemania y Japón y remita al olvido toda idea progresista de cuño francés o del que fuere.

C'est-à-dire, nada para "blindar" con champagne. Mientras tanto, la resistencia global mundial en sus múltiples formas, incluidas, con franca reverencia por su impecabilidad, las nuestras, parecen estar bebiendo del más noble vino. Lo suficiente pare que la historia, la resistencia y la libertad sigan abiertas.

**ENCUENTRO PRO-ALCA EN BUENOS AIRES:
SEATTLE, PRAGA, ZURICH, PORTO ALEGRE... LA RESISTENCIA GLOBAL
MUNDIAL NOS MIRA Y LA HISTORIA NOS INTERPELA: PLEBISCITO YA**

Buenos Aires será, veremos y haremos si para su suerte o condena, sede del encuentro más siniestro, secreto, antidemocrático y servil de los que haya conocido hasta hoy la historia capitalista, esta vez en fase IMPERIO. Se trata del encuentro de los ministros de economía de todos los países del continente americano, con la honorable excepción de Cuba, para acordar el texto del ALCA (Area de Libre Comercio de las Américas) que, de lograr consenso entre los servidores de los intereses más concentrados, autoritarios y discriminadores del capitalismo global/local y a espaldas de todos los ciudadanos del continente, será definitivamente sellado en Quebec del 20 al 22 de este mismo mes.

El ALCA es la propuesta impulsada por los Estados Unidos y los intereses más concentrados del capital y del poder en todas sus formas, para extender a todo el continente el acuerdo NAFTA (Asociación Norteamericana de Libre Comercio) firmado entre los Estados Unidos, Canadá y México y cuya sanción (1ro. De Enero de 1994) fue elegida por la resistencia zapatista mexicana como fecha para lanzar la insurrección de Chiapas. Insurrección que marcó un punto de inflexión en el avance de la globalización totalitaria y en la maduración seria y ejemplar de las múltiples formas de resistencia mundial.

La historia coloca a Buenos Aires de esta forma en la mira del mundo, ya que de pasar el acuerdo por el ALCA se redefinen todas las relaciones económicas y políticas internacionales debido a que dicho acuerdo, si llegara a firmarse en Québec, adquiriría rango constitucional para todos los países firmantes y todo acuerdo, alianza, estrategia nacional o regional (léase legislación laboral, servicios de educación y salud, medio ambiente, sistemas de previsión social, economías regionales, MERCOSUR, etc.) estarían condicionados por las reglas del ALCA. Aún más, todo interés público, toda institución de la República, toda la actividad civil, política, social, grupal, editorial, empresarial, etc., deberían acordar con las reglas del ALCA o sea, con los intereses de los Estados Unidos y las grandes corporacio-

nes globales/locales. Semejante afrenta a la soberanía de los pueblos de todo un continente y al destino de todos los países del mundo sería sancionada en secreto. Sus embajadores no calzan botas, pero el diseño es aún más siniestro.

Para entender la hipoteca que el ALCA representa sobre toda aspiración de soberanía política, de libertad y de pluralismo en el mundo globalizado cabe recordar cuál es el sustrato ideológico de este “libre comercio” que no es otra cosa que libertad para los que arrasan cotidianamente con la vida, la dignidad, la educación y la potencia de todo un pueblo, de toda la historia de luchas por las que pudimos ser y de todos los devenires de las generaciones que de nos dependen para “poder ser” para la vida y la libertad. Ya la Inglaterra del siglo XIX exportó ideológicamente el libre comercio para los otros pero para sí fue proteccionista. Así sentó las bases de su imperialismo, y la clase dirigente americana de entonces fue lo suficientemente lúcida como para no comprar ese verso, lo cual le permitió ser el país imperialista del siglo XX.

Pero el capitalismo, los liberales y los poderes de los siglos XIX y XX, presionados por las luchas sociales, obreras, estudiantiles, de género, etc., debieron calmar sus apetitos dando cierta apariencia de democracia y tratando de acompañar sus avances, su explotación y su poder con consensos mínimos. Por ahí pasa toda la diferencia entre la democracia y la dictadura, entre el derecho y la servidumbre, entre el ALCA y la libertad. Hoy el IMPERIO se caga soberanamente en la soberanía popular, en las luchas que ya no cristalizan institucionalmente en derechos adquiridos sino que son “criminalizadas” gracias a la ayuda nada despreciable de despreciables medios, políticos, legisladores y formadores de opinión que permiten remitir al dominio del “crimen” la resistencia legítima por derecho natural y quieren truchamente hacer pasar por “derecho” algo que, con todo respeto por la palabra, la historia y la sangre vertida, está siendo un genocidio. Genocidio por el cual nuestra actual administración, clase política, representantes y “burguesía” deberán responder.

Porque la historia no empieza a agonizar con el encuentro ALCA en Buenos Aires, ni terminará en Québec. El NAFTA parió Chiapas, las políticas IMPERIO de los Estados Unidos, del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial parieron los hermosos encuentros resistentes de Seattle, Niza, Was-

hington, Zurich, Praga, Porto Alegre, etc. La opinión pública, con todas sus fragilidades, que no son otras que las de todos nosotros, fue pisoteada. Lo que se panfletea en estos días en cualquier subterráneo de San Pablo, París o Tokio desaparece de los grandes medios de prensa y audiovisuales de nuestro país. Han cometido la impiedad de impedir que se abra el debate, nos han negado la palabra, han usurpado los mandatos por los que fueron electos. Ni siquiera emiten “comunicados” o se esconden en “fords falcon”.

Quieren como “campo de concentración”, y no es metáfora, el continente entero para así terminar de aplastar las aspiraciones de la República del Brasil, darle un golpe final al MERCOSUR y condicionar a toda Europa y Asia. Porque si pasa el ALCA, entre otras cosas, se hacen irreversibles todos los procesos de ajuste, desregulaciones, privatizaciones de la salud, la educación, y demás bienes públicos. Porque todas las jurisdicciones (vecinal, municipal, provincial, regional) quedarán sometidas a la “libertad de mercados” que dictan los que criminalizan “el lavado” pero ensucian la ropa. Si no nos dieron la oportunidad del debate, que se sometan a la opinión de toda la ciudadanía continental mediante un llamado inmediato al plebiscito.

Porque si un acuerdo “comercial” de esta relevancia se hace por fuera del débil derecho que hemos sabido, y que nos han dejado, conseguir, si se hace sin representación republicana y legitimidad de mandatos, están proponiendo un mundo globalizado genocida de todas las mayorías. Ni hablar de las minorías. No es ya más hora por de pronto de hablar sino de exigir respeto a las instituciones de la República y manifestar multitudinariamente esa exigencia. Por Dios, que no haya más brasileros, holandeses, suizos o mexicanos que argentinos defendiendo lo que nos queda, que no es poco, pero que nos quieren arrebatar. Porque en realidad es mucho. Son tiempos de NEXOS.

NO AL ALCA PLEBISCITO YA

Buenos Aires, abril de 2001

PRESENTE GRIEGO

EL APOYO DE BUSH ANTE LA CRISIS ECONÓMICA ARGENTINA

La historia y la mitología de la antigua Grecia no dejan de reenviarnos sus significantes, reforzando así el carácter fundacional que esa cultura tiene para Occidente. Es así que la imagen del “presente” o “regalo” del Caballo de Troya por parte de una ciudad vencida y escondiendo las fuerzas que le devolverían la victoria dentro de él, es de una gráfica y parlante significación para dar una idea de lo que implica el sorpresivo apoyo del presidente americano George Bush Jr. a De la Rúa durante la Tercera Cumbre de la Américas, celebrada recientemente en la ciudad de Québec con el propósito de avanzar en los acuerdos para la instauración del ALCA, tratado de libre comercio desde Alaska a Tierra del Fuego que comentáramos en nuestra última columna.

Este presente griego que radica en las declaraciones de Bush en el sentido de que, de ser necesario, el Tesoro de los Estados Unidos dispondría un salvataje financiero para la Argentina en caso de que ésta llegara al temible “default” (cesación de pagos de la deuda externa), así como lo hiciera oportunamente durante la última gran crisis de la economía mexicana, suena ante todo como una “devolución de favores”, aunque su relevancia no culmina sino que sólo empieza allí. Esa devolución de favores habría sido, entre otras razones, a causa del cipayesco apoyo de la Argentina a la posición estadounidense de condena a Cuba en la última reunión de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, por un lado, y la posición pro-ALCA de la administración De la Rúa en la reciente cumbre, por el otro.

Éste es uno de los varios escenarios externos en que se desenvuelve la actual crisis monetaria, cambiaria, bursátil y económica argentina de las últimas semanas, con la amenaza permanente del “default” y el juego especulativo de los operadores respecto del valor del peso argentino y de los títulos de la deuda pública. Admitamos ante todo que no es tarea sencilla el análisis político en un país donde, a poco más de un año de ejercicio del gobierno, (no del poder, ya que es obvio que el poder está en otra parte), el presidente argentino nombra como

“superministro” con “superpoderes” al mismo hombre (Cavallo) que representa todo aquello en contra de lo cual la Alianza decía, en tiempos electorales, lucharía y que, por su parte, esa simultaneidad siniestra se da al mismo tiempo de las cotidianas peleas entre el superministro inventor de la Convertibilidad y de la Autonomía del Banco Central respecto de la política económica con el propio presidente de esa autoridad monetaria, Pedro Pou, nacida en los noventa a imagen y semejanza de Cavallo.

Otro dato de este siniestro cuadro de política-ficción es que el gran propulsor de la tan ponderada “libertad de los mercados”, el ministro Cavallo, resulta ahora pelearse cotidianamente con esos mercados, como si acabara de descubrir, luego de haber en su anterior gestión hecho todo lo posible y más de lo necesario para implementar esa indomable libertad de mercados, que esos “mercados” son sólo un eufemismo que esconde “conspiraciones”, “especuladores”, “pesimistas”, etc., en una mezcla de comportamiento psicótico, paranoico y desentendido de cuánto hizo él mismo para propiciar esas conductas por parte de los operadores. En fin, una prueba más de que los sectores de poder económico local-global se devoran todo en la Argentina contemporánea y que detrás de esa escenificación de “realismo mágico” de la actualidad política, los intereses y dividendos ganados por los especuladores no son nada mágicos sino reales y proporcionales a lo que las políticas neoliberales apadrinadas en los noventa por Cavallo les permiten. Y les permiten casi todo.

Sin lugar a dudas, la Argentina de los últimos tiempos se devora todo. Se devoró las aspiraciones progresistas del gobierno de la Alianza en sólo un mes de ejercicio del poder, aquí sí, del “poder” represivo en la provincia de Corrientes, se devoró el efecto “blindaje”, que bajo todos los auspicios e ingenuas celebraciones oficiales alejaría para siempre el tan temido “default” en menos de tres meses, se devoró al ex ministro López Murphy en menos de tres días y se está devorando los ímpetus cavallistas en poco más de tres semanas. Pero hay algo que, por detrás de esta grosera e impiadosa sucesión de hechos, se borró con el presente huracán que es brisa para los poderes concentrados, se “borraron” los significantes que estaba enviando la resistencia social en Argentina en medio de la mayor

(y no exageramos) crisis política, social, económica e institucional de nuestro país.

Nos explicamos. Ante la actual crisis “terminal” del desordenamiento jurídico, político e institucional de nuestro país, hay sectores de la sociedad argentina que vienen calma pero contundentemente, desde hace tiempo ya, enviando “mensajes” significantes, esencialmente, de dos hechos:

- Por un lado, la imperiosa necesidad de concluir estas décadas de desagregación política, desarticulación social y de exclusión económica hacia la pobreza, la violencia y la marginalidad.
- Por el otro, el señalamiento humilde, digno y potente de que por ello mismo son estos tiempos de “refundación” de la Nación, de la República y de la Sociedad desde un nuevo y alternativo imaginario social y político, renovador desde la simple dignidad y presentificador incansable de justicia y libertad.

Y esos mensajes, que el poder económico desprecia, ante los que el gobierno muestra indiferencia o represión y que los agentes de la nueva configuración global bajo forma IMPERIO (por ello el presente griego) se empeñan en “judicializar”, en “criminalizar”, esos mensajes son enviados desde los sectores más maltratados, huérfanos y desprovistos de una historicidad que los oriente y abandonados por un presente que se empeña en desoirlos y borrarlos, como lo hacen los recientes acontecimientos.

Nos referimos a la RESISTENCIA SOCIAL, a los movimientos de desocupados, asentamientos urbanos y campesinos, mujeres, militantes “en serio” de los derechos humanos y demás “minorías ya hoy mayoritarias”. Ese mensaje y esa resistencia no serán borrados por el circense escenario actual. Porque son la vida social misma que persevera en su ser. Ignorarlos o no solidarizarse activamente con ellos es una “impiedad”. Sobre todo cuando las campanas doblan, y las campanas están doblando por nosotros.

Buenos Aires, mayo de 2001

EL MODELO DEL GENOCIDIO

El capitalismo ha sido históricamente una dialéctica entre el afán desmedido de lucro de los empresarios, rentistas y financieros, las regulaciones que el Estado ha debido ir estableciendo para compatibilizar ese afán con la legitimidad y, dominando estos desequilibrios intracapitalistas y estas voluntades consensuales de los Estados, la lucha de clases. Lucha de clases que ha permitido al proletariado las sucesivas conquistas, hasta fines de los '70 del siglo XX, y al capital intensificar su acumulación tecnológica.

Es función del Estado el garantizar una serie de estrategias de desarrollo, de seguridad del empleo, la educación, la previsión social, etc. El modelo perfeccionado por el menemismo y continuado por la Alianza no respeta estos prerrequisitos que ningún liberal en serio se atrevería a cuestionar. En consecuencia, el diseño de los pre-supuestos de todo orden, naturaleza y jurisdicción deben hacerse por fuera de los diseños de ingresos fiscales. Luego, una vez establecidos los niveles de gasto público total, se decantan los ingresos necesarios al cumplimiento de las funciones del Estado liberal y capitalista. Dentro, por cierto, de límites de razonabilidad: estrategia de desarrollo modernizante y equitativa, necesidades y previsiones sociales básicas y las que las luchas hayan determinado como formas incorporadas al derecho. Nada más, pero nada menos. El sistema tributario en particular y el fiscal en general deben solventar esos niveles de gasto.

No es la recaudación la que determina el gasto sino el gasto estratégico, científico, social y previsional el que determina el nivel de recursos públicos necesarios.

En la Argentina del postmenemismo delarruista, contamos con cuatro clases de monedas y con cuatro clases correspondientes de ciudadanía, al mejor estilo de las jerarquías político-represivas y capitalistas nazis, con estrellas de distintos colores según el grado de exclusión de la población. Este no es un modelo antagónico, eso lo fue en los '70; este no es un modelo de puja distributiva, eso lo fue en los '80; este no es un modelo atomizante en lo social y disolvente en lo político, ese fue el

menemismo. Este es un modelo de genocidio al cual los términos liberal, capitalista y represivo le quedan cortos.

En una sociedad política e institucionalmente consolidada a la manera liberal, sólo puede haber una moneda, ya que la moneda es el símbolo más eminente de lo político como cristalización de una soberanía política y monetaria del Estado. Por lo tanto, el estallido de monedas de diversa naturaleza, solidez y confiabilidad es síntoma de desagregación política y de disolución social.

Las cuatro monedas:

- El dólar, que detentan los capitales y grupos sociales concentrados y globalizados y que tienen garantía de la Reserva Federal de Estados Unidos, porque su posesión no depende ya de las reservas del Banco Central. Estas clases desentendidas del devenir nacional están globalizadas y no se preocupan por la convertibilidad.

- Los bonos de la deuda pública detentados por los llamados mercados, es decir, especuladores privados, entidades financieras locales y extranjeras, AFJP y operadores institucionales. A ellos, contra el principio de nuestra tesis, se les garantiza certeza y usuraria rentabilidad desde el último ajuste de De la Rúa-Cavallo como prioridad incuestionable.

- El peso argentino, para las clases medias y medias bajas empobrecidas, cuyos ingresos son en parte en pesos garantizados por un Banco Central cuya convertibilidad durará lo que dure el desguace, y el resto con la moneda cuarta:

- Bonos basura o menores ingresos para trabajadores y jubilados, aparte de recortes en las prestaciones sociales; los bonos basura que empiezan a florecer para los incluidos en el mudo del trabajo precarizado, en negro, etc., pero no todavía excluidos.

Las cuatro ciudadanías:

- Los privilegiados locales-globales detentores de dólares globalizados, elites mundializadas y cuadros jerárquicos de grandes corporaciones.
- Los reasegurados locales-globales por el último ajuste, ya que el honramiento de sus títulos es el objetivo primero de las recaudaciones del fisco.
- Los migrantes hacia la desafiliación social pasando por el subempleo y precarización, o sea las clases medias tradicionales con estrella amarilla que señala peligro de exclusión.
- Los ya instalados en la desafiliación paulatina a medida que se asegura la certidumbre de los dos primeros grupos. Estrella roja que indica peligro de no reproducción del grupo social.

Pero hay una quinta moneda: los desechados del sistema: piqueteros, desocupados, excluidos, discriminados. Estrella negra según los pronósticos de los gurúes. Cielo por asalto según la perseverancia de la vida, la libertad y la dignidad. Estas últimas son sus monedas, que no incluimos en la clasificación anterior porque pertenecen a un nuevo imaginario político y social y no a un régimen decadente.

Los procesos sociales impresos por estas políticas no se juzgan estática sino dinámicamente. Al privilegiar el pago de la deuda externa por sobre la deuda social y desarrollista, la Alianza no apuesta al “déficit cero”. Eso es una falacia. Siempre habrá déficit si no cambiamos este régimen político porque ello es necesario al chantaje para bajar aún más los ingresos de los sectores medios y bajos y porque es el argumento del riesgo país. No habrá déficit cero. Ello no es funcional al modelo de “sociedad cero”, de destrucción de la nación. Y sociedad cero es genocidio. Y destrucción de la nación es traición a la patria. Ambos delitos del máximo nivel de criminalidad, justificables local e internacionalmente.

Segunda Parte

**En torno a la Cátedra de
Economía Internacional**

PROGRAMA DE ECONOMÍA INTERNACIONAL

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Carrera de Ciencias Políticas.

Titular: Lic. Marcelo Matellanes

Auxiliares:

Lic. María Cecilia Abdo Ferez

Lic. Verónica Gago

Lic. Amílcar Salas Oroño

Lic. Nicolás Grinberg

Lic. Ariel Filadoro

Lic. Guido Starosta

Objetivos

La materia tiene como objetivo esencial la intelección del proceso histórico de socialización capitalista desde sus orígenes hasta su fase de desarrollo actual (globalización). Se propone dar cuenta de ese objetivo a través del despliegue de los distintos dispositivos teóricos correspondientes a la historia de la filosofía política, al dispositivo marxista de crítica de la economía política, a la importante contribución de escuelas historiográficas y, finalmente, a los aportes esenciales de la antropología política y económica comparadas.

Desde esta perspectiva epistemológica, las relaciones sociales capitalistas y, a fortiori, las relaciones económicas internacionales, son consideradas como formas históricamente situadas del modo de producción, constituyendo la periodización temporal de las mismas un objetivo central de la materia, de acuerdo con sus distintos grados de desarrollo y, en consecuencia, de las distintas estrategias del capital –como relación social– frente a esa evolución histórica. Nuevamente aquí, el gradiente de la exposición de la materia así como el de la presentación de sus hipótesis de estudio respecto del devenir social, económico y político en la instancia llamada globalización del proceso de acumulación de capital, conducirán la deconstrucción y crítica del modo de socialización capitalista así como el despeje ético-político de devenires alternativos al presente.

Contenidos

Los contenidos de la materia se desprenden de tres ejes centrales que -unidos en una perspectiva de conjunto-, apuntan a satisfacer los objetivos antes citados. Estos ejes responden al objetivo de descentralización antropológica, historización de las categorías de la filosofía política de la modernidad, de las vertientes historiográficas que permiten deconstruir la acción del Estado respecto del capital y, finalmente, de la crítica de la economía política neoclásica y el despliegue de dispositivos analíticos de las modalidades históricas del modo de producción.

Por un lado, la antropología comparada -siguiendo las corrientes teóricas contemporáneas de Louis Dumont y Pierre Clastres-, permiten la caracterización del modo de producción capitalista como una forma inédita de socialización individualista en relación al modelo de las sociedades holistas. A partir de allí se intenta desnaturalizar las formas de lo político del capitalismo de la *rerum natura* en la que han sido colocadas por la ideología dominante y, en un mismo tiempo, habilitar dispositivos teóricos en materia de “lo social”, el Estado y el poder, ontológicamente diferentes de los que diseñó el desarrollo capitalista.

Desde otro ángulo de la deconstrucción y apuntando en igual sentido a la singularización del capitalismo, se repasan los grandes momentos de la historia del pensamiento de la filosofía política a partir de los cuales nacen las representaciones indispensables para el posterior desarrollo de la economía política clásica (Smith, Ricardo, Marx). En este sentido se repasan fundamentalmente los autores Hobbes, Locke, Mandeville y Hume. Sin estas representaciones, y sin la violencia estatal que acompañó los procesos sociales, el capitalismo no hubiera podido ser formulado como proyecto social en la forma en que lo hiciera Adam Smith en la “Riqueza de las Naciones”.

En tercer término, se desarrollan contenidos de la más reciente historiografía (Karl Polanyi, Jacques Donzelot) para terminar de definir el operativo de deconstrucción del modo de producción a través del análisis ideológico, social y político de la categoría Estado. Esto se analiza en relación a su desarrollo histórico, en función de las necesidades de la acumulación de capital y de la violencia estatal originaria y secular que los atributos contradictorios de la relación social impone en el desa-

rollo del capitalismo, especialmente en su actual fase de globalización.

Por último, desde el vector crítico de esta deconstrucción y de la formulación de hipótesis filosófico-político-éticas, se desarrolla el dispositivo de análisis económico de Karl Marx en *El Capital* y en los *Grundrisse*, además de la escuela francesa de la regulación del capitalismo, que ayuda a comprender los periodos taylorista, fordista y posfordista o toyotista de los procesos de trabajo y de la propia acumulación de capital; siempre entendida como un proceso de socialización en constante reconstrucción. También se desarrollan aquí, desde el ángulo económico, los debates en materia del Estado Capitalista de Miliband-Poulantzas, los aportes de la escuela alemana de la Derivación del Estado (Hirsch, Altvater, Müller y Neussus) y, para concluir, las más recientes producciones teóricas en economía marxista y filosofía política alternativa (Toni Negri, Paolo Virno, Jean Pierre Vincent, etc.).

Módulos

Primera parte

Exposición del modo de producción capitalista dentro del horizonte perspectivo de otras modalidades de socialización: sociedades holistas, sociedades individualistas (Louis Dumont). desnaturalización de la forma estado y de la concepción del poder en el capitalismo respecto de otras civilizaciones (Pierre Clastres).

Enseñanzas de la moderna historiografía respecto de la relación del estado moderno con la instalación progresiva del modo de producción capitalista. La intervención del estado en la formación de las mercancías primeras del capitalismo. La utopía liberal del mercado autorregulado. (Karl Polany).

Repaso localizado de los grandes momentos de la historia del pensamiento en filosofía política respecto de las representaciones necesarias para el proyecto societal capitalista: Hobbes, Locke, Mandeville, Hume. Estado, individuo libre, propiedad, vicios y virtudes, interés, bien común, etc. (Louis Dumont).

Segunda parte

- Nacimiento y evolución de la teoría económica clásica y del proyecto liberal en Adam Smith. La crítica de Karl Marx a la economía política. Exposición de las partes más relevantes del capital de Marx: Formas Valor, Mercancía, Dinero, Capital. Fetichización. Alienación. Tasa de explotación. Trabajo y Fuerza de Trabajo. Producción y Circulación. Manufactura y gran industria. Plusvalía absoluta y relativa. (Louis Dumont, Adam Smith, Karl Marx).
- Los debates teóricos acerca del estado capitalista: instrumentalismo, estructuralismo, autonomía relativa de lo político estatal. Miliband / Poulantzas. Aporias del debate. Renovación de la teoría marxista del estado con la escuela alemana de la derivación. Estado y régimen político. Lucha de clases. (Pierre Salama, Gilberto Mathías, John Holloway, Joachim Hirsch, etc.).
- La escuela francesa de la regulación del capitalismo: régimen de acumulación y modo de regulación. Taylorismo, fordismo, postfordismo. Proceso de trabajo. Norma social de consumo. Instituciones. Keynasionismo y Estado de bienestar. Crisis de los años setenta. Desregulación. Globalización. (Michel Aglietta, Benjamín Coriat, Robert Boyer, Mario Rapaport, etc.).
- Desarrollos recientes del capitalismo. Individualismo/cooperación en los procesos de trabajo. Transición del obrero masa al obrero social. El sistema automático de máquinas en los Grundrisse de Marx. Trabajo inmaterial. General intellect. Virtuosismo y posfordismo. Resistencias frente a la globalización. Nuevos movimientos sociales. Crisis civilizatoria del capitalismo (Karl Marx, Toni Negri, Paolo Virno, Maurizio Lazaratto, J.M. Vincent, etc.).

Bibliografía

Obligatoria

1. Dumont, Louis; *Homo aequalis, génesis y apogeo de la ideología económica.*
2. Dumont, Louis; *Prefacio a la Gran Transformación.*
3. Polanyi, Karl; *La gran transformación.*
4. Donzelot, Jaques; *La invención de lo social.*
5. Marx, Karl; *El Capital, Tomo I.*
6. Aglietta, Michel; *Regulación y crisis del capitalismo, cap. I.*
7. Holloway, John y Picciotto, Sol; *Estado y capital, Introducción.*
8. Salama, Pierre y Mathías, Gilberto; *El estado sobredesarrollado*
9. Coriat, Benjamín; *El taller y el cronómetro.*
10. Coriat, Benjamín; *Pensar al revés.*
11. Rapaport, Mario; *La globalización económica. Ideología, realidad e historia.*
12. Gruner, Eduardo; *La parte y los todos. Universalismos vs. Particularismos.*
13. Negri, Antonio; *Los caminos de la desutopía.*
14. Negri, Antonio; *Ocho tesis preliminares para una teoría del poder constituyente*
15. Virno, Paolo; *Virtuosismo y revolución.*
16. Vincent, Jean Marie; *La desestabilización del trabajo.*
17. Lazzarato, Maurizio; *Lucha de minorías y política del deseo.*
18. Matellanes, Marcelo; *Imperio hobbesiano o multitud spinozista.*

Sugerida

1. Holloway, John; *Marxismo, estado y capital. Cuadernos del Sur N° 4.*
2. Holloway, John; *El capital se mueve.*
3. Holloway, John; *La Osa mayor.*
4. Hirsch, Joachim; *Los estudios sobre la reestructuración capitalista. Cuadernos del Sur N° 5.*
5. Negri, Antonio; *El poder constituyente*, capítulo 1 y 7.
6. Gorz, André; *Misérias del presente, riqueza de lo posible.*
7. *Adiós al proletariado.*
8. Antunes, Ricardo; *¿El fin del trabajo?*
9. Virno, Paolo; *Do you remember contrarevolution?*
10. Lash, Scott y Urry, John; *Economías de signos y espacio.*
11. Rosanvallon, Pierre; *La crisis del Estado providencia.*
12. Coriat, Benjamín; *Los desafíos de la Competitividad, Eudeba, 1994.*

ALIMENTANDO LA UTOPIA

por Morena Quiroz

El objetivo que intento perseguir en este escrito es celebrar que en un mundo desordenado y desgarrado, he tenido la posibilidad a través de la carrera de Ciencia Política, y especialmente de la cátedra de Economía Internacional, de un estímulo para una búsqueda que alimente mi imaginación utópica.

Este estímulo me ha permitido reconocer lo transitorio de las formas sociales.

La insatisfacción que se siente con las teorías nuevas que intentan explicar pobremente el rol de la economía en la política y nos pone ante la necesidad de examinar otras perspectivas que nos permitan repensar los temas de nuestro tiempo.

Y esto es, lo que permite la materia Economía Internacional que Marcelo Matellanes dirige. Plantea como objetivo esencial analizar el proceso histórico de socialización capitalista desde su origen hasta su desarrollo actual, la globalización.

Este objetivo intenta plasmarse, a través de entender las estrategias del capital como relación social en las relaciones económicas internacionales en su evolución histórica. Y esto no es menor. Las bibliotecas están abarrotadas de obras que incriminan al comunismo. Pero el capitalismo no acepta ser juzgado, excepto por un único tema, el pretender el máximo lucro en el mínimo tiempo posible.

Aunque para juzgar, primero hay que entenderlo. Y esto es de lo que se trata la cátedra de Economía de Matellanes.

Sabemos que hubo años dorados del capitalismo. En la posguerra el Estado de Bienestar social fue una forma pacificadora de las contradicciones sociales y contribuyó a equilibrar una relación entre trabajo y capital estructuralmente asimétrica. Pero el Estado de Bienestar fue atacado, aunque por diferentes motivos, tanto por la derecha como por la izquierda, a decir de Offe. Y entonces la socialdemocracia descubrió que podía liberarse de la obligación de construir una sociedad si se dedicaba a transformar y solidarizar el capitalismo salvaje, renuente por otra parte a validar profecía alguna sobre su derribo. Esto fue posible en tanto y en cuanto la economía conservaba su capacidad de crecimiento y redistribución.

En la década de los ochenta el progresivo derrumbe de los socialismos inclinó la balanza a favor de los sectores más reaccionarios del capital y aceleraron la resolución de la crisis hegemónica favoreciendo a la fracción financiera y en desmedro de los sectores ligados a la producción de bienes.

Hoy el capitalismo está en crisis, como bien dice Matellanes ha fracasado en su proyecto de socialización y este fracaso es producto de la desaparición de la lucha de clases como motor de compromisos políticos debido al desempleo y a la mercantilización de la llamada conciencia de clase.

Pero para profundizar en las causas de este fracaso Marcelo nos hace analizar las otras formas de socialización, las sociedades holistas e individualistas y lo hace a través de dos textos de Luis Dumont “Homo aequalis, génesis y apogeo de la ideología económica” y el Prefacio a la Gran Transformación de Karl Polanyi.

Polanyi analiza esa transformación del mundo occidental en el primer tercio del siglo XX y es quien alerta sobre los profundos cambios en las estructuras de lo social producto de la ceguera economista.

Pero además la cátedra nos introduce en los momentos más trascendentes en la historia del pensamiento de la filosofía política repasando autores como Hobbes, Locke, y fundamentalmente el desarrollo de la economía política a través de Smith y a Marx.

Son pocas las cátedras, sobre todo en la ciencia política donde se puede aprender a analizar la economía desde sus clásicos. Nadie puede oponerse a lo que desconoce. Y en esto está el mayor logro de Matellanes en su cátedra. Profundizando a Marx, a través de *El capital* y los *Grundrisse*, pasando por la escuela de la regulación para poder entender los periodos taylorista, fordista y postfordista y su importancia en el proceso de acumulación del capital.

En los setenta se hizo manifiesto el agotamiento del modelo de acumulación del estado keynesiano y las organizaciones fordistas. Comenzó entonces un proceso de desregulación tanto fuera como dentro de las mayores empresas líderes, tomando como modelo el sistema toyotista que incorpora la responsabilidad, la creatividad y los intereses del trabajador. Pero no se detiene el análisis en el tipo de producción, sino que además nos hace debatir sobre el estado capitalista a través del

propio debate que desarrollan Miliband y Poulanzas, la escuela alemana de la derivación del Estado y concluir en la filosofía política alternativa con Negri, Virno y Vincent.

Hoy es común encontrarnos con afirmaciones provenientes de distintos ámbitos de las ciencias sociales que nos señalan la escasa creatividad del pensamiento crítico alternativo. Pero para crear ese pensamiento es necesario entender de lo que estamos criticando y ese pensamiento tiene que estar fundamentado.

No podemos dudar ya a esta altura cual fue la función histórica del capitalismo. Ha triunfado y también su modo de producción y esto se plasma en este nuevo modo de producción democrático y en nuevo orden mundial, la globalización que avisora otro horizonte histórico el post-capitalismo.

A su paso ha habido un crecimiento desigual en el planeta, una exclusión social y cultural evidente, la falta de trabajo fundamentalmente en los países capitalistas desarrollados, la uniformización cultural y el surgimiento de los fundamentalismos en los que sigue predominando el mercado.

Hoy la realidad social es ya plenamente post-capitalista. Y este post-capitalismo se comprende a partir de un nuevo mito constituyente de la realidad política: la economía de mercado. Este mito que transforma al mercado en un hecho a priori, en un requisito previo al acontecer de las acciones humanas.

Se piensa para y desde el mercado, en una clara subordinación, pero la incapacidad del mercado para crear una sociedad más justa ha sido demostrada por la historia. El hombre intenta rebelarse contra este desorden civilizatorio que condena a la mayoría de la humanidad a la miseria, la explotación y la degradación cultural.

El capitalismo, en su actual fase, sigue siendo incapaz de resolver los problemas fundamentales de las poblaciones.

Cada vez más decisiones trascendentales para la vida de millones de seres humanos escapan al ámbito de decisión política y se toman en ámbitos económicos.

El modelo basado en la expresividad natural al modo de producir y consumir capitalista, o sea en el crecimiento ilimitado y en una lógica social guiada por el beneficio que ha supuesto desigualdades sociales irreversibles.

Hay nuevos referentes sociales, es cierto, pero estos son la competitividad, la racionalidad, productividad y eficiencia.

El hombre, llevado por sus pasiones, sus instintos y sus deseos termina aceptando su naturaleza. Movidado por la mano invisible del mercado se transforma en un títere cuyos hilos no controla. Todo esto se va dando en una sesión continua, reproduciendo todos los días la misma trama, la explotación y acumulación de dinero capital.

Toda la representación de la obra se realiza en un escenario que no es otro que la economía de mercado Y al ser el mercado algo natural y la economía política una realidad, se pueden ocultar otros escenarios donde se dan las relaciones sociales de clase y de explotación.

Si todo es así ¿por qué aparece tan lejano y con tan poca viabilidad social y cultural un proyecto alternativo?

Y tal vez una de las respuestas aunque no la única haya sido la derrota cultural e intelectual de la izquierda, que no ha sido capaz en este proceso de analizar los cambios que se estaban dando en el capitalismo y sus consecuencias sociales, lo que le ha impedido organizar un proyecto alternativo.

De la misma forma que en anteriores etapas de crisis surgió algún paradigma para enfrentarlo y que el capitalismo siguiera su carrera triunfante, hoy la globalización es el concepto que quiere fetichizar la desigualdad.

Y esto hace que la globalización siga generando pobreza y desigualdad. Al igual que con la Gran Depresión, Keynes salvó al capitalismo, hoy se pretende que la globalización haga lo mismo.

Pero analizar esta crisis de no-construcción de una alternativa válida requiere necesariamente distinguir entre los distintos planos que se confunden con frecuencia y que impiden un estudio político riguroso de una experiencia histórica que ha marcado este siglo y que tendrá una gran influencia en nuestro presente y en nuestro futuro.

Y en esto es el aporte de la cátedra de Economía Internacional. Para generar un pensamiento crítico, primero hay que saber lo que se está criticando, porque de lo contrario ese pensamiento crítico no es más que un enunciado de buenas intenciones.

Hay que recuperar la centralidad del hombre político y para ello hay que articular voluntades políticas y sociales creadoras de horizontes históricos.

Romper el bloqueo teórico y político de la sociedad conformista como expresa Toni Negri. Aunque los recursos dominantes del poder ahoguen las ideas discrepantes, es posible generar un pensamiento alternativo.

Es indudable que dentro de las formas más perversas de capitalismo ha estado el capitalismo neoliberal, forma de reconstrucción de la tasa de ganancia que intenta el capitalismo a través de su forma neoliberal, la reducción del número de trabajadores, de forma de alcanzar la mayor tasa de plusvalía posible. Los capitalistas buscan incrementar beneficios sin tener en cuenta los límites del mercado, o dicho de otra forma sin tener en cuenta las necesidades de reproducción del sistema, una de las bases de supervivencia del mismo.

La contradicción entre el aumento de la plusvalía reduciendo la cantidad de trabajadores y la necesidad de extraer plusvalía de los trabajadores se expresa en las tasas de desempleo existentes, inéditas en la historia del capitalismo, hecho particularmente cierto en América Latina.

Este hecho ha tenido un profundo impacto en las formas de conflictividad social, pasando a ser el desocupado un actor central en el conflicto social, que expresa una forma histórica particular que adquiere el conflicto entre capital y trabajo.

La contracara del capital no empleado en la producción, capital financiero, es el desocupado.

La existencia del desempleo masivo, característica que por el momento parece difícil que el capitalismo pueda revertir, no es un problema sólo para el trabajador, sino también para el capital, claro que en términos de las situaciones concretas las diferencias son abismales.

Podríamos afirmar que la legitimidad que goza el Estado en las sociedades capitalistas más igualitarias, desaparece cuando éste no es capaz, no ya de garantizar la supuesta igualdad entre los ciudadanos, sino la existencia misma de ellos; si la implementación de proyectos neoliberales se ha realizado, como en nuestro país, bajo consensos democráticos, cada vez más asistimos a un proceso de deslegitimación del régimen político democrático, lo que abre la puerta para la constitución de alternativas anti-sistema, aunque sin subestimar la posibilidad que las luchas anti-sistema puedan devenir en formas facistas de cuestionamiento de lo estatuido.

Se puede pensar en un proceso construcción-deconstrucción, como un proceso de construcción de subjetividades y al mismo tiempo proceso de deconstrucción de las formas de dominación. En el antagonismo capital-trabajo se juegan la relación articulada entre construcción de una subjetividad alternativa y deconstrucción de las formas de dominación social.

En el desarrollo histórico y en las diferentes épocas marcadas por formas diversas de conflictividad, lo que parece constante es la impredecibilidad de los desarrollos futuros, lo **que no parece** condenado a desaparecer son las luchas contra el poder y la dominación, o como afirma Negri (1999) “El hecho de que el desarrollo histórico parezca seguir un ritmo marcado por la transición a formas superiores de socialización de la producción y de antagonismo no revela ningún tipo de destino: no sería correcto imponer las reglas de nuestra lectura sobre la inmensa variación de acontecimientos históricos. En realidad estos procesos son altamente contingentes, ya que su flujo es objeto de sacudidas constantes y se hallan marcados por las catástrofes, y dado que su tendencia, que es progresiva, se manifiesta como diseminación antes que como unilateralidad”.

Con lo dicho no se pretende transformar al desocupado, al marginado, al piquetero en el nuevo Sujeto de la historia, sino más bien problematizar las tendencias contradictorias sobre las que opera el capitalismo, contradicciones éstas que deben ser, a nuestro juicio, la base para poder pensar la construcción de una alternativa. Pareciera que el camino para la reconstrucción de un sujeto único está destinado al fracaso, tal vez un camino más constructivo sea el de pensar en diferentes sujetos que experimenten de diferente forma la contradicción inmanente del capitalismo; como bien afirma Negri el sujeto es plural y diverso, en la articulación de la diversidad de sujetos está el papel central que le corresponde a la Política. La construcción del Sujeto es el resultado del proceso constructivo de una práctica política alternativa que rescate el componente “radical” de los diferentes sujetos sociales.

De todo esto se trata, de aprender a pensar, de aprender que no se puede tener conformismo teórico y aceptación de principios subliminales, no debe haber un pensamiento sistémico.

Se nos exige imaginación y creatividad.

Es por ello que quiero reproducir unas palabras de un brillante texto de Marcelo que reflexiona sobre el capitalismo del siglo XXI. “La salida a esta crisis terminal pasa entonces, creemos, por la invención de lo político, desde la inmanencia, la gratuidad, la potencia multitudinaria de afectos que se cruzan, multiplican, creando lo que no sabemos ni estamos obligados a saber. Ese es el encuentro posible de nuestros deseos, potencias y creatividades. Esta es nuestra libertad, nuestra necesidad. El amor y la salvación que nos debemos”.

Con el sustento teórico de los intelectuales que creen y piensan que no se puede conseguir lo posible si no se intenta lo imposible como decía Weber, es que tuve el deseo de agradecer a Matellanes el aprender a no transigir en las ideas.

Buenos Aires, agosto del 2003

CAPITALISMO: CRISIS, CRÍTICA Y ALTERNATIVA

por Ariel Filadoro

El que no está a la altura de su deseo, decía la Coca, ése es uno a quien el mundo puede llamar un cobarde. [...]

No se desapasionen porque la pasión es el único vínculo que tenemos con la verdad. [...]

Por otro lado están los que actúan, ellos están antes que las palabras, porque el discurso de la acción es hablado con el cuerpo. El discurso de la acción es hablado con el cuerpo.

Ricardo Piglia, *Respiración artificial*.

Allí donde la anomalía no logra pasar a ser hegemonía, allí la alternativa a la utopía es reducida al acto brutal del uso de la fuerza; éste es el fundamento cínico del destrozamiento fascista del poder constituyente.

Antonio Negri, *El poder constituyente*.

Reflexionar acerca de la crisis por la que atraviesa el capitalismo en la actualidad es una tarea riesgosa. Y tanto peor cuanto más nos acercamos en el análisis a la realidad argentina. Pues no es claro, *a priori*, que luego de analizar la crisis vigente y proyectar sus implicancias, tengamos fuerza suficiente para seguir. Si emprendemos esta tarea es porque, antes que nada, decidimos aferrarnos a la inquietud, la resistencia y la idea de que es posible la construcción de un mundo mejor. En lugar de bombardear con palabras que apunten a *decir* qué forma asume la crisis actual –desempleo, pobreza y un interminable etcétera–, invitamos a quien tenga interés en leer estas palabras, a que se detenga; que pare. Que piense en la realidad social –fuente de miedos, angustias, inseguridades que convergen sobre el cuerpo–, desde su individualidad y *sienta*. Las líneas en blanco que siguen son para ello.

Para comenzar a hacer algo con esto, el escrito arranca con una reflexión acerca de la magnitud de nuestra ignorancia. Luego caracterizaremos brevemente los rasgos distintivos del orden social capitalista, apuntando a remarcar en él la centralidad del trabajo y la importancia de este último para el hombre. Esta caracterización nos servirá para enmarcar y dimensionar la importancia de la evolución de los procesos de trabajo a lo largo del tiempo. Nos centramos en el trabajo porque consideramos que la materialidad de la práctica y sus consecuencias son las que articulan las distintas instituciones que organizan la vida social. Creemos, en este sentido, que comenzar analizando el mundo de la producción material resulta un buen punto de partida. Esto no significa un determinismo materialista –del que quisiéramos tomar distancia–, sino más bien un punto de arranque para pensar el devenir del capitalismo donde las acciones de los hombres condicionan las formas institucionales y, a su vez, son condicionados por ellas.

Partiendo del análisis del **proceso de trabajo** apuntamos a captar la evolución del capitalismo como relación social: las normas de trabajo, de consumo, de remuneración, el modo en que opera el Estado, el tipo de competencia intercapitalista, así como la forma que asume el régimen internacional y la moneda¹. En este entramado de prácticas e instituciones los hombres tendrán diferentes modalidades de acción política. Incorporaremos al análisis, a su vez, categorías vinculadas a las relaciones entre países centrales y dependientes.

En la **relación salarial** en general, y en los procesos de trabajo en particular, existen actualmente elementos que dan cuenta de cambios cualitativos de importancia en relación con el pasado. Si bien reconocemos continuidades que atañen a la naturaleza del modo de producción, consideramos que los cambios ocurridos a lo largo de las últimas décadas no pueden tratarse como si fueran solamente “más de lo mismo”. Es nuestra intención analizar estos procesos de manera tal que los fenómenos emergentes de la crisis actual se tornen inteligibles.

¹ Estas categorías analíticas se corresponden con lo que la Teoría de la Regulación denomina *formas institucionales* que constituyen el *modo de regulación* del capitalismo en distintos momentos del tiempo. Nosotros apuntamos a recuperar estas categorías desde una visión no eurocéntrica, es decir, adaptadas a la medida de nuestra realidad. Ver Boyer, Robert y Saillard, Yves (1996).

El esquema de análisis propuesto apunta al seguimiento de los cambios en el sistema capitalista como reacción a las diferentes crisis. Veremos cómo, ante los violentos descensos en las tasas de ganancia que han tenido lugar en medio de las tres grandes crisis por las que atravesó el capitalismo mundial –1873, 1930 y 1973²–, irán cambiando las modalidades de producción social. Nuestra óptica hará particular énfasis en el proceso de trabajo –siendo éste el eje que nos interesa seguir más detalladamente– en virtud de la centralidad que tiene en la vida del hombre. Veremos que a cada una de las crisis que analizamos le corresponderá la difusión de cambios revolucionarios en el proceso de trabajo. Establecer esta relación entre crisis y reordenamiento del mundo material de la producción, nos permitirá hacer inteligibles las condiciones en que surgen el ***taylorismo, el fordismo y el toyotismo***. Luego, en cada uno de los períodos analizados recapitularemos sumariamente los cambios en las formas de competencia, los regímenes internacionales y el Estado. También señalaremos, sin pretensión de exhaustividad, algunos de los rasgos más relevantes en las modalidades de acción política y en la producción de conocimientos. Realizado este recorrido, podremos reflexionar, a partir de una perspectiva histórica de largo plazo, acerca de la evolución y el devenir del orden social capitalista.

Cuestiones relativas a nuestro (des)conocimiento

Queremos apuntar dos limitantes contra las que creemos necesario arremeter, como un intento por extender los márgenes de nuestro conocimiento. Ambas están relacionadas, aunque de distinta manera, con la posibilidad de aportar al saber crítico. Por un lado, se nos presentan dificultades asociadas al efecto de casi ya tres décadas de padecimiento social del neoliberalismo y, por otro, lo que Lander (2000) llama saberes coloniales y eurocéntricos. Si bien estas limitantes no son taxativamente independientes, haremos el intento de analizarlas por separado.

² Los años son simplemente para ubicarlas; claramente las crisis se corresponden mucho más con una óptica dinámica, procesual, que con la filiación a un año en particular.

Comenzando por el neoliberalismo operando sobre nuestras mentes, retomamos la advertencia lanzada por Matellanes (1998), acerca de la autocensura al pensamiento que opera inconscientemente sobre nuestra imaginación. Es que el efecto de una ideología que naturaliza conceptos que no cuestionan relaciones sociales crecientemente desiguales, obtura nuestras mentes, capacidad reflexiva e imaginativa; todos síntomas de la opresión por la que está atravesando la sociedad argentina. Ideas, planteos, líneas de acción y movimientos libertarios, son autoexcluidos del universo de posibilidades como fruto de la combinación del miedo y angustia reinantes. Es preciso estar muy atentos al desarrollo de esta incapacidad que nos inunda, en tanto, cuando se comienza a desandar el sendero opresivo, la vitalidad de planteos liberadores puede ir mucho más allá de lo que originalmente era concebido como hipótesis de máxima. ¿Quién hubiera vaticinado la caída del imperio romano, la revolución francesa o la revolución de mayo pocos años antes –e incluso meses– de que se desplomaran los viejos órdenes centenarios? O la misma caída del gobierno de De la Rúa, en medio de interminables ajustes que, sin proponérselo, mostraron la capacidad que detentan cuerpos encendidos por pasiones alegres, señalando un límite, cuando la expropiación por parte del poder ya no registra límite alguno. Es porque partimos de una concepción afectiva y multiplicativa del conocimiento que, del mismo modo en que advertimos acerca de los riesgos de nuestras obturaciones, también invitamos a no relativizar nuestra potencia intelectual y política.

En cuanto al eurocentrismo y la colonialidad del saber, es llamativa la escasa –y pobre– producción intelectual que en el pensamiento social se ha concebido por nuestras latitudes; en particular, a lo largo del último cuarto de siglo. Habiendo virtualmente abandonado, por ejemplo, categorías que remitan a la dependencia de los países periféricos en el capitalismo mundial, se pierden de vista aristas claves del fenómeno, que en el caso argentino y latinoamericano, no pueden dejar de ser consideradas si es que se pretende comprender la marcha del orden local. Los esfuerzos intelectuales consisten, generalmente, en aplicar teorías eurocéntricas para comprender fenómenos locales; en lugar de concebir categorías desde la realidad local, para pensar el orden mundial. Se trata de un problema de perspectiva y lugar desde donde analizar la realidad.

De manera recurrente se postulan conocimientos como “universalmente” válidos, sin considerar las relaciones de poder que existen hacia dentro del orden capitalista; éste será uno de los pilares sobre los que se montan los saberes coloniales. Esta supuesta universalidad del saber limita la capacidad del conocimiento de iluminar fenómenos y opera en la mayor parte de las corrientes de pensamiento económico, político y social que nos atraviesan. Wallerstein (2001) nos recuerda que el surgimiento de las ciencias sociales es resultado del sistema mundial moderno y que, como sistema institucional, se originó en Europa³. En medio del dominio de Europa surge la ciencia, como respuesta a los problemas que enfrentaba. “Era prácticamente inevitable que la elección de su tema de estudio, su teorización, su metodología y su epistemología reflejaran las condiciones del crisol en que fue formulada” (Wallerstein, 2001). La antropología ha sido un claro ejemplo de saber para la dominación.

En la actualidad resulta paradigmático el caso de la economía neoclásica que, cada vez de manera más ostensible, reivindica un conocimiento válido para todo tiempo y lugar que se divorcia de la materialidad de las relaciones humanas, cayendo presa de las propias exigencias que la consistencia de los modelos le exige. Apelando a una serie de miopes supuestos tales que le permitan representar matemáticamente las relaciones entre variables (hombres perfectamente racionales, libre entrada y salida de trabajadores y empresas en los diferentes mercados, entre otros), las abstracciones que pone en interacción se transforman, frecuentemente, en fantasías. No resulta ocioso precisar que si es incapaz de reconocer la asimetría de poder entre capitalistas y trabajadores, mucho más lo es de incorporar nociones como países centrales y países periféricos. Pero la lista, de manera preocupante, no se agota en la economía neoclásica, ya que numerosos estudios desde vertientes diferentes –que se presumen críticas del paradigma neoclásico– raras veces consiguen aportar conceptos para hacer inteligible una realidad crecientemente en crisis.

³ Utilizaremos, tal como Wallerstein, el término Europa en un sentido más cultural que geográfico incluyendo así junto a Europa occidental, a Norteamérica.

También desde el pensamiento marxista vernáculo –económico, social, político y filosófico– frecuentemente se asiste a análisis cuyo espíritu determinístico parece conducir a un fin que, sistémicamente, no tardará en arribar en virtud de leyes inscriptas en la naturaleza de las relaciones capitalistas. Criticamos esa instancia de la reflexión donde la teoría se divorcia de la realidad, pues termina cerrándose sobre sí misma; en particular cuando no se consigue resignificar conceptos acuñados en otros espacios y tiempos sin reformular categorías a la luz de la realidad que nos toca.

Como vemos, desde las vertientes más conservadoras hasta aquellas presuntamente críticas del orden, se visualiza una **incapacidad preocupante para la generación de saberes críticos** para dar cuenta de los fenómenos por los que atraviesan los países capitalistas no centrales. Un gran aporte en este sentido consistiría en recuperar la noción de espacio entre las categorías analíticas, del mismo modo que, por ejemplo, no se pueden analizar cuestiones de discriminación sexual sin incorporar la categoría de género. Mientras los conceptos con los que analizamos la realidad continúen siendo meras “bajadas” de teorías que no son revisadas a la luz de la realidad que nos atraviesa, difícilmente podamos transformarla.

Y en este sentido existen problemas insalvables si no se registran ciertos cambios. De la misma manera que la libertad sólo puede ser conseguida, ejercida, vivida mediante la acción del sujeto que a ella aspira –sin que nadie pueda “concederla”–; de la misma forma, la producción de conceptos con potencia para modificar la realidad sólo puede ser asumida por quien registra –sufre– la problemática, respetando su naturaleza y magnitud.

Se impone, por lo tanto, asumir la crisis. El origen etimológico del término crisis comparte sus raíces con el de crítica. Y ello nos brinda una pista en relación con la función de un pensamiento soberanamente crítico. Críticos serán aquellos conceptos con capacidad de dar cuenta de lo que, antes de ser pensado a la luz de ellos, se aparecía como cerrado, confuso e ininteligible. Es condición para la crítica, el reconocimiento de la situación de crisis a punto tal que las contradicciones no permanezcan en estado de latencia sino, por el contrario, sean exhibidas, esclarecidas.

Parece difícil la posibilidad de avanzar sin ahondar en los cuestionamientos hasta donde la experiencia nos indique que estamos huérfanos de conceptos; si es necesario, al punto de repensar el significado y significante de cada palabra. La posibilidad de dar nombre a los procesos habilita la instancia del cuestionamiento. Poder tener una palabra para una sensación de angustia puede inaugurar el camino para sacar a ésta del cuerpo. Y para estar en condiciones de ello se impone despojarse de aquellas nociones teóricas y formas diversas de obturación que oprimen nuestra imaginación.

Pero la teoría no puede ser pensada por fuera de la práctica, pues la palabra pierde su potencia si no es acompañada por la acción. Los conceptos sólo son capaces de aglutinar pasiones alegres en tanto son sostenidos por el cuerpo en la práctica. Y estos pares dialécticos, teoría/práctica, abstracto/concreto, concepto/acción, sólo cobran sentido en tanto son vividos indisolublemente. No es posible una **teoría crítica** por fuera de una **práctica crítica**.

La acción en el espacio público, acción que reivindica lo más profundo de la política en un encuentro de iguales, sólo puede propiciar la libertad, a instancias de que cada uno de los iguales entregue aquello que tiene como ser único, individual. En medio de esa tensión entre la acción individual –única e irreplicable– en el espacio público, se encuentra la práctica crítica.

En este sentido no podemos desconocer el miedo que las individualidades pueden enfrentar en el espacio público en tanto entregan aquello que los diferencia. Como condición a esta entrega, se impone asumir ese miedo. Siguiendo la manera en que presenta Paulo Freire el problema, transcribimos la definición del diccionario de la real academia: “miedo: perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario. Recelo o aprensión que uno tiene de que le suceda una cosa contraria a lo que desea”. En tanto la acción política contiene lo que nos une y nos diferencia, el miedo a los efectos que la misma puede desencadenar no estará ausente. Es aprendiendo a convivir y asumir ese miedo como se generan las condiciones para superar el pánico y la parálisis. La materialidad de la práctica necesariamente nos pondrá frente a los otros, diferentes; nos expondrá en el espacio público.

El trabajo humano como fuente de riqueza (ajena)

La reproducción social exige el despliegue de una cantidad de energía canalizada hacia la producción con el objeto de satisfacer las necesidades sociales. Los rasgos que distinguen al modo de producción capitalista radican en la manera en que se organiza este esfuerzo. Una porción mayoritaria de la población se ve compelida a vender su fuerza de trabajo para recibir a cambio el valor que necesita para su reproducción, bajo la forma de salario. Puesto que el obrero realiza tareas productivas que generan un valor superior al de su salario, los capitalistas –poseedores de los medios de producción– retienen para sí esa diferencia, la plusvalía: he aquí el **leit motiv** del orden social capitalista⁴.

Montada sobre la base de estas relaciones sociales capitalistas, se ubica la relación salarial, donde el trabajo humano se convierte en mercancía y se garantiza la apropiación de plusvalía por parte del capital. Los diferentes tipos de relación salarial exhibirán cambios en la organización y control del proceso de trabajo, diversas formas de remuneración, acciones colectivas, y condiciones de vida en general.

Bajo estas relaciones de producción, el trabajo expropiado a los asalariados es la fuente de acumulación de capital, de riqueza y de crecimiento de las fuerzas productivas. Pero los avances en el terreno de estas fuerzas productivas no redundarán en beneficio social, sino que operarán alterando la relación de fuerzas entre el capital y el trabajo, en favor del primero.

Del mismo modo, la cooperación entre trabajadores dentro de las empresas no será realizada de manera voluntaria sino a instancias de supervisión y control –e imposición– capitalistas. Tal como señalaba Marx (1972) hace casi dos siglos en los *Manuscritos de Economía y Filosofía de 1844* a propósito del obrero en el capitalismo, “su trabajo no es, pues, voluntario,

⁴ También los planteos de la economía neoclásica postulan que la búsqueda del beneficio económico por parte de los capitalistas es el pilar principal sobre el que se estructura el sistema. La diferencia radica en que a partir de las categorías analíticas que propone, lo que en la teoría marxista es presentado como expropiación, la teoría neoclásica lo plantea como distribución entre los distintos factores de la producción, omitiendo toda precisión en relación a las relaciones de dominación que tienen lugar en la sociedad capitalista a instancias del capital como dispositivo de poder.

sino impuesto; es *trabajo forzado*. No es, pues, la satisfacción de una necesidad, sino sólo un *medio* de satisfacer algunas necesidades al margen del trabajo” (p.104). Concomitantemente con esta cooperación forzada, los avances en materia de productividad y eficiencia –como resultado de la competencia entre capitalistas–, no redundarán en trabajo liberado para los obreros sino en beneficios para el capital. Por este medio consigue, vía aumentos en la productividad, un abaratamiento de la fuerza de trabajo y suba de la plusvalía relativa, que pasará a engrosar el capital.

Fruto de las relaciones sociales capitalistas, la enajenación del obrero hace que los productos del trabajo aparezcan como extraños a quien los produjo, lo que implica una ruptura en el acto vital y creativo que significa el trabajo. Marx puntualiza que aquello que distingue al hombre del animal es, precisamente, que el trabajo humano deriva de un acto consciente y que el hombre se realiza como ser genérico en el trabajo. Los productos del trabajo, entonces, son la objetivación del ser; “el objeto del trabajo es, pues, **la objetivación de la vida genérica del hombre**: porque éste se duplica a sí mismo no sólo de una manera intelectual, cual es el caso de la consciencia, sino en forma activa, real, y se contempla, por tanto, a sí mismo en un mundo que él ha creado” (Marx, 1972, p.108).

El mismo extrañamiento sobre el producto al que el trabajador dio forma, redundará en perjuicio de él mismo, no sólo por lo que significa la alienación en sí, sino porque allí radica una condición para la dominación y control del capital. El obrero no reconoce que tanto las mercancías como ese capital también son producto de su trabajo, son él mismo objetivado, que encierran parte de su **subjetividad**, de su vida. Es por ello que las cosas pueden “cobrar vida”. En *El Capital* se puede leer lo siguiente: “de ahí que para hallar una analogía pertinente debamos buscar amparo en las neblinosas comarcas del mundo religioso. En éste los productos de la mente humana parecen figuras autónomas, dotadas de vida propia, en relación unas con otras y con los hombres” (Marx, 1996, p.89). Este extrañamiento es un elemento clave para la comprensión del concepto de fetichismo de la mercancía, del dinero y del capital⁵.

⁵ A propósito, resulta muy gráfico el pasaje que Marx en los manuscritos extrae de Goethe. “Aquello que gracias al *dinero* es para mí, aquello que el dinero

Un punto que nos interesa destacar en particular –y que luego retomaremos– es que precisamente por estas características del trabajo humano, se podrán separar dos instancias: la conciencia y el acto, la creación y la ejecución, la concepción mental y la tarea física, que redundarán en beneficio del capital. Y así éste podrá organizar los procesos de trabajo comprando tanto el saber que concibe, organiza y controla (ingenieros, profesionales, etc.) así como el de aquellos que ejecutan las tareas (obreros). Cuanta más tecnología esté objetivada en el capital, más control podrá ejercer sobre el obrero; la capacidad de concebir y diseñar combinada con el saber técnico le permitirá al capital poseer creciente poder para someter al trabajo.

Afinando categorías de análisis: las formas de competencia, el régimen internacional, el régimen monetario, el Estado y las modalidades de acción política

Puesto que luego del análisis de los procesos de trabajo comentaremos las características sobresalientes de lo que la Teoría de la Regulación llama formas institucionales, antes de avanzar en su aplicación, es preciso definir las.

Las **formas de competencia** caracterizan la manera en que está organizada la competencia intercapitalista, es decir, apuntan a precisar aspectos asociados a los niveles de concentración del capital y las relaciones entre los productores en general. En este nivel cobran relevancia las disputas por el plusvalor así como los mecanismos de apropiación que operan entre los distintos capitales. Nos interesará, desde la perspectiva de un país dependiente, establecer precisiones en cuanto a cómo el capital internacional interactúa localmente y la manera en que condiciona su trayectoria.

Quisiéramos señalar una cuestión vinculada a un enfoque que discrimina entre países centrales y países dependien-

puede comprar, *soy yo* mismo, yo, el poseedor del dinero. Mi fuerza es tan grande como la fuerza del dinero. Las cualidades del dinero son mis cualidades y mis fuerzas esenciales –las mías, el poseedor de él. Lo que *soy* y lo que *puedo* no está en modo alguno determinado por mi individualidad. [...] ¿Acaso no poseo todos los poderes humanos, yo, que gracias al dinero puedo *todo* aquello a que aspira un corazón humano? Así, pues, ¿no transforma mi dinero todas mis impotencias en su contrario?” (Marx, 1972, p. 166).

tes. Si a partir de las relaciones sociales capitalistas, el capital se apropia del producto del trabajo de los obreros, la naturaleza conflictiva de la acumulación exhibirá, a su vez, una desigual capacidad de apropiación entre los distintos capitalistas. Según el poder que detenten éstos, las empresas más concentradas y/o cuyas innovaciones tecnológicas les permitan detentar monopolios, captarán una mayor porción de plusvalor. A nivel internacional estas empresas consiguen, tanto vía precios relativos más altos como bajo el giro de utilidades, apropiarse de una masa de plusvalor extra proveniente de los países dependientes. Llamaremos países centrales a aquellos donde predominan y están radicadas las casas matrices de este tipo de empresas capitalistas, y países dependientes a aquellos donde las fracciones de capital tienden a ser relativamente más débiles coexistiendo con una alta participación de filiales de estas empresas transnacionales⁶.

Los **regímenes internacionales** dan cuenta de los distintos vínculos que los estados mantienen entre sí y con los mercados nacionales e internacionales. Los regímenes comerciales, los flujos internacionales de capitales, la radicación de capital extranjero, entre otros, constituyen los elementos que permiten explicar una parte importante de los cambios en el capitalismo a lo largo de las últimas décadas. Esta forma nos interesará ya que mediante su análisis visualizaremos, por ejemplo, el marco dentro del cual opera el capitalismo dependiente argentino.

Los **regímenes monetarios** serán distintas maneras de establecer pautas para los intercambios –hacia dentro de los países y entre ellos. Su importancia radica en el papel de equivalente general que desempeña el dinero; detrás del cual se representan intercambios de productos que contienen horas de trabajo. Un régimen monetario establece pautas de intercambio entre naciones de manera que no se desencadenen corridas devaluacionistas; implica un tipo de compensación de los déficits financieros, comerciales y del estado; así como condiciona la marcha de la inflación, mecanismo regresivo de reasignación social de recursos.

La **forma de Estado** remite a la manera en que éste se inserta en la dinámica social y económica, así como el rol que

⁶ Vésae *El intercambio desigual* de Arghiri Emmanuel (1972).

desempeña dentro de las relaciones sociales capitalistas. Claramente, a lo largo del tiempo, estas modalidades de intervención han ido variando. Karl Polanyi, en *La gran transformación* (1944), estudia, por ejemplo, los cambios e intervenciones por parte del estado en la constitución del capitalismo hasta el advenimiento del Estado de Bienestar. La problemática del estado en las sociedades capitalistas, desde Polanyi hasta el debate en torno a la naturaleza del estado capitalista, sugiere que, desde los orígenes de los estados modernos, éstos han registrado distintas maneras de posicionarse en relación con el capital; algunas veces con modos de intervención que linealmente reproducen sus intereses y, en otros periodos, con una serie de contradicciones donde otros sectores sociales consiguen institucionalizar conquistas por medio del Estado.

Los modos en que los distintos sectores sociales intervienen en el espacio público conformarán lo que llamamos las ***modalidades de acción política***. Se podrá ver que, desde Manchester en el siglo XVIII en plena Revolución Industrial, las estrategias organizativas del movimiento obrero, así como las respuestas del capital, han ido sufriendo modificaciones. Esta dimensión política es portadora de la capacidad de legitimar el orden social así como de cuestionarlo en distintos grados, desde la lucha reivindicativa salarial –que, en principio, no atenta contra el orden– hasta los cuestionamientos políticos radicales.

Primera crisis capitalista: primer reconfiguración del proceso de trabajo

Hacia fines del siglo XIX el capitalismo se consolidaba como modo de producción al tiempo que se universalizaba su expansión territorial. El capitalismo pionero inglés oficiaba de potencia hegemónica articulando la mayor parte de los intercambios de mercancías a nivel internacional; en particular, aquellos que tenían lugar con sus dominios formales –India y Australia, por ejemplo– así como informales, entre los que Argentina ocupaba un lugar de privilegio. Comenzaban a madurar una serie de características del capitalismo que, con algunos matices, lo seguirán regulando hasta la actualidad.

Se trataba de un período de expansión territorial y de consolidación de las relaciones sociales hacia dentro de los

espacios en los que se establecía el sistema. La producción capitalista aumentaba *pari passu* se mercantilizaban las necesidades humanas y grandes masas de trabajadores eran incorporados a talleres y fábricas.

La primera gran crisis capitalista se desató en 1873 y se caracterizó por manifestar una importante caída en los precios mientras las cantidades producidas aumentaban a un ritmo sostenido. El desencadenante estuvo asociado a una corrida financiera mundial en Viena que rápidamente se propagó a Nueva York y Londres, el cual no fue más que la gota que rebalsó el vaso, pues la magnitud de sus efectos nos permitirán entrever que trascendió, con mucho, un desajuste financiero. Tal como sabemos, para que exista una crisis basta con que descienda la tasa de ganancia; y en particular esto sucede toda vez que, o bajan los precios o desciende la producción, o ambos a la vez. Veamos, pues, qué implicó esta crisis en el proceso de trabajo y como la salida de la crisis se vincula con el surgimiento del **taylorismo**.

Si bien desde los orígenes del capitalismo, las relaciones sociales de producción implicaron para el obrero una relación de extrañamiento con el objeto de su trabajo –tal como analizamos más arriba– todavía hasta principios de la década de 1890 el tamaño relativamente pequeño de las empresas y el tipo de división del trabajo que operaba dentro de ellas mantenía al obrero de oficio, calificado, con un elemento clave a su favor: el saber. Con la llegada al taller de las técnicas de gestión y control del trabajo que se conocen con el nombre de taylorismo, el obrero perderá este elemento a manos del capital. Siguiendo el trabajo de Coriat (2000a), caracterizaremos la evolución de los rasgos distintivos del proceso de trabajo, en particular en Estados Unidos para la época.

El taller que fue motivo del estudio de Taylor, típicamente, aglutinaba un conjunto de trabajadores de oficio que formaban parte de asociaciones gremiales. La *American Federation of Labor* (AFL) era la encargada de regular las tarifas que debía pagar aquel capitalista que quisiera contratar un trabajador nuevo. Asimismo, los productos fabricados por estos obreros, llevaban sellos homologados por la asociación, existiendo campañas contra quienes contrataban obreros no calificados (*unskilled*) por fuera de la AFL.

En estas condiciones, el oficio representaba un obstáculo para la acumulación de capital en tanto el capitalista “dependía” de conseguir obreros calificados así como de los ritmos a los que éstos estuvieran dispuestos a trabajar. El capital apuntaba contra la “holganza” obrera reclamando habilidad, calidad, rapidez y disciplina; características que, para conseguirlas en forma conjunta, exigían la destrucción del obrero de oficio. Coriat (2000a) cita un escrito de Ure de mediados del siglo XIX, donde puede leerse “el sólo nombre del sindicato pone al capital en guardia y a la ingeniosidad en estado de alerta para romper sus objetivos” (p.17).

La innovación de Taylor consistió básicamente en fragmentar las tareas que desarrollaban los obreros para la confección de los productos y asignar a distintos trabajadores acciones que hasta ese momento realizaba uno sólo. Estaba dándose un paso trascendental en la separación entre concepción y ejecución que, como vimos, es posible gracias a la propia naturaleza del trabajo humano. Ciertamente, la división de tareas no era nada nuevo en la producción capitalista; basta recordar la fábrica de alfileres –y la división del trabajo que allí tiene lugar– citada por Adam Smith en *La riqueza de las Naciones* publicado en 1776. Lo que significaría una gran innovación sería la combinación de parcelación y asignación de tiempos a cada tarea, de manera tal que cada una de éstas consistiría en la repetición de movimientos sencillos.

Con este cambio, al parecer meramente organizacional, se sentaron las bases de un nuevo giro en la relación de fuerzas entre el capital y el trabajo. Ya no era necesario el obrero calificado de oficio para la producción capitalista, a partir de **que el conocimiento había pasado de manos del trabajador a la gerencia**; había nacido el “*Scientific Management*”. Esta posibilidad, insistimos, se funda en las características del trabajo humano, capaz de concebir y ejecutar por separado. Tal como fuera señalado cuando analizamos las características del trabajo, ahora la gerencia pasaría a ocuparse de la concepción y diseño, mientras que la mano de obra no calificada llevaría adelante las tareas repetitivas que le fueran asignadas.

Un capitalismo sumido en una profunda crisis implicaba la expulsión de trabajadores europeos no calificados –tal como lo requería el taylorismo–, dispuestos a aceptar las nuevas condiciones de trabajo para, literalmente, garantizar su

reproducción. Esta configuración de fuerzas condicionó fuertemente los intentos por establecer pautas que regularan el trabajo y así pudo entrar el taylorismo al taller y romper con el trabajo de oficio.

A su vez, el tipo de remuneración establecida –el pago a destajo o por pieza– también fue parte de la estrategia para **desarticular los intentos de nuevas organizaciones obreras**. Esta forma de salario formó parte del avance contra las organizaciones en tanto el pago se regulaba de manera tal que fuera más conveniente al obrero cobrar a destajo, que afiliarse al sindicato, aún al precio de resignar las seguridades que éste le garantizaba –cajas de socorro y ayuda mutua.

Quisiéramos puntualizar aquí ciertos aspectos que, con el avance de las relaciones sociales capitalistas, tenderán a consolidarse a lo largo de todo el siglo XX. En primer lugar, el ya señalado pasaje del conocimiento de los trabajadores al capital. Puede filiarse aquí una característica que consolidará la dinámica de acumulación de capital y de poder. La posibilidad de poner a trabajar crecientemente a ingenieros, técnicos y especialistas varios para desarrollar la tecnología y la técnica, garantizarán dinámicamente la subsunción primero formal y luego real del trabajo al capital.

En segundo lugar, y paralelamente, se produce una creciente mercantilización de las necesidades básicas; esto es, que para garantizarse la reproducción se tornará imprescindible intercambiar mercancías: trabajo por bienes necesarios para vivir. Si hasta entonces parte de lo que el obrero consumía resultaba de cultivos o animales de granja propios, este tipo de estrategia será crecientemente inconveniente para los trabajadores. Los aumentos en eficiencia implicarán un descenso en el valor de estos bienes y la virtual desaparición de la granja y/o huerta propia.

En tercer lugar, y por último, un elemento que retomaremos más adelante: la necesidad del capital de, primeramente, conseguir que el obrero entre al taller –proceso mejor conocido a partir de los estudios del capitalismo inglés de, por ejemplo, Thompson o Williams– e, inmediatamente después, que éste desempeñe las tareas en las condiciones en que el capital dispone. Para cuando Taylor desarrolla sus innovaciones organizacionales, todavía resultaba un problema para el capital la incorporación de trabajadores al proceso productivo. En térmi-

nos de **disciplinamiento** de la fuerza de trabajo, el capital aún tiene una serie de desafíos, si bien el taylorismo significó un avance de importancia.

Vale decir que este avance para el capital es padecimiento para el trabajador en tanto las relaciones sociales de producción implican que, estructuralmente, las innovaciones en la producción, que resulten de una mejor coordinación en el obrero colectivo, serán apropiadas por el capital, bajo la forma de plusvalor. En tanto aumenten los tiempos productivos en los que el obrero está cristalizando valor sobre la mercancía, se tratará de **plusvalor absoluto** –disminución de tiempos muertos o aumento en la jornada de trabajo. El capital se apropiará de **plusvalor relativo** toda vez que descienda el valor de las mercancías que consume el obrero.

Hasta aquí las características del proceso de trabajo en el capitalismo desarrollado. En el resto del mundo capitalista estas modificaciones irían introduciéndose, tal como sucede en la actualidad, paulatinamente. Es cierto que, por ejemplo, no resulta sencillo señalar de qué manera y en qué período el taylorismo fue introducido en el capitalismo vernáculo⁷. Dado que Argentina se estaba incorporando al capitalismo mundial como proveedora de materias primas, estas técnicas no resultaban linealmente aplicables a la producción agropecuaria. Típicamente formaban parte de técnicas para la producción industrial, núcleo dinámico de crecimiento del capitalismo.

Sin embargo, en la Argentina de esos años la burguesía terrateniente registraba el desafío de incorporar brazos a la producción agroganadera. Las “leyes de vagos” y la institución de la “papeleta de conchabo” estaban señalando la necesidad del capital de atraer mano de obra en forma coercitiva a los establecimientos productivos, las estancias⁸.

Existe, a su vez, un impacto directo de esta crisis que queremos mencionar. Se trata de una modificación en la especialización productiva del capitalismo argentino. Como consecuencia de esta crisis finaliza el período que se conoce como el

⁷ Ver Kabat (2001) y Sartelli (2001).

⁸ En términos de literatura gauchesca podemos ver reflejadas estas inquietudes en la resistencia de Martín Fierro. Más tarde, cuando este proceso se haya consolidado, veremos los lamentos del gaucho disciplinado en los versos de Don Segundo Sombra.

“ciclo de la lana”. A partir de una baja en el precio internacional, se reconfigura productivamente la pampa húmeda y la actividad ovina es desplazada, espacialmente, hacia zonas marginales como la patagonia y productivamente, por el cultivo de cereales y la explotación de ganado bovino. Si bien esto no forma parte estrictamente del proceso de trabajo, sí nos muestra cómo un simple cambio en los precios tiene efectos sobre la materialidad de la producción argentina. Este elemento nos permite intuir el lugar central que ocupa el mercado y la “función reguladora” de los precios en el capitalismo. Se trata de un ejemplo de desplazamiento geográfico de una producción por otra; pero veremos que el mismo mecanismo también regula los cambios en el proceso de trabajo y la expulsión de obreros no sólo geográfica –en el caso de las migraciones– sino también absoluta –bajo la forma de precarización del trabajo y desempleo– toda vez que los precios señalen la imposibilidad de que los trabajadores vendan su fuerza de trabajo. Esta imposibilidad de conseguir dinero en una sociedad mercantilizada, donde los productos para garantizar la vida se consiguen a cambio de dinero y a través del mercado, bien sabemos, implica la imposibilidad de la vida.

Pasemos ahora al análisis de las otras formas institucionales que sufrieron modificaciones como respuesta a la crisis de 1873.

En virtud del tipo de competencia predominante, al capitalismo previo a la crisis se lo llamó de libre competencia, pues el tamaño medio de la mayor parte de las empresas aún resultaba relativamente pequeño. La principal consecuencia que tuvo la crisis en la forma de competencia significó el pasaje hacia lo que Chandler (1988) llamó la gran empresa moderna.

La empresa tradicional funcionaba típicamente con una sola unidad operativa donde, bajo la forma de propiedad familiar, el dueño era el responsable de coordinar las tareas. La nueva empresa dejaría de tener un solo establecimiento para pasar a ser multiunitaria. Simultáneamente, con el desarrollo de la gran empresa, surge un nuevo tipo de trabajadores: la gerencia. La coordinación entre las distintas unidades de la misma empresa pasará a manos de los profesionales de la gestión, entre los que, sin duda, cabe incluir a Taylor. Es que el desarrollo de este “capitalismo gerencial” es la contraparte del control del proceso de trabajo que se inaugura con el tayloris-

mo. La gerencia coordina la producción y controla el trabajo; así como desplaza crecientemente de las decisiones estratégicas a los propietarios del capital.

Estas grandes empresas surgen, originalmente, en aquellas actividades que, como el correo o los transportes –típicamente el ferrocarril–, requieren para su misma existencia una fina coordinación. Pero será a consecuencia de la crisis, y a instancias de los procesos de centralización y concentración del capital, que este nuevo modelo de capitalismo se impone en Estados Unidos y, crecientemente, en todos los países desarrollados. La radicación de filiales de estas empresas fuera de los países de origen representará un claro signo de la extensión del modelo. Por ejemplo, debemos incluir en esta dinámica la radicación de los frigoríficos *Swift* y *Armour* de origen estadounidense en Argentina en la primera década del siglo XX.

El régimen internacional también registra un giro drástico en relación con la etapa previa a la crisis, al pasar de un orden relativamente librecambista a un giro fuertemente proteccionista. Simultáneamente se expandirá el imperialismo económico. Luego de décadas donde Inglaterra bregara por el descenso de los aranceles, la llegada de la crisis encuentra a los principales países capitalistas con una tendencia a disminuir las tasas aduaneras. Una de las reacciones inmediatas a la crisis fue el abandono de estas políticas y, en su lugar, el establecimiento de fuertes restricciones al comercio internacional.

El imperialismo, paralelamente, fue parte de una carrera que se desencadenó entre las principales potencias capitalistas por el dominio o control de casi todo el planeta para aprovisionarse de materias primas, radicar empresas y vender productos. Esta lógica expansiva haría eclosión en la primera guerra mundial y no hallaría cierta estabilidad sino hasta los procesos de descolonización luego de la segunda guerra mundial.

De todas maneras, esta lógica expansionista desempeñó un rol con efectos históricos de larga duración, puesto que condicionaría el desempeño de vastas zonas del planeta, confiándolas a una relación desigual con las grandes potencias. Efectuando un seguimiento de la trayectoria por la que atravesaron estos países dependientes, veremos que comenzaron a transitar un sendero de asimétricas relaciones de intercambio y configuraciones capitalistas retardatarias. Los procesos de acumulación de capital difícilmente pudieron consolidar sus bases.

Si observamos un planisferio hacia el año 1900 donde se destacan los países desarrollados y las colonias formales e informales y le superponemos el mismo para el año 2000 ponderando según el nivel de desarrollo relativo, veremos que los cambios –por lo menos en el mundo capitalista– no son significativos. Y si alguno tuvo lugar, fue en Oriente, donde Japón desempeñó el mismo rol que Inglaterra hacia sus colonias, reproduciendo el mismo esquema de dominación centro–periferia, pero hacia dentro de Asia.

El régimen monetario internacional vigente durante el período subsiguiente a la crisis hasta la primera guerra mundial, y que se intentó restablecer a su término, fue el patrón oro. La libra esterlina era la moneda de referencia y todas las monedas nacionales se convertían en relación con el oro. Como veremos más adelante, este régimen colapsaría definitivamente en la crisis de 1930.

La forma de estado resultante de la crisis no tolera una estilización muy sistemática en tanto, tal como en cada país el capitalismo asume características específicas, los estados se amalgaman de manera particular según el país a considerar. No obstante, existen reflexiones que resultan de interés y permiten abonar la discusión en torno a la naturaleza de los estados capitalistas.

En un período de crecimiento y reconfiguración del capitalismo mundial, tenderá a existir una participación activa de los estados en establecer condiciones para la acumulación de capital. En los países centrales comandarán el avance imperialista; en los países dependientes funcionarán como instancia mediadora y ejecutora de aquellas obras, por ejemplo de infraestructura, necesarias para el desarrollo de las relaciones capitalistas. Unos y otros, a su modo, representarán de forma mediata o inmediata, los intereses de sus burguesías.

Para pensar el caso desde nuestra realidad histórica, resulta gráfica nuevamente la relación entre Argentina e Inglaterra. Mientras el estado argentino se dedicaba a garantizar las condiciones para consolidar el “granero del mundo” –teniendo una participación mínima en otras cuestiones– y con un tipo de inserción internacional reactiva, Inglaterra no escatimaba misiones diplomáticas procurando asegurarse la marcha de sus negocios ni el envío de su flota a aquellos lugares del planeta que no aceptaran sus condiciones; acción ésta típica de los

estados con capitalismo expansivos tales como Estados Unidos, Alemania, Francia y Holanda, entre otros. En cambio, en países como Argentina, con un menor desarrollo capitalista, la acción del estado apunta a sincronizar las condiciones locales en relación con las demandas de las potencias.

En cuanto a las modalidades de acción política, indudablemente la revolución rusa partió aguas desde 1917 en adelante. La lucha por la construcción del comunismo representará una presión constante al capitalismo desde que trabajadores en la Rusia zarista llegaron a tomar los medios de producción bajo su mando.

Ante estas reconfiguraciones imperantes en el orden, con instituciones en mutación permanente, los trabajadores de la mayor parte del mundo capitalista, apuntaban a desarrollar instituciones que pudieran ser espacios de defensa de sus derechos. Si bien existía cierto consenso en estas líneas de acción, bien vale distinguir las tres corrientes ideológicas de mayor trascendencia en los albores del siglo XX: **el anarquismo, el comunismo y el sindicalismo**; cada una con diferentes representaciones del mundo y utopías. La inmigración que, expulsada de Europa arribaba a América, portaba cierta conciencia de lucha obrera, tanto más cuanto mayor había sido su experiencia en fábricas. De todas maneras, vale decir que la mayor parte de los inmigrantes provenían del campesinado. Debido a la existencia de imaginarios políticos impugnadores del orden capitalista entre los inmigrantes, los estados nacionales receptores permanecieron atentos a la “infiltración ideológica”, en tanto se interpusiera en el proceso de acumulación de capital. Basta recordar la implementación en Argentina de las leyes de Defensa Social y de Residencia en la primera década del siglo XX.

Estas ideologías se venían desarrollando en los países europeos desde el mismo surgimiento del capitalismo. En cambio, países como Argentina o Estados Unidos, se encontraban en un proceso de incorporación neta de fuerza de trabajo paralelamente con la incorporación de tierras. La constitución de sindicatos –o “*tradeunionismo*”– finalmente resultaría uno de los efectos más duraderos de la acción política obrera, en un periodo de gran vulnerabilidad frente al capital crecientemente concentrado. Represiones a trabajadores como las de la Sema-

na Trágica (1919) o la matanza de la patagonia (1921) son iconos de esta conflictiva socialización capitalista en Argentina.

En el plano de la reflexión sobre esta realidad, el nuevo siglo estimulará en el pensamiento social, filosófico y político grandes aportes de quienes, estremecidos por los cambios que tienen lugar frente a sus narices, evidencian el avance del capitalismo y sus consecuencias sobre la vida y la fetichización de las relaciones sociales. Emile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel, Friederich Nietzsche y, aunque unas décadas antes el mismo Karl Marx, son exponentes que, desde distintas ópticas teóricas, epistemológicas y antropológicas dan cuenta de los cambios en el orden moderno. Esta tensión que visualiza la tragedia del avance de la razón y la técnica en las bases del viejo orden se precipita ante los cambios que engendraba el capitalismo.

Estos cambios impresionan, por ejemplo, a Max Weber tal como lo deja sentado en la introducción a *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, a partir de la trágica arremetida de la racionalidad instrumental por sobre todas las dimensiones de la vida y el “desencantamiento del mundo”. Lo mismo sucede a Simmel en *Las grandes urbes y la vida del espíritu* a partir de su experiencia en las grandes ciudades modernas; o a Durkheim cuando en *La división social del trabajo* se preocupa por la necesidad de un nuevo tipo de solidaridad orgánica que reemplace a la solidaridad mecánica de las sociedades tradicionales.

Si estos cambios estremecían a pensadores en los países centrales, ya sean defensores o críticos del orden que nacía frente a sus narices, en países rezagados en términos de desarrollo capitalista como Argentina, el progreso deslumbraba casi sin excepción a todos los intelectuales. Las nuevas potencias productivas, combinadas con la posición subsidiaria de Argentina en el orden capitalista, daban como resultado un pensamiento marcadamente positivista. José Ingenieros, Agustín Alvarez o José María Ramos Mejía representan exponentes que, con distintos matices, apuntan a “correr” la carrera del progreso.

Coexistirán con estos pensadores los obreros que, como vimos, desde su resistencia al avance del capital sobre sus cuerpos, mediante huelgas y acciones colectivas, efectuarán la crítica más vital y lúcida de la época –la crítica de la acción– sobre las condiciones en que tenía lugar ese “progreso”.

Segunda gran crisis: el capital parece aprender la lección de la historia

El siglo XIX largo –como lo caracteriza Hobsbawm⁹–, y sus contradicciones interimperialistas conducirían a la primera guerra mundial. Al término de ésta, una buena parte del mundo bajo la égida rusa había, como dijimos, convertido su modo de producción, alterando las condiciones de acumulación de capital y aboliendo la propiedad privada de los medios de producción. Esta realidad condicionaría durante más de setenta años al capitalismo occidental, en tanto, la extensión del comunismo resultaría un “fantasma” del que Occidente habría de cuidarse.

Vuelta la paz, las potencias capitalistas victoriosas se ocuparon de repartir el botín, imponer fuertes reparaciones de guerra a la Alemania vencida¹⁰ y recomenzar su marcha. Entrada la década de los “dorados años 20” el capitalismo no había sufrido grandes cambios iniciándose un período, en particular en Estados Unidos, de relativa euforia económica.

La verdadera crisis sobrevino, no cuando la marcha del sistema mundial condujo a la guerra, sino a partir de octubre de 1929 cuando se vio afectada la tasa de ganancia. Es claro que el capitalismo es más cuestionado ante los problemas en la ecuación de beneficios que ante la muerte de millones de personas, en particular si no son fuerza de trabajo que el capital requiera. Problemas en los precios –las “señales” del mercado– tienen más poder para reconfigurar las bases del sistema que el cuestionamiento obrero o la destrucción de la guerra y sus muertes.

El desencadenante de la crisis nuevamente provino desde el sector financiero. Esta vez, el crack se originó en Nueva York y rápidamente la nueva potencia hegemónica salida de la primera guerra mundial, Estados Unidos, arrastró tras de sí a todo el mundo capitalista. Escapa a este trabajo un análisis de las causas de la crisis; quisiéramos, al menos, recordar que si bien el dinero es el equivalente general y porta todo su fetichismo, el enriquecimiento especulativo –como condición de estabilidad de la acumulación capitalista–, necesariamente debe

⁹ Hobsbawm, Eric (1998b). Se habría inaugurado en 1789 y finalizado en 1914.

¹⁰ Como resultante de estas reparaciones y la crisis del 30 surgirá –hiperinflación mediante– el nazismo.

tener como contraparte un aumento en la riqueza material, en la producción. Esta correspondencia no venía ocurriendo en Estados Unidos y el reordenamiento ulterior, no sólo corrigió la especulación, sino que fundamentalmente reformuló las bases de la acumulación de capital.

Nuevamente, y cinco décadas después de la primer crisis, el capitalismo se vería convulsionado por una brutal caída en la tasa de ganancia, la cual llevaría a una nueva configuración del sistema. Ahora sí, finalizada la segunda guerra mundial, se iniciarían verdaderos años dorados, “los treinta gloriosos”. La gloria de este período se fundó en una combinación inédita entre reconstitución de la tasa de ganancia y aumento en el bienestar económico de importantes sectores asalariados. Analicemos los radicales cambios que sobrevinieron a la crisis y que conformaron el régimen de acumulación **fordista**.

Habíamos dejado el proceso de trabajo en el taylorismo; pues desde entonces hasta la crisis del '30 una nueva innovación estaría revolucionando nuevamente las condiciones de trabajo: la cinta de montaje que Henry Ford estrenara hacia 1918. Siguiendo a Harvey (1998) inscribimos la cinta de montaje fordista en el período que se inicia luego de la crisis del 30, dado que, si bien la fecha en que se comienza a utilizar la cinta es anterior, su vasta difusión y alteración en las condiciones de producción y consumo se dan luego de la crisis.

Taylor había allanado el camino con la parcelación de las tareas y asignación de tiempos luego de concentrar el saber fuera de los trabajadores. La cinta de montaje altera el tratamiento del tiempo de trabajo dentro de la fábrica; se pasa del tiempo asignado al tiempo impuesto, pues ahora la cadencia de los movimientos pasa a estar regulada por la cinta transportadora.

En los términos del capital esto significa un cambio verdaderamente revolucionario en tanto ahora regula, mediante un comando centralizado, la velocidad a la que trabajarán los operarios dentro de la fábrica; está garantizado el flujo continuo de producción. En la materialidad del trabajo dentro de la planta, esto implica un nuevo giro en las relaciones de dominación, en tanto, ahora el saber no sólo está fuera de los obreros, sino que, cristalizado en la máquina, se les vuelve sobre su propio cuerpo y pasa a controlar su trabajo mejor que cualquier capataz.

Las condiciones de enajenación se acrecientan al tiempo que el obrero se ve obligado a repetir sus movimientos miles de veces durante, en el mejor de los casos, ocho horas diarias, perdiendo registro de la unidad del producto terminado. Indudablemente esto no hace más que **empeorar la condición básica de la enajenación**: no ser el dueño del producto de su trabajo.

La cinta de montaje implicó la posibilidad de conseguir fabulosos incrementos en la productividad, como resultado de la estandarización de piezas, disminución de los tiempos muertos mediante la imposición del ritmo, eficientización del control y aumento de la intensidad del trabajo. Henry Ford supo ver muy bien las potencialidades que este nuevo proceso de trabajo encerraba y en su fábrica comenzó a estilizarse la norma de incremento salarial que acompañaría luego de la crisis del '30 la extensión de la cinta de montaje, ya no en una empresa, sino a nivel del capitalismo mundial. El fabuloso aumento en la productividad debería ser –como ejemplificó Ford– acompañado por un aumento en la capacidad adquisitiva del obrero para garantizar, junto con la producción en masa, el consumo de masas.

El *five dollars per day* fue la solución, a nivel microeconómico, de aquello que luego se extendiera a nivel macro. Bien se podría decir que Henry Ford fue keynesiano antes que John Maynard Keynes, al tiempo que materializó con su propio capital –el aumento de salarios para garantizar la demanda– aquello que el economista inglés dejara sentado en la *Teoría General sobre la ocupación, el interés y el dinero* (1936) como formulación teórica.

Es por esta razón que la innovación de Ford resulta tan significativa para el capitalismo mundial; pues su modelo se difundió por todo el mundo capitalista. Puesto que el alcance inicial de sus innovaciones no fue acompañado por el conjunto de las instituciones capitalistas, su esfuerzo no fue suficiente. El capitalismo debería caer nuevamente en la profunda crisis del 30 para que en la reformulación de sus bases aparecieran estos novedosos elementos que garantizarían tanto un crecimiento multiplicativo de la producción como su consumo.

Recapitemos, tal como hiciéramos para el taylorismo las consecuencias que estas modificaciones acarrearían para los trabajadores.

En primer lugar, y tal como venimos diciendo, el saber ahora estará incorporado a las máquinas, de manera tal que se incrementa el poder del capital sobre el trabajo, en tanto mediante la adquisición de bienes de capital tecnológicamente avanzados, aumentan los mecanismos de control sobre la fuerza de trabajo. En la terminología de *El capital* de Marx esta instancia se corresponde con la **subsunción real** del trabajo al capital.

En segundo término, con el consumo de masas se incrementa la mercantilización de la vida; nuevas necesidades, nuevas mercancías. La configuración espacial de las ciudades refleja los nuevos modos de vida así como condiciona y estimula el consumo mercantil.

En tercer lugar, quisiéramos remarcar que, en este estado de la relación entre el capital y el trabajo, ya no van a ser necesarias regulaciones para introducir trabajadores dentro de las fábricas. Para entonces, los programas escolares socializadores masivos de trabajadores junto con la mercantilización creciente de la vida, operaban como mecanismos funcionalmente convocantes al trabajo asalariado. El capital consigue naturalizar la relación salarial capitalista, por lo menos temporariamente, en medio de una mejora generalizada en los niveles de vida obreros.

En cuarto lugar, se produce una división creciente en el mercado laboral; por un lado los trabajadores con mayor calificación conformando un mercado monopólico y, por otro, un mercado competitivo formado por aquellos trabajadores con mínimos requisitos de calificación que la fábrica fordista requiere. Esta tendencia, tal como veremos, se consolidará en el tiempo.

Pero, tal como venimos planteando, los cambios en el proceso de trabajo no son los únicos que sobrevinieron al reordenamiento del capitalismo mundial ante la brusca caída de la tasa de ganancia. Apuntando a recomponerla, también se alteraron el resto de las formas institucionales.

En cuanto a la forma de competencia capitalista que se corresponde con este periodo, se consolidan tendencias monopólicas¹¹ ya iniciadas durante la extensión del taylorismo. De hecho, el capitalismo gerencial que se desarrollara más arriba,

¹¹ Véase Baran y Sweezy (1969).

encuentra en este nuevo impulso tecnológico un núcleo dinámico de expansión. Y esto sucede así en virtud de que los incrementos de productividad redundan en importantes aumentos en las tasas de ganancia como resultado de la incorporación de la producción en masa. Las empresas de los países desarrollados, en particular norteamericanas, tendrán una estrategia expansiva a nivel internacional mediante la radicación en países periféricos. Los capitales locales en la periferia se desarrollarán, en general, en ramas típicamente desconcentradas.

De esta manera, se consolida el régimen internacional en el que coexisten países centrales liderados por Estados Unidos –que asume la tutela del capitalismo mundial impulsando instituciones para regular los flujos de mercancías y dinero internacionales–, y países dependientes. En estos últimos se registrarán procesos de descolonización, en particular en África y Asia, sujetos a fuertes cambios como resultado del reordenamiento del mundo capitalista en respuesta a la crisis del 30 y a la segunda guerra mundial.

La posguerra verá nacer las bases de lo que hoy es la Unión Europea, la Organización de las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las rondas de comercio del GATT, hoy Organización Mundial del Comercio. Antes de que surjan estas organizaciones y como resultado de la crisis, se produce una fuerte retracción en los flujos internacionales de mercancías, que condicionan el redireccionamiento del capitalismo periférico hacia posturas industrializantes. En este marco, se volverá a un período de incremento de las protecciones arancelarias –situación típica post crisis– y se estimulará la producción nacional de bienes. Por esta razón las empresas de los países centrales optan por establecer filiales en países periféricos, como forma de sortear las barreras a la importación.

El quiebre que significó la crisis del 30 para el orden capitalista inauguró en la periferia procesos de industrialización por sustitución de importaciones, por lo que estos países comenzaron a transitar, rezagadamente, un desarrollo industrial que en Europa y Estados Unidos ya estaba consolidado. También el fordismo se incorporará de manera rezagada en los países “en vías de desarrollo”.

La reflexión acerca de la incorporación de la cinta de montaje en los países incipientemente industriales, nos permite ir delineando las características de las relaciones de dependencia. Será de la mano de las empresas líderes en el capitalismo mundial, típicamente la Ford e inmediatamente después aquellas productoras de bienes durables de consumo, como los distintos países periféricos conocerán los modernos métodos de producción. Y así como la dependencia de los trabajadores en relación con la máquina se acrecienta a partir de la cinta transportadora, **los países menos desarrollados técnicamente se hacen dinámicamente dependientes de la incorporación de tecnología que es generada en los países centrales.** La expropiación del saber que cobró forma en el taylorismo y consolidó el fordismo, también opera en este plano. Y producto de la competencia intercapitalista, los países centrales velarán por el mantenimiento de la brecha tecnológica en relación con los países periféricos¹², potenciales competidores.

El sistema monetario internacional fue refundado en 1944 en Bretton Woods, donde se estableció un patrón oro-dólar. A partir de entonces y hasta 1971, el mundo viviría una relativa calma en términos de paridad de las monedas. En Europa funcionó un sistema de paridad móvil, aunque acotado, conocido con el nombre de sistema monetario europeo (SME) o “serpiente europea”. Las monedas de los países dependientes, ante déficits presupuestarios o de balance de pagos, devaluaban sus tipos de cambio en relación con el dólar, moneda correspondiente a la potencia hegemónica.

En cuanto a la forma de estado, la crisis del 30 implicó un fuerte aumento en la intervención, dando lugar a lo que se conoció con el nombre de **Estado de Bienestar**. El fin de la ilusión del **mercado autorregulado**, según lo planteara Polanyi, tiene lugar a instancias de la ampliación de funciones reguladoras estatales y del gasto público. Franklin Delano Roosevelt, Dwight Eisenhower, Winston Churchill, Konrad Adenauer, Charles De Gaulle, Juan Domingo Perón, Getulio Var-

¹² Incluso como parte de la misma lógica, los países periféricos son exportadores netos de científicos que pasan a engrosar la producción de los países centrales; tendencia que, como parte de la misma dinámica, condiciona aún más a los países dependientes.

gas: todos políticos que convivieron con la idea de la economía capitalista con planificación del Estado.

Si estos fueron nombres asociados a la presidencia de diferentes estados nacionales intervencionistas, la figura de John Maynard Keynes representa su fundamento teórico en economía. El salario de los cinco dólares por día que Ford pagara a sus empleados, es planteado por Keynes como un problema de insuficiente **demanda efectiva** para un capitalismo que no encontraba sino un equilibrio con desempleo. El sector privado, tanto capitalista como asalariado, según la explicación de Keynes, retrae sus gastos en tiempos de crisis y desencadena una lógica deflacionista que sólo puede romper el sector público aumentando sus erogaciones, sin importar en el corto plazo los déficits que ello genere.

El estado pasó a regular mercados y a garantizar, en casi todo el mundo capitalista, derechos laborales a los trabajadores, sistemas de jubilación, educación y salud pública, del mismo modo en que se convirtió en fuerte inversor productivo con amplia participación en muy distintos sectores de actividad. Por ejemplo, en Argentina sería el estado el encargado de la exploración y explotación hidrocarburiífera –aunque con creciente participación del capital extranjero–, la producción siderúrgica, la extensión de redes de transporte y comunicaciones, así como el principal proveedor de servicios públicos.

En los países centrales, el estado apareció como un espacio de creciente democratización –eran acompañados por regímenes políticos democráticos– mientras que en los países dependientes, si bien el estado ampliaba sus funciones, muchas veces se correspondió con dictaduras militares.

Las modalidades de acción política del período conocen una amplia gama que va desde una posición eminentemente institucionalizada –el sindicalismo– que presiona por mejoras distributivas hasta movimientos maximalistas que apuntan a impugnar el funcionamiento del mismo capitalismo. La presión de los sindicatos, vale decir, también puede devenir en cuestionamientos al orden en tanto sus presiones pueden implicar un descenso en las tasas de ganancia. Esta lógica reivindicativa se mantendría también, hasta el advenimiento de la nueva crisis a principios de los 70. El sindicalismo organizado es, pues, una forma de acción política que se corresponde con la configura-

ción empresaria de tipo fordista: grandes plantas con cientos, a veces miles, de obreros concentrados.

En este sentido, bien vale marcar las acciones del sindicalismo operaísta italiano, que tendrá la capacidad de constatar los cambios que estaban teniendo lugar en el proceso de trabajo en el mismo momento en que comenzaba a reformularse el fordismo en Italia desde fines de los '60. El movimiento obrero italiano toma conciencia de la magnitud de los cambios que estaban atravesando e introducen una serie de acciones cuya tesis –política y teórica– fundamental indica la primacía del trabajo sobre el capital. Así se anticipan a lo que la teoría política teorizara años más tarde y oficiarán de ejemplo para diferentes movimientos de resistencia. El Operarismo italiano fue muy perseguido durante la década que va del 68 al 77. En Italia, para entonces, el movimiento obrero estaba hegemonizado por el más grande partido comunista de Occidente –el PCI–, con su giro reformista. En ese contexto, nace la autonomía de clase radical, acompañada por ascenso de masas en medio de luchas realmente violentas. Si bien el movimiento fue derrotado en el 77, con prisiones y persecuciones muy duras –y que aún continúa– tuvo la vitalidad suficiente para teorizar desde el interior mismo de la fábrica las transformaciones del proceso de trabajo –el toyotismo que veremos más adelante–, la difusión de la fábrica y de la composición obrera –el surgimiento del "obrero social". Sus viejos intelectuales insistirán durante las décadas siguientes –muy lúcidamente– con algunas de aquellas claves como método para captar el presente, ahora vinculado con nuevos modos de luchas políticas fuera de la fábrica, en particular de resistencia.

Entre los movimientos maximalistas e impugnadores del orden, la revolución cubana significó un ícono en medio del capitalismo de los "treinta gloriosos". A partir de esta experiencia, el capital reaccionará muy vehementemente en Latinoamérica ante la posibilidad de cuestionamientos al sistema, con giros fuertemente represivos, como en Chile –donde derrocó en 1973 un intento de vía democrática al socialismo– o en Argentina en reiteradas ocasiones.

En cuanto al pensamiento social y político, este período de auge del capitalismo de masas conocerá, no obstante, muy lúcidos cuestionamientos. Los integrantes de la Escuela de Frankfurt radicalizarán esta crítica; el trabajo de Herbert Mar-

cuse, ***El hombre unidimensional***, representa otro ícono del periodo. Las necesidades y prácticas sujetas a la mercantilización alcanzarán a instancias presumiblemente a salvo como la cultura. La obra de Antonio Gramsci, en el período entre guerras, merece ser destacada, en tanto ha aportado valiosos elementos para pensar la dominación en el capitalismo.

En la periferia coexistirán corrientes de pensamiento apologeticas del desarrollo con aquellas que lo cuestionan. Ante el deslumbramiento de las capacidades productivas del capitalismo en los países centrales, surgen ideologías como el desarrollismo, que apunta a establecer las condiciones para el desarrollo capitalista en los países más rezagados. Estas perspectivas –y en particular, el apoyo político y económico de los países centrales– no pueden ser analizadas por fuera de la existencia de la competencia entre el bloque soviético y el bloque capitalista para hegemonizar distintas áreas del globo; que se conoció con el nombre de guerra fría. En lugar de tener enfrentamientos bélicos frontales, las potencias tienen choques en áreas alejadas de sus territorios –Vietnam es paradigmático–, en la carrera espacial, o bien en el plano económico, donde el capitalismo propondría la política del imán. Según ésta, sería el mismo desarrollo del capitalismo el que atraería a los países hacia este sistema. Cuando no funcionaba el imán, funcionaba el plomo, mediante la represión armada directa a los movimientos que apuntarían a salirse de la vía capitalista.

El estructuralismo latinoamericano significará un aporte al pensamiento crítico, a partir de plantear categorías que, si bien originalmente no apuntaban a superar el capitalismo, sí reconocían las asimetrías entre los países centrales y periféricos. De hecho, este planteo fue realizado por el argentino Raúl Prebisch en el marco de la Cepal y significó el comienzo de un programa de investigación del que surgiría la Escuela de la Dependencia y sus distintas vertientes.

Tercera crisis: entonces, la culpa es del estado y los sindicatos . . .

Y el capitalismo de los años dorados se derrumbó ante una nueva crisis cuando, a pesar de sus regalaciones por parte del estado, y de su redistribucionismo –o quizá precisamente

por ello- no pudo impedir una nueva caída en la tasa de ganancia. El sistema habría de reconfigurarse nuevamente. Pero primero analicemos más detenidamente los emergentes de la crisis.

En el plano político tendrán lugar una serie de acontecimientos que, desde el mayo francés hasta el cordobazo en Argentina o la matanza de Tlatelolco en México, apuntan a cuestionamientos más o menos radicales que sugieren el acercamiento de tiempos de fisuras en el orden y las instituciones que lo sostienen.

Los síntomas en el plano económico no tardaron en aparecer en la misma potencia hegemónica, Estados Unidos. Ya desde mediados de los sesenta comenzaba a mostrar problemas de déficits externos crecientes, lo que significa simplemente que estaba comprando más de lo que vendía. Si a este desequilibrio dinámicamente complejo se le añaden los altos gastos que venía insumiendo la guerra de Vietnam, no debería extrañar que se haya desatado una doble presión: por un lado, hacia el endeudamiento y, por otro, aunque ligada a la anterior, hacia la inflación de precios.

Esta doble presión atentaba contra la sostenibilidad del patrón oro-dólar establecido en Bretton Woods desde 1944, por lo que las cada vez mayores corridas especulativas contra el dólar impusieron la devaluación de la moneda norteamericana y el anuncio, por parte del gobierno de Richard Nixon, de la salida del patrón monetario internacional.

Es sobre esta situación estructural que se monta la unilateral suba de los precios del petróleo por parte de los países productores de la OPEP. La cuadruplicación de estos valores significó una revolución en los costos de las empresas. Y no podía suceder de otra manera en tanto Estados Unidos había dado su gran salto productivo de la mano del paradigma del transporte automotor. Para decirlo en otras palabras: el capitalismo norteamericano y mundial desde la crisis del 30 en adelante "anda" a petróleo. Esto significa que la energía que moviliza buena parte de los recursos productivos cada día proviene

de los hidrocarburos y que éstos tienen un peso muy significativo en la estructura de costos del sistema¹³.

Decir que se altera la estructura de costos no implica que el valor de las mercancías provenga del costo de los insumos. Lo que sucede es que se alteran las estructuras de precios en la esfera de la apropiación del valor y, de la misma manera que aquel que monopoliza la tecnología se apropia de una porción mayor de valor vía precios –que podríamos llamar renta tecnológica–, cuando los países de la OPEP aumentaron sus precios, en una puja intercapitalista internacional, consiguen ampliar su participación en el reparto internacional de plusvalía a costa de otras fracciones de capital. Los que más plusvalía retenían hasta entonces, la potencia hegemónica junto con Europa –donde prácticamente no existe petróleo¹⁴–, sufren las consecuencias y ceden parte de ella a países de la OPEP.

Insistimos, vuelve a deteriorarse el núcleo nodal del sistema sobre el que todas las corrientes de pensamiento económico –indistintamente si son apologeticas o críticas del capitalismo– están de acuerdo: la tasa de ganancia o tasa de beneficios. Nuevamente esta baja acarreará una serie de reacomodamientos en pos de su reconstitución para salir de la crisis. La situación a la que arribó el capitalismo mundial recibió el nombre de **estanflación** (stagnation), como resultado de una combinación de estancamiento con inflación.

Tres palabras condensarán el espíritu de los cambios que sobrevendrán a la crisis de principios de los 70 y que darán forma al **posfordismo: rigidez, flexibilización y desregulación**. Si la primera remite a lo que el capital detecta como causa del descenso en la tasa de ganancia, las siguientes remiten a lo que encuentra para reconstituirla.

Y la crisis implicará, una vez más, un fuerte reordenamiento del sistema. Pasemos ahora a ver qué sucederá en la esfera del trabajo, en la materialidad de la producción, que es donde, antes que nada, se genera el valor en la sociedad capitalista. A las modificaciones en el proceso de trabajo en los

¹³ La actual invasión de Estados Unidos a Irak, así como la deposición del gobierno talibán en Afganistán o las presiones sobre Venezuela se inscriben en esta lógica.

¹⁴ Salvo en yacimientos en el Mar del Norte, cuya productividad es incomparablemente menor a la de los países árabes.

establecimientos productivos las llamaremos **toyotismo**, en virtud del lugar donde se desarrollan, mientras que al conjunto de modificaciones que sufrirá el capitalismo en el régimen de acumulación la llamaremos **posfordismo** o régimen de acumulación flexible.

Si en el caso del régimen de acumulación fordista fuimos a la empresa de Henry Ford unos años antes de que su modelo se extendiera a las distintas ramas de la producción para vaticinar lo que sería el modelo de proceso de trabajo, en el caso del toyotismo deberemos ir a la empresa que fundara Kiichiro Toyoda, donde encontraremos el modelo de organización de la producción que luego se impondrá. Una vez más la existencia del modelo productivo se inscribe, temporalmente, en el período previo a la crisis. Es que la crisis forzará a la implementación y masificación de un sistema que se estaba revelando como más eficiente y que habría de catapultar al capitalismo japonés. El mundo capitalista copiará el “ejemplo” de Japón.

En la empresa Toyota surgiría un ingeniero de planta comparable a la figura de Taylor, pero japonés: Ohno. A éste, Coriat (2000b) le atribuye la creación del toyotismo u ohnismo. El principio de la fábrica toyotista es el de hacer de la fábrica “gorda” fordista, una fábrica mínima, sin “grasa”. El indicador de esta grasa serían los stocks. El mecanismo para garantizarse la eficiencia será producir solamente aquello que, en la esfera de la circulación, tiene la realización garantizada. Dicho más sencillamente: producir sólo lo que se vende.

Nuevamente, y tal como sucediera con el fordismo en relación con el taylorismo, el toyotismo consigue superar aquello que resulta problemático al modelo anterior. Ford consiguió articular tiempos a partir de un eje ordenador de la fábrica –la cinta de montaje– y, a su vez, garantizó un flujo creciente y continuo de producción, en un marco donde la realización de la mercancía estaba prácticamente asegurada. Los problemas a los que apuntó fueron precisamente, intensificar –imponer– el manejo de los tiempos a los obreros y producir la mayor cantidad de productos en el menor tiempo posible, sin mayores especificaciones.

Lo que significaba un problema a superar por el toyotismo era producir series chicas de productos diferenciados, con la menor cantidad posible de tiempos muertos en el recambio

entre un producto y otro. Recordemos que una de las fuentes básicas de productividad en el fordismo radicó en las economías de escala; lo que Ohno enfrentaba era la posibilidad de producir poco y más barato **en ausencia de economías de escala**.

Para ello establece un sistema que se basa en la administración mínima de stocks. Copia el modelo de reposición de stocks de los supermercados; allí, luego de que el cliente toma el producto de la góndola, los reposidores piden al depósito y éste pide a los proveedores el producto que el cliente compró. El mismo principio será aplicado por Ohno a la industria automotriz; sólo se produce lo que se vende, esto es Pensar al revés, tal como Coriat (2000b) llamó a su trabajo sobre el toyotismo.

En la materialidad de la planta este cambio en el proceso de trabajo implicó una revolución en la vida de los trabajadores, quienes –derrota sindical mediante– “aceptarán” las condiciones que se les impusiera en el marco de la posguerra. Con este nuevo principio de pensar al revés se flexibilizaría todo el sistema. Ahora la planta industrial Toyota minimizará stocks presionando sobre los proveedores para que sean ellos quienes guarden cantidades y, en la medida de lo posible, también reorganicen sus producciones según el modelo **just in time** (justo a tiempo), nombre que recibió el sistema de administración incorporado por Ohno.

En términos de organización industrial, la Toyota pasaría a conservar dentro de su planta sólo la etapa final del proceso, el ensamblado, donde se encuentra la cinta de montaje modificada, linearizada, para que los obreros –ahora **polivalentes**– puedan ejecutar más de una tarea. El conjunto de las autopartes, en particular aquellas de menor especialización relativa, son fabricadas fuera del establecimiento de ensamblado y por parte de empresas que, formalmente independientes, son controladas por la ensambladora.

El control más directo se produce sobre la producción de piezas claves como motores o cajas de cambio, mientras que las piezas más indiferenciadas son producidas por empresas cuyo control por parte de Toyota es indirecto. El diseño de los vehículos y la matricería constituyen la fuente dinámica de poder sobre las empresas proveedoras, de manera tal que la Toyota siempre se reserva la posibilidad de retirar las matrices y patentes sin que esto implique dependencia por parte de la

ensambladora. Por el contrario, son las autopartistas las que dependen de la ensambladora generadora de tecnología.

Ben Watanabe (1997) señala que los horarios de trabajo de los obreros de las autopartistas están regulados según los pedidos de la empresa organizadora del conjunto; de manera que si la ensambladora requiere de un viernes a un lunes un determinado producto, los trabajadores de la autopartista deberán trabajar durante el fin de semana. De esta manera, los ajustes sobre los horarios de los trabajadores son la contracara del justo a tiempo.

Puesto que el control sobre la producción –las normas de calidad– ahora es llevado a cabo por los mismos obreros a partir de la creación de los círculos de calidad, el capital se desliga de las cuestiones asociadas al monitoreo –que tanto preocupara desde el taylorismo en adelante– mediante el establecimiento de premios ante la obtención de los resultados. Estos premios –que llegan al 20% del salario– establecen pautas donde, si uno de los integrantes del grupo falla, se perjudica la remuneración del conjunto; ahora los propios compañeros de trabajo asumen el rol de Taylor.

Las condiciones de trabajo y niveles de remuneración difieren de manera muy acentuada a medida que nos alejamos de la ensambladora, a la que podemos pensar en el núcleo de un sistema de empresas periféricas que, a modo de anillos, van rodeando a la empresa tecnológicamente diferenciada, ordenadora del conjunto. En el núcleo, entonces, tenemos a la ensambladora, donde los trabajadores registran altísimos salarios, jubilación a los 55 años, salario de por vida, niveles de sindicalización del 100% y ascensos laborales preestablecidos. En el primer anillo –más próximo al núcleo–, se encuentran las proveedoras de autopartes claves, donde, si bien bajan las remuneraciones al 95% en relación con los salarios de la ensambladora y el nivel de sindicalización, aún conservan ciertos beneficios relativos. En general, los jefes y supervisores de estas empresas son ex empleados de la Toyota que se vieron beneficiados por un ascenso, luego de 20 años de servicio en la Toyota. En un tercer anillo continúan las degradaciones del trabajo con beneficios decrecientes en fabricantes de partes menores hasta llegar a empresas en un cuarto anillo donde la sindicalización no alcanza al 5%, prevalece el trabajo femenino –no como muestra de democracia de géneros sino como síntoma de

precarización– y las remuneraciones alcanzan apenas al 60% de los sueldos promedio registrados en la ensambladora. Esta estructura, en Japón, se la denomina sistema Kairetsu.

Esta última caracterización del conjunto corresponde a Watanabe, sindicalista japonés que argumenta críticamente contra la visión de la empresa Toyota y su organización, tal como es planteada por Coriat. Es interesante, que la misma oposición en la lectura del toyotismo se dará cuando haya que juzgar la trayectoria del modelo de acumulación flexible para todo el sistema capitalista entre quienes lo critican y quienes lo defienden.

Esta serie de innovaciones significan muy importantes aumentos en términos de productividad, en tanto el uso del trabajo pasa a ser significativamente más eficiente, puesto que, crecientemente, se activa sólo ante la venta cierta del producto final. Como parte del mismo proceso, las empresas disminuyen sus stocks y con ello la porción de capital circulante en juego, todo lo cual presiona hacia arriba a la tasa de explotación y la tasa de ganancia, utilizando más intensivamente, menos trabajadores.

Tal como fuera señalado más arriba, este modelo surgido en Japón en la segunda posguerra –que cimentará el “milagro” japonés– marcó las directrices de lo que fueran los cambios tanto en el proceso de trabajo como en el régimen de acumulación que se extendieron como reacción a la crisis de principios de los 70.

Efectivamente, la organización del trabajo y del conjunto de empresas en torno a la Toyota ofició de modelo a seguir por empresas en todos los sectores de actividad incluso entre prestadores de servicios. La flexibilidad que ofrecía para enfrentar las cambiantes condiciones de mercado, y su producción a partir de la demanda, garantizaba la **autoactivación** del trabajo en aquellos productos cuyo destino estaba asegurado. En un capitalismo donde los crecimientos extensivos de la producción habían madurado junto con el fordismo, las estrategias de las empresas apuntaron al recambio de productos por parte de los consumidores. Para ello, la oferta pasó a ser lo suficientemente diversificada como para estimular, por ejemplo, el recambio de una heladera por otra, así como garantizarse que el consumidor adquiriera el producto al mayor precio que esté dispuesto a pagar. Basta entrar a cualquier local de elec-

trodomésticos, por ejemplo, para percibir la amplísima gama de productos existentes con mínimas diferencias entre sí. Esta diversificación de la oferta es una manera de estimular la demanda mediante una revolución permanente en las normas de consumo.

El patrón de organización industrial que se generalizará a nivel global luego de la crisis en los años '70 replicará la relación entre la ensambladora y las autopartistas. Las empresas con mayor innovación tecnológica –**capital diferenciado** tecnológicamente– tenderán a ser las ordenadoras de redes de proveedores cuya producción se terceriza. De esta manera el capital se libra de contratar directamente mano de obra que, en períodos de baja demanda, significaría una carga. Estos empleados son contratados por las empresas tercerizadas donde las condiciones de trabajo y producción se precarizan muy fuertemente. Ante esta configuración, los efectos negativos de una baja demanda no son registrados bajo la responsabilidad del capital diferenciado, sino que se inscriben en la realidad de los capitales de menor tamaño y baja tasa de acumulación.

Estas modalidades de organización resultarán muy funcionales a la concentración de capital en tanto conducen a que medien relaciones de mercado entre el capital diferenciado y trabajadores de empresas periféricas que, indirectamente, dependen de él. Los trabajadores de las pequeñas empresas tercerizadas, durante el fordismo, formaban parte de la fuerza de trabajo de la empresa concentrada, significando potenciales conflictos laborales dentro de las plantas. En la realidad posfordista, los empleados de las tercerizadas –en apariencia– nada tienen que ver con el capital diferenciado. Los ajustes sobre salarios asumen la forma de renegociación entre la empresa concentrada y las tercerizadas.

En Argentina un ejemplo paradigmático de este tipo ha sido el de la ex-petrolera estatal. Una vez transferidos los activos públicos al capital privado en una rama con altísima diferenciación tecnológica, la empresa despidió grandes cantidades de personal –algunas bajo la forma de “retiro voluntario”– estimulando que formaran empresas externas que pasarían a prestar servicios a la petrolera. Así, la cantidad de personal directamente empleado por la empresa de capital diferenciado se redujo drásticamente y, en los momentos de ajuste –por ejemplo ante la baja en el precio del petróleo– se renegocian los

contratos con las empresas tercerizadas periféricas, lo que redundará en un ajuste en la vida de trabajadores que anteriormente –durante las relaciones laborales fordistas– hubieran estado en mejores condiciones para negociar.

De esta manera, las nuevas relaciones intercapitalistas implican un autodisciplinamiento de los capitales de menor tamaño y aumento de la explotación hacia sus trabajadores en las pequeñas empresas tercerizadas. Concentración y centralización del capital se combinan con redes de empresas periféricas; la fábrica mínima toyotista deja como consecuencia un entramado de empresas en torno al capital concentrado.

A su vez, la segmentación y estratificación de trabajadores –desde muy calificados en empresas con diferenciación tecnológica hasta empleos muy precarios con bajísimas remuneraciones– dificulta la organización y aglutinamiento de intereses de los trabajadores. Buena parte de la mano de obra pierde derechos sociales que habían resultado de años de lucha obrera para pasar a ser contratados por tiempo determinado, lo que potenció la lógica desaglutinante de la clase trabajadora. Ahora, el miedo a perder el trabajo –precario– en medio de tasas de desempleo estructuralmente superiores al período fordista, condicionará fuertemente las acciones de los nuevos obreros.

Las relaciones laborales posfordistas se montan y reciclan los procesos de trabajo anteriores. Mientras en las empresas tecnológicamente líderes sofistican sus técnicas de control del proceso de trabajo aplicando los principios típicos de la Toyota, las empresas que forman parte de su periferia combinan técnicas propias del toyotismo con modalidades fordistas –en aquellos casos donde la estandarización continúa siendo fuente de eficiencia– con prácticas pretayloristas como la industria a domicilio.

Los niveles de remuneración al trabajo ahora pasan a ser una gama donde los extremos se alejan crecientemente, configurando un conjunto marcadamente heterogéneo. Por ejemplo, en la Argentina actual, esta gama parte desde salarios que no alcanzan a cubrir la canasta básica alimentaria –menos de 300 pesos– hasta salarios de ejecutivos de empresas transnacionales que, nominados en monedas extranjeras, representan el equivalente a 30.000 pesos –e incluso más–, pasando por toda una gama de empleos precarizados.

Si las medidas necesarias para salir de la crisis del 30 se alinearon con el keynesianismo –donde la suba de salarios resultaba un factor central–, en la crisis de los 70, la lectura prevaleciente irá en la línea de desandar estos caminos. La interpretación que el neoliberalismo propusiera para la crisis, disparará de manera franca contra las regulaciones al trabajo, los sindicatos, los salarios y el Estado.

Recapitemos, una vez más, los principales efectos del nuevo proceso de trabajo. En primer lugar, el control y el poder ejercido por el capital sobre el trabajo es mayor en tanto el disciplinamiento pasa a ser **autoimpuesto** por los mismos obreros. La tendencia hacia la separación entre dirección y ejecución que se inaugurara en el taylorismo, ahora llega a su límite con un capital tecnológico ordenador de los procesos de disciplinamiento mediados por el mercado. Este será un gran triunfo del capitalismo sobre los trabajadores. Por ejemplo, en la actualidad en la industria textil en Argentina, no resulta extraño que, siguiendo hacia atrás el proceso de confección, encontremos que el corte de las prendas se haya realizado en la casilla de una villa miseria. Teniendo poco que envidiarle al putting out system de la Revolución Industrial, esta nueva modalidad de industria a domicilio permite que el capital plantee libremente sus condiciones más favorables: día y hora en que quiere los productos en la fábrica, precio por pieza, plazo del pago, etcétera. Claramente la prenda que resulte de este proceso, habrá costado menos al capital que aquella fabricada íntegramente en un establecimiento donde la fuerza de trabajo es asalarada bajo relación de dependencia.

Si podemos asociar al taylorismo con la subsunción formal del trabajo al capital y al fordismo a la subsunción real, veremos en el toyotismo una **subsunción funcional**.

En segundo lugar, también se consolida la tendencia a la mercantilización casi total de las necesidades y relaciones humanas; el fetichismo de la mercancía se potencia. Por otro lado, y simultáneamente, se vuelve a prácticas desaparecidas como medio de subsistencia para aquellos que no consiguen vender su fuerza de trabajo –o, eufemísticamente no se insertan en el mercado laboral– volviendo por ejemplo a prácticas de trueque.

En tercer lugar, los efectos de la instauración de las relaciones laborales toyotistas sobre el empleo implicaron una

suba estructural de la fuerza de trabajo disponible, con tasas de desempleo que, por ejemplo en Argentina, trepan a un quinto de la población. En estas circunstancias, donde se combinan mercantilización total de las necesidades humanas con desempleo creciente, el obrero, en muchos casos, “pide por favor” ser empleado; reclama que el capital le expropie valor. De esta forma, el trabajo liberado como resultado de la flexibilización del sistema emerge como **desempleo**. En lugar de redundar en un beneficio social, ante la apropiación privada de los beneficios de la técnica y la mercantilización de la vida, **el trabajo liberado se transforma en exclusión social**.

Ciertamente, el mercado sigue regulando vía precios tanto la tasa de beneficios del capital como el “mercado de trabajo”. El sistema, vale decir, funciona como tal. “Los mercados” dan señales muy claras, los mercados, ante una baja en los precios y en los beneficios señalaron a principios de los ’70 que se hacía incompatible el sostenimiento de la una tasa de ganancia satisfactoria para el capital con la relación salarial fordista. Uno de los dos elementos debería resignar lugar para preservar al otro. Esta señal, como vimos, reconfiguró el mundo material del trabajo flexibilizando aquello que resultaba una rigidez para el capital.

Por último, se consolida la fragmentación y heterogeneidad de los trabajadores, debilitando su capacidad de lucha colectiva, característica del fordismo.

Este universo de modificaciones en el proceso de trabajo potenciará sus efectos en los países dependientes. El capital concentrado expulsa la ejecución de trabajos descalificados hacia países donde existe la posibilidad de incorporar mano de obra a menor valor, tendiendo a conservar dentro de sus fronteras trabajos que requieren más calificación o desarrollo tecnológico. El sistema de producción, si se lo mira desde una perspectiva mundial, también tiende a reproducir las relaciones entre la empresa Toyota y sus empresas proveedoras periféricas, con un centro que tiene mayor capacidad para retener plusvalor.

Pasemos ahora a analizar, brevemente, los cambios en las otras formas institucionales que sobrevivieron a la última crisis del capitalismo. En la forma de competencia de la acumulación flexible, se profundiza la centralización del capital y, aunque en muchos sectores aumenta la concentración, simul-

táneamente, tiene lugar una desconcentración como resultado de la tercerización de actividades por parte de las empresas que flexibilizan sus plantas “rígidas” fordistas.

El capital concentrado transnacional pasa a concebir la planificación técnica de sus procesos a escala mundial relocalizando sus distintas filiales, especializadas en diferentes líneas de producto. En la industria automotriz, por ejemplo, tiende a prevalecer esta estrategia, de manera tal que en la planta de un país se fabrica un modelo que luego será exportado, terminado –o casi terminado– a otros países cuyas plantas se especializan en la fabricación de otro modelo de la misma empresa.

Este tipo de planificación intenta repotenciar las economías de escala –caducas con el fordismo–, siendo fuente de descenso de los costos ante una gran cantidad de producción. La estrategia pudo consumarse luego de la desregulación comercial que sobrevino a los años '70, puesto que durante la Industrialización por Sustitución de Importaciones las tasas arancelarias dificultaban este tipo de acciones. No resulta ajeno a la baja en los aranceles el creciente poder que detenta el capital transnacional que, directamente o vía el estado nacional de donde proviene, ejerce presiones sobre el Estado del país receptor reclamando medidas que lo favorezcan, por ejemplo, baja de impuestos, tasas, cesión de terrenos para instalar plantas, etcétera.

A su vez, estas presiones del capital sobre los gobiernos por conseguir ventajas, “desregulaciones”, para localizarse en determinado país se combina con costos cada vez menores para “levantar” una planta de un país y llevarla a otro, y potencian una tendencia a la relocalización constante en búsqueda de la maximización de beneficios.

El régimen internacional que se corresponde con el posfordismo combina estas fuertes presiones para liberalizar el intercambio comercial, desregularizar el mercado financiero, junto con prácticas imperialistas. Las presiones sobre la periferia para que reduzcan sus tasas arancelarias se inscriben en un intento por aumentar la demanda para poder realizar sus mercancías. Sin embargo, los mercados de bienes primarios, donde países como Argentina se especializan, exhiben fuertes restricciones en los países centrales. De esta manera, y ante una radicalización en estas posturas, se profundizan los intercambios asimétricos de valor entre el centro y la periferia.

Indudablemente, uno de los cambios de mayor trascendencia en el capitalismo de acumulación flexible pasa por el crecimiento y emancipación del sector financiero. Luego de la salida por parte de Estados Unidos del acuerdo de Bretton Woods, se modificaron regulaciones vigentes desde la crisis de 1930 que relajaron el movimiento de capitales financiero.

A partir de mediados de los setenta, comienza a registrarse un aumento fabuloso de los flujos internacionales de dinero. Como resultado de este proceso, a tres décadas de iniciado, se verifica una inmensa desproporcionalidad entre la producción material de bienes y los derechos de propiedad que implican los fondos líquidos bajo la forma de dinero o bonos. Esta masa de capital que diariamente no descansa –puesto que durante las 24 horas del día existen bolsas de valores operando– presiona a los gobiernos para generar condiciones que amplíen su capacidad de valorización.

Se conforma así un mercado único de moneda y crédito que resulta un factor muy condicionante en países dependientes. La deuda contraída por países periféricos se inscribe en esta lógica, resultando objeto de fuertes presiones por parte de organismos multilaterales de crédito como el FMI o el Banco Mundial, para llevar adelante reformas tendientes a mejorar las condiciones de acumulación de capital de los países centrales.

El discurso desregulador, “liberalizador” del mercado financiero coexiste, sin embargo, con acciones como la ocupación imperialista de Estados Unidos a Irak. Este tipo de acciones señalan una tendencia que, de consolidarse, pone en peligro el escenario internacional.

La forma de estado que se corresponde con el posfordismo combina una discursividad y práctica neoliberal tendiente a reducir la injerencia del estado en la economía –presión particularmente exacerbada en los países periféricos– con la ocupación de territorios, como mencionáramos. Las discusiones en relación con la medida en que los estados reproducen los intereses del capital pierden cierta pertinencia ante acciones de esta magnitud.

Desde la llegada de Margaret Thatcher –en Inglaterra– y Ronald Reagan –en Estados Unidos– al gobierno, el neoliberalismo no ha dejado de bregar por el achicamiento del estado en beneficio del mercado. La prédica de Von Hayek desde que publicara *Camino de la servidumbre* (1944) maduró de tal manera

que esta visión ganó entre las explicaciones de la crisis del '70: el estancamiento con inflación era responsabilidad de la excesiva intervención y gasto del estado así como del poder de los sindicatos, en fin, de la excesiva regulación.

En Argentina esta justificación a la práctica neoliberal anidó fuertemente y fue fuente de consenso para el desmantelamiento del estado de bienestar erigido desde la década del 40. No se puede omitir, por cierto, que el triunfo discursivo del neoliberalismo se montó sobre el triunfo represivo durante la última dictadura y ***el disciplinamiento social que significó la hiperinflación.***

En cuanto a las modalidades de acción política, luego del período que sobreviene a la crisis y el cierre de una etapa de intentos por superar el capitalismo –por ejemplo, en Chile o en Argentina–, son reformuladas las acciones colectivas reivindicativas fordistas en el marco de un sindicalismo debilitado. Las condiciones de trabajo, a su vez, desestimulan la lucha obrera, particularmente en los entramados productivos toyotistas donde descienden las tasas de sindicalización.

Una vez maduro el régimen de acumulación posfordista los desocupados aparecerán en escena puesto que, al no tener trabajo ni sindicalización, tienen que redefinir estrategias de acción, en tanto no pueden demandar, como lo hacían anteriormente en el marco del trabajo asalariado, directamente al capital. Utilizan el espacio público como forma de presionar sobre el estado para que instrumente políticas de inclusión social y, básicamente, económica. Los objetivos de esta masa creciente de población varían desde la voluntad de ser reinseridos en la sociedad salarial hasta demandas que apuntan a las bases de la socialización capitalista.

El caso de los piqueteros en Argentina, quienes entran en la escena pública cortando rutas, resulta paradigmático. Como forma de cuestionar el orden, y presionando sobre el Estado, se interponen en la circulación y flujos necesarios para la valorización del capital. En tanto impiden que circulen camiones con mercancías obstaculizan la circulación y en tanto impiden el paso de trabajadores, obstaculizan el acceso a sus puestos de trabajo. Indirectamente, y por medio del estado, los piqueteros también –aunque de manera diferente a los sindicatos quienes paralizan la producción– detienen la valorización del capital.

Desde la década del 70 junto con los movimientos de desocupados se extendieron otros que van desde las luchas antiglobalización, o por el acceso a tierras, hasta las que emprenden minorías étnicas, sexuales o culturales. Muchos de estos grupos recuperarían las tesis del movimiento operaísta italiano para accionar desde la resistencia.

En el plano de la reflexión sobre la realidad, si bien se transita un período ostensiblemente crítico, no resulta clara –seguramente la vivencia de la misma época que queremos estilizar nos quita perspectiva– la emergencia de líneas interpretativas que esclarezcan el tránsito actual del capitalismo, tal como señaláramos en el primer apartado. Creemos que la obra de Michel Foucault para reflexionar en torno al poder merece un lugar de importancia, así como los aportes del marxismo “cultural” inglés (Edward Thompson, Raymond Williams; y aunque con matices, el mismo Hobsbawm).

A modo de síntesis muy esquemática, dentro de la corriente marxista se pueden visualizar dos de las tendencias que lo atravesaron durante la segunda parte del siglo XX: aquellas que hacen énfasis en las determinaciones estructurales junto con aquellas que conciben la acción menos determinada. Entre los primeros, el capitalismo, sujeto a la férrea ley del valor que permanece invariante, profundizará sus contradicciones tarde o temprano apostando a la concientización de las masas obreras; mientras que entre los segundos las nuevas luchas cobran mayor relevancia y podrían operar modificando la estructura.

En términos de pensamiento latinoamericano, se evidencia un gran retroceso, en tanto en los espacios de producción de conocimiento proliferan miradas “universalistas” donde los saberes técnicos se imponen sobre los críticos.

Crisis, crítica y alternativa

Hemos analizado cómo se ha reconfigurado el proceso de trabajo capitalista ante las tres crisis mundiales de mayor envergadura desde el nacimiento del modo de producción. Vimos también cómo estos cambios en el mundo del trabajo han sido acompañados por cambios en las diferentes formas institucionales. Dimensionamos, en este sentido, las magnitudes de los cambios que en un sistema capitalista de mercado se pro-

ducen ante una “simple” variación en los precios, señal que ordena indudablemente la maximización de beneficios, pero difícilmente la maximización de bienestar social¹⁵.

A partir de concebir al trabajo humano como expresión de la objetivación del ser en la materialidad de su práctica, han tenido consecuencias de trascendencia las modificaciones en los procesos de trabajo como resultado de las presiones en el modo de producción por sostener la tasa de ganancia.

Por un lado, ***las potencias productivas del trabajo colectivo han alcanzado un desarrollo inédito en la historia de la humanidad***, lo cual inaugura enormes posibilidades para mejorar el bienestar humano. Pero, por otro lado, la contracara de este desarrollo es que el sometimiento del trabajo a la lógica de acumulación de capital, no ha hecho más que reproducir modos de apropiación crecientemente desiguales tanto en términos del producto del trabajo como en la profundización de la asimetría de poder entre el trabajo y el capital.

A su vez, la enajenación en el proceso productivo fundada en que el obrero ni se apropia del producto de su trabajo ni se realiza en él, llega a niveles inéditos en tiempos de la subsunción funcional del trabajo.

Esta lógica que se registra en el universo de la producción también se corresponde con la distribución internacional del trabajo, de forma que el capital tecnológico expulsa, mediante relaciones mercantiles, trabajo precarizado hacia la periferia.

A instancias del desarrollo del conocimiento, el saber tecnológico y científico contiene esta paradoja: habiendo sido resultado del esfuerzo de generaciones de trabajadores y, tratándose de un capital eminentemente colectivo, es al mismo tiempo el dispositivo estratégico para el control del capital sobre el trabajo y para la desigual apropiación sobre el producto de este último.

El desarrollo de las fuerzas productivas ha permitido que, con un tiempo cada vez menor de trabajo, se produzcan

¹⁵ El presupuesto de la economía convencional –quienes retoman la apología que Adam Smith hiciera de los hombres que velan por su propio interés y así benefician al conjunto– es que ambas maximizaciones marchan a la par. Las implicancias de las crisis sobre los trabajadores –buena parte de los cuales hoy ya no lo son–, como hemos visto, cuestionan radicalmente este presupuesto.

cantidades crecientes de bienes para la satisfacción de necesidades humanas. El trabajo liberado por esta potencia, no redundó en bienestar del conjunto sino en grandes cantidades de trabajadores desempleados y precarizados.

A esta altura, nos interesa plantear, especulativamente, algunos posibles cursos por los que puede reciclarse el capitalismo para, inmediatamente, especular en relación con otros trayectos. Siguiendo a Harvey (1998), consideraremos tres reformulaciones posibles del modo de producción capitalista. La primera consistiría en que se desencadene el efecto histórico que han acusado todas las crisis: la destrucción de activos, monedas y fuerza de trabajo, tal como sucediera en 1930, para luego reconstituir la tasa de ganancia. La segunda estaría asociada a algún tipo de modo de regulación en las formas institucionales capaz de articular las tensiones actuales, con una reformulación de la relación salarial, el Estado, el régimen internacional, la moneda y/o el tipo de competencia. Por último, sería factible la absorción de la hiperacumulación –tendencia intrínseca del capitalismo– por medio de desplazamientos espaciales, temporales o espacio-temporales. Nos explicaremos mediante ejemplos. Un ejemplo del primer tipo de desplazamiento sería el desvío de la capacidad de consumo actual del capital ficticio¹⁶, vía inversiones, hacia el futuro, ampliando la capacidad productiva. Sería una forma de “fuga hacia adelante”. Ejemplo del segundo sería desplazar la absorción del excedente de capital y trabajo hacia otros espacios en el mundo, típicamente países periféricos. Un desplazamiento espacio-temporal de la hiperacumulación, por ejemplo, serían operaciones donde se toma el dinero en una bolsa y se invierte en otro país a largo plazo.

Dadas las características del modo de producción capitalista, estos escenarios no harían más que reconstruir, temporariamente, las condiciones para la acumulación de capital. Sin embargo, nada parece indicar que, sin un desajuste o descalabro fuerte en el crecientemente poderoso mundo financiero, el

¹⁶ Harvey llama capital “ficticio” al capital financiero bajo la forma de bonos y demás instrumentos que crecen desproporcionadamente en relación con la producción. Para que estos activos no se devalúen en una crisis –que sinceraría su escasa capacidad de compra– el capital ficticio puede movilizar recursos para ampliar la producción en el futuro.

capital esté dispuesto a reconfigurar las bases sobre las que se erige la acumulación flexible actual. En las condiciones vigentes, parece haber poco margen para algún tipo de estrategia capitalista donde se incorporen racionalidades más allá del corto plazo. Los flujos de capital financiero, en este sentido, precipitan las decisiones y aceleran la velocidad de circulación y relocalización del capital.

Si el capital productivo durante todo el siglo XX disciplinó al trabajo hasta llegar a la acumulación flexible, el capital financiero ha tendido sus redes de poder en todo el mundo, de manera tal que disciplina gobiernos y, por medio de ellos, sociedades completas. En estos términos no sorprende que uno de los tantos “acuerdos” con el FMI, en Argentina, implique una negociación tan dura. Es que este organismo no puede dejar que peligre la circulación del capital financiero en ningún lugar del planeta, y esto sucede aún a pesar de que el monto de la deuda argentina es despreciable en relación con los fondos que, a diario, giran por el mundo.

Especulemos ahora con otros trayectos fuera de los márgenes de las relaciones capitalistas. Ante la creciente precarización y expulsión fuera del orden social de grandes sectores de la población, en combinación con la maduración de condiciones materiales –productivas– para aumentar significativamente el bienestar del conjunto, podrían surgir –¿están surgiendo?– nuevas prácticas capaces de cuestionar las relaciones capitalistas y la manera que en ellas se ordena el poder económico y el poder político.

El cuestionamiento, en la medida en que se torne radical, trascendería instancias meramente reivindicativas. Pues el “capitalismo generoso” fordista ha demostrado no liberar al hombre de la enajenación en que las condiciones de trabajo capitalistas lo inscriben, a instancias de un avance permanente de la mercantilización de la vida. La incapacidad manifiesta por alterar la enajenación humana, así como la desigual distribución existente entre el esfuerzo realizado en el trabajo –y las potencias que contiene– en relación con los productos generados por él, sugieren que un cuestionamiento alternativo al capitalismo debería resignificar lo político ante lo económico, actual fuente de poder y desigualdad.

Y esto podría devenir de esta manera al tiempo en que se hace crecientemente evidente la insostenibilidad de la co-

existencia entre concentración de la riqueza y crecimiento de la pobreza, así como de asimetrías entre el mundo de los países centrales y los dependientes. Argentina, nuevamente –un país periférico en crisis– es un ejemplo paradigmático.

Se trataría de generar prácticas cuya crítica emane de la acción misma y, tal como se montó el capitalismo corroyendo las bases del orden feudal, estas acciones tendrían la capacidad de extenderse, multiplicarse y construir nuevos lazos por fuera de la mercancía y las relaciones de mercado cosificadas.

Nos interesa rescatar el concepto de Poder Constituyente que Antonio Negri (1994) expusiera como forma de concebir una dinámica capaz de hacer germinar, en forma permanente, nuevas configuraciones sociales y políticas. La búsqueda continua de la libertad, la igualdad y la democracia –en sentido filosófico– son la sustancia dinámica de este poder constituyente que, ante instituciones que dejan de contener y reprimen prácticas libertarias, igualitarias y democráticas, decíamos, este poder constituyente consigue rebasar, estallar las instituciones que lo contienen y reprimen e ir más allá, dando forma a una nueva manera de realizar el contenido de prácticas emancipatorias. Refiriéndose a Spinoza, Negri plantea al poder constituyente como el espacio por naturaleza donde se reconcilian potencia y multitud, donde emergen y se multiplican las pasiones alegres.

Nada está dicho de antemano en este devenir, sino que es la práctica crítica y la crítica práctica la que puede filtrarse sobre un orden crecientemente inequitativo. Es por ello que, desde la crisis, reivindicamos la crítica. Crítica que debería, tal como dijimos al comienzo, exponer las contradicciones y liberar las potencialidades. Y la crítica en tanto unidad entre concepto y acción indisolublemente concebidos.

Reivindicamos las dos dimensiones de la crítica para la construcción de la *alternativa*¹⁷. Por un lado, la crítica del cuerpo, la crítica de la acción, la crítica de los excluidos, los piqueteros, los trabajadores, las minorías étnicas, sexuales, y todo aquel que, desde su práctica, genere en el entramado social, fisuras al orden que encuentra opresivo, no libertario. La acción de la burguesía inglesa fue revolucionaria cuando comenzó a cambiar el mundo en la modernidad, desde cada acto

¹⁷ Alter concebida como la condición de ser otro, lo nuevo, lo diferente.

individual se fue gestando otra estructura material. También lo fue cuando subordinó el saber a su práctica, voluntad y beneficio. La acción de los obreros también fue –y es– revolucionaria en tanto ha sido su trabajo el que modificó la materialidad de su existencia. En esa materialidad diaria de la vida es donde se generan las condiciones para los grandes cambios.

Por otro lado, está la crítica del saber, la crítica de las palabras, la crítica que permite hacer inteligible la crisis y, en concordancia con la acción material de los cuerpos, rompe moldes epistémicos, crea, imagina. Se trata de la ciencia crítica con capacidad de superar al saber opresivo, como instrumento de dominación de unos sobre otros.

La convergencia entre acciones críticas libertarias, habladas con el cuerpo, y la crítica del saber, hacia la búsqueda de la libertad y no de la opresión, parece ser la única salida de las aporías del mundo actual.

Pero no queremos resultar ingenuos. Pues en la actualidad, y siguiendo el eje que articuló nuestro escrito, el poder del capital, crecientemente fundado en el saber bajo su mando, se encuentra, sin duda, fortalecido. Y lo está tanto en la práctica material de la producción, donde impone sus condiciones –a la acumulación de empresas periféricas y trabajadores precarizados que se articulan con él– como también se muestra fuerte frente al orden social en su conjunto, al tiempo que expulsa trabajo de la producción. Esto es fuerza, indudablemente. El capital tiene un gran aparato represivo en la fábrica, en el orden social y en las armas para ejercer su dominio.

Esto no significa que el modo de producción capitalista esté libre de contradicciones ni que se prevea un dominio del capital insuperable. Hemos visto que dentro de su dinámica presiona y expulsa trabajo y esto no parece ser sostenible indefinidamente. Sobre lo que queremos advertir es que, de su dinámica pueden resultar también dos escenarios no muy auspiciosos.

El primer escenario sería el aumento de la represión. La exacerbación del dominio por la fuerza y el miedo, el *imperio hobbesiano*, cuyas consecuencias hoy sufren buena parte de los países periféricos. Represión económica como la que sufre Latinoamérica en la actualidad o la represión física padecida por los afganos, irakíes, chechenos; o como desde 1976 a 1983 sufrió una generación en Argentina. Este escenario podría in-

cluso montarse sobre los arreglos en el modo de regulación o desplazamientos en el espacio o el tiempo arriba planteados. Esto está sucediendo; no tenemos la capacidad imaginativa para proyectar un incremento de esta marcha, ni queremos hacerlo. Pero no podemos desconsiderarla como un devenir posible.

El segundo escenario que no se puede descartar es el de crisis terminal y destrucción de las potencias productivas y sociales. Destrucción material de los hombres y de aquello que ha sido montado sobre el espacio a lo largo de siglos. Del derrumbe no emerge un mundo mejor, necesariamente. Un escenario de destrucción implicaría perder la vida social y las potencias que el trabajo ha conseguido aún bajo opresión, pero que en la actualidad están latentes para una reapropiación social. Este devenir no sería inédito en la historia de la humanidad, tal como atestiguan las desapariciones de civilizaciones enteras, presas de la misma lógica por la que se erigieron.

Elegimos terminar reflexionando acerca de aquella *alternativa*. Insistimos; la génesis de una ***alternativa real***, con capacidad de evitar estos dos escenarios, no puede prescindir de la crítica de los cuerpos, de la participación democrática, de la acción política de los marginados y, en este sentido, de una repolitización radical que reformule las relaciones sociales cosificadas. Y sobre esta capacidad impugnadora de los cuerpos se hace imprescindible la crítica del saber y la convergencia con el otro saber, el saber de la acción práctica.

Creemos que ese camino, aunque conflictivo y por eso vital como toda interacción humana, es el único con la capacidad de generar una opción real, libertaria, alegre y democrática que, rompiendo con la enajenación, conduzca a la emancipación humana, donde lo individual se reconcilie con lo social, donde la multitud se reconcilie con su potencia.

Bibliografía

- Aglietta, Michel (1999): *Regulación y Crisis del Capitalismo*, Siglo XXI Editores, México D.F.
- Arendt, Annah (1998): *La condición humana*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Baran, Paul y Sweezy, Paul (1969): *El capital monopolista*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Boyer, Robert y Saillard, Yves (1996): *Teoría de la Regulación: estado de los conocimientos*, Oficina de Publicaciones del CBC, UBA, Buenos Aires.
- Braun, Oscar (1976): *Comercio Internacional e imperialismo*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- ——— (1975): “Desarrollo del capital monopolista en la Argentina”, en Braun, O. (comp.): *El capitalismo argentino en crisis*, Bs. As., Siglo XXI.
- Callinicos, Alex (2001): “Trabajo y Alienación”, en Revista *Razón y Revolución*, nro. 7, Buenos Aires, verano del 2001.
- Castoriadis, Cornelius (1998): *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Eudeba, Buenos Aires.
- ——— (1999): *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets editores, Buenos Aires
- Cimillo, Elsa y otros (1973): *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina*, Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.
- Coriat, Benjamín (2000a): *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, Siglo XXI Editores, México D.F.
- ——— (1992): *El taller y el robot. Ensayos sobre el fordismo y la producción en masa en la era de la electrónica*, Siglo XXI Editores, México D.F.
- ——— (2000b): *Pensar al revés. Trabajo y organización en la empresa japonesa*, Siglo XXI Editores, México D.F.
- Chandler, Alfred (1988): *La mano visible. La revolución en la dirección de la empresa norteamericana*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (1997): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Ed. Pre-textos, Barcelona.

- Emmanuel, Arghiri (1972): *El intercambio desigual. Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales*, Siglo XXI editores, Buenos Aires.
- Freire, Paulo (2002): *Cartas a quien pretende enseñar*, Siglo XXI editores argentina, Buenos Aires.
- Gorz, André (2000): *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Editorial Paidós.
- Grüner, Eduardo (2001): *El sitio de la mirada*, Editorial Norma, Buenos Aires.
- Guattari, F. y Negri, A (1999).: *Las verdades nómadas y General Intellect, poder constituyente, comunismo*, Ed. Akal, Madrid.
- Harvey, David (1998): *La condición de la posmodernidad. Inverstigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric (1997): *La era de la revolución, 1789–1848*, Editorial Crítica, Buenos Aires.
- ——— (1998a): *La era del capital, 1848–1875*, Editorial Crítica, Buenos Aires.
- ——— (1998b): *La era del imperio, 1875–1914*, Editorial Crítica, Buenos Aires.
- ——— (1998c): *Historia del siglo XX*, Editorial Crítica, Buenos Aires.
- Kabat, Marina (2001): “Lo que vendrá. Una crítica a Braverman a propósito de Marx y la investigación empírica”, en *Revista Razón y Revolución*, nro. 7, Buenos Aires, verano del 2001.
- Kaminsky, Gregorio (1998): *Spinoza: la política de las pasiones*, Gedisa Editorial, Barcelona
- Katz, Claudio (2000): “La teoría del control patronal. Balance de una discusión”, en *Epoca. Revista Argentina de Economía Política*, año 2, nro. 2, Buenos Aires, noviembre del 2000.
- Lander, Edgardo comp. (2000): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Ed. Clacso–UNESCO, Buenos Aires, 2000.
- Levin, Pablo (1997): *El capital tecnológico*, Editorial Catálogos, Buenos Aires.
- Matellanes, Marcelo (1999): “Capitalismo siglo XXI: la impostergable alternativa. Imperio hobbesiano o multitud spinozista”, en *Sociedad*, Revista de la Facultad de Ciencias Sociales, Nro. 15, Diciembre.

- ——— (1998): “Interpretaciones: el fracaso del capitalismo”, en *Revista Realidad Económica*, nro. 158, IDES, agosto-setiembre de 1998.
- Mészáros, István (1999): *Más allá del capital*, Vadell hermanos editores, Valencia.
- Marx, Karl (1996): *El Capital. Crítica de la Economía Política*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- ——— (1972): *Manuscritos de 1844. Economía política y filosofía*, Ediciones Estudio, Buenos Aires.
- Negri, Antonio (2000): *Spinoza subversivo*, Ed. Akal, Madrid.
- ——— (1994): *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Ed. Libertarias/Prodhufi, Madrid.
- Peralta Ramos, Mónica (1973): *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930–1970)*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Rieznik, Pablo (2001): “Trabajo, una definición antropológica”, en *Revista Razón y Revolución*, nro. 7, Buenos Aires, verano del 2001.
- Sartelli, Eduardo (2001): “Para comer una hamburguesa”, en *Revista Razón y Revolución*, nro. 7, Buenos Aires, verano del 2001.
- Sennett, Richard (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Ed. Anagrama, Barcelona
- Spinoza, Baruch (1996): *Ética demostrada según el orden geométrico*, Ed. Porrúa, México
- Virno, Paolo: “Virtuosismo y Revolución”, documento disponible en internet.
- Wallerstein, Immanuel (2001): “El eurocentrismo y sus avatares. Los dilemas de la ciencia social”, en *Conocer el mundo, saber el mundo*, Siglo XXI, México DF.
- Watanabe, Ben (1997): “Pensar o al revés. Una visión crítica del toyotismo”, en *Revista Periferias*, año 2, nro. 2, Ediciones Fisyp, Buenos Aires, primer semestre de 1997.

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE DECISIÓN?

por Cecilia Abdo Ferez y Amilcar Salas Oroño.

Lo que nos sobra en estos tristes días son las voces de irresponsables, sólo sensibles a los intereses minoritarios y a las razones del lucro.

Darcy Ribeiro, O Povo Latino-Americano.

Introducción

Las representaciones sociales de cada época no son realidades segundas y derivadas; hay que “admitir su eficacia en la formación de la materia misma de esa experiencia, es decir, en la imposición de matrices de la percepción y la memoria que configuran los límites de lo significativo y lo pensable”¹. No es novedad alguna decir que nuestra vivencia cotidiana se construye bajo metáforas, imágenes y discursos que lejos de ser simples planos postergados nos formulan justificaciones, legitimidades y contenciones que involucran nuestras premisas de acción y nuestros parámetros de bienestar. Son partes adheridas, en constante cambio, que contruyen la formulación que se tiene de *lo social* y que asumen ordenaciones y contenidos variados según los particulares momentos históricos. Precisamente nuestro país está allí, levantando una nueva mediana en los imaginarios sociales y reestructurando las anteriores formaciones, a ritmo tormentoso y delicadamente pasional. Pero aquí no vamos a mirar sobre todo el arco posible de la serie; nos interesa focalizar la relectura sobre aquel proceso de símbolos, lenguajes y códigos que tienen que ver con las metáforas constructoras de aquel instante de la *decisión política*, es decir, de aquel soporte representacional que envuelve ese momento tan problemático de la legitimidad. Las formas de la *decisión política* han modificado nuestra historia nacional y componen una parte importante de las metabolizaciones culturales que se han sucedido con el tiempo; las maneras en que son codificadas e interpretadas por la sociedad nos hablan bastante de lo que somos, de lo que hemos sido y de nuestro futu-

¹ Hugo Vezzetti: *Pasado y Presente*; Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. Página 12.

ro. El desentrañamiento de esto último es el trasfondo de estas páginas y para ello creemos conveniente volver sobre la reconstrucción genética de algunas formulaciones clásicas de la filosofía política en lo concerniente a la decisión porque, después de todo, *“la filosofía, cuando es política, tiene que estar mirando hacia la acción y el presente”*². Lo que sigue es, entonces, un ejercicio de observación en paralelo de la constitución de la *decisión política* como categoría social y su resonancia en lo que respecta a las formas contemporáneas de nuestros imaginarios. Una indagación que coloca un primer sostén en los constructos teológicos y metafísicos de los inicios de la modernidad con el objeto de rastrear su permanencia más o menos larvada en el acervo cultural con el que elaboramos, discutimos y nos justificamos los hechos políticos de nuestros días.

Hay ciertas imágenes del mundo que las etapas tempranas de la modernidad construyeron de manera extensiva y transversal que no han podido ser borradas pese a las infinitas mediaciones históricas, atlánticas y coloniales. El llamado “desencantamiento del mundo”, es decir, la eliminación de la idea de Dios como sostén del orden social, constituyó una situación privilegiada para la invención de nuevos fundamentos para la legitimidad política. Pero esa circunstancia, ese momento de condensación de argumentos que lo permitieron, es inseparable de su escalón inmediato anterior y por eso creemos en la conveniencia de quebrar la demarcatoria cronológica y plantear una vuelta sobre aspectos no debidamente tenidos en cuenta a la hora de comprender los movimientos de una sociedad. No es otra cosa que explorar el instante de metamorfosis de la argumentación teológica que gesta una combinatoria superpuesta de planos metafísicos y políticos.

*“Todos los pertinentes conceptos de la moderna doctrina del Estado son conceptos teológicos secularizados”*³, comenta provocativamente Carl Schmitt en su no menos provocativa *Teología política*. Siglos después de la caída del argumento teológico como sostén de la legitimidad podemos sentirnos entre desorientados y ofuscados ante esa “excesiva” carga religiosa presente en la cita del jurista alemán. De alguna

² Renato Janine Ribeiro: *A Sociedade contra O Social*; Companhia das Letras, San Pablo, 2000. Página 14.

³ Carl Schmitt: *Teología política*; Munich, Leipzig, 1922. Página 49.

manera, estamos acostumbrado a otra cosa: cuando hacemos el ejercicio de reflexionar sobre el límite progresivo de una comunidad recurrimos a las figuras laicas del poder que separan la religión de la política o, mejor dicho, que excluyen la religión de la política. Componemos una noción de estabilidad y paz social muy vinculada con la estructura de un Estado neutral ante las partes en conflicto, un Estado “agnóstico”, como lo definía Hobbes, y ya Feubert nos revelaba los mecanismos de la proyección enajenada de nuestra imagen, producto de los cuales creábamos a Dios. Sin embargo, muchas veces la realidad argentina nos sorprende contaminando nuestros juicios con lenguajes y justificaciones que remiten precisamente a ese trasfondo marcado por Schmitt. Y así es como percibimos procesos “milagrosos” o que, por lo menos, han ocurrido “milagrosamente”. En este sentido, nos vemos de vuelta en un campo que pensábamos superado, teniendo que articular enebraciones conceptuales que desarman esas “sólidas” estructuras intelectivas modernas con las que nos manejamos comunmente. Incluso la coyuntura de estos últimos tiempos ha colocado a la orden del día una labor incómoda que reformula hasta ciertas pretensiones ideológicas personales: ¿es posible descartar la *decisión política* en su clave estatal en un periodo de mutación de los imaginarios sociales? ¿no forma parte de estas transformaciones simbólicas el tipo de liderazgo? Ambas cuestiones refieren a una misma situación.

El remodelamiento compulsivo de la estructura social que el neoliberalismo trajo en su interior fue constituyendo múltiples esferas moleculares de resistencia y recreación de lazos sociales que no sólo le devolvieron materialidad al desfondado tejido comunitario sino que además fueron fundamentales en el recambio de expectativas, demandas y prioridades de la sociedad, es decir, posibilitaron la emergencia de nuevos patrones culturales. Se trató –y se trata– de un cambio profundo, de los valores, catalizado por los hechos del 19 y 20 de diciembre del 2001, que no constituye un sujeto exclusivo ni tiene un tiempo de desarrollo. Ahora, esa “oxigenación” de las representaciones sociales presiona sobre los moldes institucionales, lleva sus metáforas y parámetros hacia modificaciones

necesarias para su propia autosubsistencia⁴. Aquí intentaremos ver precisamente esa imagen especular, ese rebote, en lo que respecta a la *decisión política* para poder ganar en agudeza interpretativa y, lo que es más importante, en claridad estratégica. Lo hacemos desde la filosofía política sabiendo que es un ejercicio de eludicación del tiempo, realizado a destiempo. Sin embargo, a pesar de las distancias prudenciales con que se nos aconseja tratar los hechos del presente, a pesar del desprecio a la invocación supuestamente performativa de la teoría, lo cierto es que esa distancia pocas veces sirvió de modo efectivo como escudo. Es que, como bien dice C. Lefort, el primer falseamiento de la doctrina de la asepsis teórica es no reconocer que quién escribe no sólo comparte los valores y significados de la sociedad en donde y para la cual escribe, sino que además, está mal o bien, atado a su destino. A las búsquedas de reconciliación con el presente que esbozaba Hegel, por ejemplo, le siguieron las amargas reflexiones del joven Marx, reprochándole a su Alemania el ser sólo la conciencia de los otros pueblos de Europa, el lugar dónde se sistematizan las conquistas de la libertad que realizan y viven los demás. A las observaciones de Spinoza sobre lo innecesario de mantener las costumbres religiosas judías bajo el imperio de otro Estado, le siguieron los comentarios de Leo Strauss y Hermann Cohen, tildándolo de “traidor a la nación”⁵. Nadie pondría en duda que en todos estos casos estamos hablando de autores con mayúscula de la filosofía política, nadie se atrevería tampoco frente a ellos a blandir la necesidad de la “distancia crítica” frente a los hechos del presente, condición *sine qua non* de toda ciencia que se precie. Renunciamos entonces a la pretensión ilocucionaria, porque sabemos que el poder de lo escrito no se extiende a tanto. Lo que se escribe, incluso si tiene algún valor, interesa y llega a pocos. No renunciamos, sin embargo, a tomar partido, y a reconocer la raigambre compleja y existencial que nos liga a los hechos que tratamos aquí. De alguna forma, nosotros también estamos atados al destino de lo que estas páginas describen.

⁴ En un sentido levemente diferente, esta interacción entre instituyente/ institucional puede encontrarse en Emilio De Ipola: *Metáforas de la Política*; Homo Sapiens, Buenos Aires, 2000

⁵ Leo Strauss: Introducción a *La crítica religiosa de Spinoza y otros escritos*; editado por Heinrich Meier; Editorial J.B.Metzler; Stuttgart, Weimar, 2001.

Estado y Política: el quiebre de la identidad

Nuestra pretensión al uso de metáforas metafísicas para la comprensión de fenómenos políticos involucra cierta disección de las ingenierías vinculadas con la construcción del poder. Construcción que usualmente puede definirse a partir de la oposición entre criterios decisionistas e inmanentistas de poder y legitimidad, reelaborados muchas veces – superficialmente- sobre criterios de racionalidad e irracionalidad o arbitrariedad vs. automatismo. Intentaremos escapar de estas antinomias teniendo como imagen de fondo al criterio democrático radical de construcción de poder político, que torna inviable el monopolio de la decisión política en medio de un contexto de proliferación de los actores políticos modernos, a la vez que no excluye la posibilidad de la crisis radical y la subversión del orden constituido. No es posible una visión puramente decisionista de la política, como lo fue en su momento durante los siglos XVIII y XIX con las nociones de soberanía estatal y razón de Estado. Nuestra crítica no surge de criterios morales de juicio ni a partir de una antropología positiva de la naturaleza humana, como suele atribuirse a las teorías contrarias al decisionismo⁶, sino por la comprobación histórica de la imposibilidad de reducir la toma de decisiones a un único lugar privilegiado, creador de unidad al interior del orden existente. Las estructuras sociales latinoamericanas van incluso más allá; hay una coexistencia de diferentes capas cotidianas, como decía Mariátegui, en intensidades superpuestas que activan varias dinámicas subjetivas al mismo tiempo. Se trata de una proliferación de actores políticos -económicos y sociales- imposibles de ser reconceptualizados bajo las categorías otrora dominantes de clasificación concentradas en la figura de la clase, el partido, la Iglesia, el soberano político e incluso, el Estado-Nación. Hay una existencia conjunta de estas figuras junto con otras figuras, si bien no en un plano de simetría, pero sí en un contexto histórico común, en el que reclaman y también compiten por su derecho a definir en términos propios la complejidad de lo existente. La unidad de la *decisión política*, por lo

⁶ G.W.F. Hegel: Introducción a *Fundamentos de la Filosofía del Derecho*; Editorial Meiner, Biblioteca Filosófica, Hamburgo, 1995.

tanto, se presenta como problema no sólo analítico sino también práctico.

Es decir, la particular dialéctica coyuntural de proliferación y descentralización de las instancias de poder en países como la Argentina, donde las segmentaciones sociales se materializan en condiciones desiguales de vida, trabajo, salud, educación y cultura, somete la noción de territorio e identidad a una tensión singular y coloca las cuestiones en una nueva disyuntiva: ¿es posible volver sobre las mismas pretensiones de autonomía –ficticia– de lo estatal y sobre las figuras colectivas clásicas de organización de lo social? ¿cómo incorporamos esa profunda mutación de los valores, jerarquías y prioridades que los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre del 2001 gestaron? Indudablemente la respuesta nos lleva, en primer lugar, a repensar la misma noción de política y a analizar esa la polisemia catastrófica del término hoy en día. No queremos decir con esto que antes sí había una noción general, en ese pasado siempre anhelado, y un consenso sobre su definición y alcances. Lo que pasa es que al menos desde hace unas décadas se reconoce la dificultad de que con la sola mención al Estado-Nación se pueda trazar un mapa abarcativo que defina qué actos y qué grupos pueden considerarse políticos. En este sentido de crisis, el Estado no es más una pantalla en la que entran todos los elementos y se convierte en un aparato “neutral” en un nuevo sentido: deja de afectar territorios, abandona poblaciones, no toma posición en guerras civiles, etc. ¿En qué se convierte el Estado cuando tiene, como en el caso de Brasil, millones de personas que viven en el país sin estar registrados, o cuando deja prosperar una guerra civil, como el caso de varios países africanos, sin intervenir mínimamente? Lo que se pierde es la fuerza enunciadora, su capacidad de acción y discurso, esa “virtud” que lo ponía como continuación de la noción de Política. Pero Política y Estado, esa dupla que marcó el camino de la modernidad y a partir de la cual construimos nuestros marcos de experiencia cotidiana, parecen destinados a la separación definitiva. Frente a *la Política*, concedida como una esfera más de las múltiples en que se divide la sociedad moderna, nos preguntamos ahora por *lo político*, una adjetivo sustantivado que va más allá de lo estatal.

Esta distinción entre la Política y lo político diseñada por Carl Schmitt como signo de la crisis del modelo europeo de Es-

tado, propio de los siglos XVIII y XIX, manifiesta la imposibilidad de identificar al Estado y sus detentadores con el verdadero sujeto político. Lo que ha llegado a su fin, bien observa Schmitt, no es la existencia de los Estados en sí, sino la identificación del Estado con lo político. Frente al Estado reclaman su derecho a la existencia política numerosos grupos sociales y económicos, que logran en determinadas situaciones imponer sus valores, criterios, conflictos e intereses al conjunto de la sociedad. De ahí que lo político ya no pueda definirse a partir de ciertos postulados objetivos, determinados principios, objetos, grupos o instituciones, sino que sea, para Schmitt, un criterio de intensidad. La famosa distinción entre amigo y enemigo no implica, como a menudo se afirma, una antinomia esencialista como definición posible de lo político, sino un criterio de intensidad al alcance de la mano de cualquier esfera –sea económica, religiosa, social o aún estética-, que logre imponer su conflicto como el fundante de una nueva totalización, al interior de una sociedad históricamente situada. Lo político es, entonces, definido como un criterio que explica la posible politización de un conflicto en cualquier área al interior de una comunidad, de modo que el enemigo de esa esfera pasa a ser el enemigo común y público, más allá del lugar de origen que lo designó como tal y destruyendo esas iniciales delimitaciones. La sociedad se manifiesta así como un conjunto de fuerzas tendientes a su maximización intensiva a través de la capacidad política constitutiva de definición del otro, del llamado “extraño”, el que “niega con su existencia, la propia” o el “extranjero”.

Se produce un tránsito de la definición de lo político desde su identificación con lo estatal, a lo político como criterio de intensidad, con la precondición del conflicto al interior de lo social; este paso del sujeto único de lo político, a la proliferación de los mismos, es visto por Schmitt como una salida posible a lo que considera una des-teologización y consiguiente des-politización de la historia moderna, fruto sobre todo de la concepción liberal y economicista de lo político. La idea de Schmitt es que el Estado ha muerto o está en plena agonía, producto de una tendencia ya presente en el propio T. Hobbes y su visión del Estado, del Dios mortal, como una máquina, un automatismo. El Estado ha muerto porque -tal como lo dijera también Nietzsche sobre la irrelevancia de un Dios, en un mundo regido por leyes constantes y eternas-, su definición a través de la idea de soberanía y de

monopolización de la decisión pública no puede esgrimirse frente a la administración regular y previsible, por parte de lo económico y de sus corporaciones societales. El mundo moderno, liberal y economicista, privilegia la regularidad a la intempestiva decisión soberana, la normalidad a la crisis y la excepción, la deliberación a la soberanía y todo esto arroja una visión de lo político en donde las definiciones públicas del tipo “unos frente a otros” no tienen lugar. Notable es entonces la fascinación de Schmitt por las nuevas formas de aparición de lo político en las “guerras de partisanos”, desde el maoísmo hasta las guerrillas tercermundistas, en las cuales ve otra vez ese conflicto existencial, esa lucha a muerte –no metafórica, sino física- entre un grupo con pretensión a la totalidad y otro, definido como el absoluto enemigo. Aquí nos encontramos con que Schmitt, de quién no podemos en ningún momento hacer abstracción de su rol político e ideológico, nos permite repensar la operatoria ideológica de nuestros últimos gobiernos, esa que no ha dejado de enfatizar la necesidad de una convivencia “en paz y armonía”. Queda oculto detrás del discurso oficial la pretensión de que el poder decisorio y transformador quede neutralizado en la figura, reformulada, del Estado, la unidad, el soberano. Pero justamente el desacople de la política respecto del Estado deja también abierta la definición del detentador de la soberanía. Schmitt recurre aquí a la excepción como momento privilegiado para definir la normalidad y como consustancial a lo político. “Soberano es aquel que decide sobre el estado de excepción” afirma. Soberano es aquel que puede entonces, con su decisión infundada, crear un nuevo tiempo e impregnar de valores la situación de conflicto, por él mismo definida como extrema, en busca de la unidad de dos bloques existencialmente contrapuestos, de los unos frente a los otros.

Podríamos preguntarnos si esta pasión schmittiana por el caso excepcional permite verdaderamente explicar el estado de normalidad, si lo político debe ser siempre el criterio de intensificación de un conflicto, una fuerza sobre los márgenes⁷, una afirmación existencial. La pregunta se dirige hacia la posibilidad de una politización absoluta de todas nuestras esferas de la vida e

⁷ La contraposición de Schmitt y Arendt como dos pensamientos políticos “del límite” es analizada por los autores Stephan Lahrem y Olaf Weißbach en el libro *Límites de lo político. Fundamentos filosóficos para un pensamiento político nuevo*; Editorial J .B. Metzler; Stuttgart-Weimar, 2000.

*interpela el activismo social en sus múltiples intervenciones. ¿No es más esperable la indiferencia frente a la preten-sión política de reacomodo de todas nuestras costumbres, valores y acciones de acuerdo a un criterio de intensificación del conflicto? Más allá de la pregunta sobre lo deseable, ¿es posible una tal homogeneidad en nuestra percepción del mundo? ¿Es posible una tal totalización de la infinitud de las percepciones y expectativas diferentes que nos rodean, según un criterio unificador, presente en el momento de excepción? Precisamente esto es lo que descarta –también como no deseable– la filósofa Hannah Arendt, en su libro *Qué es la política*. Al igual que Schmitt, también con un pensamiento de lo político como aquello no sustancial y por lo tanto, no siempre presente en la historia humana, Arendt señala por el contrario a la metáfora teológica monoteísta como la causante de la imposibilidad filosófica de entender qué significa la política. Aquí no estamos ya ante la afirmación de la imagen teológica como un signo siempre presente de la estructura política, sino como el factor a causa del cual es imposible su comprensión. “Por dos causas no puede encontrar la filosofía el lugar en el cual se origina la política. La primera es el *zoon politikon*; como si en el hombre hubiese algo político, que perteneciese a su esencia. La política se origina en el *entre-los-hombres*, es decir totalmente fuera del hombre. No hay, por lo tanto, propiamente, ninguna sustancia política. La política se origina en el *entre* y se erige como la relación. [La segunda razón es] La imagen monoteísta de Dios, a cuyo modelo habría sido creado el hombre. Desde allí sólo puede haber el hombre; los hombres son la repetición más o menos afortunada de lo mismo”⁸.*

Es sobre todo esta última caracterización de lo político como aquello que se da en un *entre* hombres plurales y distintos, lo que alejaría definitivamente a Arendt de Schmitt y de todas aquellas visiones de lo político como creador de instancias homogeneizadoras o identitarias al interior de una sociedad. No obstante la definición de Schmitt de la política como un criterio de intensificación de un conflicto supone desde el vamos la pluralidad de grupos, que pueden constituirse en los sujetos de la definición con pretensión universal del enemigo; el objetivo de esta caracterización es siempre la unificación de un nosotros frente a un otro, cuyas fronteras son visibles para

⁸ H. Arendt: *Qué es la política*, página 11.

todos los miembros de la sociedad en cuestión. Para Arendt en cambio, la política es la relación que se da en el *entre* que surge de la convivencia en un mismo espacio de hombres irreductiblemente plurales, antes y después de ese estar común, cuya carta de presentación esencial es la acción. Lo político para Arendt designa un espacio constituido por los hombres, “*en la cual éstos aparecen primariamente como actuantes y que le otorga a los asuntos humanos una durabilidad, que si no es a través de él, no tendrían*”⁹. Política es para Arendt entonces ese actuar que permite la libertad y la creación, en desmedro de la necesidad, presente en las esferas de la economía, el trabajo y la fabricación.

Tanto en la visión de Arendt como en la de Schmitt, lo político es conceptualizado como algo que aparece en determinados momentos de la historia humana, pero que no puede ser definido como su constante ni naturalizado como necesario. Es además, una relación, ya sea porque implica la convivencia, valores comunes, publicidad, un espacio propio o la intensificación del conflicto. La diferencia central entre estos autores, diríamos, está en qué rol le cabe a la homogeneidad y a la monopolización de la decisión. Mientras que para Schmitt la decisión política produce identidad, para Arendt la precondition de la existencia de la acción política es la diferencia. Mientras que para el primero la pérdida de la presencia explicatoria eficaz de la metáfora teológica monoteísta ejemplifica la despolitización del mundo, para la segunda es el factor que ocasiona que la política quede en la oscuridad para la filosofía. Los dos observan, sin embargo, el *distanciamiento* de lo político de su par moderno, el Estado. Éste, para desgracia o para suerte, concuerdan, no es más el lugar único de aparición de lo político.

La pertinencia de esta conclusión resulta decisiva para una comprensión del sujeto que debe asumir la *decisión política* pues pareciera que en la Argentina sólo se orienta hacia ese objetivo la natural la figura –siempre en proceso de recomposición– de la estatalidad. Basta observar un poco cómo los diferentes gobiernos, nacionales, provinciales y municipales, procuran permanentemente soldar el vínculo –mediante extorsiones de compromisos de todo tipo– de la representación y el monopolio de las decisiones. Esto se da, en parte, porque los

⁹ Ídem, pág. 15.

procesos de desestatalización redujeron considerablemente los mecanismos disciplinarios de presencia en la vida cotidiana y contrajeron su capacidad de ingerencia inmediata. Esta situación reveló la potencialidad de la sociedad, que se organizó en diferentes grupos, más o menos autónomos, que lograron sin duda reconstruir lazos de ayuda, de producción y de lucha política, en un ritmo de desarrollo sin precedentes. Podríamos decir que se trata de un caso donde *lo social* se demuestra creativo frente a un Estado desmembrado. Si hay algo que caracteriza los últimos años de nuestro país es la multiplicidad de experiencias de diferente tamaño, organización y objetivos que se constituyeron en verdaderos actores sociales. Desde ese punto de vista, por qué no asumir las particularidades de nuestro desarrollo, también en cuanto a la teoría. Si la capacidad hegemónica del Estado frente a la multiplicación de lo social y sus pretensiones políticas tiene una herida abierta constitutiva en los Estados centrales, cómo debe entenderse entonces la cuestión de la figura estatal en nuestros contextos latinoamericanos donde difícilmente, y mucho menos en estas últimas décadas, pudo asegurar esa instancia de homogenización y articulación social. ¿Cómo conceptualizar ese *desborde* que es aún mayor en nuestros países y donde el Estado es más débil? ¿Qué hacer con el carácter cada vez más vacío del federalismo estatal?

Nuestro problema teórico se presenta más complejo aún si asumimos el carácter republicano que se pone en juego. La hipótesis republicana de la necesidad de homogeneidad de las condiciones de vida en lo social como condición para la efectividad de la intervención política supone desde ya la negación del presupuesto liberal por el cual la política es una esfera con reglas propias, indiferente a lo que acontece por fuera de sus márgenes preestablecidos. Significa el desprecio a la concepción de la política en términos de intriga de palacio, pero también la imposibilidad de que un sistema político se sostenga cuando todo lo demás se debate en la crisis. Pero no sólo eso: significa que aquel pilar de la concepción estatal, la idea clásica de la soberanía postulada originariamente por Jean Bodin como la concentración de la competencia decisoria al interior y hacia el exterior de un Estado, encarnada en la imagen de la creación *ex nihilo*, fundante de unidad por parte del detentador de la competencia decisoria, supuso la negación trascendente

de los presupuestos materiales en los cuales se asentaba. La decisión soberana, concepto histórico fundador de la legitimidad estatal moderna, introduce un corte en el tiempo y hace abstracción de las realidades materiales en las que interviene. José Aricó cita a Giacomo Marramao en su introducción a *El concepto de lo político* de Schmitt, exactamente en este punto: “Si la constante de lo político es una relación de indiferencia frente a sujetos históricamente determinados que se constituyen dentro de la dinámica de las “mutaciones de forma” del derecho y del Estado, dando lugar a ordenamientos siempre renovados de la “constitución material”, la soberanía no es más que indiferencia soberana al sistema de las necesidades, de los intereses, y de las relaciones de poder surgidas de la crisis del estado liberal”¹⁰. El problema del lugar y el contenido de la *decisión política* dentro de los nuevos imaginarios sociales queda formulado como interrogante: ¿cómo conciliar las figuras autistas de decisión con la internalización que recorre lo social de autonomía y soberanía absoluta? Se trata de un problema eminentemente práctico, donde lo que está en juego son las condiciones de vida de millones de ciudadanos. Es en esta línea que consideramos oportuno dar un giro deconstructivo hacia otras tradiciones para volver sobre la realidad con más elementos que nos permitan su comprensión.

¹⁰ Giacomo Marramao: “Schmitt e il arcano del potere”, citado por José Aricó en la Presentación a *El concepto de lo político*, Folios ediciones S.A., México, 1985.

Entre la Edad Media y la modernidad: Dios, autopreservación y movimiento

“Hay conceptos que para una formación histórica tienen el mismo valor que los fósiles para una geológica. Para la temprana modernidad adquiere tal significancia el concepto de autopreservación¹¹”, afirma el autor alemán Hans Blumenberg en un artículo escrito en los años ‘70 a colación de las discusiones de M. Horkheimer, treinta años antes, sobre el principio anti-darwiniano de “autopreservación”. La autopreservación, la preservación de sí, no supone sólo inercia, perseverancia en *statu suo*, sino continua mutación y constituye “el principio de la nueva racionalidad”, en palabras del filósofo. La polémica que surgió en su momento sobre estas cuestiones creemos que nos sirven de punto de apoyo para los asuntos que venimos tratando; la historización del concepto *conservatio* nos permite juntar elementos explicativos sobre aquellas construcciones metafóricas que siguen imperando hoy en los constructos legitimadores de las formas decisionistas de acción política. La historización de la *conservatio*, para Blumenberg, va desde los debates sobre el modo en que el mundo es conservado, que se orientan sobre todo a la descripción de su situación pasiva y giran en torno a las diferentes acepciones del concepto de Dios; hasta la afirmación de un mundo entendido como ente necesario, sujeto a sus propias reglas de permanencia y administración. En otras palabras –un poco simplificadoras-, podríamos resumir este recorrido de la *conservatio* hacia la *autoconservatio* como la irrupción en la filosofía política del principio de immanencia y de autonomía, en desmedro de la trascendencia y la heteronomía. Aquí quizás esté el nudo de lo que queremos decir: *el desglosamiento de la forma de construcción de estas argumentaciones sobre la relación Dios-mundo, elaboradas a principios de la modernidad, nos brinda pistas sobre las consecuencias que ciertos dispositivos discursivos tienen sobre la experiencia social, sobre aquellos imaginarios que reordenan nuestras acciones, entendiendo que en la base de estas últimas per-*

¹¹ Hans Blumenberg: “Autopreservación y perseverancia. Hacia la constitución de la racionalidad moderna”; aparecido en Hans Ebeling: *Subjetividad y autopreservación. Contribuciones al diagnóstico de la modernidad*; Suhrkamp editorial, Frankfurt, 1996.

manecen –al menos como símbolos efectivos de legitimidad y deslegitimidad-, las alusiones y referencias teológicas-metafísicas.

Blumenberg replantea tres concepciones que aquí reproducimos brevemente como marco a nuestra búsqueda. Ellas son la recepción tomista-escolástica de Aristóteles en el siglo XIII, que fundamenta de una manera novedosa la idea de la creación *ex nihilo* planteada antes por San Agustín, la teoría de la creación continua, postulada por Descartes en respuesta a la crisis de sentido escolástica, y la concepción de la teodicea, como visión de un Dios ausente en la normalidad del desarrollo mundano, sólo puesto de manifiesto por la irrupción subversiva en el orden, a través del milagro. Para colocar estas ordenaciones en una línea progresiva de desarrollo representacional deberíamos sumarle la concepción neoestoica del mundo, representada por las figuras de Francis Bacon, Giordano Bruno y Justus Lipsius¹², entre otros -y con eje en la figura de Maquiavelo-, caracterizada por una visión organicista del orden, visto como un animal sujeto a la tensión entre las fuerzas de integración y desintegración, y que justifica la estructuración de un orden político ya no pendiente de la influencia divina para su mantención, pero con fuertes líneas represivas y despojado de la búsqueda del desarrollo moral de sus ciudadanos. Con esta última concepción puede decirse que se produce la aparición moderna de la política como definidora de sus propios fines y medios.

Pese a la mala fama y a los sentidos comunes que se adhieren a lo que conocemos como Edad Media, lo cierto es que en los planos que aquí consideramos ofreció nuevas respuestas a las preguntas ya planteadas por la antigüedad, con lo que podría ponerse en cuestión su escasa fecundidad y el pretendido corte histórico entre una etapa y la otra. Dos autores son sin

¹² El caso de Lipsius dentro de esta paulatina retirada de la imagen de Dios como sostén del mundo es singular, porque el filósofo holandés subraya el papel de la providencia divina y relativiza cuestiones que para el consenso imperante en los Países Bajos del siglo XVI y XVII no estaban sujetas a discusión, como el derecho del ciudadano a ofrecer resistencia a la tiranía –así se legitimó por otra parte la resistencia a la autoridad del rey Felipe II de España, antes de su abdicación- y el “amor a la patria”, con su correlato en la participación republicana. Para Lipsius, la monarquía sigue siendo el mejor y « más natural » régimen político y el príncipe debe seguir los consejos maquiavelianos de “razón de Estado” y manejo de las pasiones propias y populares para su conservación en el poder.

duda los articuladores de estas respuestas: San Agustín y Tomás de Aquino; ambos, cada cual a su manera, intentaron sostener de modo teórico las ideas del origen divino de la autoridad y de la creación del mundo por parte de Dios. San Agustín, el fundador de la metáfora de la creación *ex nihilo*, criticó a principios del siglo V la concepción cíclica del tiempo, planteada por los estoicos, argumentando que de una historia que es siempre la renovación *ad eternum* de ciclos es imposible predicar el pasado y el futuro y, por lo tanto, carece de sentido y de esperanza. La historia postulada por el cristianismo, por oposición, es de duración finita y lineal, y tiene ciertamente un principio y un final, representados en la creación divina y la salvación. El *entre* estos dos hitos -que otorgan significado al mundo y a lo que en él acontece, pero a la vez lo desjerarquizan-, es entendido como la historia profana, sujeta al gobierno de la providencia divina y los designios de un Dios bondadoso. Al escepticismo de los antiguos, se opone en esta concepción medieval el sentido trascendente, a la fortuna como destino ciego, la providencia divina; a la eternidad y la sujeción a la repetición, la linealidad entre dos momentos trascendentes; a la inmutabilidad de las leyes naturales, la continua e insondable renovación. El mundo es pensado así como una creación poblada por causas de segundo rango, que sólo pueden ser efectivas por la causalidad divina y del cual no puede predicarse la verdad, sólo presente en la historia sacra y trascendente.

La fuerte impronta del agustinismo en la Edad Media se transforma con la recepción tomista y arábica de la filosofía aristotélica en el siglo XIII, en el que se fundan además las principales universidades europeas. Esta recepción impulsa una mayor racionalización de los presupuestos teológicos e instala una disputa entre el predominio de la forma sobre la materia o viceversa, que puede leerse como una temprana división entre materialismo e idealismo. La recepción escolástica-tomista de la física aristotélica se esfuerza por conciliar la idea de la causa primera del movimiento de todo lo existente, fundada en Aristóteles, con la idea de un Dios creador, representada en la idea de la creación *ex nihilo*. Siguiendo a Aristóteles, los cuerpos permanecen en movimiento por la causalidad que *simultáneamente* los mueve. Esta simultaneidad de causa y efecto se ejemplifica con la metáfora de la luz solar, que produce el efecto de luz mientras dura y en la cual la *conservatio* de la luz

se califica como una *presencia*, ajena a toda idea voluntarista, y sujeta además a regularidad. Este primer motor que origina el movimiento es a su vez, inmóvil, y un *actus purus*, del cual se predica en términos de necesidad, sólo en la revisión a posteriori de los hechos del mundo. El presupuesto y principal obstáculo para la teología cristiana del Dios creador es que este Dios movente aristotélico es una causa eficiente de un mundo siempre desde ya existente, en una materia ya dada. El movimiento no implica producción desde la nada, sino que se produce sobre lo eternamente dado. “*Movere* significa en sentido aristotélico sobre todo *facere aliquid ex materia*, no *producere res in esse* en el sentido radical del *ex nihilo*”¹³. En la relectura de Tomás de Aquino, sin embargo, se abandona la homogeneidad del tiempo y la pura actualidad del movente inmóvil, o sea, Dios, para defender la idea de un movimiento generativo, que crea la materia a la cual mover. Un movimiento que pone algo, donde antes era nada.

Esta idea del movimiento generativo de la materia es extraída por Tomás de Aquino de la preminencia que otorga a la forma, engendrada en el pensamiento de Dios, sobre la *hyle*, la materia. Mientras que para Aquino la materia se actualizaría sólo a través de la impresión de la forma, ésta por su parte, puede existir sin su materialización. Es esta relación idealista entre forma y materia la que justifica la creación del mundo a partir de la nada. Precisamente en este punto se separa la recepción arábica de Aristóteles realizada por Avicena y Averroes y presente también en el filósofo judío Maimónides. Para estos autores, la materia dispone ya de una pre-forma que establece límites a toda posible impresión de una forma externa, y que puede actualizar y desarrollar por sí misma. El mundo material actualiza por sí las pre-formas de que dispone, en una transformación que va de la *naturaleza naturans* a la *naturaleza naturata*. Avicena y Averroes excluyen así la posibilidad de una creación del mundo, al entender a Dios como la causalidad divina, eterna y autotransformadora de lo existente. Un mundo eterno y causal, producto de su propia transformación, arroja entonces al hombre la necesidad de su conocimiento, que es a la vez un conocimiento de lo divino¹⁴.

¹³ Blumenberg (op cit.), página 167.

¹⁴ Las similitudes aquí con el pensamiento de Spinoza son evidentes.

A esta búsqueda racional de Dios, identificado ahora con la causalidad mundana, responde Tomás de Aquino con la concesión de que la eternidad no puede discutirse en términos racionales; y es precisamente por eso que la idea de un Dios creador no parte de la razón, afirma, sino de la revelación. Y continúa con la aplicación de esa metáfora del mundo a la comunidad política. Tanto como el mundo necesita de la presencia constante de la causalidad divina para perseverar, también la comunidad, entendida como un organismo, necesita de la autoridad creada por Dios para no disgregarse entre sus miembros. Sólo esta comunidad unificada por la autoridad legitimada y erigida por Dios puede ser el espacio para el desarrollo de la virtud¹⁵.

Blumenberg, para desarrollar otras dos visiones de la concepción de conservación, recurre a un artículo escrito en 1754 por el teólogo francés Formey, integrante de la escuela de Leibniz y Wolff y aparecido en la *Enciclopedia Francesa*. Conservación aparece aquí como la necesidad primaria de las criaturas, que sin embargo, al no poder realizarla por sí mismas, dependen de la acción de Dios. El autor alude entonces a dos interpretaciones posibles de esta situación.

La primera estaría representada para Formey por la así llamada teoría de la *creación continua* elaborada por Descartes, en oposición al newtonismo. Descartes contrapone a la certeza del mundo, postulada por la escolástica a través del concepto de Dios, la certeza de la propia existencia del sujeto, con facultades cognitivas como para someter todo al imperio de su duda. El *dubito, cogito, ergo sum* se erige como principio por el cual el hombre crea la certeza a partir de sus facultades intelectuales. Esta certeza se limita sin embargo a las propias capacidades de la conciencia y es incapaz de eliminar la contin-

¹⁵ Las insistencias al cultivo de la virtud, como dominio de las pasiones y catálogo moral, no es exclusivo de la escolástica, sino también del neostoicismo, incluso en este último con un fuerte tono elitista. Un ejemplo más que ilustrativo del contenido moral y religioso de la época es *El Lazarillo de Tormes*, escrito anónimamente a mitad del siglo XVI como crítica a la doble moral de los religiosos y el cultivo a las ceremonias. A un niño que no tiene para comer, le contesta su amo, un hidalgo también pobre pero cuidadoso de las apariencias sociales, que aquel que no recae en la gula “*vivirá más y más sano*”, a lo que Lázaro piensa entre sí “*entonces yo nunca moriré*”, pues a esa virtud la había cultivado siempre.

gencia a la que hombre y mundo están sujetos, y por la cual, para su perduración, necesitan del acto explícito de la voluntad divina. Las limitaciones en la conciencia humana y por lo tanto, de la por ella creada certeza, se expresan en la figura del *genius malignus*, que puede hacer aparecer como racional lo que en realidad, es un engaño. “Una vieja opinión se le ha impregnado a mi espíritu, a saber, que habría un Dios que todo lo puede; por él habría sido yo, tal como soy, creado. ¿De dónde sé yo, empero, que él no ha emplazado todo de modo que no haya ni tierra ni cielo, ni extenso, ni forma, ni magnitud, ni lugar y a pesar de ello, todo eso ahora se me aparezca como ser²¹⁶”

Pese a la ampliación de sus facultades cognitivas, el hombre no está fuera de la contingencia y de la dependencia de Dios. Es más, esta dependencia es aún más radical con la teoría de la creación continua. Según ella, el mundo no sólo surgió desde la nada, sino que debe ser mantenido a cada momento en su permanencia, contra el retorno a la nada. Dada la indiferencia de todo lo creado frente a su existencia, dada la ausencia de una necesidad interna por la cual exista autónomamente, debe encontrarse la causa de su duración en lo externo. Partiendo de una teoría atomista del tiempo, producto de la cual para la reflexión sólo es posible afirmar que he existido, pero no que existiré en el futuro, sólo puede eliminarse la contingencia del momento subsiguiente, si la misma causa que me ha creado renueva y permite la perseverancia en mi existencia. *Creatio* y *conservatio* se revelan como las dos caras de la misma moneda. La duración en el tiempo de un ente singular precisa de la misma causalidad que lo creó, en el comienzo, para perdurar a cada instante. Autoconservación sólo puede atribuirse a aquel que es causa de sí mismo, o sea, a Dios.

Formey se sirve de esta teoría para afirmar el absoluto poder de Dios frente a la impotencia de las criaturas. La tendencia inmanente del mundo es a la destrucción, y sólo a través de una acción trascendente, sólo a través de la explícita voluntad de Dios, es que puede conservarse. Aquí Dios no es sólo el creador del mundo, no sólo es su administrador, sino su conservador y protector frente a la amenaza de la destrucción y de la nada. El mundo es absolutamente dependiente de

¹⁶ Descartes, *Meditaciones*, página 40.

la acción voluntaria y explícita de Dios. La metáfora adecuada del voluntarismo en la metafísica –utilizada no sólo por Leibniz para la explicación de la emanación de las mónadas, sino más tarde por el romanticismo– opone a la producción de la luz representada por la presencia solar continua, presente en Aristóteles, la figura del rayo, que atomiza el tiempo en fragmentos discontinuos y no sujetos a regularidad.

La teoría de la creación continua, no obstante surge frente a la crisis de la idea escolástica de un Dios otorgador de sentido al mundo, es en nuestra opinión, incluso más radical en la afirmación de su omnipotencia. Ya no se trata aquí de la visión escatológica cristiana, en la que sólo al final de la historia la potestad de Dios destruye o transforma la existencia del mundo, sino que a cada momento se hace presente su poder protector frente a la nada inmanente. Esta teoría se complementa con la del *concurso divino*, que alude a la co-responsabilidad de Dios en todo acto de sus criaturas y presenta el problema de la teodicea: es decir, cómo se explica entonces que Dios, que lo ha creado todo desde la nada, también haya creado el mal.

El contrapunto de la idea de *conservatio* de las criaturas estaría dado, en el artículo escrito por Formey, por uno de los más influyentes opositores al cartesianismo, Pierre Poiret y su *Economía divina* de 1687. Según él, Dios habría dado a las criaturas, en el momento de la creación, la facultad de perseverar en su existencia por sí mismas. El poder infinito de Dios no necesita de su ejercicio permanente en la forma de la intervención en el mundo, y su perfección se demuestra en la fuerza que le dio a sus criaturas, para conservarse a sí mismas. La metáfora privilegiada aquí es la de la maquinaria del reloj, cuyo mecanismo regular manifiesta la dignidad de su creador y que a su vez, con su previsibilidad, reduce la providencia a la nada. Dios ya no puede hacerse responsable por el mal en el mundo –con lo cual se salva a la teodicea–; y sólo se retira del descanso, en el que se halla después del acto de la creación, cuando desea manifestarse a los hombres a través del milagro, cuya aparición contraría el mecanismo normal de los acontecimientos.

La teodicea, en la versión aquí mencionada, hace dos concesiones: la primera es que el hombre no sólo es responsable por el mal, sino también puede ser creador e introducir el bien. La segunda implica una inversión en los términos de nor-

malidad y excepción: la existencia continua del mundo es una situación de normalidad y orden, y no la contrapartida del acto voluntario de Dios de salvarlo de la destrucción. La conservación adopta aquí un sentido primordialmente endógeno, aún cuando todavía quede abierta la puerta para el acto intempestivo de Dios a través del milagro.

Creación y represión legítima: los neoestoicos

La solución a la imposibilidad de la permanencia independiente y cierta del mundo frente a la imprevisible contingencia divina es concebirlo como un ente necesario, sujeto a reglas propias, invariables y de duración indefinida. A partir de los neoestoicos, en la filosofía política se va irremediabilmente en este sentido de la expulsión de la arbitrariedad de Dios en el hacer mundano y la búsqueda de recursos nuevos y laicos para la construcción de la legitimidad del orden.

A la recepción de Tácito en los siglos XIV y XV, de quién se rescatará sobre todo sus reflexiones sobre la tiranía y la necesaria correlación de los estudios sobre la política y la historia, se sumará desde el siglo XVI una revisión de la filosofía estoica, centrada en la figura de Séneca. El tema político central de los neoestoicos en estos años de guerra civil en Europa, representados sobre todo por Vives, Telesio, Giordano Bruno y Justus Lipsius, no será ya la búsqueda de la vida buena dentro de la comunidad humana, tal cual era el objetivo de la filosofía aristotélica, sino la pregunta por las posibilidades de la supervivencia física¹⁷, el nuevo ropaje de la *conservatio*. Lo que está a la base de este cambio es una transformación de la concepción antropológica, sostenida ahora por la articulación de una idea organicista y vitalista del mundo con una teoría política y moral de los afectos: la referencia anterior al derecho en la descripción de la esencia humana se reemplaza por la alusión al egoísmo individual y las posibilidades de su contención, en orden a establecer una sociedad pacífica. Este giro resulta cla-

¹⁷ Seguimos aquí a H. Münkler en el capítulo 1 “Razón de Estado y doctrina de la inteligencia política”, aparecido en Fletscher, Iring und Münkler, Herfried: *Manual de las ideas políticas*, Tomo 3 “Nuevo Tiempo: Desde las guerras confesionales a la Ilustración”, Piper Editorial München- Zürich; München, 1985.

ve pues con este cambio en la caracterización del hombre, se produce una transformación en los fines e instrumentos de legitimación del orden político. *A partir de aquí, lo que define a la política pasa de ser cómo encontrar y establecer los mejores medios posibles para la realización del hombre, a cómo evitar su destrucción en una guerra sin límites, desatada por su sometimiento a las pasiones.* La política ya no es el marco de la realización en común, sino el campo de la lucha pasional, bajo la amenaza siempre latente del exterminio.

Los métodos propuestos por el neostoicismo para contener las pasiones humanas legitimarán la constitución de una sociedad basada en las diferencias sociales y caracterizarán la capacidad represiva del Estado como un medio irremplazable de su consecución. El cuerpo político, concebido como un sistema de fuerzas dinámicas, requiere para su conservación la organización de una estructura en donde la parte sea continuamente reintegrada al todo, de acuerdo a su posición en el orden. Este sistema de movimiento de fuerzas que tiende al centro se refleja también en la visión del cosmos, rodeado del vacío, al que debe poner límites por su actividad dinámica de conservación. Al proceso de instauración de una sociedad estratificada le corresponde la insistencia a nivel del individuo del dominio *voluntario* de las pasiones, cuya fórmula se traduce en la primacía de la *constancia*. Para el pueblo o la masa, siempre descrito como un todo sin diferenciaciones internas y definido como el conjunto de “aquellos no capaces por su mismos de disciplinar sus afectos” -y necesitados, por lo tanto, de disciplinamiento externo-, la amenaza de la violencia estatal es el instrumento para evitar la tendencia constante a causar desórdenes. Para el estrato dominante, la nueva elite compuesta de señores, funcionarios y oficiales, es suficiente en cambio con la observación acostumbrada de la razón y la propia contención de las pasiones, sin necesidad de intervención de la violencia estatal. Esta diferencia en la constitución de unos y otros, masa y elite, justifica la dominación y es una muestra de por sí evidente de la legitimidad del orden político imperante. La elite domina no sólo por circunstancias históricas favorables, sino porque así se desprende de su comportamiento acorde a la razón, o lo que es igual, de su constitución *natural*.

El neostoicismo ha abandonado, siguiendo la marca del Renacimiento, toda alusión a la influencia efectiva de Dios

en la historia, que es presentada como un devenir no-teleológico, sujeto a la inestable condición humana. Las propias guerras civiles serían resultado de la incapacidad de la masa de contener sus afectos, así como también de la recurrencia de las fracciones de las elites a buscar sus favores, adulándolos o manipulándolos. El par conceptual de Maquiavelo *fortuna-virtú*, es redefinido por el neoestoicismo en los pares *Instinto-Dominio de los instintos* o *Pasiones-Razón*, siendo éstas proporciones inversas, es decir, a cuanto mayor dominio de la razón en el alma, menor dominio de las pasiones del cuerpo. Estos pares suponen una preeminencia del alma, definida como el lugar de la razón, sobre el cuerpo, definido como el lugar de las pasiones, preeminencia que en los hombres virtuosos debe tender a ser dominio exclusivo de la una, sobre el otro. La “nueva política”, entonces, define dos sujetos claves: por un lado la masa, siempre sujeta a los devenires de su cuerpo, a la cual se debe dominar, y los gobernantes, en quiénes la razón es preeminente y les enseña los mejores métodos para la utilización de las pasiones en función del fin. Esto define a la política como una técnica, ya no orientada por principios morales como, por ejemplo, el resguardo del derecho, sino por la búsqueda de la conservación del poder, y con él, del Estado, cuyos fines se encarnan en la seguridad, el orden y la paz. De las artes de la política, de la inteligencia y la astucia, dependerá la perdurabilidad del Estado, carente de determinación racional externa o de teleologías naturales de las cuales extraer su sentido o su destino histórico.

La decisión política: diferencia y repetición

El recorrido que hemos analizado, desde la metáfora de la creación *ex nihilo*, pasando por la del rayo de la creación continua cartesiana, la maquinaria del reloj de la teodicea y la del mundo como organismo sujeto a fuerzas internas y amenazado por el vacío exterior, da cuenta de la paulatina despersonalización y laicización del poder político. La pregunta inicial por las posibilidades de superar la contingencia de un mundo creado y absolutamente dependiente para su permanencia de la voluntad de Dios, se transforma a través de los siglos en las formas de *autopreservación* de un mundo liberado a sus propios fines, valores y medios y escéptico frente a los sentidos otor-

gados *a priori* a su devenir histórico. El mundo va despojándose de las causas trascendentes que lo mantuvieran en la existencia, se define como necesario y revoluciona así todas sus anteriores legitimaciones: en lo político, pasa de la aceptación generalizada del origen divino de los poderes estatuidos, defendida incluso por aquellos que ofrecían resistencia a la autoridad monárquica -por ejemplo, Calvino y Lutero, entre otros-, a la idea de un Dios ausente en la administración de los acontecimientos profanos, aunque dador en el acto de la creación de las capacidades necesarias para la autopreservación de lo creado; hasta la negación sin más de las explicaciones teológicas y la afirmación de un principio inmanente de construcción de poder, a través del estudio de la naturaleza humana y la combinatoria de sus pasiones. La disputa, siempre velada en términos metafísicos, es la de las relaciones posibles entre la así llamada *sustancia* -que puede ser Dios, pero también el Estado y el soberano político-, con los accidentes de la sustancia -el mundo, los gobiernos o su base de poder-, cuya tendencial traslación del peso de los primeros hacia los segundos bien se ejemplifica con las frases del famoso monarca francés Luis XIV de “*el Estado soy yo*” hasta “*Yo me moriré, pero las instituciones perdurarán*”.

La historia de la racionalización occidental del poder político puede ser colocada en un sentido de incremental desarrollo numérico de su soporte. Es una historia de comprendida “democratización” de las bases de sustentación de la autoridad y con ello, de las condiciones de vida no sólo entre los pueblos, sino en ellos mismos. Supone el paso desde la concentración absoluta de la decisión política en el soberano, erigido como el representante de Dios en la tierra, hasta la afirmación de la precondition ineludible del consenso popular para la construcción de poder, en nuestros días. Un paso que va desde el arbitrio que suponía que la *palabra* del soberano era ley, hasta la previsibilidad de un derecho plasmado en constituciones y cánones escritos. Y sin embargo, este desarrollo, que podemos digerir como progresivo se vio flanqueado en el siglo pasado por la percepción, bien documentada por Max Weber entre otros, de que la confianza en la pura administración como nueva definición de la política minaría sus bases de existencia y daría lugar a otros imprevistos, esta vez en la forma de líderes carismáticos, que serían, en el sociólogo alemán, incluso deseables.

La tecnificación y la burocratización de la política, su tendencia al puro administrativismo, la indiferencia social, el aparato estatal llevado a su máxima extensión, la eliminación de cualquier alusión a un ápice de creatividad, innovación y ni qué hablar de revolución, se perfiló como la cara indeseable de la racionalización del poder, no sólo en los sistemas capitalistas, sino también socialistas, durante el siglo XX. La crítica de la traslación necesaria al campo de la política de los argumentos excluyentes del papel de la voluntad divina frente a un mundo que se sostiene inmanente, se ve ilustrada en el comentario que C. Schmitt escribe sobre B. Spinoza¹⁸, sin nombrarlo, en su diario de trabajo - fecha 15.12.47-, aludiendo a la perversión de la identidad postulada por el holandés de Dios con la naturaleza, que sería el sostén de todo racionalismo. Al respecto, el jurista anota: *“La más descarada afrenta que se le ha propinado a Dios y los hombres y que justifica todas las maldiciones de la sinagoga reside en el « sive » de la fórmula : Deus sive Natura¹⁹”*.

Argentina: un imaginario social de superposiciones

En los párrafos anteriores hemos intentado plantear la capacidad explicativa que ciertas metáforas metafísicas, asociadas al voluntarismo político, tendrían para analizar la permanencia en nuestro país de una construcción de legitimidad política reñida, en principio, con el halo administrativista. Y no como crítica desde un modelo superior de ejercicio de la autoridad, porque entendemos que si la crítica se hace en esos términos peca de mística y simple. Las hemos traído a colación

¹⁸ Las posiciones que toma Schmitt frente a la teoría spinozista varían diametralmente en casi todos sus libros. Pasa de considerarlo un destructor del racionalismo político, al postular el principio democrático radical de irrupción de la multitud como poder constituyente, hasta su más absoluto propulsor, como en esta cita. Interesante al respecto es el artículo de Jorge Dotti aparecido en su libro sobre el jurista alemán, en el cual trata la discusión de la Convención Constituyente de 1949 en Argentina, en la cual varios constitucionalistas, sobre todo del peronismo, hacen uso de Schmitt en su relación con Spinoza, claro que desde la perspectiva explícita del primero en su libro *Teoría de la Constitución*.

¹⁹ Citado por Manfred Walther en su artículo: “C. Schmitt contra Baruch Spinoza o del fin de la teología política”; aparecido en el libro: *Spinoza en la historia de las ideas europeas*, editado por él mismo.

para observar su eficacia cognitiva y práctica, e intentar explicar con ellas modos corrientes del hacer, en los que no sólo esas “unidades sintetizadoras” justifican su accionar, sino que se adecúan a lo que nosotros exigimos y evaluamos de ellas. *Una metáfora de construcción de poder sea tal vez eso, un modo compartido por políticos y ciudadanos de asignar significado a las acciones y hechos situados en su presente contemporáneo, y que se traducen en valoraciones y usos del lenguaje que apelan a la tradición histórica compartida y permiten la decodificación de situaciones públicas.* En nuestro país, en donde la condición normal es la crisis y la excepción, mal podríamos pedir desde un más allá de las condiciones existentes, la eliminación absoluta de las características propias del liderazgo del tipo carismático para sujetarnos sin más a la perfección de los mecanismos de ejercicio del poder, la ciudadanía y las reglas económicas. No hay historia nacional ni biografías personales que no estén enunciadas bajo la influencia cultural de los liderazgos; su afectación sobre los imaginarios sociales permanece aún cuando no sea posible *personalizar* todos los términos de la política; en cierta medida el liderazgo supone diferentes grados de intensidad y fenomenologías múltiples. Pero dada su efectividad en las matrices de percepción nos vemos en la necesidad de adentrarnos en su resonancia simbólica como articulador legitimizante pues sin su consideración difícilmente podríamos obtener juicios complejizados sobre la perdurabilidad o no de nuestro orden político, sus potencialidades y límites.

Es importante primero señalar que estas metáforas metafísicas fueron usadas originariamente en tiempos de construcción de un liderazgo de tipo absolutista o despótico, en un contexto precapitalista y europeo. Su traslado a escenarios latinoamericanos del siglo XXI, donde las formas republicanas y constitucionales son más que particulares, obliga a considerarlas comparativamente más que nada por su semejanza retórica y por la imagen que recrean. Aquí el análisis presenta dos tipos de superposiciones: por un lado, el que tiene que ver con la traslación periférica y cronológica, donde debemos hacer un ejercicio de adecuación conceptual de aquellas metáforas con el tiempo y las condiciones actuales; por el otro, el que superpone diferentes tipos liderazgos en la figura concreta existente. Estas superposiciones tienen que ver con la materia con la que ve-

nimos trabajando en estas páginas. Hablar de los imaginarios sociales supone asumir que se está sobre intangibles densos, cruzados que presentan dificultades reales para su análisis; de allí el carácter conjetural de nuestras aproximaciones. El interés no es simplemente detectar cuánto hay de aquello y de esto en los liderazgos sino evi-denciar, dar expresión y analizar el proceso social que reconfiguró los patrones representacionales, los valores, para ver cómo las mutaciones de la *decisión política* responden a cambios en las percepciones ciudadanas. Pero también, claro está, para seguir alentando esos procesos, esas luchas, esas resistencias.

La imposibilidad de concebir a la política como un hacer maquinal, cuyo eje sería la administración de los recursos existentes con su contraparte político representacional, reside en el error de concepción que esta idea de lo político supone. Si consideramos al conjunto social como un todo, cuyas formas de división serían las esferas de lo económico, lo político, lo cultural, el derecho, etc., que no son más que en apariencia autónomas entre sí y no se encuentran subordinadas entre ellas sino sólo en relativos periodos históricos; o sea, si creemos que la sociedad tiene un principio inmanente de autodivisión de sus esferas y, a la vez, de velamiento de ese origen unificado del todo, tal como lo plantea Lefort reelaborando a Tocqueville²⁰, supondremos la abarcabilidad inherente de la crisis. El dignóstico de crisis entre nosotros impide que la receta sea « administración », la dilapidación de los recursos económicos, políticos y sociales invalida que la salida sea establecer un rasoero y no buscar recomponerlos, y el sistema de partidos, por su parte, no puede sostenerse como un autómeta frente a la sucesión de fracasos, pérdidas de confianza e incluso transformación abrupta de la situación social de sus adeptos. Justamente la internalización de la idea de crisis y la percepción de su profundidad es una *constante* en todo el arco cronológico de nuestra historia nacional, aunque se nos aparece más comprimida y desordenada desde el menemismo hasta los días de hoy por la catastrófica e inuadita situación social generada.

²⁰ Claude Lefort: “La cuestión democrática”; publicado por Ulrich Rödel (editor); *Sociedad autónoma y democracia libertaria*; editorial Suhrkamp; Frankfurt, 1990.

Esta constante de la crisis trastocó los cánones sociales de percepción de las situaciones de normalidad y de excepción y provocó que efectivamente sean las segundas las que establecieran límites en la extensión temporal y simbólica de las primeras. En este sentido, es posible reconstruir la radiografía argentina de la excepcionalidad y, por descarte, de la normalidad, a partir de las políticas económicas y sus acontecimientos previos; todo se debate *entre* nuevas irrupciones de la crisis: a la hiperinflación le siguieron los años de Convertibilidad, que engendró su propia amenaza y ruina, luego la devaluación, primero escalonada, luego abrupta y, por fin, la estabilización precaria de la moneda que contiene la explosión en latencia. Nada más oportuno que considerar al segmento como *incontrolable*. Los paralelos hitos políticos serían: el abandono de Alfonsín, el abandono de la promesa del juego democrático –público, participativo– de oposición-gobierno con la reforma constitucional del 94, el abandono del arruista, el abandono de los presidentes interinos, la incertidumbre de las fechas Eleccionarias durante la presidencia de Duhalde, la asunción de Kirchner tras el abandono de Menem. Visto desde afuera, se trata de una clase política con una perfeccionada gimnasia para la fuga, donde la sociedad en cada rueda nueva queda un poquito más cerca del abismo. Abandono incontrolable, Excelcional, si se quiere. Pero tengamos primero en claro: los criterios de normalidad y de excepción son construidos históricamente y situadamente. Definir qué es normal o no, depende con la lupa con que se lo mire, y no según un ideal de perfección. Sabemos que en todo el ciclo que estamos reconstruyendo hubo sistoles y diástoles que convierten las imágenes planas en heterogeneidades, aunque eso no invalida que podamos definir los últimos años como de excepción.

Lo que se pone en juego con esta excepcionalidad económica, política y social es la forma en que va a estructurarse la *decisión política* puesto que el nudo del problema de la decisión tiene que ver con las *circunstancias* de acción de quien la ejerce. Es precisamente esta excepcionalidad la que nos coloca frente al examen de las metáforas de la legitimidad y el soberano; girar la mirada del aura presidencialista no permite comprender el verdadero entramado de significaciones que garantizan la dominación. Mal que nos pese, hay acostumbres sociales y reflexiones que siguen surcando las formas subjeti-

vas en todos los planos, incluso aquellos que considerariamos como más privados. ¿Cómo ignorar que las matrices colectivas de legitimidad todavía se estructuran –en alguna medida– sobre la imagen de la fundación y el mensaje presidencial²¹? La utilización de recursos simbólicos que dan cuenta de rupturas en el tiempo, de renovación e irrupción de elementos nuevos en el hacer político y los valores sociales, la construcción de personalismos y de características presidenciales carismáticas, todo, forma parte de los trasfondos culturales que reprimen, subvierten o alteran las condiciones de mutación de nuestras sociedades. De alguna manera, tenemos que aceptar que somos también productos híbridos de metáforas de vieja data.

Las implicancias del liderazgo contemporáneo postdictadura tienen momentos diferenciales según la etapa de la crisis. Dejando de lado el período alfonsinista, pautaado por la necesidad de reinstalar la centralidad del Derecho y la Ley como marco de la reproducción social²², las huellas actuales en el campo representacional comienzan a ser afectadas fuertemente a partir de las características fundacionales que Menem intentó imprimirle a su llegada al poder. El lidederazgo menemista no sólo hace uso de la metáfora de la decisión *ex nihilo*, materializada en el discurso de la creación de un orden nuevo desde la « anarquía » de la hiperinflación, la Tablada y los saqueos ocurridos en el '89; sino de la metáfora de la *creación continua cartesiana*, que se visualiza sobre todo en la exitosa contraposición entre el caos al que el país entraría si Menem era desbandado vía elecciones del poder y el orden garantizado por su sola presencia. Esta contraposición caos de lo desconocido-orden menemista, y la referencia a la continuidad del entonces presidente como *protección* frente a la disolución siempre amenazante, decimos, es exitosa no sólo para la reelección menemista de mediados de década, sino que forma el argumento discursivo central de su reaparición en el campo político, luego del 19 y 20 de diciembre del 2001. Menem, y la forma decisoria

²¹ Para colocar estas observaciones en un plano más amplio sirva como ejemplo aquel acontecimiento que envolvió a las masas populares de Caracas, que salieron a las calles el 13 de abril del 2002 para respaldar al presidente H.Chávez, tras el golpe de Estado del día anterior. La permanencia de la legitimidad decisionista tiene una gravitación fundamental en la realidad latinoamericana.

²² Hugo Vezzetti: op. Cit.

que está detrás, se postulaba como el garante, por presencia escénica, de la perduración de un orden cambia-rio, seguro y moral. Esta construcción de legitimidad del tipo creación *continua*, materializada en la presencia permanente de la antinomia caos vs. orden, reforzó las características personalistas del liderazgo y las dependencias sociales, mucho más que la también existente construcción clásica de la creación *ex nihilo* de un tiempo nuevo, que sin embargo fue un eje asimismo de la estructura de poder. Esta última era visible, y fuertemente teológica: “Menem lo hizo” lleva las capacidades de gestión a un instante máximo pues la construcción a la que se refiere involucra a todo el conjunto de la Nación. Este tipo de creación, sumado al otro, queda fijado y recrea instancias subjetivas sobre las cuales cualquier recambio debe asumir –así no sea para refutarlo– su peso simbólico.

Con De la Rúa las metáforas se informan de determinadas características según el período del gobierno. Utilizó la metáfora de la creación continua como argumento a negar pues el *orden* que se mantenía gracias a su presencia era “en beneficio de pocos”. Se postuló, en oposición, como la posibilidad del consenso en la toma de decisiones –la misma fórmula de ser una Alianza así lo certifica-, con expectativas previsibles, austeras y encarnando una nueva moralidad social. Pero, pese a la búsqueda de una figura administrativa más que de protagonismo y de concentración del poder, el reconocimiento a la deuda decisoria que dejaba sin resolver lo hacía pendular entre una posición y la otra. De la Rúa era el hombre cercano a lo militares, el posible padre de una familia siempre presente, el hombre religioso que vestía como estanciero. Si no fueran meros spots televisivos, con su banalidad virtual, serían muestras privilegiadas de la ambigüedad de la construcción de liderazgo delarruista, indeciso también entre continuar con el decisionismo menemista o avanzar en la supuesta renovación consensualista y racionalizadora de la Alianza. Por momentos dejaba oculta la concentración decisoria y por momentos revelaba “actos de autoridad”. Su ciclo de derrumbe comenzó y terminó precisamente con dos piezas de sobreactuación: en la primera, frente al cuestionamiento público a un ministro por la aprobación de una ley del Ejecutivo decidió elevarlo en el organigrama estatal a costa de la renuncia del vicepresidente; en la segunda, habló dos veces por cadena nacional en menos de 24

horas para dejar claro -ay, ese gesto con los anteojos- que si era necesario frenar el “déficit fiscal” viviríamos bajo estado de sitio hasta que las “cosas mejoren”. De la Rúa fue superado, desde el punto de vista de las metáforas, por un liderazgo que es observado socialmente como legítimo al que quiso reformular con elementos propios de publicista americano no percibidos ni arraigados en el imaginario postmenemista.

Todo termina mal, como sabemos. Con Duhalde vuelve la referencia a la anarquía como espacio de la no-política de la que hay que salir, vía “reconstrucción de la autoridad”. El piloto justifica su arribo al timón a partir del “sacrificio personal” que debe hacer y frente al “pedido” de sus compañeros, en una situación excepcional del país. Es la imagen del salvador, ya no con la pretensión de fundación de un tiempo nuevo, sino de torcer el camino andado y reacomodar el eje del barco, hasta que venga quién pueda hacer lo que él, por la precariedad de las condiciones, “no puede hacer”. Sin dudas, un liderazgo de emergencia, legitimado ya no por la imagen de la creación *ex nihilo* y tampoco la de la continua, sino por la metáfora de la *maquinaria del reloj propia de la teodicea*: la dignidad de la obra realizada se verá en lo aceitado de la máquina, que deberá prevalecer sin su creador, que se retira al descanso después del acto realizado, aunque se reserva la posibilidad de subvertir la normalidad a través de su irrupción a través del milagro. También llega con Duhalde aquello que sólo apareció episódicamente -aunque de forma más sanguinaria- en el gobierno de De la Rúa: la represión legítima. El Estado recompone la capacidad disciplinaria, de control a partir de la utilización descarada del clientelismo y el patrullaje directo sobre los movimientos sociales.

Y finalmente, Kirchner. Al principio de este artículo escribíamos lo sorprendente de nuestra recurrencia a la palabra “milagro” para describir, por ejemplo, decisiones colectivas tomadas, esta vez, por las instancias gubernamentales. Volviendo un poco atrás. El milagro fue entendido por la Ilustración, que lo hizo su más frecuente objeto de ataques, como el modo en que el pueblo se explicaba una aparición en su presente de algo que, le parecía, podía traerle algún beneficio, pero de lo que no podía explicar las causas que habían dado lugar. El milagro aparecía entonces como algo que superaba las capacidades intelectuales del pueblo, o lo que Spinoza llama una

“idea inadecuada”, una especie de conclusión de la que no se conocen las premisas que la fundan. Milagro entonces, por qué no; explicar la sorpresa que nos suscitan algunas decisiones políticas del gobierno de Kirchner no es cuestión sencilla. En principio podemos observar una estrategia no novedosa, pero sí radical de construcción de legitimidad: Kirchner ha definido un “nosotros” y un “ellos” que, lejos de enfrentarse en una lucha por la destrucción, sin embargo, se contraponen en una relación en la cual uno de los términos crecerá, a partir de limitar al otro en su poder. Con esta visibilización de un otro, ha nombrado y remitido al mito de la unidad del pueblo frente a las corporaciones económicas, beneficiadas desde hace tiempo por el tipo de regulación social imperante.

Decimos que esta remisión a la unidad ciudadana y la contraposición con los intereses económicos más concentrados es inquietante, en términos de oxigenación de los moldes de los imaginarios sociales, porque el *abandono* al que hacíamos referencia es reprocesado en una fórmula que incorpora en la decisión a los sujetos sociales de los últimos tiempos. El “nosotros” presenta una ambivalencia y cierta indefinición que no deja de preocuparnos, pero también revela el fenómeno de sincronía que puede plantearse entre lo social y el liderazgo político. Los movimientos sociales no son creaciones del poder ni dependen de su voluntad para la *conservatio* aunque está claro que el escenario sobre el que atraviesan sus demandas configura gran parte sus propias identidades y formas organizativas. Pensar una salida al abismo lleva a complementar perspectivas teniendo presente siempre el origen de los cambios. Si es posible hablar de un nuevo liderazgo, y no sabremos por cuanto tiempo esto será posible, es porque hubo un conjunto propio, articulado y múltiple de sujetos sociales que reformularon los parámetros de los imaginarios sociales y construyeron nuevas características a las metáforas de la legitimidad y la decisión. Sólo puede llegar a ser legítima una recomposición de la estatalidad que tenga en cuenta ciertas formas y contenidos de respuesta provenientes de *lo social*; de lo contrario, tanto el abismo como la crisis –que requieren de la misma sociedad para su resolución- quedarán girando peligrosamente por vasto tiempo en nuestro territorio.

Últimas palabras

Al mismo comentario que citamos de G. Marramao aludiendo a la figura autista que suponía la idea originaria del soberano, impávido en sus facultades frente a la diversidad y la transformación continua de lo social, podríamos darlo vuelta y postular la imposibilidad de un social indiferente a los contenidos que se delinearán desde el liderazgo político²³. Tan ilusoria se nos presenta la idea de la posibilidad de la concentración pura de la *decisión política* en un contexto de proliferación de sujetos con capacidad de acción, como la postulación de que estos sujetos resultarán indiferentes a las acciones y actitudes que observen en los líderes. Si reconocemos que la estructura de percepción cotidiana adherida a los imaginarios sociales se ve afectada por el liderazgo como forma concreta de decisión política, y que respecto del mapa político argentino de los últimos 15 años este liderazgo constituye un fenómeno sostenido sin duda por la crisis imperante y la necesidad de « crear la normalidad », debemos considerar como parámetros de análisis no sólo las *condiciones* que dan lugar a estas legitimaciones – otra vez, no para criticarlas como deformaciones del modelo ideal, sino para entender nuestra experiencia diaria-, sino también los mismos *contenidos* que esos liderazgos portan. No es todo lo mismo; ni las decisiones políticas son iguales ni abrir el análisis a estos planos implica asumir una perspectiva populista. Parece oportuno analizar cada caso en su especificidad, no sólo para observar qué criterios de construcción de orden o de normalidad establece esta vez el liderazgo en cuestión, sino para determinar qué relaciones plantea con los grupos sociales con los que se relaciona, si busca su cooptación –tal vez la forma más concreta de llamar a la *conservatio* entre nosotros- o postula por el contrario su autonomía y desarrollo; si se afirma imprescindible para la perduración de lo creado o no, si procura perpetuar al extremo la situación de excepcionalidad o actúa en orden a consensuar cada vez más la toma de decisiones; si crea, en fin, más allá de la retórica, el orden que postula y de qué orden estamos hablando en ese caso; etc.

²³ Volvemos a correr aquí los riesgos -presentes en todo este artículo- de la posibilidad efectiva de traslación de las apreciaciones dirigidas al “soberano”, para explicar el “liderazgo” político presidencialista.

Los hechos dramáticos del 19 y 20 de diciembre del 2001 catalizaron cambios que venían dándose en forma larvada desde hace varios años; resistencias de diversos tipos que desplegaron una capacidad novedosa de interconexión mutua. Aparecieron otras prioridades, otras demandas, otras interpretaciones históricas que las formuladas oficialmente y que sólo pervivieron en el contexto de crisis gracias a la perseverancia generosa de miles de experiencias políticas, sociales, culturales esparcidas a lo largo de todo el territorio que funcionaron como soportes. Fueron estos múltiples movimientos sociales los que renovaron los imaginarios sociales, los que cambiaron los parámetros de lo que entendemos por comunidad, solidaridad y nación y los que esforzadamente presionaron sobre el discurso oficial. La etapa que se abre con la última elección presidencial no es otra que la que tiene que ver con la incorporación de ese imaginario a la agenda estatal. La imagen que podría caracterizar esta interacción entre *lo social* y la estatalidad es de naturaleza ascendente, de abajo hacia arriba. Esto es lo esperanzador y optimista de los tiempos actuales y esto es lo que nos lleva a que indagemos la naturaleza de la decisión política y los criterios de liderazgo. En ese instante de interfase quizás esté la respuesta a la forma de las posibilidades de nuestro país a construir un futuro más decoroso. La realidad, las instituciones formales e informales, son siempre objeto de cambio y mutación. Pero para poder asumirlo debemos considerar la mayor cantidad posible de planos que se ven afectados, debemos poder mirar sobre aspectos que no forman parte de nuestras pretensiones ni inspiraciones ideológicas. Claro, nunca vamos a poder descifrar las líneas de nuestro destino colectivo. *“Destino y carácter son concebidos comúnmente en relación causal, y el carácter es definido como una causa del destino”*²⁴. Pero quizás sea oportuno adentrar en nuestras formas del carácter.

²⁴ Walter Benjamin: “Destino y carácter” en Obras escogidas, Ed. Coyoacán, Mexico, 1999, Pag. 131.

Tercera Parte

Textos “Out of Joint”

EL CERO Y EL INFINITO

por Eduardo Grüner

En la Argentina ha comenzado una nueva y decisiva etapa económica, con sus consecuencias sociales, políticas, culturales y hasta psicológicas. Es la etapa no de una economía de "déficit cero" (que la mayoría de los expertos estiman imposible) ni de una economía de mera subsistencia (ya hay más de un tercio de la población que no puede subsistir, y con las nuevas medidas esta proporción sin duda aumentará) ni de una economía "de guerra" (puesto que los beneficiarios del "modelo" están muy lejos de disponerse a los sacrificios que una situación de emergencia bélica requeriría). No: se trata de una etapa de, como la ha bautizado León Rozitchner, Economía-Guerra. Vale decir: de una etapa en la cual los detentadores del poder económico y financiero, habiendo logrado eliminar completamente aún las formas más tímidas de la autonomía de la "clase" política, y habiéndose resignado hace ya mucho a que el "modelo" no "cierre" ni siquiera para ellos (porque si así fuera, aflojarían su presión sobre los "mercados", el gobierno o el "riesgo país") han decidido proceder al liso y llano exterminio por inanición de por lo menos esa tercera parte de la población, incluyendo por supuesto a los jubilados, empleados estatales, pobres "estructurales", docentes y desocupados; o sea, a todos los que, habiendo perdido casi totalmente su capacidad de consumo -es decir, su capacidad de "realizar" para los dueños de la economía la "plusvalía" que estos les han extraído oportunamente-, sin embargo ocupan lugar: ocupan un "espacio vital", metros cuadrados que podrían destinarse a negocios más lucrativos, como la especulación inmobiliaria o la construcción de nuevas filiales de bancos, etcétera) y para colmo hacen ruido (a veces cortan calles y rutas, hacen manifestaciones que obstaculizan el tránsito en la City, o entran a los supermercados a pedir comida).

El negocio de eliminar ese excedente no-rentable de población debería ser redondo, salvo quizá por el hecho de que la ausencia de tan grueso Ejército Laboral de Reserva aliviaría la presión sobre los salarios de los que sí tienen trabajo, y estos

podrían ponerse a reclamar aumentos, ya que sin aquélla espada de Damocles constituida por los que hacen cola para reemplazarlos aunque fuera por la mitad del sueldo, se volverían casi imprescindibles. Pero como tarde o temprano esto podría suceder de todos modos (los trabajadores actualmente empleados pueden no ser imprescindibles como productores, pero sí lo son como consumidores), el llamado establishment ha decidido cortar por lo sano y adelantarse a los acontecimientos, anulando el peligro inmediato de tener que seguir "sosteniendo" (como si lo estuvieran haciendo) a ese tercio ya degradado hasta lo indecible. Y como además, una buena parte de esos millones de personas -los niños y los ancianos- de todas maneras no son "población económicamente activa", no hay más qué decir. Se trata de poner en práctica la "tesis Alemann": en este país sobran entre cinco y diez millones de personas. Por ahora.

Ahora bien: la contabilidad más elemental demostraría sin equivocación posible que el exterminio de ese excedente poblacional no alcanzaría a reducir ni en el diez por ciento el famoso "déficit" que se sueña bajar a cero. Entonces, ¿por qué lo hacen? Obviamente, porque no estando dispuestos a cargar semejante reducción sobre las espaldas de los que sí podrían cubrirla (los grandes capitales, los especuladores financieros, las AFJP, los acreedores externos), hay que darles a esos grandes capitales todos los reaseguros de que esto no será así ni ahora ni nunca, aunque la opción sea poco menos que completamente ineficaz aún para la lógica del propio "modelo". Hay que darles la garantía de que su poder jamás será ni siquiera rozado, por más que el ya más que evidente fracaso de su lógica económica no pueda ser remontado. Salvo, por supuesto, que se entienda por "lógica económica" la mera rapiña inmediata de todo lo que pueda extraerse ya no del "suelo de la patria" sino de la carne de sus habitantes. Pero esto ¿puede llamarse todavía "economía", por más capitalista y neoliberal que sea? Semejante denominación es una falta de respeto incluso a burgueses serios como Ricardo Smith, Keynes o Schumpeter.

La cuestión no es pues principalmente económica, sino política, en el sentido amplio pero estricto de un profundizamiento de la concentración del poder en manos de los que ya lo tienen, de modo que no pueda haber la más mínima sospecha de retroceso respecto del camino iniciado en 1976 y continuado de diversas maneras por los sucesivos gobiernos civiles. Y qui-

zâ esa garantía no se esté demandando sólo desde "adentro" sino desde "afuera" (y ya se sabe lo difícil que es hoy distinguir esos dos espacios): no se puede olvidar que el Imperio tiene nuevo emperador, y que su política es la de una reafirmación a rajatablas de que su "patio trasero" debe mantener el más perfecto orden. Como dijo alguien no hace mucho, ellos -sean de "afuera" o de "adentro"- vienen por más. No sólo por más dinero, que no les resultará tan fácil obtener: por más poder. Por todo el poder. Vienen por el país, por la región, por el mundo, por cada uno de nosotros. No es una simple metáfora: ya se rumorea la existencia seria de propuestas de "balcanización" regional y provincial, que supuestamente permitirían sacarse de encima la rémora de las provincias "inviabiles". Esta sí es una lógica de verdad, la del Imperio, como lo llamaría Toni Negri (no es este el momento de desarrollar algunas diferencias secundarias que mantenemos con su caracterización, que a los fines actuales podemos aceptar sin más comentarios).

Lo cual demuestra, de paso, que en la Argentina, al igual que en todo el mundo "periférico" -e inversamente a lo que proclamaba una fórmula canónica- la economía es, cada vez más, política concentrada, aunque se intente disfrazarlo de cuestión asépticamente "técnica". No es cierto, como se dice vulgarmente, que la economía ha "reemplazado" a la política: esto es un truco ideológico destinado a disfrazar el hecho de que esta economía (porque hay otras, que asumen de frente su componente político y social) es una cierta política. De no existir ese disfraz, los economistas del llamado establishment tendrían que admitir que la "economía" no es más que el espacio en el que se juega la lucha por el poder (el poder de las minorías dominantes versus el poder de las "multitudes" subordinadas, de lo que antes se llamaba el "pueblo", y más antes aún el demos) y que allí no hay "neutralidad valorativa" ni "imparcialidad científica" que valgan, y que todo discurso sobre el "interés general" es insanablemente mentiroso: "hacer" economía - es decir, hacer política- es por definición tomar partido, elegir a qué "parte" se va a beneficiar, y a cuál se va a perjudicar. ¿A alguien puede caberle duda sobre que el gobierno y la "clase política" argentinos ya eligieron?

No otra que ese reclamo de reaseguros puede ser la razón de que el "mercado" continúe con sus "aprietes" y "golpes" a pesar de que "la política" le haya ya hecho concesiones más

allá de sus expectativas más optimistas. Incluso se podría hablar de una cuestión de política "comunicacional": se trata de emitir, desde "la política", un "mensaje" bien claro, simultáneamente para el poder, "interno" y/o "externo", y para la sociedad en su conjunto; y puesto que ya nadie les cree a los discursos (¿quién podría, en efecto, en su sano juicio creerle a un discurso grotescamente irrisorio que bautiza a la completa entrega del país en hipoteca como "pacto de la dependencia"?), ese mensaje debe ser comunicado mediante hechos. Y como ya decía el profesor Clausewitz, los hechos políticos, en determinadas circunstancias, se continúan bajo la forma de hechos de guerra. Que era lo que queríamos demostrar.

Pero, desde luego, en alguna medida estamos haciendo una analogía eficaz pero algo apresurada al hablar de "guerra". Si más arriba hablamos de "exterminio" es porque en verdad aquí no hay ninguna "guerra", lo cual supondría al menos dos bandos en pugna; pero el otro "bando" -la sociedad en su conjunto- por ahora no ha declarado, ni parece que esté en voluntad ni en condiciones de hacerlo, ninguna "guerra", sino, como mucho, algunos decididos pero pacíficos gestos de resistencia local y protesta callejera: no existen, tampoco ahora, los Dos Demonios, por más que -lo vemos cotidianamente, en discursos como los de los señores Escasany o Crotto, con la prensa adicta haciendo de altoparlante- se intenta hacerlos renacer por todos los medios. La sociedad está siendo, simplemente, víctima de lo que sin exagerar demasiado se puede llamar un genocidio. Y no se trata sólo de un genocidio actual, sino proyectado hacia el futuro: la muerte cotidiana de niños por hambre, o la perspectiva de una próxima generación de discapacitados físicos y mentales por insuficiencia vitamínica constituye una "política poblacional" a largo plazo, lo sepan o no sus perpetradores.

El arma fundamental de ese genocidio (fundamental, aunque no exclusiva, como se vio recientemente en Gral. Mosconi y antes en otros "escenarios" y "teatros de las operaciones") es por ahora "económica", aunque en cualquier momento -si aquellos gestos de resistencia llegaran a crecer en forma más organizada- podría transformarse en militar. El objetivo político de esta "guerra" (toda guerra tiene un objetivo político, para volver a Clausewitz) no es, ni siquiera bajo su disfraz económico, el utópico "déficit cero", sino lo que Marcelo Matellanes

ha llamado la sociedad-cero. O sea: una sociedad drásticamente achicada mediante el exterminio -ya sea por hambre o por represión- y cuyo resto sobreviviente quede tan agotado, desmoralizado y aterrorizado que su única noción de "ciudadanía" sea la aspiración a que se le permita, cada dos o cuatro años, volver a votar por lo mismo indefinidamente. Porque, entendámonos: está demostrado que el genocidio puede llevarse a cabo en plena vigencia de las formalidades democráticas, incluyendo los anacrónicos partidos políticos actualmente presentes en la Argentina: basta que toda la "oposición de su majestad" se limite a fingir una puja por un punto más o menos en el porcentaje de los exterminados, sin discutir la necesidad misma de lo que un, digamos, aliancista "progre" podría llamar, en lugar de genocidio, "eutanasia"; en efecto, ¿a qué prolongar inútilmente la agonía de los que de todos modos, en esta lógica política y económica, están predestinados a desaparecer? Así, por ejemplo, de la misma manera en que, en su momento, el "socialdemócrata" Clinton pudo bombardear a la indefensa población de Kosovo en nombre de los sacrosantos Derechos Humanos, ahora podría liquidarse a un millón y medio de jubilados en nombre de los más indiscutibles sentimientos humanitarios: recuérdese, por favor, que la legalización de la eutanasia está ganando terreno rápidamente en el Primer Mundo, casi tan rápidamente como la "tolerancia cero" para esos delincuentes que la misma lógica económico-política fatal e inevitablemente produce.

El secreto es, pues, el número Cero. Toda la cifra -como diría Borges- del nuevo "plan" económico, y de la "política" dominante en su conjunto, se reduce a Cero: Déficit Cero, cargado sobre las espaldas y sobre la sangría de los que ya han sido, material y simbólicamente, reducidos a cero; Tolerancia Cero, para aquellos que se atreven siquiera a protestar porque se les está exigiendo hasta la vida; Exigencia Cero, para los amos del poder local y "global", a los que se les da todo sin pedirles nada; Educación Cero, Salud Cero, Vivienda Cero, Jubilación Cero. En suma -si es que los ceros se pueden sumar- País Cero. Estado-Nación Cero (y no porque se hayan borrado alegremente las fronteras nacionales merced a una benévola y cosmopolita "globalización", sino porque se han rematado hasta sus últimos símbolos, que se fueron volando en Aerolíneas Ajenas).

Sociedad Cero. O bien, si se quiere ser menos matemático y más metafísico, la Sociedad de la Nada. Sobre esa Nada el poder espera reconstruir su Parte, que -de triunfar sus designios- será el Todo. Entonces, por fin y de una vez para siempre, habrá verdaderamente "pensamiento único". Todo será "único", y propiedad de los mismos, que tendrán que comprar lo que ellos mismos producen, creer lo que se dicen a sí mismos, autoeducarse y automedicarse, enterrarse a sí mismos cuando se mueran. La Sociedad del Cero, de la Nada, como Sociedad Autista.

Pero hay un problema. El Cero no es sólo la cifra de la Nada, sino también del Infinito. Si hemos llegado a Cero, entonces ahora todo, cualquier cosa, es teóricamente posible. Incluso un replanteo profundo, radical (no "radical" ni aliancista) de qué nueva cifra de país, de nación, de sociedad, queremos para el futuro. Una re-fundación ontológica, si se nos permite la solemnidad, sobre la base del "poder constituyente" de la sociedad toda (menos algunos, que ya tuvieron su oportunidad). Esto no es "fundamentalismo", ni es un llamado abstracto a la irresponsabilidad o a la anarquía, ni es pura retórica de utopías neorrománticas. Mucho menos es un recurso a aquella disparatada ilusión del "cuanto peor mejor" que en el pasado provocó tantas catástrofes. Al contrario; es el más estricto realismo, que es indispensable, imperioso, levantar contra la "utopía" del fundamentalismo neoliberal, que es absolutamente impotente -aún cuando tuviera la voluntad- de cumplir una sola de sus alocadas promesas. Es una apelación a esa "realidad" que dice -toda la historia lo demuestra- que ninguna sociedad se suicida, aunque muchas -como viene sucediendo con la nuestra- se enferman de cáncer terminal. Y si ninguna sociedad se suicida, antes que dejarse morir le da una patada en el traste a los médicos "truchos" que la engañaron, arroja por la ventana los remedios falsificados que la estaban destruyendo, y recompone por propia voluntad sus tejidos.

Eso ya está empezando a suceder. Aunque sea, como hemos dicho, lenta y tímidamente. ¿Indicios, indicadores, síntomas? Ya no son sólo los piqueteros cortando rutas, los empleados públicos manifestando, los universitarios de los tres "claustros" haciendo paro activo. Hay cosas menos visibles y espectaculares, más sutiles y subterráneas, más "inconscientes", pero quizá por eso mismo más penetrantes a largo plazo,

que se combinan con esos movimientos, que lentamente se van articulando con ellos. Por ejemplo, ya no parece un disparate - se lo escucha en la televisión, lo manejan como hipótesis los mismos políticos amanuenses del poder- decir que se podría no pagar la deuda externa: ya casi nadie cree a pies juntillas que se trata de un imperativo moral -"las deudas hay que pagarlas", se decía, pero ahora, al menos, es concebible agregar: "siempre que sean legítimas, que yo las haya contraído a sabiendas"-, ni una imposibilidad suicida -"¿qué van a hacer? ¿nos van a mandar los bombarderos de la OTAN?"-, ni una completa debacle económica -"¿vamos a quedar aislados? Y buéh, habrá que vivir con lo nuestro; finalmente los cubanos, mal que bien, siguen morfando, educándose, yendo al hospital público"-, ni un empeoramiento sustancial del nivel de vida -"pero si ya no tenemos nada, no alcanza ni para comer"-. Es decir: ya no hay argumentos tan fuertes para decir que es un completo dislate pensar en eso que Samir Amin, en términos más teóricos, llamaba la desconexión. Después de todo, y sólo por vía de hipótesis, si hoy lo hacemos nosotros, y mañana Mozambique, y pasado Kwala Lumpur, y traspasado Haití, y así, ya no vamos a estar tan solos. Ya la relación de fuerzas cambia: "de a poquito podemos comerciar entre nosotros". Y ya hay gente que escucha con más atención el argumento de "la fortaleza del débil": "Bueno, cuando vos debés mucha guita, al final el problema es del banco". Y todos los que han tenido una hipoteca saben que lo que le interesa al banco es cobrar, y que va a tratar de negociar todo lo que pueda antes de mandar al juez. Y, de la misma manera, ya son muchos los que, en relación a este último ajuste, razonan: "Tá bien, pero si los sueldos dependen de la recaudación, ¿por qué no usan la Gendarmería para apretar a Amalita, a Macri o a Pérez Companc, a las AFJP y a las empresas privatizadas, etcétera, para que paguen todos sus impuestos y traigan la guita de Suiza, en lugar de para reprimir a los muertos de hambre?". Esto, aclaremos, no es parodia del habla popular: son cosas que se escuchan en la calle, en los taxis, en los cafés, en el andén del subte, en las colas desesperadas de los solicitantes de empleo o de los solicitantes de visas para empleos en Galicia.

Por supuesto que todo esto no es en absoluto suficiente. So pena de recaer en engañosas ilusiones iluministas, la mera "toma de conciencia" de la naturaleza del problema no alcanza

para solucionarlo. Ni siquiera la práctica actual de aquellos piqueteros, desocupados o trabajadores estatales (que debe ser defendida y apoyada como método pacífico de resistencia, pero que debemos entender que es puramente defensiva) basta para torcerle el brazo al poder. La relación de fuerzas sigue siendo descomunadamente desfavorable, y un mínimo llamado al "realismo" debe contemplar también el hecho de que el poder, incluido el económico, "tiene" -porque hasta cierto punto las ha transformado en su propiedad privada- instituciones muy fuertes (cámaras legislativas, cámaras judiciales, partidos políticos, medios de comunicación, iglesias, y en el límite fuerzas armadas y de seguridad) que por el momento le responden férreamente -aunque sea con algunas "fisuras" menores, como ya se perciben en los partidos y en la iglesia-.

Pero las mismas voces que empiezan a manifestar las dudas arriba transcriptas podrían comenzar también a hacerse algunas preguntas incómodas. Por ejemplo: ¿Pero, acaso las instituciones no pueden también, de alguna manera, modificarse? ¿No se han hecho en la historia innumerables reformas de las constituciones nacionales, provinciales, municipales? ¿No habrá, incluso en la actual constitución, alguna cláusula que contemple un método perfectamente legal -digamos, los llamados "plebiscitos" o "consultas populares"- previsto para situaciones de emergencia institucional? ¿Y si la hay, no se podría -apoyándose en la movilización y firmeza creciente de los movimientos de resistencia pacífica popular- iniciar una campaña ciudad por ciudad, barrio por barrio, localidad por localidad, tendiente a exigir a las autoridades el respeto a esa voluntad popular cada vez más proclive a una verdadera independencia, a la recuperación de una soberanía no solamente nacional sino también "popular", del demos, es decir auténtica y sustancialmente democrática? Y si aún así

-como es previsible- el poder hiciera oídos sordos, ¿no se podría exigir la renuncia del gobierno por manifiesta ilegitimidad, y la conformación de una suerte de junta provisional de unidad patriótica, integrada por representantes de los trabajadores (ocupados o no), que en el plazo más breve posible llamara a una Asamblea Nacional Constituyente? ¿Y no podría esa Asamblea, a su vez, proponerle a las organizaciones populares de todo el subcontinente primero y el continente después, campañas semejantes y coordinadas a lo largo de toda América

Latina (para empezar: ya llegaríamos a Asia y África, o tal vez ellos lleguen antes a nosotros) para finalmente converger en una gran Asamblea Continental Constituyente de lo que alguna vez Bolívar imaginaba como los verdaderos Estados Unidos de América? Todo esto, como sabe cualquier abogado constitucionalista, no tendría nada de "subversivo": se puede hacer, mediante la famosa "voluntad política", dentro de los marcos de la Ley, sin sacar ni un dedo del pie izquierdo del plato.

Sí, ya sabemos. Esto es, por ahora, manifiestamente imposible. Porque aún cuando pudiéramos saltar por encima de las todavía graves condiciones de fragmentación (si bien también ellas están de a poco empezando a recomponerse) y llegar penosamente a las últimas instancias, entonces sí que la NATO o algo semejante podría interponerse. Pero, pero: por supuesto que ello implicaría una dinámica en la que ya las relaciones de fuerza no serían las mismas, en un mundo que tendría que pensar dos veces antes de arriesgarse a multiplicar conflictos regionales como el de Chiapas o el de Palestina, y donde el agudizamiento de la debacle "económica" está ya provocando reacciones extemporáneas en su propio "centro" (véase Génova, por sólo nombrar los más recientes titulares). Desde luego que nada de esto significa que el capitalismo mundializado y su "globalización" estén tambaleándose, ni que estemos en ninguna "situación prerrevolucionaria": es necesario ser absolutamente serios y rigurosos en este terreno, so pena de equivocarnos trágicamente. Sólo significa que ya no estamos en los malditos noventa. Que el poder mundial ya no es tan irresistiblemente impune, que ya no goza del consenso férreo, de la dureza de sus murallas tan sólidamente levantadas sobre los escombros de las otras que cayeron. Que hoy se pueden imaginar hipótesis de trabajo como las enumeradas más arriba sin que nos tiren por la cabeza con las nuevas (y ya carcomidas por el "viejo topo") biblias del fin de la historia, de los grandes relatos y otras paparruchas por el estilo; paparruchas que, justamente, sólo pudieron sostener su irracional mediocridad "filosófica" porque la solidez económica de la política dominante permitía que la sociedad mirara para otro lado, se olvidara de pensar, se conformara con un puñado de fórmulas rápidas y estúpidas para explicar por qué íbamos bien aunque circunstancialmente estuviéramos mal. Salvo las aisladas excepciones de costumbre, nadie se molestó seriamente en refutar esas

paparruchas, porque -para volver a un epigrama de Rozitchner- cuando la sociedad no sabe qué hacer, la filosofía no sabe qué pensar. Pero hoy, lenta y desordenadamente, la sociedad está de nuevo comenzando a saber qué hacer. O, por lo menos, a preguntárselo. Y entonces, la filosofía -incluyendo esa "filosofía de los no filósofos", como denominaba Gramsci al sentido común, que no es siempre pura hegemonía ideológica- está también empezando a preguntarse qué pensar. Cómo acompañar con nuevas teorías críticas ese "hacer", esa praxis popular que empieza a desperezarse empujada por una desesperación que la ha llevado hasta el borde, y que sabe, aún sin saberlo, que ante el abismo, si no hay suicidio, hay acción.

"Acción", sí, "hacer", de acuerdo, pero ¿cómo? No estamos en los noventa, decíamos. Tampoco estamos en los sesenta, ni en los setenta: ha corrido demasiada agua, demasiada sangre, bajo los puentes como para que nadie pueda darse el lujo irresponsable, incluso provocador, de siquiera fantasear con una repetición de la historia (es cierto que al decir "los setenta" se generaliza abusivamente: la idea de que esos años pueden reducirse a los desvaríos de una "soberbia armada" que ya entonces muchos recusaban es, esa misma idea, un triunfo de la ideología dominante; pero dejemos esa discusión para otro momento). Cuando el propio Rozitchner -perdón, León, pero hoy caíste en varias citas inevitables-, en una reciente conversación pública con Vicente Zito Lema, reflexiona sobre ese límite absoluto que representa la violencia ejercida sobre el cuerpo del otro, ¿acaso no está, a su manera, reeditando el tan malentendido gesto de Sartre, en su famoso prólogo a Los Condenados de la Tierra, cuando sugería que la peor violencia que se le hace al oprimido es obligarlo a recurrir a la violencia, y así a parecerse exteriormente al opresor? ¿No habría que pensar entonces que ese Infinito en el que hoy casi estamos, ese espacio de necesaria y obligada "refundación ontológica", supone también una refundación teórico-práctica de las formas de enfrentar la opresión y de diseñar colectivamente el futuro de una nueva polis? No es cuestión de tirar a la basura nuestras bibliotecas (a veces las viejas lecturas, hechas en circunstancias que cambiaron, pueden sorprendernos por su novedad), pero sí de leer los libros antiguos con un nuevo par de anteojos. Y sobre todo, de usarlos como insumo para escribir otros. No es cuestión tampoco de perder la memoria, pero sí de no hacer un

culto fetichista del recuerdo como valor en sí mismo, de atender al poético dictum de Walter Benjamin: "Hacer historia no es reconstruir los hechos tal cual sucedieron realmente, sino recuperarlos tal como relampaguean hoy en un instante de peligro". No es cuestión de volver a "empezar de Cero" (para volver a ese fatídico no-número): pero sí de utilizar el pasado para pensarlo en tiempo presente, y no para imitar un pretérito que, convengamos, fue bastante imperfecto.

Las multitudes están en marcha. Más allá de cualquier comprensible esperanza exitista que abriguemos, de cualquier "apuesta pascaliana" que nos juguemos, todavía no podemos saber su dirección exacta. ¿Se está conformando un nuevo sujeto social, político, incluso cultural, como piensan algunos? ¿Se está configurando una nueva forma de "ciudadanía", como lo sugiere el ya citado Matellanes? ¿Hay ya el embrión de una "nueva manera de hacer política" -como la que elección tras elección nos prometen los sempiternos realineamientos "progres" para volver incansablemente a la vieja manera de siempre-, que va más allá de las políticas (incluyendo las que se limitan a la ocupación del Estado) para concernirse con lo político, es decir con los fundamentos mismos de una reorganización de la existencia social? ¿Empezó realmente el proceso de "refundación ontológica" sobre la base de un cruce históricamente inédito de "subjetividades populares" que no entran en las grillas de clasificación de las teorías clásicas de la sociología, la antropología o la ciencia política (aunque quizá sí en las de alguna "filosofía maldita" del pasado: una relectura de Spinoza y su noción de la multitud como racionalidad en acción permanente nos daría más de un sobresalto)? No podemos decirlo. Pero la incertidumbre no puede ser una coartada de la parálisis intelectual-crítica. Sociólogos, politólogos, antropólogos o economistas tendrán que considerar seriamente desarmar sus kioscos un poco carcomidos por la herrumbre, remover la tierra de sus quintitas cuidadosamente cultivadas. Un poco de desorden es siempre un estímulo para el pensamiento. Pensar el desorden, el conflicto, el Caos, para construir con él un nuevo Cosmos, es el único modo de no dejar que el Universo nos aplaste, de retomar el control sobre nuestras vidas: así es como nació la filosofía, por lo menos en Occidente. Así nació también la Política, como lo recuerda Rancière -porque, en general, lo hemos olvidado-: como una reflexión sobre el movi-

miento del desacuerdo entre el concepto y lo real, del lugar de los que no tienen lugar, de "la parte que no tiene parte", del problema insoluble de cómo "representar" la irrepresentable y permanente transformación en acto de la multitud, del demos (y he aquí la paradoja asimismo insoluble de nuestras "democracias": están hechas para excluir aquello mismo que las hace posibles y necesarias, aquello mismo que son la condición de su existencia). El caso de los "piqueteros" -para volver a una categoría que está ya siempre vacía de determinaciones, porque está constantemente llenándose con contenidos diferentes- es un banco de pruebas paradigmático para ese pensamiento fundado en el desorden de sí mismo. Más arriba decíamos que su política es, en principio, meramente "defensiva": considerada a la luz de las categorías clásicas, su perspectiva no es clasista -no constituyen por sí mismos una "clase social", ni siquiera en el muy laxo sentido weberiano del término-; tampoco es "cultural" en el sentido antropológico -no pertenecen a una misma "etnia", no tienen hábitos, costumbres, normas, creencias o rituales compartidos-; no conforman un "movimiento social" en el sentido habitual -no los une una defensa de los derechos de un género, como a las feministas, o una causa principista universal, como a los ecologistas-; tampoco son exactamente "marginales" -no son miembros de lo que Oscar Lewis llamaba la "cultura de la pobreza", que se define por una total ajenidad a las instituciones políticas y sociales: los piqueteros las tienen bien en cuenta, y las instituciones están obligadas a tenerlos a ellos en cuenta, hasta el punto de que ya son recibidos en los ministerios-. Ciertamente, no son un partido ni un movimiento político, en ningún sentido convencional de la palabra -no tienen una organización burocrática claramente establecida, un programa de gobierno, unos estatutos o criterios de afiliación-. Mucho menos un grupo de presión o un lobby -no tienen poderes establecidos ni intereses económicos que defender-. Tampoco son lo que se llamaba una "vanguardia" -no se proponen "dirigir" a nadie, ni adelantarse a nada, toman medidas pero no tienen un Manifiesto, y para colmo no son violentos: eso preocupa sobremanera al poder, porque deslegitima su represión-. Más bien se definen por lo que no son: miembros del Sistema. Son no-incluidos. Ni siquiera se puede decir claramente que sean "excluidos": por un lado, es cierto que no están "incluidos como excluidos", a la manera del clási-

co Ejército Industrial de Reserva (que es un componente importantísimo del Sistema como tal, aunque momentáneamente aparezcan como fuera de él), porque como decíamos antes provienen de sectores que ya han sido desechados, que ya han sido "nominados" para el exterminio. Pero, por otra parte, ya no son "excluidos", porque justamente provienen de esos sectores, pero han logrado, por su propia praxis, "incluirse" de una manera que nadie sabe definir, porque faltan los "códigos" institucionales, conceptuales, ideológicos, políticos) para caracterizarlos. ¿Pretenden ser "incluidos" en el sentido tradicional? Sí, claro: piden trabajo, ganar un salario, ser tenidos en cuenta por el Sistema, aunque sea (como se dice a veces con un asombro un poco estúpido) para ejercer su "derecho" a ser explotados. Es en este sentido que se puede decir que su política es meramente "defensiva". Pero, por otra parte, saben -aunque no lo "sepan"- que en los límites de este Sistema, están pidiendo un imposible (son, por lo tanto, "realistas", en un estilo más radical que el de Mayo 68: pidiendo lo mínimo que el propio Sistema, en su propio interés, debería darles, desnudan la realidad de un Sistema impotente para funcionar según sus propias reglas). Y aún si algunos no lo "saben", objetivamente representan un desmentido feroz a toda promesa de "progreso" bajo esta política.

O sea: los piqueteros, sean lo que sean -o lo que serán siendo, puesto que su "identidad" se hace sobre la marcha- no son de ninguna manera, como se ha dicho a veces con apresuramiento, los "desaparecidos" de la democracia. Al contrario: son los nuevos aparecidos del Sistema (de un sistema que es, no importa como se llame a sí mismo atendiendo sólo a la formalidad de sus instituciones, profundamente antidemocrático), en el doble sentido del término: son algo que el Sistema ha hecho aparecer a la vista de todo el que quiera ver, y son un fantasma: al contrario de lo que decía Videla de los desaparecidos ("los desaparecidos son simplemente desaparecidos: no son, no están"), ellos son y no son, están y no están, al mismo tiempo. Ni incluidos ni excluidos, atravesando calles, rutas, barrios y ciudades con su protesta, reordenando el espacio público mediante el "desorden", con su demanda de un imposible que sin embargo es lo más "real" que tenemos hoy, se puede decir que no son tanto "desterritorializados" como desterritorializantes: desbordan los límites académicos -los "cientistas

sociales" no saben qué hacer con ellos-, así como los institucionales -el poder no sabe cómo tratarlos, qué "derechos" darles o negarles, si reprimirlos como "disolventes" o recibirlos en la Casa Rosada-, e incluso los afectivos: la clase media no sabe si amarlos u odiarlos, si fastidiarse porque estorban el paso de su automóvil, o prestarles atención porque quizá sospecha confusamente que le están mostrando el rostro temido de su no tan lejano futuro (y en ese sentido sí son una "vanguardia", una anticipación). Son efectivamente -para volver a Rancière- la "parte que no tiene parte", y que precisamente por eso constituyen el Todo que nos negamos a percibir. Es decir: sin ser estrictamente nada, son Ontología pura, son el polo opuesto del Cero, son el lugar vacío, son el cimiento ausente sobre el cual fundar lo Infinito.

Entiéndase: sólo hemos "usado" el ejemplo de los piqueteros (claro que no es un ejemplo cualquiera; pero todos lo "usan" como les viene en gana, ¿por qué no hacerlo también nosotros?) para hacer lo que Freud llamaba una Deutung: una "interpretación" que se limita a señalar con el dedo un lugar en donde podría estar emergiendo un Sentido completamente nuevo, que no podemos todavía saber cuál es. Porque, precisamente, hay que construirlo. No estamos haciendo de ellos el "nuevo sujeto histórico", no los estamos fetichizando ni precodificando ni idealizando, no estamos siquiera dándoles un "voto de confianza" (que por otra parte ellos no esperan: no están pidiendo que la gente los "vote", sino que se una a ellos). Apenas estamos diciendo que allí hay, benjaminianamente, ese "relámpago en un instante de peligro" que al mismo tiempo presenta el aspecto "oportunidad" de la crisis, que ojalá sepamos aprovechar para aquella refundación. La opción no es los piqueteros o la Nada: eso sería volver a constituir, a sustancializar, lo que es un proceso abierto de sustancialización constituyente. Pero la opción sí es la reinvencción de esa potencia (hoy puesta en juego por los piqueteros: mañana quién sabe) o la Nada, el peligro del Cero. Peligro, sin duda lo hay, y muy serio. Y -esperemos que esto se entienda bien- el peor de los peligros actuales no es el "ajuste". El ajuste es un síntoma que por supuesto es imprescindible combatir y "disolver". Pero el verdadero peligro sería que no tuviéramos la suficiente conciencia de la catástrofe civilizatoria a la que estamos enfrentados, y que desde ya tiene alcances muchos más vastos que los límites de

nuestro territorio nacional, aunque sea aquí y desde aquí que nos ha tocado sufrirlos y resistirlos. Otra vez, la metáfora de la catástrofe no es quizá la más adecuada, puesto que no se trata de un desastre natural (aunque la naturaleza tampoco es ya lo que era: quién sabe si las hordas de tiburones que acechan estos días a las costas norteamericanas no representan una enigmática venganza contra el país más responsable de la destrucción ecológica del planeta). Esta es una catástrofe provocada por una política, y es "civilizatoria" en el sentido de que es toda una imago mundi, todo un imaginario de la cultura mundial, que para nosotros empezó a conformarse en 1492, la que está en estado avanzado de putrefacción. No podemos saber qué es lo que la va a reemplazar: las posibilidades, nuevamente, son infinitas, como lo eran durante la decadencia putrefacta del Imperio Romano. Pero el proceso de putrefacción -esa sí es una lección de la Historia que conviene no olvidar- puede durar siglos. Y las víctimas multitudinarias de la catástrofe no tienen tanto tiempo. ¿No es hora de que dejemos a los emperadores la preocupación por el Cero y nos pongamos a pensar en el Infinito?

FILOSOFÍA, ÉTICA, PAIDEIA

Cierto es que la filosofía es inseparable de una cólera contra su época, pero también de cierta serenidad que ella nos asegura.

Gilles Deleuze, *Pourparlers*, 1990

Gilles Deleuze entrando un día lluvioso, con los pulmones hechos mierda, a ese atentado segundo a la estética que es la Universidad de Paris VIII, Saint-Denis, ex Vincennes, sólo superado en su fealdad por la escena urbana de los suburbios del norte todavía industrial parisino. En tres palabras: filosofía, ética, paideia.

Es muy probable que no haya épocas privilegiadas en materia de provocación (y provocaciones) de cólera, pero la nuestra es la que nos tocó. Hic Rhodus, Hic Salta. He aquí la rosa, aquí hemos de danzar. Y la filosofía debe ser una de las armas para que esa cólera sea invención en vez de tanta queja. Y para que esa serenidad no sea confort, cada vez más difundido entre los expertos académicos actuales en la historia del pensamiento pero que a la hora de tomar partido en su propio tiempo ponen cara de “recién llego”.

Así es como se nos plantea, al menos a los docentes, –con disculpas por la impiedad que esa forma de apelación universal representa para muchos que lo son auténticamente–, la encerrona trágica entre rencor y confort, entre queja y sumisión. Entre bronca y complacencia. Entre hartazgo y vasallazgo. Llenarnos nosotros, llenar las clases, llenar el tiempo y todos nuestros actos de “filosofía, ética y paideia”. Afectos y conceptos, júbilos y afirmaciones, potencia y expresión. Dijo Deleuze: “El mundo es el conjunto de síntomas cuya enfermedad es el hombre. Frente a ello, la literatura es una empresa de salud”. Así será e intentaremos ser de la filosofía, de la ética, de la paideia.

Deleuze es tantas cosas, intensidad, afecto, crítica, clínica, afirmación, gioia, ética. Nunca sabio, nunca vedette, nunca trascendente. Mojado, con dificultad para respirar y la Ética spinozista bajo el brazo, yendo a dar su curso de los martes. O sea, *filosofía, ética, paideia*. Michel Foucault dijo alguna vez,

“tal vez el siglo será un día deleuziano”. Y ciertamente lo fue, si admitimos como deleuziana la afirmación de una “alternativa”, la “expresión” jubilosa como atributo principal de la filosofía, de la ética, de la paideia. Y aquí queríamos – y queremos – devenir, a la alternativa, a la línea de fuga del capitalismo, a la fisura del poder, al fin del racionalismo subjetivista y utilitario.

Ante todo debemos recuperar las palabras, entre ellas la “alternativa”. Sucede a menudo que las más potentes son las más devaluadas. Política económica alternativa, pensamiento alternativo, ecología alternativa, movimientos alternativos, todo es hoy en los medios alternativo. Pero lo filosófica y éticamente alternativo no está en los medios. Pulula por allí donde apenas intuimos, se resiste aún al concepto y con probada razón, quiere pasar desapercibido y a la vez fijar nuevos horizontes. No se dice alternativo, no se dice nada. Se practica, se hace, se comparte, se expresa, se afirma. Sigue su “noción común” según Spinoza, sus afectos, sus alegrías. Son pequeñas sonatas que no aspiran a más que ese aire musical. Rompen la asfixia, siniestran al poder, ignoran al capitalismo, al Estado y sus instituciones.

Por lo general se los maltrata, se los desprecia, se los ningunea por fragmentarios, carentes de organización, por poco serios, por evitar las instituciones. En una palabra, por no someterse a la lógica del poder, del Estado, del capital y de sus instituciones asistencialistas. Y ello aún dentro de corrientes del pensamiento que se reclaman ser “contra el pensamiento único”. No importa, la chispa está lanzada, lo germinal se riega entre sí, los aliados van llegando, los enemigos sacándose la careta porque para eso se les paga, academia incluida. Bajo toda apariencia, vienen de la nada que perder, transitan la dignidad y van hacia la alternativa. Semejante itinerario pone nervioso al poder y sus agentes (difícilmente ya distinguibles uno de otros).

No son vanguardia, son la guardia de una sociedad y de una civilización en crisis. Anónimamente, gratuitamente, calladamente son acción y palabra que a muchos del poder inquieta y que tantos de la academia ignoran, salvo que se dejen cliniquizar, científicosocializar, vigilar. Pero afortunadamente los quioscos de nuestro “modo de producción académico” pasan por cosas más a-locadas a lo local, aplicadas a lo aplicable. Tanto mejor. Porque esos rizomas deleuzianos, esas moléculas

guattarescas, esas multitudino spinozistas afirman su devenir, expresan su potencia, implosionan lo molar. Qué lindo imaginar una clase más de políticas públicas y un pequeño Vincennes que les estalle en pleno institucionalismo enésimo.

Lejos estamos de un llamado a la ignorancia, ni hablar de la indiferencia respecto de la alternativa. Nos permitimos sólo sugerir prudencia y respeto respecto de esas formas que ante la crisis terminal de desagregación social, económica y política local, regional y mundial representan el connatus, la perseverancia en el ser de la vida social y política. Nunca más cierto que “el ave de Minerva levanta vuelo al caer de la noche”. La filosofía debe acompañar este renacimiento buscando el sentido naciente, la imaginación creadora de estos movimientos, ser su –philia– amiga, celebrar la vida que contienen –ética–, conceptualizar con afecto, sin gravedad –paideia–. La filosofía debe despertar y decir lo que ve, como los hombres duermen y sueñan lo que desean. Esa es la única alianza posible que no traicione nuestra *filosofía-ética-paideia*.

Pero no, mes chers collègues. Nada es tan fácil, aunque si como docentes nos limitáramos a los gradientes éticos señalados ya sería ello una enorme empresa de salud respecto de la enfermedad del mundo que señalara Deleuze. El desafío reside en que nosotros, a parte de todo lo “exterior” dicho respecto de la alternativa, y por lealtad a Deleuze y a las luchas con que cacofoneamos, ***debemos ser una de las formas de la alternativa***. Basta de facilidades, basta de bellas almas que suspiran con el nombre hermoso de Rosa Luxemburgo antes de correr a su kiosco saltando las zanjas donde ella cayó para no mojar sus zapatos italianos. Basta de esa hipocresía: ***filosofía-ética-paideia y punto***.

Los alumnos nos la hacen demasiado fácil, pero se están cansando y celebramos ese cansancio. Que nos obliguen a situarnos, a ser poder o potencia. Porque ellos también están llamados a ser formas de la alternativa. En el claustro docente se acabaron los quioscos a puerta cerrada para los del palo y está estallando la multitud potente para los que unía el miedo, la indiferencia o la resignación. En lo que respecta a los alumnos, comenzó el tiempo de expresar su palabra y exigir, bajo pena de escrache, palabra.

Buenos Aires, Mayo del 2000

UNIVERSIDAD, MULTITUDES Y GENERAL INTELLECT

¿Por qué, a partir del 68, los estudiantes tienden a representar de manera permanente y cada vez más amplia el "interés general" de la sociedad? ¿Por qué los movimientos obreros y los sindicatos se precipitan con frecuencia en las brechas abiertas por esos movimientos? ¿Por qué esas luchas, aunque breves y desorganizadas, llegan "inmediatamente" al nivel político?

Toni Negri y Maurizio Lazzarato, Trabajo Inmaterial y Subjetividad.-

...no encontramos en Marx otro concepto de trabajo que no sea el de trabajo asalariado, trabajo socialmente necesario para la reproducción del capital, por ende ningún concepto de trabajo para restaurar, para liberar...

Toni Negri, Marx más allá de Marx.-

Nuestro propósito en este escrito es ante todo el de dejar constancia afectiva y reconocimiento pleno de gratitud hacia todos los estudiantes, en particular hacia aquéllos que nos ha tocado conocer. En una línea de pensamiento spinozista podríamos sostener que nuestra relación con los estudiantes nos ha potenciado, es decir ha aumentado nuestro poder hacer, pensar, sentir. Dicho en términos aún más spinozistas se podría señalar que los colectivos de estudiantes son una fuente inagotable de pasiones activas, o sea de afecciones que nos permiten aumentar nuestra potencia. Como veremos más adelante el cuerpo colegiado de una clase y su unión con el docente pueden acceder a niveles de belleza estética, de *joia ética* y de invención libertaria increíbles.

En la relación del docente con el estudiante se da aquello que Aristóteles decía citando a Homero: "Cuando dos van en compañía, porque entonces se puede hacer y pensar con más potencia". Como nos hemos acostumbrado a decir, **conceptos son afectos**, y el afecto vivido colectivamente es inmanentemente libertario a condición que siga la brújula del contrapoder, o sea que siniestre al poder. El campo de socialización así logrado es una expresión verdadera de la potencia. Ello no es difícil, simplemente seguir lo que Spinoza llama las *nociones*

comunes, o sea nuestra capacidad para seguir las afecciones que aumentan nuestra potencia en la composición con otros cuerpos y evitar las que la disminuyen. Este es todo el secreto del júbilo ético de Spinoza, y como veremos, algo hay en los estudiantes que les predispone de manera muy especial para no ser corrompidos por el poder, por la tristeza de la trascendencia.

¿Por qué hablamos de la tristeza de la trascendencia? (**Hobbes**). Porque la trascendencia no es exterior, se puede postular como anterior, se basa en relaciones de poder, o sea de tristeza. En los esquemas de trascendencia lo eterno, lo bello, lo perfecto, siempre están fuera de uno y a lo sumo se nos permite acercarnos cuantitativamente, pero cualitativamente nos son ajenos desde el punto de vista ontológico. En cambio en la inmanencia de la potencia participamos de la divinidad, de la perfección, de la eternidad si alcanzamos el júbilo ético con el mismo grado de intensidad que el *Deus Sive Natura* de **Spinoza**. La inmanencia persigue **relaciones** de alegría, pasiones activas, conocimiento por las causas verdaderas que nos provocan nuestros encuentros con los demás y con el mundo. Pero debe recordarse que los del partido de spinozistas están *conjurados* por y hacia el afecto.

Y los estudiantes nos interpelan desde el afecto, y a ese afecto debemos responder. De lo contrario la función docente cae en el terreno del poder, de las autoridades y de la jerarquía. Por el contrario, creemos que el milagro de la creación docente necesita de una íntima relación de afectividad entre alumnos y profesores. Es algo parecido a la maravilla que se da en un concierto cuando éste ha alcanzado ese estadio supremo de la expresión. En el caso del concierto se da una relación afectiva entre director, músicos, y público. Volveremos sobre esta imagen, porque es mucho aún lo que el modo de producción capitalista en su etapa postfordista debe al arte. Nuevamente aquí algo hay en la situación de docencia que nos habilita a semejarla al virtuosismo de un concierto. O al histrionismo de una obra teatral. Notemos ya que en ambos casos, estudiantes y teatro, se trata de relaciones no mercantiles, no contaminadas por la relación salarial. Anticipando de modo casi grosero nuestra conclusión final, tenemos que si nuestra indagación de los procesos de socialización que escapan a la maldición del trabajo está bien guiada, podemos tener ya una brújula respecto de

qué actividades fomentar para el predominio creciente de una esfera pública no mercantil.

Esta cuestión respecto del poder o de la potencia es un punto central de la historia del pensamiento. Cuando decimos que los estudiantes son portadores de potencia, debemos ser muy cuidadosos con ello. La potencia no se desea como el poder, se afirma. La potencia no le pelea ningún espacio al poder porque ella se da a sí misma su propio fin (Aristóteles). Y cierto es que los estudiantes mantienen con el poder una relación muy particular, tan especial como es en su caso la virtual negación del poder, el no reconocimiento de sus reclamos de soberanía. En esto los estudiantes retoman viejas banderas del pensamiento libertario. Sostenemos aquí que los estuDIANtes se enfrentan con el poder desde algo que podríamos llamar **alternativa**. Decimos alternativa en sentido fuerte, en sentido filosófico. La alternativa es el siniestro del poder, porque su sola expresión es la negación de todas las formas de poder. He aquí otro elemento que nos servirá para inventar ese **pueblo por venir** que ansiaba **Deleuze**. Nuevamente aquí, los estudiantes tienen una relación de suma holgura respecto del poder, lo que no hace sino potenciar la predisposición derivada de la no contaminación con la relación salarial.

Cabe aquí señalar los puntos comunes que existen entre una socialización alternativa, o sea, potente, inmanente, libertaria, inventora de nuevas formas de vida y la llamada **teoría del éxodo** desarrollada en el terreno de la filosofía política por el radicalismo italiano post operaísta. Para esa postura, que se pretende revolucionaria y sumamente actual, deben fomentarse todas las formas de **rechazo del trabajo** que se empezaron a manifestar en Italia a fines de los años sesenta y que hoy transitan las múltiples formas del uso de la fuerza de trabajo en pleno posfordismo. La idea consiste en recrear espacios de la esfera pública que, nuevamente aquí, escapen al poder, a la miseria del trabajo asalariado y demás formas de alienación en esta *sociedad de control* que ha devenido el posfordismo contemporáneo. Según estos filósofos esta línea de fuga de rechazo del trabajo desestructura y desestabiliza al sistema de producción capitalista. Nuevamente aquí, los estudiantes pueden ser partípes activísimos de esta forma de autovaloración del trabajo que es el correlato obligado de la desestabiliza-

ción del regimen de producción capitalista y de la desestabilización que produce en las relaciones sociales capitalistas.

¿Por qué la autovaloración produce desestabilización y desestructuración? Ante todo veamos qué es la autovaloración: se trata de las distintas formas que tiene la clase trabajadora de reapropiarse parte de la riqueza social producida y del tiempo social de trabajo necesario a su propia producción y reproducción. Ello obviamente reduce la tasa de ganancia de los capitalistas y los obliga a definir nuevas estrategias que neutralicen en el mejor de los casos, o se reapropien de los cambios operados en la autovaloración. Por otra parte no debe olvidarse que todo esto ocurre en la etapa posfordista del modo de producción, o sea donde el trabajo inmaterial, comunicacional, afectivo, etc. es la nueva base de los procesos de trabajo. Ello hace más poroso al capital respecto de las estrategias que debe enfrentar frente a las multitudes. Nuevamente aquí los estudiantes son un sector privilegiado para conformar estas multitudes *molecularmente revolucionarias* por sus aptitudes para el trabajo inmaterial tal cual fue aquí definido: lingüístico, comunicacional, afectivo, etc.

Y desde estas mínimas cuestiones preliminares avanzamos ya lo que será nuestra hipótesis: el modelo de relación que los estudiantes entablan entre sí, con las instituciones, con el saber y con sus profesores es ejemplo del devenir que la sociedad debiera darse para que emanen de ella las cualidades que hemos hasta aquí destacado: *potencia, alegría, afecto, gratitud, amistad, cooperación, nuevas formas de subjetividad, reinvencción de nuevas formas de vida, etc.* Pero atención a esto. No se trata de emular las relaciones sociales novedosas del colegiado estudiantil, no se trata del calco de cierta ejemplaridad para el resto de la sociedad. Cada multitud tiene sus propias características y deberá en su praxis social libertaria encontrar los contenidos de su acción y los atributos de su singularidad. No obstante ello, insistimos en que los estudiantes son ejemplares por las características que hemos expuesto.

El capitalismo posfordista

Para fundamentar este elogio de los estudiantes que proponemos, (con ello queremos aclarar que no se basa en una postura ingenua ni en una mirada romántica de ellos lo que nos inspira, sino por el contrario las bases que hacen a la relación social que proponen y que nosotros a su vez erigimos en gradiente social) retrotraernos en el tiempo hacia los escritos de Marx. Concretamente, hacia su famoso “Fragmento sobre las máquinas” de los Gründisse. Nuestro propósito es demostrar hasta qué punto las potencialidades sociales del capitalismo en su estadio actual –posfordista– semejan al estado de relaciones sociales y de producción en el aula. O sea, repasemos lo que será nuestro método. Primero repasaremos las contribuciones más importantes de Marx en el célebre fragmento sobre las máquinas. Luego veremos hasta que punto y en qué medida esas condiciones se corresponden con el desarrollo de las relaciones sociales capitalistas en su estadio postfordista, o sea el actual. Finalmente veremos si en el mundo del estudiante se ven reforzadas algunas de esas condiciones de manera de colocar a ese sector en la avanzada de un *gradiente molecular* de reinención revolucionaria.

En el citado fragmento Marx afirma que llega un momento en el desarrollo de las fuerzas sociales de la producción donde todo es social, en donde el trabajo vivo, inmediato, tiende a desaparecer detrás de la omnipresencia del trabajo inmaterial, de la labor de lo que él llama “General Intellect”. En otros términos, llega un punto en que el estado de las artes es de tal desarrollo que se cae abajo todo el andamiaje que sostenía a la sociedad capitalista. Esto es, el anticipo por parte de los capitalistas de cierto capital de trabajo para que los obreros trabajen sobre él. En el estadio actual, en cambio, el capitalista no es necesario ni como proveedor ni como organizador de los recursos a poner en obra en la acción del trabajo.

En este estadio *todo trabajo es social y todo lo social es trabajo*, necesaria, libre y forzosamente colectivo. Y esto es así a tal punto, que se confunden los tiempos de trabajo y de no trabajo. En otros términos en esta etapa del capitalismo es difícil sostener que no se trabaja en determinado momento porque en ese preciso momento se están desarrollando aptitudes que se emplearán en el trabajo y recíprocamente durante el

tiempo de trabajo efectivo se ponen en juego capacidades para el disfrute del tiempo libre. En fin, no nos detendremos aquí porque hacerlo sería alejarnos de nuestro “elogio”, pero aconsejamos vivamente la lectura de los textos de Toni Negri, Maurizio Lazzarato y Paolo Virno, entre otros autores.

Lo importante a retener de estos fragmentos es que la evolución misma de la acumulación capitalista llega a un punto donde se produce una ruptura ontológica en los basamentos mismos de la sociedad del capital. Cuando desaparece el trabajo vivo, inmediato, por insignificante, y cuando toda la riqueza producida es producto del *general intellect*, no hay más bases sobre las que sostener la expropiación de los trabajadores ya que todo el trabajo es social y todo lo social es producto del trabajo del *general intellect*, o sea de los saberes acumulados por la sociedad. Y atención cuando decimos *general intellect* no hacemos referencia a ninguna aristocracia obrera sino al conjunto de aptitudes lingüísticas, comunicativas, afectivas, algebraicas y otras compartidas por todos los miembros de esa formación social.

Pensamos que si Marx puso tanto ímpetu en su Fragmento sobre las máquinas ello se debe a que sería el acta de defunción de la sociedad capitalista ya que todo lo producido es instantánea y ontológicamente social, no habiendo lugar para el plus valor, ni para la apropiación privada de lo producido, *ni trabajo asalariado*. Este es el punto central en nuestro análisis, la culminación del trabajo asalariado, como la forma más *miserable* dentro del universo de relaciones sociales capitalistas. En la etapa actual del modo de producción todo es producto del General Intellect y éste no tiene propietario, es el conjunto de saberes, técnicas, lenguajes, etc., que la sociedad posee en su proceso actual de socialización.

Pero veamos los textos originales que nos hablan de la genialidad predictiva de Marx: “A medida que se desarrolla la gran industria, la creación de la riqueza real depende menos del tiempo de trabajo y del quantum de trabajo empleado que de la potencia de los agentes durante el trabajo y esa potencia, a su vez, su potencia eficaz, no tiene ninguna relación con el tiempo de trabajo inmediatamente gastado en la producción sino que depende más bien del nivel general de la ciencia y del progreso de la tecnología, en otros términos, de la aplicación de la ciencia a la producción.” Y finalmente: “Es el libre desarrollo

de individualidades, en donde ya no se reduce el tiempo de trabajo necesario para producir plusvalor, sino que se reduce el trabajo necesario de la sociedad hasta un mínimo, que se corresponde con la formación artística, científica, etc. de los individuos gracias al tiempo liberado y a los medios creados por todos ellos”.

Y si miramos la historia de las luchas del movimiento obrero, vemos, haciendo una grosera integral, que las demandas pasan del *du travail pour tous* de la revolución francesa del 48, y aún de la del 1789 al rechazo a la oferta de puestos de trabajo del otoño caliente italiano, del mayo francés y sobre todo parte de los actuales piqueteros. No hay en el capitalismo mayor miseria que la de someterse al trabajo asalariado. Es por eso que los autores antes citados proponen un *éxodo* respecto de relaciones sociales basadas en este tipo de salarización. Y, curiosamente, como intentaremos demostrar, las relaciones sociales que nos proponen los estudiantes son un *éxodo* en parte ya efectivizado. Son *éxodo in actus* porque precisamente son el sector social que más escapa a la entrega de las potencialidades propias al trabajo remunerado.

Hasta aquí pueden objetárenos dos cuestiones. Una relativa al estadio de las relaciones capitalistas en la periferia y la otra respecto al no trabajo de los sectores estudiantiles. Con respecto a la primera, efectivamente sería ilusorio decir que en países como el nuestro asistimos a lo que Marx definió como sociedad industrial en su Fragmento. Pero debe aquí tenerse mucho cuidado porque este es un argumento sumamente peligroso. En otros términos, no hace falta que efectivamente la sociedad se encuentre en el estadio descrito por Marx en su Fragmento. Basta con que lo esté virtualmente Y *tendencialmente*, y es aquí donde la objeción se desmorona aún antes de agregar que son muchos los sectores avanzados de la producción aún en un país como el nuestro.

Con respecto a la segunda objeción, cierto es que en el mundo subdesarrollado el trabajo se da a una edad más temprana que en los países de la OCDE y que son muchos los estudiantes obligados a pesar suyo a trabajar para lograr su sustento o aún colaborar con la familia. Pero, nuevamente aquí, lo que interesa es decantar lo esencial y desde ese punto de vista podemos convenir que los alumnos no pueden ser genéricamente tomados como trabajadores, aunque más no sea porque

sostienen con el trabajo una relación ocasional, temporaria y supeditada a las exigencias de sus actividades escolares o universitarias. Los casos de bolsas de trabajo, pasantías y demás formas de contractualismo laboral para estudiantes son muestra de la especificidad con que son encarados por los capitalistas y por las instituciones. La Universidad en primera línea.

Y aquí llegamos a un punto por demás interesante, cual es la animadversión, por no decir la violencia, con que los patrones y funcionarios encaran su relación con los estudiantes. Pierden el norte, se sacan, y todo ello por tener frente a sí a ciudadanos que o reniegan del trabajo o lo consideran un mal necesario y subalterno. Tanto desde la legislación laboral, como de las ofertas de empleo para estudiantes y la gestión que se hace de ellas institucionalmente, es claro el maltrato al que son sometidos. *Y ello es porque al negarse a la relación salarial son potenciales revolucionarios.*

El capital y sus representantes –capitalistas, gerentes, funcionarios públicos– se asfixian cuando determinados grupos –estudiantes, huelguistas, desempleados, minorías étnicas, sexuales, piqueteros, etc.– miran con desprecio los dones que vienen a ofrecerles. Y esto sucede entre nosotros todo el tiempo. ¿Por qué entonces no dar visibilidad a estos vanguardistas? Y si empezamos un prolijo inventario de estas situaciones, este éxodo es masivo y pone fuera de sí al capital. En un plano más general, baste recordar cómo los movimientos operarios de fines de los setenta en Italia, con su negación del trabajo asalariado, pusieron fuera de quicio a los empresarios, quienes, Berlusconi en primer término, se afanaron en destruir los movimientos operarios autonomistas.

El capitalismo y sus agentes pueden tolerar que se pidan aumentos de sueldos, reducción en las jornadas de trabajo y demás condiciones generales de la puesta en explotación de la mano de obra, pero guayyyy!! de que se desprecie y aún más de que se rechace el trabajo. Y eso es lo que representan los estudiantes para esos capitalistas y funcionarios. Creemos que estas reflexiones pueden esclarecer algunos puntos en materia de ofertas de trabajo para estudiantes, pasantías, bolsas y demás. Desde este mismo ángulo puede también explicarse la poca simpatía de los sectores de poder frente a la universidad como un todo.

Porque la universidad alberga a esos grupos de inadaptados que están despreocupados, cuando pueden, de conseguir un trabajo. Porque en esa institución universitaria se practica la gratuidad –mala palabra si las hay para el espíritu del capitalismo–. Y así como felizmente asistimos a iniciativas estudiantiles que toman cuenta de su potencia y tratan de hacerla efectiva y de difundirla, debemos constatar que lamentablemente la Universidad no hace jugar su *alternatividad* en el complejo juego de las relaciones sociales. En vez de cobijar las experiencias más vanguardistas de sus miembros los abandona ahogada en cuestiones burocráticas.

Corolario

Hemos hablado del general intellect. Si bien dijimos que éste no se relaciona únicamente con el patriciado calificado de los trabajadores, es indudable que la ciencia aplicada y el desarrollo de las ciencias duras tienen una gran incidencia en la fuerza productiva de la sociedad como un todo. Siguiendo entonces el razonamiento de Marx, está fuera de todo cálculo la contribución de la institución universitaria a la producción de la riqueza social en épocas postfordistas como la actual.

Decimos esto porque creemos que el debate del financiamiento universitario está totalmente invertido. No es la sociedad a través del presupuesto público la que está financiando a la universidad. Es la universidad, a través de su enorme contribución al general intellect la que está permitiendo la creación de riqueza apropiada por capitalistas privados y permitiendo la reproducción social con tiempos de trabajo cada vez menores.

En conclusión, la universidad debiera cobrarle a los capitalistas por su participación más que significativa en la creación de riqueza apropiada–expropiada privadamente. Tan lejos estamos de un debate como éste que lo presentamos como corolario y lo situamos al final de este trabajo. Pero es sin duda en este sentido que la realización de la nueva individualidad social que soñó Marx que los eventos debieran conducirse.

Aún más, los agentes de este aggiornamento de contribuciones a la riqueza podrían tener como agentes a las multitudes de estudiantes que molecularmente la universidad sepa producir.

HOMICIDIOS EN AMÉRICA DEL SUR: LOS POBRES, ¿SON PELIGROSOS?

*por Mamadou Camara y Pierre Salama**

En principio, es difícil medir la violencia. Efectivamente, se pueden dar cifras sobre un aspecto de la violencia a partir de las estadísticas publicadas por las autoridades policiales o judiciales de distintos países pero, el otro aspecto -ciertamente el más marginal-, es difícil de evaluar ya que las informaciones dependen de la confianza en la policía y en la justicia que, por lo general, abunda poco en América del Sur. Otro problema que presenta la cuantificación de este fenómeno emana de la existencia de diversos grados de violencia. Estos diferentes grados que van, por ejemplo, desde el homicidio doloso hasta los delitos en materia de droga pasando por el abuso sexual, los golpes y heridas, robos a mano armada, estafas y delitos referidos a falsificación de moneda, plantean dificultades en lo que respecta a la asociación de los actos violentos. Para sortear esta dificultad así como también la relacionada con las diferencias en la calificación o percepción de un mismo acto, hemos decidido tomar en cuenta sólo los homicidios dolosos¹.

Para hacerse una idea de la importancia de los índices de homicidio en América del Sur, los hemos comparado con los de Francia. En reglas generales, los índices de homicidio en América del Sur son mucho más altos que los que se observan en Francia. Cabe tener en cuenta tres puntos: los índices de homicidio difieren enormemente según el país, todos tienden a crecer excepto el de Bolivia en el período 1995-2000. Estas cifras difieren mucho: son muy elevadas en Colombia y Bolivia,

* Economistas, Cepn-Cnrs y Greitd, París 13.

¹ En la clasificación internacional de la mortalidad, elaborada por la Organización Mundial de la Salud, está considerado como homicidio doloso toda muerte provocada por la acción dolosa de otra persona. Esta definición permite excluir las muertes causadas por accidente, mala praxis, guerras civiles y suicidios. Los márgenes de error existen, pero son bajos. Esta estadística es pertinente para medir la magnitud de la violencia en la medida en que corresponde al grado más extremo. Para los otros tipos de violencia, las encuestas hechas a las víctimas son más confiables que las declaraciones ante la policía pero, por definición, excluyen los homicidios.

significativas en Brasil, Venezuela y Ecuador, medias en Uruguay y Paraguay, bajas en Chile, Perú y Argentina, donde los índices no son muy distintos a los observados en Francia, al menos para 1995. La evolución de los índices de homicidio también difiere según el país: suben mucho en Argentina y Venezuela pero bajan considerablemente en Bolivia. Aumentan relativamente poco en los otros países. Al considerar entonces cada país por separado, observamos dos cosas: una gran heterogeneidad de los índices de cada país según la ciudad o los barrios²; en Colombia, una caída importante del índice de homicidio en las grandes urbes desde 1993 y una fuerte escalada de estos índices en las ciudades más chicas³.

Ahora bien, ¿son los pobres, los principales responsables de esta situación? Las políticas represoras ¿pueden ser eficaces y reducir de manera significativa los índices de homicidio o acaso habría que revisar las políticas de desarrollo dominantes en estos países? Las respuestas a estas preguntas por parte de los economistas son diversas. El objeto de este artículo es, en primera medida dar un panorama del estado de cosas. Luego, analizar y discutir la influencia de las distintas variables económicas sobre el índice de homicidio a partir de un test econométrico llevado a cabo en algunos países de América del Sur entre los años 1995-2000. Por último, mostrar que, si bien la violencia y su crecimiento tienen con frecuencia raíces de orden económico, sería absurdo limitar la explicación de este fenómeno al determinismo económico. El enfoque de la violencia, exclusivamente desde el punto de vista de la economía es ilustrativo pero también limitado y hasta engañoso. Es además peligroso porque induce a numerosos economistas y estrategas a atribuir el desarrollo de la violencia a causas económicas que convendría corregir (de allí la ayuda material a los pobres), o al resultado de una decisión racional (de allí un aumento de la represión). Ahora bien, la comprensión de la violencia se encuentra en la intersección de numerosas disciplinas. Ciertos factores económicos son variables de tipo “proxy”: el efecto aparente sobre la magnitud de los homicidios provie-

² Ver para Brasil: Chadarevian C.D. (2003)

³ Ver Levitt y Rubio (2000), sin embargo, hay que destacar que a pesar de la disminución de estos índices en las grandes ciudades, aún son muy superiores a las medias nacionales, sobre todo en Medellín.

ne, en realidad, de sus consecuencias sobre factores de índole sociológica e incluso antropológica que inciden a su vez en el grado de violencia. Vamos a mostrar que, más allá de un determinismo económico exclusivo, la disminución de la violencia pasa por una mayor cohesión social, la que impone otra manera de pensar la economía y los modos de inserción de estas economías en la economía-mundo.

I.- Panorama de los trabajos econométricos: pobreza, desigualdad, debilidad de la represión: ¿factores constitutivos de la expansión de la violencia?

Con la ayuda de tests econométricos, Fajnzylber, Lederman y Loaysa⁴ (2001, 2002) señalan que el ingreso per cápita puede no tener influencia sobre el grado de violencia cuando las desigualdades no varían, pero que, a la inversa, cuando las desigualdades aumentan y el ingreso per cápita crece poco, la pobreza entonces tiende a aumentar y esto sí explica el aumento de los homicidios. De un modo un tanto simplificado podría entonces decirse que “La desigualdad en la riqueza y en los ingresos incita a los pobres a iniciarse en el crimen...” (Berro, 2000, p.7). Esta opinión encuentra un eco cierto en numerosos universitarios y políticos que ven a los pobres como la “*nueva clase peligrosa*”⁵.

Sin embargo, numerosos estudios econométricos cuestionan la relación pobreza-violencia. El análisis del caso colombiano es particularmente instructivo: pobreza considerable, desigualdades consecuentes, narcotráfico e índices de homicidio sumamente altos. El estudio de Sarmiento (1999) muestra

⁴ La muestra considerada en el estudio de Fajnzylber, Lederman y Loaysa (2001, 2002) se refiere también a los países de África subsahariana, sudeste asiático, Europa del este y América latina y de la OCDE en el período 1970-1994. A pesar de la importancia de los lazos establecidos entre la violencia y los factores económicos, se puede considerar que la heterogeneidad de la muestra, sobre todo considerada desde el punto de vista de las características culturales de cada uno de estos países, reduce la pertinencia de los resultados obtenidos tanto más porque los autores no introducen efectos fijos.

⁵ La mejora del nivel de vida de los pobres (“programa hambre cero”) en Brasil debería, según el responsable de este programa, disminuir la peligrosidad de los habitantes pobres del nordeste que viven en las grandes ciudades del sur y del centro como San Pablo, punto de vista que luego fue rechazado por numerosos miembros del gobierno de Lula.

que no hay relación entre pobreza y homicidio. La variable explicativa pertinente sería el aumento de las desigualdades. Según Sánchez Torres y Núñez Méndez (2001), al analizar el período 1991-1998 a partir de una muestra de 769 municipios, la pobreza tiene un leve efecto sobre el índice de homicidio (-0,02) pero el coeficiente no es significativo. Las variables más importantes están ligadas al narcotráfico y a la guerrilla y a variables más directamente económicas tales como la desigualdad patrimonial y la ineficacia en la lucha contra el narcotráfico. Según estos economistas, la relación pobreza-homicidio en realidad no sería lineal sino más bien del tipo U invertida: el índice de homicidio crece, en la medida en que la pobreza aumenta, hasta un determinado umbral de pobreza. Más allá de este umbral, el índice de homicidio disminuye mientras que la pobreza continúa creciendo. Para otros autores como Peralva: "sea cual fuere la importancia de las desigualdades sociales... no es posible ignorar que los índices de delincuencia aumentan precisamente cuando las desigualdades disminuyen" (2001, p.8), en el caso de Brasil, país que se caracteriza tanto por sus marcadas desigualdades como por una elevada violencia. Peralva observa por último que a los índices elevados de Desarrollo Humano regionales corresponden índices de fuerte criminalidad y lo mismo ocurre inversamente.

La falta aparente de relación entre lo económico y la violencia es una idea compartida por numerosos investigadores de las ciencias sociales. En este sentido, podría agregarse que con el fin de la hiperinflación en Brasil (1994), el nivel de vida de los pobres ha crecido más que el de otros estratos de la población durante los dos primeros años de relativa estabilización de los precios. Después del crecimiento económico, las desigualdades y el nivel de pobreza⁶ disminuyeron. Es cierto que esta evolución favorable para los pobres no perduró y que los índices que miden la pobreza y la desigualdad tendieron a estabilizarse con leves fluctuaciones pero, sean cual fuere esta evolución, el índice de homicidio siguió subiendo: pasó de alrededor 40 por 100.000 a fines del año 1992 en el área metropolitana de Río a 70, a fines de 1995, es decir a un nivel cercano al de ciertas ciudades colombianas. En San Pablo pasó de 43 a 52

⁶ Medida por la distancia en los ingresos de los pobres con respecto a la línea de pobreza.

por 100000 entre esas mismas fechas (Viegas Andrade y de Barros Lisboa, 2000; p. 387).

El índice de homicidio a veces evoluciona bruscamente, pasando de un estado de relativo equilibrio a otro, lo que sugiere la existencia de equilibrios múltiples que se suceden en el tiempo. En Colombia, la violencia aumentó fuerte y súbitamente en los ochenta y decreció luego de manera significativa en las grandes ciudades. Según Gaviria y Vélez (2001), la explicación del pasaje de un equilibrio a otro sería la probabilidad cada vez menor de ser arrestado y condenado. La expansión del narcotráfico sería la principal causa del pasaje de un equilibrio a otro ya que la insuficiencia del gasto público destinado a la represión no posibilitaba la investigación de cada homicidio cometido y, aun cuando estas investigaciones tuvieran lugar, el número insuficiente de magistrados provocaría el colapso de los tribunales. Por falta de medios cada vez se hacen menos sumarios, lo que conduce, junto a los tribunales colapsados, a una disminución de la probabilidad de ser arrestado y castigado. La probabilidad de ser acusado por homicidio pasa del 48% en 1980 al 40% en 1981, vuelve a subir levemente en 1983 (un 46%), cae luego un 38% en 1986 y un 16 a 17% en 1992 (Gaviria y Vélez, 2001). La baja de la probabilidad actúa como "detonante"⁷ permitiendo comprender el pasaje de un grado de violencia a otro más elevado. Según este enfoque, la mayor impunidad conduce a un incremento de los índices de homicidio. Esto lleva a los autores a decir que: "Los narcotraficantes desempeñaron distintos roles en el surgimiento de la violencia en Colombia. Por un lado, generaron la violencia en forma *directa* a través de sus actividades, y por otro lado, produjeron violencia *indirectamente* a través de distintas intervenciones criminales y externas: colapso del sistema jurídico, transferencia del saber criminal (por ej: aprendizaje), aumento en la disponibilidad de armas y creación de una "cultura"⁸ del dinero fácil y

⁷ Se reconoce aquí un razonamiento de tipo beckeriano fundado en el arbitraje entre el interés del crimen cometido y el costo que éste podría implicar, medido en sí mismo por la probabilidad de ser castigado, completada con la idea de un choque externo (en este caso, el crecimiento del narcotráfico) lo que explica el pasaje de un equilibrio a otro.

⁸ La referencia a la cultura no es muy frecuente por parte de los economistas. La cultura es muy a menudo "**recuperada**" cuando se busca encerrar lo no económico en lo económico a partir de esta hipótesis particular de la racionalidad.

de la resolución violenta de los conflictos” (p. 179 y 180). Inversamente, después de haber bajado considerablemente desde fines de los años setenta, el incremento del “índice de captura” por homicidio en las grandes ciudades a partir del año 1996, aumenta la probabilidad de ser encarcelado y condenado conduciendo esto a una reducción del índice de criminalidad (Sánchez Torres y Núñez Méndez, p. 317)⁹.

Vamos a retomar ahora estos aspectos con la ayuda de los tests econométricos.

II.- El análisis económico de las causas de la violencia es fructífero

1. El procedimiento econométrico:

Hemos considerado una muestra de países de la misma región, América del Sur. La muestra está compuesta por diez países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Perú, Paraguay, Uruguay y Venezuela. La variable explicada será el cálculo del índice de homicidio (por cada 100.000 habi-

dad de los agentes, pero entonces, ella pierde su poder explicativo: al ser recuperada en cierta medida queda esterilizada. Sin embargo, la cultura a veces está presente entre los economistas cuando se hace referencia a las normas aceptadas y rechazadas. En el caso de los neo-institucionalistas como North, por ejemplo, la violencia creciente podría ser interpretada como la manifestación de la imposibilidad de los actores para establecer los acuerdos en el marco institucional existente en un momento dado. La violencia se convertiría de alguna manera en un medio legítimo para resolver los conflictos y alcanzar los objetivos de enriquecimiento buscados. Esta legitimidad explicaría entonces el efecto contagio observado.

⁹ Aproximadamente el índice de homicidio baja en las grandes ciudades (en 1991 en Medellín, 1994 en Bogotá y 1993 en Cali) algunos años antes del aumento del índice de captura. El paralelismo entre el gasto público afectado a la seguridad, defensa y justicia y la evolución del índice de homicidio muestra que hubo un desprendimiento importante en la primera mitad de los años setenta, del orden de la mitad del porcentaje del PBI (4% al 2% del PBI), sin que haya habido en esta época una escalada importante de la violencia (Esteban Posada y González, 2001, p. 134). Esta aumenta muy sensiblemente en la segunda mitad de los años ochenta, período caracterizado ciertamente por la “bonanza” de la cocaína y la relativa estabilidad del gasto en seguridad, a una cifra que es sin embargo en un 50% superior a aquella de los años 1975-1983. Es cierto también que la suba de este gasto a partir del año 1992 (en 1998 el monto alcanza al 4,6% del PBI) es paralela a la caída de el índice de homicidio en las grandes ciudades.

tantes) estimada a partir de datos provenientes de varias fuentes, entre ellas la oficina de las Naciones Unidas para el crimen y la droga, la Organización internacional de policía, la base de datos sobre mortalidad realizada por la Organización Mundial de la Salud y el Centro brasilero sobre la coyuntura del crimen¹⁰. Los tests efectuados comprenden el período 1995-2000 que corresponde al final de la hiperinflación y el retorno al crecimiento económico en América del Sur.

Hemos seleccionado ocho variables económicas aptas para explicar la evolución (y no el nivel ciertamente elevado) de la violencia en América latina a lo largo del período reciente: 1) la eficacia del sistema de represión del crimen (EFFSR). Este indicador expresa el porcentaje del número de casos de homicidio resueltos con respecto al número total de homicidios y está calculado a partir de las mismas fuentes que el índice de homicidio. 2) El sector del 40% más pobre según el ingreso disponible (PPRN) y el sector del 10% de los más ricos según el ingreso nacional (PRRN). Estos indicadores fueron extraídos de diversas publicaciones, esencialmente de la Cepal y de la Cnuce¹¹. 3) El indicador de desarrollo humano (IDH)¹² es extraído de los informes anuales del PNUD. 4) El cálculo del PBI per cápita (PIBH), el índice de crecimiento anual del PBI (Croiss), el índice de urbanización (URBA) y finalmente el índice de escolarización secundaria (SCOLSEC) están tomados de la base de datos del Banco Mundial y de la Cepal¹³.

¹⁰ Cfr. respectivamente www.odccp.org, www.interpol.int, www.conjunturacriminal.com.br

¹¹ Como hemos indicado, estos dos indicadores nos parecen más pertinentes que el coeficiente de Gini. Por otra parte, el 40% de la población más pobre corresponde más o menos a la magnitud de la pobreza, pero aquí se trata, más bien de un indicador de distribución de ingresos.

¹² Recordemos que el indicador de desarrollo humano se construye a partir de los siguientes cuatro elementos: esperanza de vida al nacer, alfabetización de adultos, índice bruto de escolarización combinado y PBI per cápita en paridad con poder adquisitivo.

¹³ Habríamos podido agregar otras variables de tipo micro, con el riesgo de sobrecargar el test, como por ejemplo la cantidad de años desde la llegada a la ciudad, el índice de divorcio, el tipo de familia, etc. (Gaviria y Pages, 1999). Si nos hubiéramos interesado en los criminales para analizar los motivos de sus acciones, la consideración de la frecuencia de sus actos delictivos habría sido pertinente si la eficacia de la represión fuera lo suficientemente importante como para que la muestra sea pertinente, lo que está lejos de ser nuestra pretensión, en este caso (ver Viegas Andrade y col. 2000).

Nuestro procedimiento econométrico se realiza en dos etapas:

a) En un primer momento, establecemos una matriz de correlaciones. El interés de esta matriz es triple. Primero permite identificar las variables con alto índice de correlatividad entre sí como pueden serlo naturalmente SCOLSEC y el IDH o bien el PIBH y el URBA. Luego, permite identificar la índole de las relaciones (positivas o negativas) entre el cálculo del índice de homicidio y las diferentes variables explicativas. Por último la matriz de correlación completa que integra los "dummy" o efectos fijos¹⁴ introducidos por cada país, permite ubicar en cada serie la posición que ocupa la estadística del país con relación a la media. Gracias a este relevamiento podemos establecer a continuación los diferentes grupos de países cuyas especificidades deben ser tenidas en cuenta para dar un alcance más general a los resultados obtenidos en las regresiones.

b) La segunda etapa de nuestro procedimiento consiste en testear a través de una serie de regresiones econométricas un modelo explicativo de la violencia. En esta etapa se tratará de estimar las elasticidades que relacionan el cálculo del índice de homicidio a las diferentes variables explicativas tomadas simultáneamente: primero en un modelo general, luego en tres modelos con efectos fijos, lo que nos permitirá identificar entre los ocho factores aquellos que expliquen *aparentemente* mejor la evolución de los homicidios. La técnica econométrica utilizada es la de los mínimos cuadrados ordinarios en datos de panel.

2. Las enseñanzas de la matriz de correlación

Conforme a la lógica de nuestro procedimiento, partimos de este extracto de la matriz de correlación para hablar de los mecanismos económicos susceptibles de apoyar una relación entre el cálculo del índice de homicidio y las diferentes variables.

¹⁴ La variable toma el valor 1 para este país y 0 para los otros. Este efecto trata de captar todo lo que el modelo que hemos especificado no toma en cuenta para explicar bien el fenómeno que hemos elegido estudiar.

Coefficientes de correlación entre el logaritmo del índice de homicidio y diferentes variables;

CROISS	EFFSR	PPRN	PRRN	IDH	logPIBH	URBA	SCOLSEC
0,005	-0,09	0,11	0,17	-0,16	-0,08	0,17	-0,41

Observamos que las correlaciones tomadas de a dos (variable explicada y variable explicativa) tienen todas el signo esperado, salvo la CROISS y la PPRN. Para facilitar la exposición, clasificaremos los valores obtenidos según tres niveles: bajo (hasta 0,15), medio (hasta 0,30) y por último alto.

Los coeficientes de correlación bajos son la “velocidad” del crecimiento¹⁵ (CROISS), la eficacia del sistema represivo (EFFSR), el sector del 10% de los más ricos (PPRN), el aumento del PBI per cápita (logPIBH). El primer factor (cuyo valor es muy bajo) no tiene el signo esperado puesto que el crecimiento va acompañado de un leve aumento del índice de homicidio. Esta paradoja se explica probablemente por el modo de crecimiento vigente en los años noventa. En efecto, el crecimiento afecta a otros factores identificados como determinantes de la violencia sobre todo cuando éste va acompañado de un aumento de las desigualdades ya que es particularmente volátil y reticente en la creación de empleos formales pero generoso en la creación de empleos informales (Salama (2002), Camara (2001)). La relación entre el sector del 40% de los más pobres y la violencia, positiva aunque no muy elevada (0,11), es igualmente sorprendente. La interpretación de esta correlación positiva reposa probablemente en la constatación de que el primero e incluso el segundo décimo de la muestra, excluidos del crecimiento ya que están situados en el grupo de empleos informales de estricta supervivencia en razón de su baja calificación, sufre una relativa declinación en beneficio del cuarto décimo, por ejemplo. Esta hipótesis se ve corroborada por una mayor importancia de los índices de criminalidad que se dan entre los pobres respecto de los del conjunto de la población. Por último,

¹⁵ Recordemos que testeamos la variación del índice de crecimiento, de ahí viene esta expresión.

el aumento de la eficacia del sistema represivo incide, como hemos visto, sobre el índice de homicidio, pero de manera irrelevante, así como el aumento del PBI per cápita. En este último caso, la baja correlación se explica por la evolución concomitante de las desigualdades en la distribución del ingreso. En efecto, el modo de crecimiento de los años noventa es particularmente volátil y los primeros años de recuperación económica van acompañados de un efecto de histéresis debida al mantenimiento de las desigualdades acentuadas por el desarrollo de la crisis¹⁶.

Los coeficientes de correlación medios tienen todos el signo esperado: más desigualdad y creciente urbanización, favorecen la escalada de homicidios, pero un aumento del IDH permite su baja en la medida en que traduce una mejora de la calidad de vida. El coeficiente de correlación entre el sector del 10% de los más ricos (PRRN) y la violencia es de 0,17 y sugiere que un aumento del ingreso en beneficio de los muy ricos acentúa la violencia ya que al seguir creciendo, las desigualdades son percibidas como anormales por aquellos que no se benefician con el retorno al crecimiento económico luego de haber sufrido los efectos de la crisis. Tal situación engendra violencia al concebirse como una injusticia insoportable. La relación entre la urbanización creciente de las sociedades latinoamericanas y la evolución de la violencia es positiva¹⁷. Es un resultado esperado: traduce los efectos de la expansión del sistema

¹⁶ Este fenómeno de histéresis esencialmente se explica por la acentuación de las desigualdades al momento de la crisis, crisis cuyos efectos están más desacelerados que en los países desarrollados en razón de la débil protección social de la mayor parte de la población. Los servicios públicos, entre ellos la escuela y la salud, particularmente sufren recortes en el gasto tendientes a recuperar el equilibrio presupuestario. La duración media de la escolaridad cae y su calidad disminuye. Los niños pobres frecuentan menos asiduamente la escuela y trabajan más. La búsqueda de actividades de supervivencia a corto término, que se ha vuelto necesaria por la crisis, la calidad y la duración de la escolaridad más bajas, la reducida protección sanitaria, la mayor insuficiencia de la nutrición, disminuyen en ciertos casos de manera irreversible la capacidad de salir de la pobreza una vez reestablecida la recuperación económica (Salama, 2002).

¹⁷ Hubiera sido necesario ser más precisos y distinguir según la antigüedad de la urbanización. Podemos considerar por ejemplo que la calidad de urbano de segunda generación puede ser más difícil de soportar cuando el empleo formal es escaso y que las perspectivas de mejora del nivel de vida se tornan más oscuras cuando la movilidad social, que ya era débil, baja.

informal, del subempleo en las grandes ciudades, expansión que se debe al modo de crecimiento específico de estos años y cuyos efectos son tanto más elevados al aumentar la urbanización. Más fundamentalmente, y más allá de la especificidad ligada al modo de crecimiento, la urbanización va de la mano de la disolución de las solidaridades clánicas y familiares que conducen a la fragilización de los códigos de valor¹⁸ considerados aquí en su más amplia acepción.

El coeficiente de (-0,41) sugiere que un aumento de la escolarización secundaria permite disminuir en gran medida la violencia extrema. Menor marginalidad, más ingreso y un trabajo más interesante pueden disminuir las tensiones, las frustraciones y por consiguiente, la criminalidad. Esta relación no es probablemente lineal. En su conjunto, la relación es clara y precisa sobre el período y la muestra observados y permite entrever de qué manera los homicidios podrían evolucionar gracias a una política ambiciosa de educación infantil en las capas más bajas de la población.

3ro. Los resultados de los tests econométricos son a veces sorprendentes:

Al rever las relaciones que pueden ser establecidas entre la violencia y los determinantes económicos nos vemos obligados, en esta segunda etapa, a testear dos variantes del modelo econométrico, en datos de panel respecto del período 1995-2000, para los diez países de América latina¹⁹:

¹⁸ Se observa un fenómeno semejante en las sociedades donde los códigos de valores fundamentan su solidez en la fuerte presencia de la religión. Con la urbanización, la religión puede perder esa capacidad para mantener los códigos de valores y dejar de constituir un factor de estabilidad en ciertas sociedades. Controvertida por una relación diferente con la religión que cuestiona la secularización de los religiosos en ciertos países musulmanes, alcanzada por la religiosidad y una vuelta a los valores supuestamente tradicionales, incluso míticos, la religión "oficial" enfrenta un crecimiento de la violencia "en nombre de Dios" a cargo de grupos neo-fundamentalistas que versan sobre la "desclasamiento" sufrido por un sector más o menos importante de la población (Roy O., 2002). La evolución de la demografía y de la educación pero también de las estructuras familiares frente a la modernización y urbanización (Todd. E. 2002) pueden conducir a una liberación (difusión) de la violencia. Una violencia que no necesariamente tiene un objeto político, como veremos, si bien puede surgir de un replanteo de la legitimación "no mercantil" de los gobiernos.

¹⁹ Para prevenir los problemas de auto correlación entre las variables relacionadas entre sí por construcción como por ejemplo entre el PIB, la escolariza-

$$(1) \text{Log(Hom)} = \text{constante} + a\text{EFFSR} + b\text{PPRN} + c\text{PRRN} + d\text{IDH} + e\text{LogPIBH} + f\text{croiss} + g\text{Urba} + h\text{Scolsec} + ut$$

$$(2) \text{Log(Hom)} = \text{constante} + b\text{PPRN} + c\text{PRRN} + d\text{IDH} + e\text{LogPIBH} + f\text{croiss} + g\text{Urba} + h\text{Scolsec} + ut$$

La segunda variante del modelo elimina la eficacia de la represión. Los resultados son los siguientes:

La estimación del primer modelo permite identificar como determinantes de la violencia en América latina a partir de la segunda mitad de los años noventa seis factores principales (en negrita)²⁰: la eficacia del sistema represivo, la urbanización, el ingreso por habitante, la escolarización, el aumento del sector del 10% de los más ricos en el ingreso nacional así como la eficacia del sistema represivo. Como se observa en el cuadro, todos los coeficientes tienen el signo esperado. De este modo, aparecen como fuentes de violencia:

-la urbanización creciente: la elasticidad es elevada, positiva y significativa con un piso del 1%. Una aceleración de un punto del índice de urbanización se traduce en un aumento de la violencia del 15,6%. La solidaridad puede presentar fisuras y basta que las oportunidades de empleo sean escasas para que se multipliquen las actividades informales, de estricta supervivencia y para que la violencia tenga más posibilidad de desarrollarse, probablemente aún más en los habitantes urbanos de segunda generación que aquellos que acaban de migrar del campo;

-una evolución de la distribución del ingreso: un alza de un punto del sector del 10% de los más ricos acentuaría la violencia extrema del 3,27%. Este resultado es acorde con la idea de que la acentuación de las desigualdades explicaría la tendencia creciente de la violencia en América del Sur.

ción y el IDH o las variables de distribución del ingreso (PPRN y PRRN), nuestras estimaciones son corregidas por la matriz de White a fin de evitar las autocorrelaciones entre las variables.

²⁰ Tradicionalmente, la comparación entre la estadística de Student estimada y la que figura en las tablas usuales permite determinar los pisos de pertinencia. El programa Eviews que utilizamos nos da directamente esos pisos. Por ello, reemplazamos todos los pisos superiores al 10% por NS (no significativo).

Los efectos producidos por estos factores pueden ser atenuados por una mayor eficacia del sistema represivo, un crecimiento económico sostenido y un mayor esfuerzo respecto de la escolarización secundaria. En efecto, según las estimaciones del modelo (1) se observa que:

-el aumento de la eficacia del sistema represivo incide de manera importante sobre el índice de homicidio. Este efecto será evaluado nuevamente luego de la introducción de efectos fijos en tanto aparezcan situaciones diferentes entre los países tanto a nivel de las índices de homicidio como de la eficacia del sistema de represión;

-un aumento del crecimiento económico (logPIBH) del 1% se traduce por una baja de los homicidios del 2,57%, a la inversa del efecto debido al aumento del ritmo de crecimiento (CROISS) que vimos anteriormente. Este efecto permite afirmar que una parte de la violencia en la región emana de las difíciles condiciones de vida. Una mejora de la calidad de vida de los pobres reduce los homicidios que antes estaban ligados a la expansión del segmento criminal de la economía.

-el tercer factor que contribuye a la reducción del índice de homicidio en América del Sur está constituido por el alza del índice de escolarización. Según los resultados de la estimación, el alza de un punto del índice de escolarización secundaria a nivel regional se traduce por una baja de los homicidios del 3,15%.

La segunda variante de este primer modelo, caracterizada por la exclusión de la eficacia del sistema represivo como factor explicativo de la violencia, no cambia sustancialmente la naturaleza de los resultados. En este modelo (2) aparecen como factores de agravamiento de la violencia: la creciente urbanización, el alza del sector del 40% de los más pobres y en menor medida el alza del sector del 10% de los más ricos. El hecho de que el alza de un punto en el sector del 40% de los más pobres se traduzca en un aumento de los homicidios del 0,11% puede parecer contradictorio con la idea más difundida de que la distribución favorable del ingreso a los más pobres lleva a bajar el índice de violencia. Como hemos notado anteriormente, la relación levemente positiva puede explicarse por la acentuación de las desigualdades entre el primero y el cuarto décimo paralelo

al mejoramiento de este *ratio*: el reparto desigual del crecimiento del ingreso entre pobres es susceptible de aumentar la violencia. Esta idea es sumamente interesante si se combina el efecto de la desigualdad entre pobres al producido por la desigualdad entre pobres y ricos. Efectivamente, según los resultados de la estimación del modelo (2), el primer efecto predomina sobre el segundo en términos del grado de significación aunque la flexibilidad del alza de los homicidios ligados a la desigualdad en beneficio de los más ricos (3,08) es más alta que la de los homicidios ligados al crecimiento del 40% de los más pobres. Se puede entonces deducir que muy probablemente la combinación entre el tenor de la pobreza y la desigualdad entre pobres (ambos mensurables) constituye un elemento clave de la relación entre desigualdad y violencia que tests ulteriores deberían confirmar²¹.

Una crítica que podría hacerse a nuestros resultados es la de no haber tenido en cuenta la especificidad de algunos países ya que se trata de un sesgo importante y susceptible de cambiar la naturaleza de los resultados²². Tendremos entonces en cuenta este sesgo y estimaremos el modelo introduciendo *efectos fijos*. Estos últimos apuntan a detectar las especificidades de ciertos países²³. Basándonos en un cuadro completo de la matriz de correlaciones (anexo) identificamos tres grupos de países que al ser tenidos en cuenta en las estimaciones permite corregir varios sesgos.

1) el grupo Brasil, Chile se caracteriza por poseer los índices de eficacia del sistema represivo más elevados. Estos países se posicionan además como dos economías dominantes y sobre todo Brasil tiene la particularidad de ser muy desigual.

2) el segundo grupo comprende Argentina, Chile y Uruguay. Este grupo tiene la particularidad de poseer los indicado-

²¹ No pudimos testear esta relación ya que los datos son insuficientes para los países y sobre todo los años.

²² Recordemos que es la crítica que hemos hecho a los tests de Fajnzylber y col (2001, 2002).

²³ Para ser más claros, demos un ejemplo: si un país tiene importantes desigualdades en el ingreso, su presencia influye significativamente en los resultados obtenidos por el análisis de la muestra. Poner un efecto fijo sobre este país permite analizar y apreciar mejor el efecto sobre la violencia que las desigualdades presentes tienen en los otros países.

res de desarrollo humano y los índices de escolarización secundaria más importantes de la zona.

3) el tercer grupo formado por Bolivia y Colombia es el que posee el nivel de violencia más alto y la más baja eficacia del sistema represivo. Estos países tienen la particularidad de ser importantes productores de droga.

La toma en cuenta sucesiva de estas especificidades nos conduce a estimar tres tipos de especificaciones:

$$(3) \text{ Log(Hom)} = a\text{EFSR} + b\text{PPRN} + c\text{PRRN} + d\text{IDH} + e(\text{LogPIBH}) + f\text{croiss} + g\text{Urba} + h\text{Scolsec} + k\text{DUMBRA} + n\text{DUM-CHIL} + ut$$

$$(4) \text{ Log(Hom)} = a\text{EFSR} + b\text{PPRN} + c\text{PRRN} + d\text{IDH} + e(\text{LogPIBH}) + f\text{croiss} + g\text{Urba} + h\text{Scolsec} + i\text{Dumarg} + j\text{Dumchil} + l\text{Dumurug} + ut$$

$$(5) \text{ Log(Hom)} = a\text{EFSR} + b\text{PPRN} + c\text{PRRN} + d\text{IDH} + e(\text{LogPIBH}) + f\text{croiss} + g\text{Urba} + h\text{Scolsec} + r\text{Dumbol} + s\text{Dumcol} + ut$$

Como indican los resultados de los cuadros, en la especificación (3) que toma en cuenta las especificidades de Brasil y Chile, tres factores aparecen como determinantes en la evolución de la violencia extrema en América del Sur: dos factores agravantes: la distribución del ingreso (los pertenecientes al 10% y al 40%) y una variable atenuante: el índice de escolaridad secundaria. Una comparación entre las tres elasticidades de estas variables de los homicidios permite subrayar que los efectos de la amplificación de la violencia extrema que proviene de una distribución de ingresos más desigual prevalece sobre el efecto que proviene de un alza de la educación (...). Tomando en cuenta la especificidad de Brasil y Chile, el modelo (3) sugiere que dentro del resto de América latina la distribución del ingreso se posiciona como factor determinante de la violencia. Notemos que los resultados obtenidos de la eficacia del sistema represivo no son significativos.

Tomando en cuenta la especificidades del segundo grupo de países, el modelo (4) permite identificar cuatro determinantes de la evolución de la violencia en América latina de los cuales dos la agravan (urbanización y alza del 10% de los más

ricos en el ingreso en una menor medida) y dos que la atenúan (la eficacia del sistema de represión de manera bastante fuerte y el crecimiento económico (logPBIH) en una menor medida). Neutralizando los efectos ligados a la educación y al mejoramiento del desarrollo humano, el modelo (4) permite subrayar que en América latina la urbanización sigue siendo un factor acelerador de la violencia puesto que el alza de un punto de este índice contribuye a aumentar los homicidios en un 7,40% con un piso de pertinencia de 1%. La eficacia del sistema represivo es también un determinante consecuente. Teniendo en cuenta el bajo índice de resolución de los casos de homicidio en la mayoría de los países (excepto Chile y Brasil) se comprende por qué la violencia sigue teniendo niveles muy elevados. Si nos atenemos a los resultados de la estimación del modelo (4) un alza de un punto del índice de resolución de los casos de homicidio debería traducirse en una baja de los homicidios del 16,06%. La enseñanza que podemos extraer de este modelo es la siguiente: una urbanización controlada en un contexto de fuerte crecimiento y que conceda al sistema judicial la posibilidad de funcionar bien son propicias para hacer bajar la violencia extrema en América latina. No obstante, como se sabe, una parte de esta violencia está directa e indirectamente ligada a la droga y al desmembramiento de la sociedad que de allí resulta. Esto nos conduce entonces a estimar el modelo (5) con la introducción de los efectos fijos para Bolivia y Colombia.

Esta última estimación, pues, toma en cuenta la especificidad de dos países cuyos niveles de violencia y de impunidad son elevados. Permite identificar tres elementos como determinantes de la violencia: el alza del sector del 40% de los más pobres en el ingreso y el crecimiento real por un lado, y la escolaridad secundaria por otro lado. Como las tres elasticidades respectivas son todas significativas respecto de la línea del 1%, una comparación de sus valores es interesante: la elasticidad de la escolaridad secundaria (-3,76) alcanza a las elasticidades del crecimiento y del sector del 40% de los más pobres en el ingreso y cuya suma es 0,77. Lo que significa que incluso en un contexto de crecimiento desigual, el esfuerzo hecho en materia de educación secundaria es apto para contribuir a una baja relativa de la violencia extrema en América latina, siempre que la industria de la droga no se desarrolle.

III.- El análisis económico de las causas de la violencia puede ser reductor

La magnitud de la pobreza no tiene demasiada incidencia sobre la magnitud del índice de homicidio siempre y cuando el grado de la pobreza y de las desigualdades entre los pobres, y las desigualdades en términos generales, no aumenten considerablemente. Si tal no es el caso y si esta evolución va acompañada de una rápida y descontrolada urbanización, de un esfuerzo educativo insuficiente y de una alta impunidad, a menudo ligada a la corrupción y al tráfico de droga, entonces la violencia podría aumentar, e incluso acrecentarse. En este caso es necesario el uso del condicional: la relación entre el homicidio y estos factores es más compleja de lo que sugiere un simple enfoque determinista. Asimismo, la curva de combatividad obrera, medida por el número de huelgas, no es un calco invertido de la actividad económica en los países desarrollados, como tampoco la curva de la violencia se confunde con la de la pobreza o las desigualdades. Un alza de la pobreza y de las desigualdades, en ocasión de una crisis económica no se traduce necesariamente, en un primer momento, por un alza de la violencia. Al contrario, la violencia puede desarrollarse en ocasión de la recuperación económica cuando el nivel de pobreza y de las desigualdades continúan elevándose a causa de los fenómenos llamados de histéresis²⁴, o bien cuando la crisis perdura como lo demuestra el análisis del caso argentino.

El enfoque económico de la violencia puede ser a veces engañoso. Es limitado y a veces engañoso porque induce a numerosos economistas y estrategias a atribuir el desarrollo de la violencia exclusivamente a causas económicas que convendría corregir así como al resultado de una elección económica racional adoptando, de este modo, un enfoque caracterizado por un determinismo económico. Más precisamente en el segundo caso, llamado beckeriano, con una eficacia mayor debi-

²⁴ El ejemplo de Argentina es edificante. La violencia ha crecido considerablemente entre 1995 y 2000 (ver gráfico). En el momento de la crisis de 1995, la pobreza aumenta considerablemente y pasa al 24,8% de la población. Dos años más tarde, aunque la recuperación es fuerte desde hace más de un año, la pobreza continúa creciendo y alcanza al 26,3% de la población. Con la vuelta a la recesión en 1999 y luego con el estallido de la crisis a finales de 2001, alcanza en 2003 a más del 50% de la población.

da al aumento del gasto público (policía, justicia), la probabilidad más grande de ser “castigado” debería alterar las condiciones de la opción (cometer o no cometer un acto delictivo) y conducir a una reducción del índice de homicidio. Pero sabemos que, si bien la prevención es necesaria, la misma no sería suficiente mientras se limite a aspectos estrictamente materiales (aumento del gasto público de justicia y seguridad). A la inversa, una prevención no limitada solamente a los aspectos materiales sino que trate más que nada también los problemas de integración, de cohesión social, puede reducir a término la violencia. Ciertamente, la represión sola tiene efectos positivos en ciertos casos, pero no se puede dejar de constatar que esta eficacia, muy a menudo alcanza más a la percepción de la seguridad por parte de la población que a la inseguridad en sí misma cuando el grado de eficacia es *de facto* elevado. Dicho de otro modo, la eficacia es discutible o al menos su interpretación no es tan simple como los estudios sugieren. Según ciertos investigadores, no habría correlación positiva entre el índice de criminalidad y el índice de encarcelamiento²⁵ o si la hubiera, ésta sería muy baja. En ciertos casos límite²⁶, cuando la impunidad es desmesurada sea por defecto de fondos públicos en cantidades suficientes, sea por un nivel de corrupción tal que permita evitar la aplicación de la justicia, es eficaz pero de corta duración en la medida en que no se atacan las causas profundas del origen de la violencia.

En realidad, detrás de esta insistencia en resolver el problema de la violencia solamente a través de la represión hay

²⁵ Recordemos que este índice es de 648 por 100.000 habitantes en Estados Unidos en 1997 y de 90 por 100.000 en Francia para el total de los actos delictivos. La gravedad de las penas explica la profundidad de la brecha entre los índices de encarcelamiento. L. Wacquant (1999), sobre la base de numerosas encuestas científicas llevadas a cabo en Estados Unidos, nota que el “éxito de la política de tolerancia cero” aplicada en New York es poco si se lo compara con otras experiencias llevadas a cabo en Estados Unidos. En San Diego, por ejemplo, la política de lucha contra la delincuencia se realizó a partir de la puesta en marcha de una policía llamada de proximidad. Entre 1993 y 1996 la baja de la criminalidad es idéntica a la de New York con un menor costo y menos encarcelamiento (la cantidad de arrestos disminuye el 15% mientras que aumenta un 24% en New York).

²⁶ Recordemos que la probabilidad de ser arrestado y sometido a un proceso es solamente del 11% en Colombia a finales de los años noventa mientras que es del 65% en Estados Unidos (Martínez Ortiz, 2001).

dos puntos a considerar: el primero es reforzar el sentimiento de existe más seguridad, cuando lo que ocurre es que la inseguridad quedaría en el mismo nivel pero facilita una reelección. L. Wacquant (1999) recuerda, por ejemplo, que el 58% de los blancos de New York valoran al intendente por su intolerancia respecto del crimen y el 87% entre ellos se consideran menos amenazados. A la inversa, el 72% de los negros “consideran a la policía como una fuerza hostil y violenta que representa para ellos un peligro” (p.31). Siguiendo esta línea de ideas, en 1995 en Estados Unidos, teniendo en cuenta la duración de la vida de una persona, un negro tiene una posibilidad sobre cuatro de ir a la cárcel por un año, un latino una posibilidad sobre seis y un blanco una sobre veintitrés (idem, p. 86). De una política represiva se desprende una filosofía que atribuye al Estado Benefactor la responsabilidad principal de la escalada de la criminalidad. Este Estado sería, en efecto, permisivo, desalentaría el trabajo, el esfuerzo y “disculparía” la violencia por la insuficiencia del gasto social. Se trata pues de culpar al pobre²⁷ y de imponer una mutación del “welfare” al “workfare” obligando a los pobres a trabajar, más que a esperar una ayuda social. Los pobres que no desean trabajar y que se tientan con la violencia para asegurar su supervivencia a falta de ayuda social, deberían ser castigados pasándose entonces de una atrofia deliberada del Estado social a una hipertrofia deseada del Estado penal. Vemos cuán lejos de ser neutral está este debate entre prevención y represión y que detrás de estas cuestiones que pueden aparecer como técnicas (más gasto social, más represión), existe finalmente un debate sobre la opción de sociedad. Ahora bien, este debate es actual en América latina no solamente debido a la influencia existente por el impacto de la corriente anglo-sajona dominante a favor de la represión sino también y sobre todo, porque la violencia aumenta a veces considerablemente incluso cuando estas sociedades no saben, sino de manera fragmentada, qué es el Estado proveedor.

²⁷ Según Herrntein R, psicólogo de Harvard y autor de un exitoso libro: *The Bell curve*, la criminalidad es el resultado de una depravación mental y moral que encontramos sobre todo en aquellos que no se benefician de un elevado QI, es decir, principalmente los pobres. Entonces, de nada sirve a las políticas sociales reducir las desigualdades “fundadas en la naturaleza” (para un comentario más profundo, ver L. Wacquant (1999), Mucchieli Laurent y Robert Philippe (2002).

“Los hombres viven libremente su historia en condiciones que no son libremente determinadas por ellos”. Aplicada a la violencia, esta cita de Marx resume bien la imposibilidad de buscar exclusivamente las causas de la violencia en una escala individual (enfoque atribuido al individualismo metodológico) o en una escala social (enfoque llamado holístico). De hecho, si la violencia está decidida por un individuo, su acción es por lo general resultado de fuerzas que no domina. No obstante, estas fuerzas no lo someten al encarcelamiento. El libre albedrío existe aunque ceñido por estas contingencias globales. No hay pues determinismo económico en la violencia pero tampoco hay una opción libre. Allí radica la dificultad del tema. Es por ello que no se puede comprender esta violencia y su evolución si no se la inscribe en su historia y si no se convoca a otras disciplinas de las ciencias sociales como la antropología y la sociología.

Ciertamente, el objeto de nuestros estudios era -como lo habíamos dicho- analizar la evolución de la violencia y no sus raíces, pero vemos que es difícil comprender la primera haciendo abstracción de la segunda, necesaria para poder resituar las especificidades de la violencia en América del sur. Los modos de propagación de los intercambios comerciales se realizaron por lo general en un tiempo-espacio denso: solo unas décadas mientras que en las economías llamadas desarrolladas llevó varios siglos. Esta difusión de los intercambios comerciales se hizo con ayuda de la violencia, multiplicada por diez, al convertirse el hombre en un ser radicalmente comercial, y fue tanto más fuerte por haber sido rápida. Es lo que explica que los modos de dominación del capital hayan adquirido modalidades particulares y que los salarios hayan adquirido aspectos específicos (importancia de los empleos informales, peso de las viejas formas paternalistas). Esta difusión de las relaciones comerciales difiere de un país a otro y sus efectos son por ello diferentes según que las poblaciones de origen sean importantes o no; depende de las riquezas que había y que hay para explotar. Depende sobre todo de los antiguos modos de organización de los hombres, de sus creencias y de sus modalidades de cohesión, de las tentativas de desestructurar los nexos establecidos entre ellos y de reestructurarlos como nexos comerciales. El destronar las viejas culturas dominantes, la incapacidad quizá de reestructurar sus códigos, resquebrajados e

incluso destruidos por esta propagación, dejan el campo más o menos despejado para el crecimiento de la violencia.

El Estado, debilitado considerablemente por la crisis de los años 1980, atrapado por la fiebre neoliberal de los años 1990, reduce sus funciones (infraestructura, escuela, salud, etc.) y deja que el mercado produzca desigualdades. Ahora bien, hemos visto cómo una educación insuficiente, una urbanización no controlada (transporte y vivienda insuficientes), un aumento del empleo informal, una acentuada desigualdad entre ricos y pobres pero también entre pobres podía entrañar un aumento del homicidio. De manera más general, reduciendo su rol en beneficio del mercado, el Estado controla menos la Nación, el territorio deviene poroso y sobre estos bolsones -barrios en las ciudades, regiones en las provincias- el poder mafioso, pero también el poder de las guerrillas en ciertos países, pueden ejercer entonces un poder de hecho. En los casos extremos, como en Colombia (ver cuadro) el abandono del poder de *iure* del Estado sobre estos territorios y su incapacidad para mantener el orden, dejan la puerta abierta para la proliferación de la violencia como única manera de resolver los conflictos y también como medio privilegiado para obtener ganancias, es decir, para enriquecerse sin trabajar cuando el trabajo es escaso o está menos protegido. La violencia no sigue el curso previsto y analizado por Norbert Elias (1969) para las sociedades occidentales en las cuales “la estabilidad específica de los mecanismos de autocontrol psíquico... está estrechamente ligada al monopolio del control físico y a la solidez creciente de los órganos sociales centrales” (188).

Un caso extremo: Colombia

En los casos extremos, cuando los conflictos no llegan a ser resueltos y la violencia se autoabastece, cuando por ejemplo la industria de la droga deviene a tal punto lucrativa tanto para los narcotraficantes como para los paramilitares y a veces hasta para algunos sectores de las fuerzas armadas, cuando esta industria logra pues pudrir el Estado desde adentro, la violencia adquiere aspectos que recuerdan a la que los antropólogos analizan en los países menos avanzados, donde los dirigentes de los proto Estados “patrimonialistas” se disputan la renta con los grupos armados²⁸. La violencia así liberada, generalizada “no se ve reducida ni a una guerra política ni a un conflicto social ... *solo un bajo porcentaje puede ser directamente imputado a causas políticas o a la acción de grupos organizados de narcotraficantes, los más altos porcentajes están relacionados con arreglos de cuentas o con disputas cotidianas*” (Pecault, 1994, subrayado por nosotros). Esta violencia despolitizada, trivializada, generalizada en la cual el Estado no tiene más el monopolio de la violencia legítima, se convierte en terror según D. Pecault²⁹. Cuando un país llega a esta situación extrema, lo menos que podemos decir es que reducir el razonamiento a los meros aspectos económicos resulta simplista.

²⁸ Como escribió M. Adam (2002) al analizar las sociedades africanas: “Cuando las guerras oponen a grupos étnicos, es de destacar que estos últimos no buscan el reconocimiento de una identidad colectiva que les habría sido denegada. Sus objetivos no son la autonomía territorial y el estallido del Estado. Apoyándose en una imagen del Estado que es la de una máquina de punccionar los recursos ajenos, buscan, con el acaparamiento egoísta del poder, el control de estos mismos recursos...Así, el principio de funcionamiento de los Estados africanos es el de una rivalidad étnica que conduce a una lógica de guerra intestinal” (p. 9).

²⁹ “El pasaje al terror corresponde al momento en el que sus protagonistas recurren a medios que tratan de romper los lazos sociales que definían la particularidad de sectores determinados de la población, sectores que se encuentran de ahí en más sometidos a un apoderamiento contra el cual no pueden apelar a un tercero o a alguna institucionalidad reconocida” (Pécaut, 1998).

A manera de conclusión

El contexto económico, social y político influye en los comportamientos favoreciendo el crecimiento de la violencia cuando el Estado pierde su legitimidad en el ejercicio de su propia violencia, sea de manera estructural, en razón de la difusión demasiado rápida de las relaciones comerciales, o bien de manera más coyuntural por la institucionalización de un modo de desarrollo particularmente excluyente. No es tanto el nivel de pobreza el generador de la violencia sino más bien la impresión de profunda injusticia, de una injusticia sin apelación, sin posible recurso a un Estado sumiso a la coerción neoliberal y que favorece la exclusión que sienten los pobres. A la inversa, un esfuerzo en términos de educación, por ejemplo, actúa nitidamente a favor de una reducción de la violencia permitiendo una integración más pronunciada y limitando la marginalización.

Los pobres no son en sí, o por naturaleza, una clase peligrosa (...) pero las políticas económicas de exclusión pueden convertirla en peligrosa. A la inversa, una política de gasto social (educación, salud, subsidios diversos) lejos de favorecer el parasitismo o la lasitud o de dificultar el funcionamiento del mercado impidiéndole alcanzar el equilibrio, permitiría favorecer la movilidad social y sería un factor de integración constitutivo de nuevos códigos de valores capaces de frenar el incremento de la violencia. Los niveles alcanzados por la violencia en América del sur imponen pues un cambio drástico en la manera de concebir la economía y su relación con lo social.

Bibliografía

- Adam, M. (2000) *Guerres africaines: de la compétition ethnique à l'anomie sociale*, Etudes Rurales n°163-164, Etudes Rurales n°163-164, julio-diciembre, París.
- Barro R J (2000) *Inequality and growth in a panel of countries*, Journal of Economic Growth, vol 5 n°1, Marzo.
- Bourguignon François (1999) : *Crime, Violence and Inequitable Development* World bank Conference on development Economics, doc internet www.worldbank.org
- Camara M (2001) *Investissements Directs de l'étranger et évolution des inégalités dans les pays émergents dans les années 1990*, Thèse de doctorat de sciences économiques, Universidad Paris13.
- Camara M et Tchapgá Flavien (2000) *Economie de la drogue et Economie des réseaux*. Comunicaciones del coloquio *Mondialisation économique et gouvernement des sociétés : l'Amérique latine, un laboratoire?*, IRD París.
- Chadarevian C.D ; (2003) *Vies inégales, morts inégales, analyse du profil des victimes d'homicides dans la cville de Sao Paulo*, próxima publicación.
- Chalamov Varlam (1993): *Essais sur le monde du crime ed Gallimard*, col. Arcanes, París.
- De Souza Minayo y otros (1999): *Fala galera, juventude e cidadania na cidade de Rio de Janeiro*, ed garamond, Rio de Janeiro.
- Elias Norbert (1969 ed. 1975): *La dynamique de l'Occident*, Calmann Levy, París.
- Fajnzylber Pablo, Lederman Daniel et Loayza Norman (2001), editores: *Crimen y violencia en America Latina*, ed Banque Mondiale y Alfaomega, Colombia. Ver de estos tres autores el estudio: *Crimen y victimización: una perspectiva económica*.
- Fajnzylber Pablo, Lederman Daniel et Loayza Norman (2002) *Inequality and Violent Crime* Journal of Laws and Economics, vol 14, Avril.
- Gaviria A. et PagesC (1999): *Patterns of Crime Victimization in Latin america* IADB, working paper, Washington; Gaviria A. et Velez C.E; (2001): *Who Bears the Burden of Crime in Columbia*, fedesarrollo, working paper, Bogotá.

- Geffray Christian (2000): *Etat, richesse et criminels* Monde en développement n°110, Paris-Bruselas; (2001): Trésors: anthropologie analytique de la valeur. Arcanes, Paris.
- Interpol: International Crime Statistics.
- Lagrange Hugues (2002): *Violence, répression et civilisation des moeurs*, Cahiers de la sécurité intérieure n°47, La documentation française, Paris.
- Levitt St. et Rubio M (2000): *Understanding Crime in Colombia and What can be done about it*. Fedesarrollo, working paper n°20, Santa fé de Bogotá.
- Martinez Ortiz Astrid (2001), éditrice: *Economia; crimen y conflicto ed Universidad Nacional de Colombia*, universidad de Alcalá y BSCH. Colombia. Voir la larga presentación de la editora y especialmente los estudios de Gaviria, Alejandro: "Rendimientos crecientes y la evolucion del crimen violento", de Sanchez Torres, Fabio y Nuñez Mendez, Jairo: "Determinantes del crimen violento en un país altamente violento: el caso colombiano"; Gomez, Carlos Mario: "Economia y violencia en Colombia"; Esteban Posada, Carlos et Gonzalez, Francisco : "El gasto en defensa, justicia y seguridad".
- Mucchieli, Laurent et Robert, Philippe (2002), editores: *Crime et sécurité, l'état des savoirs*. Ed La découverte, Paris.
- Pécaut, Daniel (1991,1994 et 1998): *Trafic de drogue et violence en Colombie ; Violence et politique: quatre éléments de réflexion à propos de la Colombie; Les configurations de l'espace, du temps et de la subjectivité dans un contexte de terreur : le cas colombien (partie 1 et 2)*. Estos articulos fueron publicados en la revista Cultures et Conflits.
- Roy Olivier (2002): *L'islam mondialisé*, Le Seuil, Paris.
- Peralva, A (2001): *Perspectives sur la violence Brésilienne*, Revista Tiers Monde, n°167, Julio- Septiembre, Puf, Paris.
- Resa Nestares, Carlos (2001): *El estado como maximizador de rentas del crimen organizado: El caso del trafico de drogas en Méjico*. Biblioteca de ideas, Instituto internacional de gobernabilidad (www.iigov.org).
- Salama, Pierre (2002): *La violence latino-américaine vue par les économistes*, Cahiers de la sécurité intérieure n°47, La documentation française, Paris; (2002): «La pauvreté prise dans les turbulences macroéconomiques en Amérique latine» en Problèmes d'Amérique latine n°45, Paris.

- Sarmiento, Alfredo (1999): *Violencia y equidad*. Departamento nacional de planeación vol XXX, n°3, Bogotá.
- Todd, Emmanuel (2002): *Après l'empire, essai sur la décomposition du système américain*, ed Gallimard, Paris.
- Viegas Andrade, M et de Barros Lisboa, M (2000): *Desesperança de vida: homicídio em Minas Gerais, Rio de Janeiro e Sao Paulo no periodo 1981/97*» en Henriques R (bajo la dirección de): *Desigualdade e pobreza no Brasil*. IPEA, Rio de Janeiro.
- Wacquant L (1999): *Les prisons de la misère*, ed Raisons d'agir, Paris.

Anexo:

Cuadro de correlación

	HOM	CROSS	EFFSR	PPRN	PRRN	IDH	PIBH	URBA	SCOLSEC
CROSS	0.005200		-0.190912	-0.018724	-0.141240	0.265239	0.036952	0.102352	0.168712
DUMARG	-0.120994	0.053772	0.084630	-0.065053	-0.069998	0.240647	0.504953	0.395600	0.281013
DUMBOL	0.224744	0.222356	-0.222155	-0.067205	0.045999	-0.082401	-0.572416	-0.347341	-0.270186
DUMBRA	0.254086	-0.110383	0.497044	-0.085262	0.549318	0.079718	0.255356	0.173377	0.000212
DUMCHIL	-0.341851	0.380772	-0.546708	-0.054996	0.153031	0.218407	0.215621	0.237368	0.390073
DUMCOL	0.182240	-0.073161	-0.261602	-0.082728	0.344428	-0.188619	-0.090215	-0.032623	-0.079895
DUMEQUA	0.071615	-0.030520	-0.160798	-0.060749	-0.263325	0.076526	-0.356227	-0.338702	-0.095756
DUMPARA	-0.581658	-0.222051	0.442855	-0.070058	-0.065353	-0.233112	-0.339532	-0.620104	-0.283244
DUMPER	0.115053	-0.016979	0.183628	0.999808	-0.006676	0.032462	-0.070952	-0.029832	0.160223
DUMURUG	-0.193970	-0.072666	0.023273	-0.050707	-0.514650	0.230260	0.390605	0.438794	0.546147

EFFSR	-0.094031	-0.190912	1.000000	0.184742	0.107706	-0.015797	0.080566	-0.165967	-0.070754
HOM	1.000000	0.005200	-0.094031	0.108476	0.166387	-0.163565	-0.082715	0.173795	-0.409177
PPRN	0.108476	-0.018724	0.184742	1.000000	-0.023550	0.032862	-0.069533	-0.029064	0.163766
PRRN	0.166387	-0.141240	0.107706	-0.023550	1.000000	-0.098069	-0.051818	-0.086433	-0.062928
IDH	-0.163565	0.265239	-0.015797	0.032862	-0.098069	1.000000	0.308844	0.281457	0.561076
PIBH	-0.082715	0.036952	0.080566	-0.069533	-0.051818	0.308844	1.000000	0.918566	0.587650
URBA	0.173795	0.102352	-0.165967	-0.029064	-0.086433	0.281457	0.918566	1.000000	0.530051
SCOLSEC	-0.409177	0.168712	-0.070754	0.163766	-0.062928	0.561076	0.587650	0.530051	1.000000

Variable explicada: log(HOM)	MODELO 1			MODELO 2: SIN EFECTO BECKERIANO			MODELO 3: EFECTOS FIJOS PARA BRASIL, CHILE		
	Coficientes	T-stat	Umbral de significación	Coefficient	T-stat	Umbral de significación	coeficiente	T-stat	Umbral de significación
EFFSR	-16,40	-2,36	5%	-	-	1%	-28,52	-1,63	NS
PPRN	0,05	1,65	NS	0,11	5,29	10%	0,19	3,13	1%
PRRN	3,27	2,58	5%	3,08	1,92	NS	5,52	2,16	1%
IDH	0,05	0,91	NS	0,07	1,25	1%	0,05	0,92	NS
Log (PIBH)	-2,57	-3,84	1%	-1,72	-3,06	0,62	0,16	0,30	NS
CROISS	0,35	0,07	0,94	-2,73	-0,50	1%	9,43	1,30	NS
URBA	15,06	5,58	1%	11,21	4,99	1%	-3,45	-4,18	1%
SCOLSEC	-3,15	-4,37	1%	-4,00	-4,48	1%	3,32	1,01	NS
C	1150,98	3,53	1%	892,07	3,12				
R ²	0,72			0,65					
Durbin-Watson stat	2,70			2,7					
N=	42			42					

Estimación por los MCO corregida por la matriz de White

Variable explicada: log (HOM)	<i>Modelo 4: efectos fijos para Argentina, Chile y Uruguay</i>				<i>Modelo 5: efectos fijos para Bolivia y Colombia</i>			
	Coefficiente	T-stat	Umbral de significación	coeficiente	T-stat	Umbral de significación		
Determinantes								
EFFSR	-16,06	-2,51	5%	-7,75	-0,68	NS		
PPRN	0,07	1,98	10%	0,18	4,69	1%		
PPRN	3,22	1,21	0,24	0,76	0,30	NS		
IDH	0,05	1,18	0,25	-	-	-		
Log (PIBH)	-0,30	-1,81	10%	0,59	4,27	1%		
CROISS	7,19	1,28	0,22	0,84	0,12	NS		
SCOLSEC	-1,26	-0,90	0,38	-3,76	-4,14	1%		
URBA	7,40	5,54	1%	-	-	-		
R ²	0,76			0,40				
Durbin-Watson stat	2,8	N=42		2,50	N=42			
Estimación por los MCO en panel corregida por la matriz de White								

Cuarta Parte

En torno a Toni Negri

EL MISTERIO IRRESUELTO DE LA MULTITUD

Ella (la filosofía de Spinoza), cuyo redescubrimiento debemos a Deleuze y Matheron, nos muestra que la consistencia ontológica de los individuos y de la multitud permite mirar hacia delante, cada vez que la vida singular como acto de resistencia y de creación emerge.

Y si los post-modernos declinan la palabra “amor” según la idea de un deseo marchito, nosotros, los del partido de spinozistas, osamos sin falso pudor hablar de amor como de la pasión más fuerte, una pasión que crea la existencia común y destruye el mundo del poder.

Toni Negri, 1998.-

Grande fue mi sorpresa cuando leí el libro del colega Atilio Borón sobre *Imperio* de Toni Negri y Michael Hardt. Sería muy extenso explicitar las múltiples divergencias que tengo con Borón respecto de sus opiniones acerca de la obra de Negri y Hardt. Pero hay un argumento que debe arrasar con todo lo que se le interponga. Y ese es la reivindicación de la *multitud*. Multitud que Borón, en el mejor de los casos desconoce, y en el peor de ellos la subestima, la reduce, la mistifica. Multitud, en consonancia con los precedentes epígrafes es amor en libre cooperación intersubjetiva hacia la construcción de un nuevo individuo social, en la dirección de “ese pueblo por venir” que esperaba Deleuze.

Borón comienza deplorando el escaso uso que hacen los autores del término revolución. Y es allí donde empieza la gran distancia entre los autores, porque para Negri (N) y Hardt (H) lo acaecido en la sociedad de control biopolítico que es la nuestra, lo sucedido con las transformaciones del trabajo en la postmodernidad, entre otros factores dan por tierra con gran parte de los conceptos y categorías de la izquierda, sea ésta tradicional, reformista o extrema. Pero N y H evaden felizmente esta maraña llamando, en lugar de revolución, **alternativa** a los tiempos que corren y que devienen.

Alternativa en sentido fuerte, en sentido filosófico. Esa es la revolución que hay que emprender pero no como toma del poder sino como el acto de siniestrar al poder mismo, hacerle

perder su propia brújula. Y ello ya no compete a las clases trabajadoras ni exclusiva ni eminentemente, por las razones de que ésta dejó de ser lo que fue históricamente en mayo del 68. Precisamente allí, en el 68, son las minorías emergentes en la escena (estudiantes, mujeres, homosexuales) las semillas de las multitudes que continúan hoy germinando. Pruebas al canto: el movimiento obrero se sube tardíamente al tren de la alternativa por esa *nueva forma de vida* que encarnó el mayo francés.

Sí, Borón, *time is out of joint*, y maldita suerte la de las multitudes de tener que reencauzarlo. Porque son los obreros precarizados, las minorías sexuales, de género, inmigrantes, étnicas y otras multitudes dispersas en ese *éxodo*¹ (1) del que hablan N y H las que van señalando las líneas de fuga, los intersticios, el pleno ejercicio de contrapoderes, las nuevas formas de la subjetividad, que no es otra cosa que las nuevas formas de vida. *Esas son las alternativas*, y si no, ¿qué pasó con el capital que huyó espantado del mayo francés? Nunca antes la confrontación había tomado la discusión democrática de la vida misma y de su reproducción. La revolución que vos añorás, creo, Atilio, es paseísta, nostálgica, reformista y mistificadora de las formas Estado, trabajo, partido, etc. Y, a fortiori, previa a los movimientos del mayo francés. Pero si algo no podés criticar en Negri y Hardt es la transparencia total con que se dicen comunistas. Y si vos te acusaras (en los dos sentidos) como socialdemócrata, ¿no estaríamos todos más tranquilos y sobre todo con menor carga bibliográfica?

Volviendo a estas revoluciones alternativas de la multitud, ellas no quieren tomar poder alguno, su lucha está allí donde están todas las formas de poder, de falsedad, de miseria, de muerte, de tristeza. ¿Cómo podés decir de un spinozista de la talla de Negri que pasa por alto el sufrimiento de las clases excluidas? ¿Por qué acordarse de Negri **ahora**, cuando es un

¹ **Éxodo**: Concepto elaborado por los teóricos del operismo italiano en relación a un rechazo visceral a la maldición del trabajo asalariado como forma más miserables de las relaciones de producción en el modo de producción capitalista. El **éxodo** no es hacia el estado sino precisamente hacia formas de la esfera pública repletas de una nueva subjetividad social donde el tiempo de la producción y el de la reproducción de la vida misma son reapropiados por los trabajadores a través de una infinidad de moléculas multitudinarias.

best seller mundial y haberlo ignorado años antes? Volviendo al tema de revolución/multitud, debe recordarse que por ser multitud un término spinozista, sus movimientos –revolucionarios– están cargados de amor, de amistad, de cooperación, de alegría. Y por cierto también la poesía, cosa que te irrita según expresas en la pág. 103, luego de llamar a todas estas inmanencias de la multitud como una “noción, sociológicamente hablando, vacía”. Más respeto por las multitudes, Atilio, porque como en el Don Giovanni de Mozart, los convidados de piedra se cobran la impiedad. De dónde sale tal aversión por la multitud, si no es del hecho de que ella es la expresión verdadera de la negación del estado, de los sindicatos, del partido, en fin de todo el institucionalismo socialdemócrata y reformista. Habría que ver por qué la multitud te pone tan nervioso...

Por lo demás suponer que quien vindica las luchas de la multitud olvida la existencia de fachos, paramilitares, capitalistas, y demás lacras del modo de producción capitalista raya la verdadera chicana, si no fuera ante todo **una impiedad** respecto de alguien con la trayectoria política, académica y social de Negri. Por otra parte Borón, en su clara filial anglosajona le exige a N estadísticas al apoyo, sin darse cuenta que Negri es un filósofo de lo tendencial, de lo que germina por detrás de los epifenómenos y peor aún Borón olvida que Negri es un filósofo que ante la opción elige el optimismo. En su libro *Exilio* Negri señala que estar triste es ser políticamente impotente. Tranquilo Negri, gozás de buena salud. Son otros los que deben inquietarse ya que confunden plateaux y mises en scene socialdemócratas con activismo político. Qué pasaría si se les sacan las cátedras, los almohadones y los sueldos al nivel de los funcionarios internacionales que tanto critican cuando van a enjuagar conciencias a Seattle, Génova o Porto Alegre...

Creemos que, uno de los ejes que impide a Borón seguir a Negri en su argumentación es en lo relativo a la relación capital/trabajo. Las multitudes de las “revoluciones” de N y H no negocian con el Estado corporativo, su esencia alternativa consiste en desestructurar y desestabilizar al régimen del capital y a la forma Estado como comando político. Es así como el reformismo que Borón pretende sacarle a Negri por la puerta se le vuelve por su propia vetana. Es realmente asombroso como Borón es incapaz de desprenderse de algunos elementos de un pensamiento socialdemócrata. Por ejemplo, dentro de las rei-

vindicaciones que Negri y Hardt sitúan para la multitud está la reapropiación de los conocimientos adquiridos por la sociedad y administrados privadamente por empresas. Esta es la llamada por Negri autovaloración del trabajo que consiste en reapropiarse por parte de la clase trabajadora de parte de la riqueza producida y del tiempo social de producción y reproducción. Y esta autovalorización del trabajo, que no es otra cosa que un proceso de falsificación del capital tiende necesariamente a la desestabilización del modo de producción y a la desestructuración de su régimen. Es éste el vínculo en N y H entre luchas operarias e historia de las relaciones sociales. Borón no llega a aprehender esta liason.

Con respecto a la multitud como actor político revolucionario, Borón celebra que los autores confiesen que no tienen modelo para ofrecer y que “sólo la multitud a través de su experimentación práctica ofrecerá los modelos y determinará cómo y cuándo lo posible ha de hacerse real”. Nos preguntamos, ¿esto no es lo que debiera ser? Pero no, Borón pide que pelen el camino, la trayectoria, las acciones. Nada más alejado de una práctica marxista. En cada situación molecular se da una forma de dominio determinada y son los que la padecen su aspiración libertaria y colectiva los que verán el rumbo a tomar, siempre que la brújula indique el éxodo y el contrapoder. Lo que nos preguntamos es cómo encara a los militantes del Foro Social Mundial, a los piqueteros, a los indígenas alguien que tiene una opinión tan degradada de la multitud. Y si no a leer Spinoza, aunque en realidad debiera estar en el programa de teoría política. Pero esa **ausencia** no es ingenua. Ça va. Igual todo vuelve y Spinoza es una ritournelle que está volviendo a paso agigantado, al paso que demandan las multitudes y vuelve como poder constituyente mientras nuestros cientistas políticos se encargan de rebalsar la cabeza de los estudiantes con contractualismos e institucionalismos.

Antes de decir algunas palabras sobre el epílogo de la obra nos obliga ahora una reflexión que se relaciona con algo que atraviesa constantemente el libro de Borón. Muchas veces el autor denuncia, deplora, se mofa, según los casos del poco espacio que las grandes masas y países explotados del planeta tienen en el análisis de Negri y Hardt. Quisiéramos señalar aquí que esta puede ser una forma velada de racismo, amén de inspirada en un moralismo iluminista de neto corte socialde-

mócrata. En otros términos y desde un punto de vista tendencial, los trabajadores brasileños y los alemanes tienen especificidades que le son comunes pero que no impiden que empresas alemanas se radiquen en Brasil o que productos brasileños inunden los mercados alemanes. Esto en cuanto a la división entre países ricos y países pobres. En fin, se trata de un matiz a ser analizado en su especificidad pero no accede al rango de objeción.

Por otra parte hablar de multitud y subestimar las diferencias entre países ricos y pobres –lo que no quiere en absoluto decir equiparar a patronos con trabajadores–, hablar de alternativa en lugar de revolución, significa situarse en una situación de alerta y escucha máxima respecto del devenir económico, político y social. Hay que ver en la nueva configuración los espacios –no estatales– de liberación para conquistar cada tramo desde el contrapoder y por la potencia inmanente de la libertad. Puede ser que todo este planteo tenga algo de utópico, pero se trata sí de una utopía posible.

Otro aspecto que aleja irremediabilmente a Negri de Borón en torno del concepto de multitud es que la multitud rechaza la unidad, la idea de pueblo, de nación, de Estado. Mientras la tradición revolucionaria planteaba la toma del poder y del Estado los rizomas moleculares de la potencia oponen al poder la potencia y así lo siniestran, por un lado, y por el otro persiguen la disolución del estado. La gran vencida aquí de la mano de la multitud es la trascendencia. Por eso decíamos que el debate **Hobbes o Spinoza** no era nada ingenuo, porque sólo una filosofía de la inmanencia permite la libre y colectiva expresión de la libertad e invención de nuevas formas de vida.

La multitud no acepta al Estado ni al gobierno por representación, contrato, delegación o cualquiera de esas variantes. La multitud spinozista es democracia absoluta en acto donde todos pueden aspirar a su máxima potencia en libertad y en un acto de cooperación-amistad con los demás. Cuántos filósofos políticos han sido los que indagaron las filiaciones entre Maquiavelo, Spinoza y Marx. Pocos, sino Negri únicamente. ***La cuestión no es menor. C'est une affaire de démocratie.***

A comienzos del epílogo Borón usa un recurso por lo menos sospechoso. Señala la buena acogida que el libro de Negri tuvo en los principales diarios del establishment occidental. Pero para que se entienda por qué llamamos a este recurso

sospechoso citaremos lo siguiente del propio Borón: “(...) el argumento central del libro evidenciaba una sorprendente y bienvenida similitud con las principales tesis que los ideólogos de la globalización habían venido propagando por todo el mundo desde los años 80, a saber que el Estado Nación se encuentra prácticamente extinto, que una lógica global gobierna al mundo y que para desafiar esta ominosa estructura existe una nueva y amorfa entidad, “la multitud”, y ya no más el pueblo y mucho menos los trabajadores y el proletariado”.

Ante semejante cantidad de equívocos es difícil, al menos para nosotros, poner orden. Por un lado las etiologías de la globalización de Negri no tienen nada que ver con las otras invocadas. En Negri encontramos básicamente dos lecturas de la globalización:

➤ la respuesta frente a los movimientos sociales radicales de mayo del 68 donde por primera vez se reivindica el derecho a elegir libremente las formas de vida

➤ la otra, que es el reverso de la anterior, que el capital reacciona frente a las distintas victorias del proletariado. Reacciona, pero no inventa.

Con respecto al término pueblo, ya se señaló que Negri se inclina por la multitud. Con respecto a las luchas de los trabajadores no se puede olvidar uno de que estamos hablando de uno de los fundadores de los Cuadernos Rojos y de Autonomía Operaria, centros intelectuales y editoriales de la época de oro del operaísmo italiano. Así que aquí pedimos reversión de la carga de la prueba.

Finalmente, con respecto a la tan maltratada multitud – amorfa entidad–, nos remitimos a las definiciones de los autores: “de igual modo que el imperio con el espectáculo de su fuerza determina continuamente recomposiciones sistémicas, nuevas figuras de resistencia son compuestas de los eventos de lucha. Se producen nuevas figuras de lucha y nuevas subjetividades en la coyuntura de los eventos, en el nomadismo universal, (...)”.

Es indudable, si uno busca continuidades a lo largo del libro, que hay una gran mirada peyorativa por todo lo que hace de *Imperio* un libro escrito a la manera de los grandes relatos. Se denuncian así las licencias poéticas, las referencias místicas, en fin, toda una carga de crítica que resulta por lo menos sospechosa y que habla de un posicionamiento estético muy

distinto por parte de Negri y Hardt, por un lado, y de Borón, por el otro. Ahora esa distancia no es tan grande, ya que en la pretendida denuncia de esos recursos literarios Borón usa los suyos, por cierto mucho menos atractivos.

Lo bello es tan difícil como raro

Baruch de Spinoza

Citamos literalmente a Borón: ¿Cómo explicar la ceguera de estos dos académicos comunistas ante la naturaleza inherentemente imperialista del sistema internacional? He aquí el centro de la controversia, pasando por alto que N y H son acusados de reformistas, estructuralistas, posmodernos, et j'en passe. La diferencia entre imperialismo o imperio remite a la vigencia o ausencia del Estado-Nación como se lo conoció desde su aparición en las relaciones sociales. Creemos que el problema puede deberse, sin perjuicio de otras causales, a un malentendido entre las formas de ver la economía-mundo.

Borón privilegia los viejos datos del andamiaje estadístico y teórico, pero principalmente estadístico, del periodo imperialista del modo de producción capitalista. Negri y Hardt, por su parte, observan los cambios operados a partir de la respuesta del capital a los movimientos de los trabajadores. No nos cansaremos de insistir en el pánico que los movimientos operarios italianos produjeron en la burguesía italiana. No olvidemos que el 68 de Italia no es un veranito de San Juan, duró hasta 1977 y mostró cómo los trabajadores más jóvenes y dinámicos buscaban minimizar su relación al *rapport* salarial, en un cuadro de rechazo del trabajo como ya se ha expuesto aquí.

Ah, una aclaración nada menor. Quien puso en prisión a Negri, Dr. Borón no fue la burguesía italiana, fue el Partido Comunista Italiano (PCI). Alias, por razones con las que Ud. coincidiría al menos en lo que respecta a la salvaguarda de las posiciones institucionales.

Veamos ahora nosotros como reconstruir esto. Dijimos antes que a partir del mayo del 68 el capital huye despavorido, pero huye para recomponerse y una de las fuentes de esa recomposición es una nueva distribución espacial del capital así como un nuevo tamaño de planta, para evitar las grandes manifestaciones del sindicalismo organizado o del operaiismo na-

ciente. En ese emigrar de los capitales, unidos a la crisis del petróleo y el comienzo del desempleo los capitales industriales nacionales comienzan a desengancharse de las dinámicas de sus respectivos estados. Así va surgiendo una nueva clases capitalista mundializada y luego financiarizada, que extorsiona crecientemente a los respectivos estados.

Por estas razones creemos con N y H que lo que se está conformando es una nueva forma de sistema mundo al cual podemos llamar Imperio. Esto no significa que se hayan desdibujado la explotación, la precarización, la exclusión social y se haya profundizado el abismo que separa a países ricos y pobres. Simplemente es un cambio cualitativo en la constitución del mercado mundial, en el orden jurídico que lo regula y en la conjunción de poderes que responden por la vigencia y reproducción equilibrada de ese orden.

Otro error garrafal es cuando Borón afirma que en *Imperio* Negri reniega de sus posiciones anteriores. Ello no es así, más allá de la lógica dinámica conceptual de un intelectual de su envergadura. Pruebas al canto:

• **Lucha de clases y devenir histórico.** *Antes:* El antagonismo irreductible de las relaciones capitalistas de producción hace que el trabajo este siempre “corriendo” al capital con nuevas reestructuraciones del sistema. *Ahora:* Las manifestaciones moleculares y de los distintos movimientos de las minorías van generando las formas de gestión de la fuerza de trabajo que el posfordismo va asimilando en su afán de lograr un control de la vida misma en su producción y reproducción.

• **Capital y trabajo.** *Antes:* La gran guerra civil del siglo XX fue ganada por el capital. *Ahora:* La multitud produjo el Imperio.

• **Fordismo y posfordismo.** *Antes:* Hacia finales de la década del 60 se empiezan a observar, principalmente en Italia, formas de “rechazo del trabajo”. *Ahora:* Las luchas minoritarias (precarización, subcontratación, trabajo afectivo, etc) producen formas de trabajo que el posfordismo no tarda en asimilar pero que no dejan por tanto de ser formas de *rechazo al trabajo*.

Y la lista podría seguir. Para aclarar este punto proponemos un grupo de pares de palabras que identificarían a Borón, por un lado, y a Negri y Hardt, por el otro.

Borón	Negri y Hardt
<ul style="list-style-type: none"> • Poder • Trascendencia • Estado • Proletariado • Imperialismo • Sociedad salarial • Regulación laboral • Molar • Pueblo • Toma del poder • Hegemonía • Transición • Movimientos anti-globalización • Estado de Bienestar 	<ul style="list-style-type: none"> • Potencia • Inmanencia • Público • Multitud • Imperio • Rechazo del trabajo • Autovaloración • Molecular • Exodo • Ruptura • Movimientos anticapitalistas

En un momento de su argumentación Borón señala que en el límite no existen diferencias entre imperio e imperialismo: “su lógica de funcionamiento es la misma, como iguales son la ideología que justifica su existencia, los actores que la dinamizan y los injustos resultados que revelan la pertinaz persistencia de las relaciones de opresión y explotación”.

Como bien señala Negri en un reportaje, si vamos al caso los Estados Unidos, comparados con Francia, Inglaterra u otras naciones, han sido los menos imperialistas. Pero una vez más aquí confunde Borón lo epifenomenal, pobreza, desempleo, exclusión social, precarización, miseria, con lo estructural al nivel del régimen del modo de producción capitalista. Por otra parte incurre en una grave contradicción al decir que por un lado, nada cambió, para luego reconocer que las potestades regulatorias pasaron de los estados nacionales a las grandes corporaciones.

Y ello no agota todo lo que ha cambiado desde la instauración paulatina del Imperio. La administración del dólar como moneda mundial sin competencia alguna, la caducidad creciente de las instituciones emergentes de los acuerdos de Bretton Woods, etc. Pero fundamentalmente ha cambiado, para usar un término de Foucault, la *biopolítica*.

Y por si esto no alcanzara otra crítica más respecto a la dinámica de relaciones entre el imperio y la multitud. Escribe Borón, “En los análisis de Marx las contradicciones en el desenvolvimiento de la sociedad burguesa la conducían hacia su propia superación. La lógica del desarrollo social estaba presidida por las luchas de clases y las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. El problema con los análisis de N y H es que la nueva lógica global de dominio que supuestamente preside el imperio imaginado por nuestros autores carece de contradicciones estructurales o que le sean inherentes. La única que aparece es la amenaza que podría llegar a representar la multitud”.

Unos breves comentarios finales sobre estos últimos puntos. Con respecto a la homologación entre *Imperio e Imperialismo* decíamos que un factor decisivo de cambio que es realmente estructural es el de la *biopolítica*. Por esto se entiende la administración política de la vida. En la era del Imperialismo, se regulaba esencialmente el proceso de trabajo dentro de un dispositivo de sociedad disciplinaria, o sea una sociedad que tiene externalizados los mecanismos y dispositivos de control de las masas a través de instituciones como la escuela, la familia, el hospicio, el hospital, la armada, la fábrica. En cambio, en la sociedad del Imperio predomina la sociedad de control donde todos los aspectos de la producción y reproducción de la vida están internalizados por los propios sujetos, en sus mentes, en sus cuerpos, en su sensibilidad, en sus afectos.

Como último comentario respecto de la superación de la sociedad capitalista por las relaciones antagónicas (Borón) o por la multitud (Negri), es claro que Negri no piensa el cambio social como una transición y como una llegada al poder sino como una *potencia constituyente*. O sea, como una transición en la que las infinitas manifestaciones moleculares de las minorías en términos de autovaloración, de rechazo al trabajo, de reapropiación del tiempo de producción y de reproducción, etc. provocan un *éxodo* respecto del Estado, del capital y de la sociedad capitalista.

P.S.: Hubiera sido digno que Atilio Borón encuentre por lo menos algún mérito en la obra de Negri y Hardt. Mientras tanto les cabe el sano consejo que Marx usa en su prefacio a *Das Capital*: ***segui il tuo corso e lascia dire le genti.***

MANIFIESTO

DE LA COMUNIDAD CIENTÍFICA, LAS ORGANIZACIONES POLÍTICAS Y SOCIALES, LOS SINDICATOS Y ORGANIZACIONES DE DERECHOS HUMANOS, DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

POR LA LIBERTAD DEL FILÓSOFO TONI NEGRI

Porque el capitalismo no puede sostener ya los valores con los que trató de vez en cuando de adcentarse, sobre todo cuando su violencia, sumisión y explotación se hacían insostenibles.

Porque lo siniestro se universaliza, la impiedad se hace cotidiana, la tristeza y la muerte arrasan con gran parte de la población mundial y de la naturaleza.

Porque no podemos cargar con todo eso, pero debemos poder por responsabilidad hacia ese estado de cosas.

Porque si nos sacamos la parte de la religión, la vida expresará los gestos que serán multitudes.

Porque en nuestras frecuentes y tranquilizadoras compañías hemos estado solos y hemos dejado sola a la justicia, a la generosidad, a la gratuidad, a nuestra gente.

Porque no hay más tiempo para la impotencia, y rechazamos las compañías del poder.

Porque creemos que nuestros tiempos y nuestros pueblos ni siquiera nos exigen, pero miran atentamente nuestra ética y esperan que detrás de nuestras bellas intenciones no haya conformismo sino responsabilidad. Toda la responsabilidad.

Es por eso, que elegimos como símbolo de la reparación, de un nuevo pueblo, del amor como creación de la vida, de la potencia respecto de la cual el poder no cesa de fracasar en su miserabilización, a un filósofo de nuestro tiempo, a alguien cuya ternura intelectual nos interpela porque sufre por lo que ni siquiera intuimos y goza con lo que hemos olvidado.

Ya corrió mucha cicuta entre los cuerpos y almas de aquellos que por señalar el mejor devenir de pueblos y tiempos, pagaron con su vida semejante afrenta a la tristeza. Toni Negri está en una celda de la prisión de alta seguridad de Rebibbia, en las afueras de Roma, para resolver la libertad de ciento ochenta compañeros presos y otros ciento cincuenta exilados. Sabrá la eternidad lo que recorre su espíritu, porque nunca nos lo dirá, porque no hace falta que lo diga.

Porque no quiere ser encerrado entre las categorías de culpable o inocente, eso sería hacerle el juego al sistema judicial, político y carcelario al que su actitud sopapea diariamente. La historia lo puso en un lugar del que no reniega. Como dijera a Paolo Virno la víspera de su ida de Francia, país donde sólo cultivó amigos de la vida, “ya que necesariamente soy parte del problema, trataré de ser parte de su solución”. Tierna manera de decirnos que nos asumamos como problema y devengamos soluciones.

No quiso testimoniar, quiso aliviar el dolor de quienes padecen como chivos expiatorios de una Italia que no se empa-ta con su historia, de un sistema judicial que no admite su error porque se sabe culpable. Pero ya basta de cristos y chivos expiatorios.

Negri ya estaba solo e impotente antes de la celda. Nosotros lo y nos dejamos solos y nos rencoreamos de impotencia. Porque la soledad, como señala Negri, es ser políticamente impotentes. Negri no quería tristeza, soledad y resignación. Su manera de escaparle a ello, más allá de la actitud para resolver el drama de tantos, fue bofetear al poder, que es una forma de regar la libertad.

Necesitamos a Negri por ahí, libre, jocosos, provocador. Porque nuestros tiempos precisan filosofía política para encarar un devenir que escape al horror del capitalismo. Sus carceleros siempre supieron lo que hicieron. Hoy en día el capitalismo sabe lo que no tolera de Negri: que sea libre, amante, alegre en el lugar diseñado para padecer.

Que la clase política italiana tenga un espasmo de razón, y libere a Negri y a los prisioneros de un tiempo que, bajo otras formas, vuelve volviendo, porque de todas formas sabe que, en las afueras del área de Haendel, Toni Negri dice al poder: “deja que ría, y que respire la libertad”.

Toni Negri, entre otros y aliado con la vida, nos está uniendo. Nos está acompañando en el reencuentro. Con el silencio del filósofo, con la ironía sana del cómico. Hay sin duda, un Negri más allá de Negri, debemos ya sospecharlo, intuirlo. Decirle que estamos rompiendo las soledades, desandando los exilios. Negri sabe que la multitud germina en la gente simple, pero lo teníamos preocupado.

Ya está. Ya entendimos. Salgamos todos a romper el significativo del éxodo, porque nos conjuramos por una vida nueva. Y que los carceleros y sus mandatarios, se banquen la rosa que esta vez no vamos a manosear.

ENTREVISTA A TONI NEGRI DE LA REVISTA VACARME “EL CONTRA-IMPERIO ATACA”*

¿Cómo definir el Imperio? Es la forma política del mercado mundial, es decir, el conjunto de armas y medios de coerción que lo defienden, el de los instrumentos de regulación monetaria, financiera y comercial, en fin, en el seno de una sociedad mundial biopolítica, el conjunto de instrumentos de circulación, de comunicación y de lenguajes.

Exilio, 1998.-

Pareciera ser que Toni Negri está bien. Preparado para la conquista del mundo. En su último libro, Imperio, co-escrito con Michael Hardt (aparecerá en francés el próximo otoño), Negri extiende a escala mundial los conceptos que recorren sus trabajos previos. En Imperio de Toni Negri, hemos leído dos cosas. Por un lado, la aplicación a escala mundial de los mecanismos de poder hasta entonces analizados y experimentados localmente. Por el otro, la aplicación al poder mundial de los mecanismos previamente identificados en el campo del trabajo: en la misma forma en que el capitalismo dejó de ser, hacia finales de los años sesenta, fordista, el poder mundial ya no es más un asunto de soberanía, estatal y centralizada. Se trata ahora de un biopoder generalizado y difuso; un control más que una disciplina. Pero Imperio de Toni Negri es esencialmente la confirmación y el despliegue de una convicción forjada en esta vertiente singular del marxismo que ve al capitalismo en retraso respecto del movimiento de las multitudes cuya fuga intenta frenar, cuyas movi-lidades deshacer, cuyas invenciones capturar –en vano. Desde este ángulo, el Imperio de Toni Negri no es tanto una fuerza implacable de dominación (Bourdieu) sino el nuevo lugar de nuestras conquistas.

Es precisamente por el hecho de generalizar una idea irresistible que este libro interpela la discusión. Es irresistible, en efecto, esta ontología de “la anterioridad de la clase obrera”: una hermosa manera de narrar todos los momentos en donde la lucha consiste en una afirmación alegre de sí, positiva – un impulso (este animal simpático). Pero también problemática cuando se extiende al mundo, o más exactamente cuando esa idea se ex-

tiende al mundo como una totalidad abstracta, integrando las prácticas bajo el riesgo de forzar su singularidad. Idea fuerte en programa pero silenciosa en táctica. Es en torno a estas resistencias respecto de la empresa de totalización que hemos querido interrogarlo.

El Contra-Imperio ataca (Toni Negri)

-Imperio es una obra de difícil clasificación: se entremezclan la voluntad de descripción de los procesos en curso en el mundo contemporáneo, la preocupación teórica (la explicitación de los presupuestos teóricos de esa descripción en conexión con sus obras anteriores), y, finalmente, el deseo de responder a toda una serie de discursos de diferentes procedencias (el discurso mediático sobre la mundialización, el discurso de izquierdas sobre el complejo neoliberal, etc.). Todo ello destaca a nuestro entender dos series de preguntas. ¿Cuál es el lugar que otorga Ud. a este trabajo respecto de su trayectoria intelectual y militante? Por ejemplo, y tal vez utilizando categorías previas que Ud. refutaría, ¿se trata de filosofía, de ciencias, de ideología (o de contra-ideología)? ¿Qué efectos espera Ud. de su publicación? Más exactamente, ¿cómo se inscribe a su entender este tipo de práctica teórica en el espacio imperial, o respecto de los enfrentamientos entre el imperio y la multitud? En realidad se trata de una doble cuestión: ella concierne simultáneamente las restricciones que la actual situación coloca sobre la posibilidad misma de un trabajo teórico y, recíprocamente, cuál es la eficacia de ese trabajo para las luchas de la multitud. En resumen: ¿cuál es el discurso adecuado para el imperio y como afecta el mismo los mecanismos del imperio?

-En varios de mis escritos se encuentran ya cosas análogas. He intentado construir a partir de las luchas y de las cuestiones que ellas levantan, una historia de los dispositivos intelectuales de las diferentes clases sociales. En mis libros sobre la historia de la filosofía, por ejemplo, se encuentra la tesis según la cual hay en efecto una alternativa interna a la filosofía de la modernidad. Por un lado, la línea que va de Hobbes a Rousseau y Hegel; por el otro, la que va de Maquiavelo a Spinoza, a Marx. En Imperio, intentamos extender esta tesis a la post-modernidad. Y defiendo esa postura porque ella permite

romper con la unidad de la historia del pensamiento y también porque deja aparecer la alternativa biopolítica en la lucha de clases.

El otro elemento que constituye mi discurso consiste en la tentativa de localizar los momentos de crisis en el desarrollo internacional del capital. Ello forma parte, en el sentido más pleno, de la experiencia marxista tal como la asumo. En todos mis escritos, incluyendo los de los años setenta, prevalecen estas fuertes periodizaciones en el desarrollo de la lucha de clases. Creo que es un punto de vista que remite a lo que ha sido el desarrollo de nuestro marxismo, el mío y el de todos los camaradas que han trabajado en el operaismo.

Si se tienen en cuenta estas dos tendencias, la que busca ubicar las tomas de conciencia que sean alternativas en el curso del desarrollo, y la que está caracterizada por esta fuerte periodización, marcada por los cambios en los modos de producción y en la organización del trabajo, tenemos entonces los dos elementos que constituirían la contribución inicial para este libro. Creo que en el fondo de lo que se trata desde hace mucho tiempo es entender la modificación del ciclo del capital.

Trabajando entonces en este libro, hemos puesto en discusión a un mismo tiempo esta tradición que es la mía y aquello a lo cual Michael ponía especial atención, es decir, a la identificación de ciertas transformaciones antropológicas, a las características de los nuevos movimientos, etc. Si tornamos la mirada hacia aquello que hemos escrito en *Futur Antérieur* constatamos muchas cosas que se reencuentran, se reentien-den y se recomponen en Imperio. Y es tal vez cierto que se trata de una obra de vulgarización. Está escrita en un estilo que se propone alcanzar al mayor número posible de lectores, por lo cual simplifica obviamente toda una serie de pasajes. Pero también se trata de una obra que busca colocarse de entrada en el nivel de una síntesis. Para quien ha vivido los últimos cincuenta años como yo los he vivido, ha habido un momento en que la tarea fue la de redefinir todo completamente. Decir “vivimos en el imperio” significa que todos los paradigmas sobre los cuales hemos construido, sobre los que el movimiento obrero ha construido sus dinámicas, sus posibilidades de ruptura, o sólo aún simplemente sus reformas, los tejidos y las dimensiones sobre los que se fueron construyendo las formas de organización, etc., todo ello ha cambiado. Todo ello terminó. Para mí existe

una profunda consonancia entre la dimensión del imperio y la de las multitudes. Decir multitudes es interpelar una suerte de amontonamientos generales, una posibilidad de ruptura en el ser social; y decir imperio implica decir que las formas políticas se colocan en esta escala. Es inútil continuar declamando que existe una globalización de la economía; lo que hay que comenzar a decir es cuáles son las formas de organización políticas y jurídicas, en fin, cuáles son las formas de desarrollo que el capital, de manera conciente, impone a esta nueva realidad. Y, por otra parte, cuáles son, desde esta perspectiva, las formas que asume lo que podríamos denominar el deseo de liberación. El verdadero problema es decir: estamos aquí – la multitud.

Cuando se habla de la multitud del imperio, ello equivale a decir que todas las formas de organización que tuvo hasta entonces la multitud se tornan caducas. El hecho de hablar de la multitud, por otra parte, no es una novedad. Hobbes hablaba de ella en la misma forma en que lo hacemos nosotros, con la excepción de que Hobbes, al igual que Rousseau, estaba convencido de que la multitud se resumía a un cuerpo y que a partir de entonces era posible interpretarla a través del estudio del cuerpo: el cuerpo de la soberanía; y, *mutatis mutandis*, reconvirtiendo lo que es necesario revertir, tenemos a la multitud como pueblo, o como clase, como anti-Estado, como partido. He aquí un conjunto de enormes variaciones, pero se trata no obstante del mismo razonamiento, que corresponde a la capacidad de hacer de la multitud un cuerpo. Actualmente, esta posibilidad ya no existe, ya no se puede ni siquiera pensarla en la escala del imperio. La cuestión se torna entonces: ¿cómo pensar la multitud a la escala del imperio? En otros términos, y lo digo de una manera completamente idiota, ¿cuál es hoy el trascendental de la multitud al nivel del imperio? Se trata de algo que no conseguimos hacer hasta ahora; de allí entonces la importancia de desarrollar este discurso, de conducirlo hasta un nivel de síntesis –una síntesis fundante de este momento particular. Es sobre la base de esta síntesis que deben entonces reabrirse todos los discursos.

En el libro hay varios momentos. El primero es la crítica de las viejas formas de soberanía así como de las viejas síntesis: el Estado-Nación, el partido... El segundo momento, por su parte, define el nuevo tejido de desarrollo, la relación control/desarrollo, es decir, el tejido sociopolítico. Este me parece un pasaje teórico

importante, aún si teníamos ya a nuestra disposición toda una serie de elementos dispersos... pero creo que debíamos comenzar a obligarnos a armar todas estas piezas en un conjunto, a organizarlas. Y luego, hay una última parte que es una tentativa de reabrir el discurso sobre esta base.

¿Para qué sirve esta empresa teórica, de síntesis, respecto de las luchas? Ante todo sirve para no hacerse más ilusiones sobre la posibilidad de que existan atajos para reunirse con fines prácticos. Sirve entonces para no concebir ya más la idea de que puedan utilizarse las instituciones existentes y, simultáneamente, sirve para redefinir la crítica de las instituciones. Ya que dentro de la dimensión imperial, el fundamento mismo de las instituciones democráticas se torna completamente caduco. Y ya no únicamente por razones de traición, sino simplemente desde un punto de vista estructural. El comando capitalista se ha actualmente consolidado en un pasaje que va desde arriba hacia abajo y que no acepta ya, salvo que sea en términos mistificadores, el pasaje inverso. Estas son cosas que en el fondo no conocíamos, y ello debido a que hay que colocarse delante de la máquina imperial para estar en condiciones de reconocer, y eventualmente, recuperar para fines tácticos ciertas transformaciones.

El segundo elemento central reside en la capacidad de reconocer cuáles son las nuevas instituciones del imperio. Se trata de ello y de no caer más en las grandes mistificaciones que ya no existen, tales como el Estado-Nación o el partido dentro de un contexto nacional. Hay que comenzar a decir, por ejemplo, lo que son las ONGs como función de despliegue de la capacidad imperial y hay que mirar desde una perspectiva jurídica cómo funcionan. Hay que observar cómo funcionan los grandes organismos mundiales, y no porque sean “malos”, sino porque es precisamente a través de ellos que se instituye la voluntad capitalista global, y no simplemente “la voluntad americana contra el resto del mundo”.

Se trata de un cambio de paradigma fundamental. Sucedió algo de una enormidad tal que debemos cambiar nuestra forma de mirar el mundo y en consecuencia de aceptar esta realidad. En realidad, es como si estuviéramos viviendo la caída del Imperio Romano –ya no recuerdo la fecha exacta, 300, 400 y algo–, ello no dice igualmente nada, el Imperio romano ya había concluido mucho antes, y otra historia ya había comen-

zados. Las formas, los modos de vida y, sobre todo, los modos de liberación, habían ya cambiado.

No habría imperio si no hubieran existido estos movimientos de liberación que hemos con frecuencia descrito. De hecho, el libro se funda sobre una afirmación paradójica: la construcción del imperio capitalista es una victoria del proletariado. Las bases nacionales, fordistas, welfaristas han sido derrotadas y de alguna manera destruidas en el desarrollo mismo del movimiento de la clase obrera. Como siempre sucede cuando se trata de un desarrollo materialista, los sujetos están implicados hasta su propia destrucción. El movimiento comunista es un movimiento que destruye sistemática y continuamente a los sujetos, o que los transporta más allá de las Figuras y de las relaciones –y, consecuentemente, de las categorías conceptuales por las que eran previamente definidos–. Creo que el sentido de este movimiento, de esta modificación de los sujetos, está contenido en el libro. Pero sobre este punto existe aún mucho trabajo por delante y creo que Michael estaría de acuerdo con esta afirmación. Una vez establecido este terreno, nuestro problema será el de escribir un segundo volumen que retome el discurso sobre las multitudes.

La dimensión sobre la que se establece el movimiento de las multitudes debe ser localizada de manera global en el momento mismo en que todas las grillas de lectura y todas las técnicas defensivas que teníamos se han vuelto inoperantes. Las teorías de los ciclos, tanto las de los ciclos económicos como las de los ciclos de las luchas, todas las grandes llaves de intelección que nos permitían leer el desarrollo histórico, aún la convicción de que a los movimientos en las luchas les correspondían aproximadamente momentos de crisis capitalista y el hecho de que en esos mismos momentos era posible promover, imponer al más alto nivel una profundización de la lucha de clases, todo ello ya no funciona. Actualmente estamos en presencia de ciclos ligados a un desarrollo financiero difícilmente controlable por el propio capitalismo. Resulta difícil hallar la correspondencia entre esta base financiera y una base ontológica precisa, así como una base histórica determinada. Vivimos en una situación en la cual todos los momentos de ciclo deben ser recompuestos y reanalizados. En esta nueva fase del desarrollo de la investigación, por ejemplo, intentamos reunir un mínimo de historia y de documentación sobre el ciclo de luchas

que ha seguido a la crisis asiática, desde Corea hasta Indonesia. Y ello porque creo firmemente que podemos aprender toda una serie de cosas a partir del hecho de examinar la manera en que se desarrolló el ciclo de luchas con posterioridad al fin del fordismo en esa región.

La otra cuestión sobre la cual habría que detenerse en detalle, es la de la intensificación de la transformación antropológica. En realidad sabemos actualmente muy pocas cosas acerca de lo que sido el devenir del hombre, del trabajador promedio, en el interior de estos procesos en los cuales predomina de ahora en más el trabajo inmaterial. Procesos en los cuales los intercambios entre las personas, los modos de vida, los modos de producción, son completamente transformados hasta coincidir frecuentemente entre ellos. La transformación del trabajo implica necesariamente la transformación de estos fundamentos antropológicos. Nuestra preocupación, a parte de la identificación de los grandes ciclos de lucha, debe ser entonces la de analizar los discursos de los estudiosos del trabajo, los de las feministas y de toda una serie de movimientos para llegar a una nueva base de necesidades. Lo que resulta paradójico es que tal vez el día en que habremos definido esta nueva base de necesidades no será evidente que ella se dirija contra el imperio. Ellas serán contra el capitalismo, pero serán sobre todo la definición de un nuevo afuera. Para decirlo rápidamente, este libro es una tentativa de demostración de que el capital ha ganado una batalla en la cual, con su victoria, ha impuesto toda una serie de cuestiones que habían sido levantadas por la clase trabajadora. La clase trabajadora ha terminado su misión histórica, pero queda un sujeto fuerte que es el trabajo viviente como tal. Este sujeto debe encontrar un afuera, es decir que el trabajo debe alejarse del capital. La fase en la cual el capital ha de hecho configurado a la clase obrera a su imagen y semejanza, construyéndola en su propio interior y soportándola al mismo tiempo que la constituía, esta fase que podríamos llamar dialéctica se ha completado.

He ahí otro elemento paradójico: la reversión de la tesis acerca del fin de la historia. Aparece claramente que “esa” historia ha finalizado. La historia que puede nacer a partir de allí, de hecho la historia que nació, ya que nuestra periodización remonta aproximadamente al sesenta y ocho, y la que nacerá, todo ello remite a cuestiones por afuera del desarrollo capitalis-

ta. ¿De qué manera? ¿Bajo qué modalidades? Sólo la práctica puede responder a estas preguntas... Esas prácticas ya existen, en cierta forma las hemos descrito; no obstante me parecería excesivo decir que hasta ahora ellas representan algo que se da a la escala de la posibilidad de una revolución mundial.

Sin duda la caída del muro de Berlín –entendida como fuga de trabajo desde los países del Este–, así como las iniciativas locales, las luchas como es el caso de Chiapas, la rebeldía del trabajo intelectual, ese sesenta y ocho chino que ha sido Tiananmen, el invierno del noventa y cinco en París... todos estos son hechos extremadamente importantes, son prácticas que hay que estimular y sostener; todos ellos conforman polos que pueden ya comenzar a constituir elementos de construcción. Sin embargo, nadie podría pensar que todo ello pueda por sí sólo modificar el conjunto de relaciones capitalistas de comando, de control y de producción.

Nosotros hemos querido hacer una primera cartografía de la situación posterior al cambio de paradigma. También echar luz sobre el hecho que en esta situación no hubo solamente una derrota de la clase trabajadora, sino también a otro nivel, un trampolín, una posibilidad de avanzar. Señalamos asimismo que se debe estar sumamente atentos porque el orden capitalista se ha establecido y que en consecuencia no hay dentro de él, en su interior, ninguna posibilidad de moverse; pero también destacamos, por otra parte, que dentro de ese interior, allí es donde estamos. Se trata entonces de inventar un afuera. Y la invención de ese afuera pasa inevitablemente por la capacidad de organizar grandes movimientos, movimientos de reapropiación general de los medios de producción, de reapropiación social del salario, de movilidad absoluta y universal de la fuerza de trabajo. Pero decir lo que esos movimientos hacen y harán es por de pronto absolutamente imposible. Aún cuando nos gustaría mucho poder hacerlo.

-Hay algo que resulta sorprendente en Imperio: la preocupación de articular unos con otros diversos conceptos y análisis que, por un lado, ya han enriquecido la reflexión de los grupos militantes (los que poseen ya en consecuencia cierta eficacia política) y, por el otro, esos dispositivos provienen de autores que reivindicán el carácter disperso, fragmentario, no totalizable de sus trabajos (Deleuze, Foucault, etc.). Se encuentra entonces, en

la forma de este libro, algo parecido al deseo de producir una suma, o una historia universal (algo en suma que, y dicho sin ironía, hace pensar en los grandes textos del siglo XIX). ¿En qué medida este tipo de totalización resulta adecuado respecto de los mecanismos que intentan describir?

En la misma línea, ¿cuál resulta ser para Uds. el beneficio político de esta empresa totalizadora? Nos hacemos estas preguntas porque nos parece que numerosas luchas recientes han funcionado, por el contrario, según un movimiento de des-totalización: cuestionando la idea de que un problema específico remite a las grandes lógicas mundiales, sobre las que los individuos no tendrían ninguna impronta y decantando al mismo tiempo la especificidad de una determinada práctica institucional.

Respecto de estas luchas, ¿el rol de la teoría sería tal vez el de inscribir su accionar en un plano de conjunto, el que a su vez definiría su pertinencia y sus relaciones, en la forma de una arquitectónica? ¿Todo ello no remite a reconstituir en consecuencia la figura del intelectual?

Pertenece un poco a nuestra tradición el escaparnos de la teoría. En mi caso, soy también un filósofo universitario y escribo libros precisos sobre ciertos temas. Pero en mis escritos políticos, busco fundamentalmente escaparme de la teoría.

Por otra parte, no sé si debe haber necesariamente dos niveles distintos. Por ejemplo, si estoy paseando, puedo de pronto detenerme y mirar hacia atrás, mirar la totalidad del camino que he recorrido. Pero debo también pensar los próximos pasos uno a uno, sobre todo si estoy haciendo algo difícil. En todo caso, si existen dos niveles diferentes, ello se da respecto de la evaluación: una evaluación de lo que se ha obtenido, y otra específica concerniente a lo que queda por hacer. Dentro del marco de la retórica literaria y filosófica contemporánea se dice que la capacidad de desarrollar una aprehensión de la totalidad en la forma en que ella ha sido definida por la modernidad está concluida. Yo no creo que ello sea así. Yo creo que el deseo de la totalidad es parte del pensamiento y la acción humanos. Creo que esta teoría del fin de la totalidad puede ser sumamente útil cuando se trata de destruir una realidad preexistente que se ha vuelto una prisión; pero creo también que puede ser extremadamente peligrosa cuando se trata de construir algo nuevo.

Cierto es que lo que hay de nuevo se construye a partir de experiencias determinadas, en torno a polaridades por veces extremadamente restringidas y a partir de las cuales el discurso se expande, se despliega, porque todo lo que se hace necesita esta singularidad. Creo, no obstante, que debemos interrogarnos acerca de las capacidades de estas singularidades para abrirse a relaciones que, por supuesto, no persiguen una totalidad en la cual se encerrarían –nosotros no estamos en la búsqueda del paraíso o del infierno– sino que expresan un deseo de modificación del conjunto, de cambiar todo.

Pienso que la función de la teoría deviene continuamente menos relevante porque la gente puede reapropiársela cada vez más. Por ejemplo, el hecho de que el trabajo se torne cada vez más inmaterial significa fundamentalmente que el trabajo, pero también el conjunto de condiciones de reproducción, se torna cada vez más intelectual. Lo que rescato como importante, es la existencia de dispositivos específicos que nos permiten comprender lo que está por delante nuestro, y ello dentro de una ambigüedad positiva y creativa, simultáneamente respecto de lo singular y de lo universal, de lo concreto y de lo intelectual. Lo destacable entonces es que estos dispositivos, al mismo tiempo que enfatizan la realidad concreta, la singularidad, se abren a un diseño más general. Pero ese diseño no está jamás preconstituido, no es nunca pre-normativo; evidentemente hay que estar atento porque luego sí puede tener esos atributos. Es evidente que no podemos hacer una teoría de la acción humana, de la acción en general, en términos absolutos; habría que definir la problemática de la acción en términos que no sean ni dialécticos, ni funcionales, ni caóticos. Puede darse por ejemplo que haya momentos de existencia caótica –esta vieja cuestión filosófica retomada por Félix Guattari o Gilles Deleuze– en donde las fases de esta experiencia caótica hayan sido particularmente importantes en el sentido de su eficacia para comprender el sentido de una crisis y para abrir el camino a una experiencia por venir. Sin embargo, la función de la teoría no puede ser la de una mediación en el sentido tradicional del término. Debemos efectivamente mostrarla desde el interior de un proceso que la supere. La multitud no puede devenir cuerpo, o espíritu, es decir no puede resistir una unificación a través de un poder que la trascienda. Por otra parte, hay que dejar de decir que la multitud es una red, porque todo ha sido

siempre una red y entonces ello no cambia nada. El problema radica entonces entre lo uno y lo múltiple, y ese problema debe ser colocado en actos. Con ello quiero decir que la única manera de abordar el problema respecto del nivel actual de las luchas y el de la composición social del proletariado consiste en no poner la carreta delante de los bueyes, en no asimilar la multiplicidad a formas de unidad, ni la multitud en el seno del concepto abstracto de unidad, sino más bien el problema consiste en investigar (y si ello es posible encontrar) en el interior de la multitud, las formas concretas de acción. ¿Cuáles son entonces el rol y la función de la teoría? Yo creo que sólo pueden ser expuestos en términos teóricos, o sea aquellos de definición de un dispositivo singular y común. Pero una vez dicho esto, no hemos dicho casi nada. Porque inmediatamente las preguntas permanecen: ¿qué significan, por ejemplo, en vistas a la movilidad, los “documentos” como instrumentos o mediación de esta movilidad?

-El hilo conductor del libro es un análisis de lo que se denomina actualmente como “mundialización” y que Uds. describen como una reacción capitalista al deseo de des-territorialización de la multitud. Del mismo modo en que lo escribía recientemente Yann Moulier-Boutang en un artículo a propósito del proceso a Bové en Millau: “la mundialización liberal es una respuesta capitalista a un movimiento de liberación que la precedió”. O como lo escribe Ud. mismo, “The Multitude called Empire into being”; o aún más “The formation of Empire is a response to proletarian Internationalism”.

Los hombres hacen la historia, y en el comienzo está el deseo de la multitud (“Las luchas del proletariado constituyen –en el sentido ontológico del término– el motor del desarrollo capitalista”). Tiende Ud. a negar toda iniciativa o todo desarrollo autónomo al capitalismo, ya sea negando su propia capacidad de invención o descartando la idea de toda regularidad cíclica en su desarrollo. ¿Este esquema operaísta que se encuentra en el corazón mismo del libro no se desgasta al ser aplicado y generalizado a la totalidad del mundo tal cual es? ¿No se podría imaginar una teoría un poco más híbrida de la mundialización, en el sentido de que dejara lugar a una cierta positividad y capacidad de invención de los dispositivos de poder?

-El modelo explicativo que Michael y yo hemos adoptado consiste en que las luchas obreras –y los movimientos proletarios en general– constituyen la llave del desarrollo. Es indiscutible que las formas capitalistas de gestión, de extracción del plus-valor, son efecto de los movimientos de lucha del proletariado. Esa es la tesis fundamental a partir de la cual desarrollamos nuestro discurso. En este sentido, no creo que sea posible sostener una tesis híbrida, en donde por un lado insistiríamos sobre el capital y por el otro sobre la clase trabajadora. Esta tesis fundamental está en la base misma de la lectura del marxismo que ha sido hecha por los camaradas italianos en los años cincuenta y sesenta. Este marxismo que se llama marxismo operaísta y que desde hace ya tiempo ha sido muy difundido internacionalmente. Y esta tesis es probablemente una de las grandes afirmaciones del operaísmo: se trata a la vez de una afirmación historiográfica, de una afirmación ontológica –en el sentido en que el valor es reconocido allí donde existen las luchas– y también una afirmación ética y política. Para comprender algo de este tema, debemos comenzar por aceptar que el sujeto del que hablamos no es la clase obrera en el sentido estrecho en que podíamos definirla en el fordismo. Cuando hablamos del trabajo como productor del proceso histórico (y aún del proceso histórico capitalista), hablamos en términos de trabajo vivo, es decir, de una fuerza que no sólo es producción, sino también capacidad de intervenir en la reproducción, en la intelectualidad, en los afectos, etc. No existe en este punto ningún mecanicismo. Por el contrario: a partir del surgimiento tan salvaje del saber y de la acción, constato una formidable fuente de creatividad de la historia que puede en el límite ser acusada de un poco de idealismo pero en ningún caso de mecanicismo.

Las luchas obreras han creado una internacionalización real, sobre todo al nivel de la fuerza de trabajo. Esta internacionalización no es evidentemente aquella que habíamos deseado y que se encontraba en el fundamento mismo de la construcción del comunismo. Pero ella es no obstante un impresionante avance, en el sentido de que destruye todas las categorías clásicas del pensamiento político socialista y comunista. Hoy nos encontramos en el imperio. ¿Qué quiere decir vivir en el imperio? Cuando se define la construcción del imperio llegado a su madurez, se ha terminado con el paradigma de la lucha

de clases como lo habíamos definido antes, no sólo imaginado sino construido-vivido.

El capital tiene capacidad de reacción pero no de invención. Es por ello que insistimos en que la función capitalista se torna crecientemente parasitaria. Porque aún desde el estricto sentido de la simple reproducción de la vida, de la consistencia y de la experiencia de lo real, ya no nos aporta más nada.

La construcción del paradigma sólo es posible al final del ciclo y ello tiene consecuencias enormes, en el sentido de que implica el pasaje desde una lucha de resistencias a una lucha que construye. Hay que evitar en la medida de lo posible las luchas de resistencia. Hay que escaparse, fugarse, trazar líneas de fuga al mismo tiempo que desarrollar la capacidad de inventar cosas positivas, que estén ya en el afuera. Esto recuerda La Ciudad de San Agustín. Hay que empezar a pensar esta nueva clase trabajadora como aquellos que ya comienzan a rechazar la representación, quienes eligen la expresión en contra de la representación, aquellos que rechazan todo tipo de comando directo sobre el trabajo, los que se desplazan continuamente y que comienzan a construir tribus verdaderamente exteriores... y después veremos lo que acontece. Pero debemos comenzar a mostrar y a definir estos nuevos movimientos del proletariado. Se trata de nuevos movimientos que van en círculos, se desvían, salen, se desplazan de una manera completamente anormal; y esto concierne a un punto central, porque no teniendo ya ética el capital, ni tampoco teoría, será paulatinamente obligado a seguir estos movimientos.

Antes del final de este ciclo, había una dialéctica. Ahora debemos acusar recibo del fin de la dialéctica. Y el fin de la dialéctica equivale a concebir el imperio. Una parte importante del libro se dedica a mostrar cuáles son las condiciones de estructuración del imperio, y entonces cuál es la relación del imperio a la fuerza física, a la moneda; ¿qué significa hoy la moneda en el sentido imperial? ¿Qué significa producir cultura, lengua o lenguajes? Estas son cosas que me interesan, al igual que la capacidad de la Constitución americana para representar el esquema de una nueva forma de constitucionalidad o de juridización de los movimientos imperiales. Tenemos ejemplos de ello continuamente, como es el caso absurdamente espléndido de la condena de Microsoft. En el plano nacional, se acusa a Microsoft de querer subordinar el poder nacional americano a

la función imperial de la empresa en cuestión, o sea, de usurpar la función imperial a la Nación americana; en segundo término, se le reprocha el ser contradictoria con la aristocracia industrial sobre el plano mundial mediante el uso de prácticas monopolísticas; finalmente, se la acusa de inhibir a los usuarios la posibilidad de desarrollar diferencialmente los logiciels. Estos textos atacan en consecuencia a la monarquía, a la aristocracia y a la democracia del imperio; ellos reproducen así el esquema de tres niveles de poder que nosotros describimos en el libro. ¡Y está escrito en la sentencia!

-Ud. evoca el pasaje del “obrero-masa del modo de producción fordista al obrero-social” que sería la nueva figura subjetiva de la producción en nuestra era post-fordista. Pero, y para no salir de la cuestión de las denominaciones de la lucha de clases, existe en su libro como una suerte de hesitación para nombrar a esta fuerza positiva que se opone al imperio y hasta a veces se tiene la impresión que se refiere Ud. con mucha frecuencia al concepto spinozista de “multitud” para no tener que decir a menudo “proletariado”. ¿Ud. ve estos términos como sinónimos? ¿Cuáles serían sus funciones teóricas respectivas?

-En efecto, es una cuestión que se plantea. Y ello debido a que existe una fricción y probablemente un comienzo de contradicción entre este movimiento de disolución interna del viejo concepto de clase trabajadora y la subsunción del trabajo industrial bajo el concepto, la categoría, en fin, la potencia de las multitudes productivas. Evidentemente, ello coloca el problema de decretar el fin de un término tan glorioso como el de “clase trabajadora” y, por otra parte, es un poco ridículo pensar la multitud como la “conclusión” de un proceso contradictorio de luchas, de revoluciones. En todo caso, me parece que desde un punto de vista analítico, se puede afirmar que existe una cierta continuidad del obrero-masa al obrero-social, es decir, hacia el actual obrero móvil, flexible, postmoderno; y esa continuidad está ligada a la producción de valor, algo que no aparece en el término multitud. Por otra parte el concepto de multitudes obliga a buscar más lejos sus orígenes, en la historia del pensamiento político y de la teoría política. En consecuencia, el abordaje de esta figura conclusiva no sólo del proceso de disolución sino del de transformación proletaria y su vínculo con el

concepto de multitud necesita aún una definición. Y ello aún cuando sea hoy evidente, en esta última fase del proceso de evolución socio-económico y de la crítica de las categorías del capitalismo y de la clase obrera, que asistimos a una singularización del trabajo, de la función del trabajo. Cuando se habla de obrero social, se está en realidad hablando de una singularidad, de una singularidad activa y desde este punto de vista pienso que la singularización de la fuerza de trabajo como trabajo vivo roza el límite del concepto de multitud, aún si éste no tiene la complejidad y la potencia del discurso sobre el proletariado.

En cuanto al concepto de multitud, se da una superposición incompleta, desfasada, entre un concepto jurídico-político y un concepto económico-político, aún a pesar de que la singularización del trabajo en el proceso de constitución del nuevo proletariado está sin duda alguna extremadamente avanzada.

Habrá que enriquecer el concepto de multitud con las características del proletariado, y en consecuencia, del trabajo vivo, de acuerdo con las formas en que el trabajo se nos presenta actualmente. Creo firmemente en la hibridación de conceptos diferentes, es la única manera en que podemos proceder. Toda la teoría jurídica se funda justamente en una tentativa de purificación de los conceptos; nosotros, en cambio, debemos ensuciarlos, hibridarlos, porque no hay otra cosa que hacer en esta fase de transformación. Y por otra parte creo que, a pesar de todo, es útil desde un punto de vista epistemológico asumir el concepto de multitud porque permite el despliegue de la universalidad del trabajo como función constituyente de lo social y de lo político, permitiéndonos así avanzar en el discurso. En cuanto al hecho de que ello oblitere o bloquee la fina distinción del carácter específicamente precario o inmaterial del trabajo, no creo que ése sea el caso: por el contrario, nos permite establecer un fundamento político común a estos discursos. Por ejemplo, utilizar el término de multitudes en las investigaciones gremiales, que es lo que estamos haciendo actualmente, es sumamente útil porque nos permite comprender inmediatamente que hablamos de formas diversas, que la clase ya no es algo que se repliega sobre sí mismo sino que se expande, que explota, que se torna múltiple a lo largo de las diferentes estratificaciones sociales.

-Ud. combate enfáticamente cierta nostalgia de izquierdas que se opone a la “mundialización” liberal. El discurso sobre las bondades del Estado-Nación, ya sea que recaiga sobre la grandeza de la Nación o sobre la del Estado (la defensa del Estado como único garante posible del “servicio público a la francesa”), está particularmente difundido por estos lugares, desde Chevènement hasta las organizaciones trotskistas. Total que efectúa Ud. simultáneamente la crítica del “nacionalismo de izquierda”, así como de un culto, digamos neo-social-demócrata del Estado, particularmente muy de moda en la extrema izquierda francesa. Por otra parte, Ud. recuerda los trazos del Estado nacional como síntesis esencializante e identitaria, por un lado, y como aliado objetivo del “capitalista colectivo”, por el otro. Pareciera que lo que dice en el fondo es: nuestra mundialización contra la de ellos, construyamos un contra-imperio y recordemos que la única respuesta verdadera al Imperio romano fue la cristiandad, proyecto, si los hay, universalista y transnacional. En la misma línea, más vale la mundialización que el Estado-Nación, y en ese sentido Marx mismo prefería también el capitalismo al sistema feudal. En otros términos, no deja Ud. de insistir en el hecho de que sería un error sostener discursos vueltos hacia el pasado y hacia “los buenos viejos tiempos del Estado-Nación” y de enfatizar que urge situarse, al menos, en el mismo nivel de totalidad que el propio imperio. Dentro de todo este contexto, nos sorprende no encontrar en su libro reflexiones concernientes a los actuales debates sobre el proceso de integración europea, del de la moneda única, en fin, de la idea de una Europa federal o de la de una constitución europea. ¿Cuál es el rol para Europa en el imperio? ¿O cuál es su función en ese contra-imperio que desea Ud. tan vehementemente?

-Dentro del contexto de la temática que hemos propuesto, cualquier función soberana como la Nación o aún la federación de Naciones estaría desde ahora en más completamente superada. Por supuesto que a esta afirmación puede oponérsele la clásica objeción leninista ligada de hecho a la historia del movimiento obrero y de sus organizaciones políticas, en el sentido de que es necesario un punto de apoyo sobre el cual hacer palanca. ¿Puede Europa ser eventualmente ese punto? Dejo la cuestión completamente abierta. No obstante, no creo que, dado el estado actual de las cosas, todos aquellos que luchan por

una expansión de la batalla política al nivel del imperio puedan encontrarse albergados por Europa. Como tampoco creo que ese pudiera ser el caso en Francia o en Alemania. Muy por el contrario, pienso que la dinámica de la constitución de la Unión Europea está íntimamente ligada a los intereses del centro imperial, a la absorción progresiva por parte de ese centro respecto de ciertas zonas ampliamente desarrolladas del planeta. Creo entonces que actualmente la función de Europa no está siendo para nada la de constituir un poder concentrado sobre sí mismo y, en consecuencia, capaz eventualmente de desarrollar ciertas alternativas en relación al mecanismo imperial. Su función parece ser la de absorber a la Europa del Este, eventualmente a la propia Rusia, o también a ciertas regiones mediterráneas, para construir de esta manera una gran zona de modernización imperial. A este respecto creo que el mecanismo imperial sólo puede ser derrotado desde dentro. Desde dentro y yendo hacia un afuera. Es decir, rechazando sus leyes, sus razones, y, consecuentemente, encerrándolo. ¿Pero qué quiere decir encerrar una totalidad?

En el espacio de un año, he escrito dos artículos acerca de Europa. En el primero de ellos, me parecía que esta gran transformación que está ocurriendo en Europa, con cierto retraso respecto de los Estados Unidos, en fin, que este proceso de post-fordización produciría inevitablemente dos polos. Porque existe cierto tipo de trabajo inmaterial que Europa posee cuantiosamente y porque a partir de allí Europa podría estar interesada en construir un momento de ruptura en el interior del proyecto imperial. Para modificarlo desde una dimensión general, abriendo así un frente de batalla de transformación en el sentido comunista. En Europa podría haber fuerzas capaces para ello, entonces, ¿por qué no intentarlo? Pero, he aquí que un año más tarde nos encontramos frente a la guerra en Yugoslavia. Esta ha sido una verdaderamente clásica operación imperial para vaciar a ese eventual proyecto europeo de todo contenido. Todo aquello que podríamos haber esperado de una función europea de transformación ha desaparecido. Creo no obstante que el debate debe permanecer abierto, pero lo que debe estar claro es que no se trata de una alternativa entre Europa o los Estados Unidos, que no es en torno de la batalla entre el dólar y el euro que se encuentran los temas decisivos.

La batalla de la que se trata interpela un nuevo modelo de desarrollo, pero también de democracia.

Tengo la impresión de estar en una situación de tipo maquiavélica, en el sentido estricto del término. Hacia comienzos del siglo XVI, Italia había dejado de representar un modelo. Por otra parte, el Estado Absolutista estaba en curso de afirmarse en Francia y en Inglaterra. Maquívolo se interroga entonces en torno a lo siguiente: ¿qué Príncipe puede afirmar la unidad de Italia –y ello ligado a la capacidad de producir el Renacimiento– y colocarse como una alternativa al Estado absolutista de la modernidad? ¿Quién será el Príncipe contra el imperio?

-Ud. parte de dos ideas heredadas: “la derrota de lo político” (que es, en su opinión, sólo la crisis de soberanía del Estado-nación pero no de la soberanía política como tal) y del “imperialismo americano” (que justamente no es un imperialismo sino un elemento entre otros de un nuevo modo de soberanía política, la soberanía imperial). El concepto de “soberanía imperial” le permite señalar las diferencias entre la actual situación y la de los imperialismos del pasado. Y aún cuando los Estados Unidos juegan un rol decisivo en el actual orden mundial, no podría asignárseles el rol de “potencia imperialista”, en el sentido que este término se usó para Francia e Inglaterra en el siglo XIX. El imperio, entonces, ya no es el imperialismo, ya que no se constata una relación simple entre el centro y su periferia, entre una metrópolis y sus colonias. Pero si en la mundialización el centro está en todas partes y en ninguna, ¿por qué entonces haber elegido el término de imperio, que hace pensar tan directamente en el Imperio romano, para describir la mundialización? ¿En qué sentido Roma sería todavía un paradigma operativo?

-En efecto, el haber escogido el término imperio implica fuertes connotaciones, desde su acepción “romanista”. Pero puede decirse que, en general, toda la temática jurídica y política de occidente está caracterizada por esta tradición del Imperio romano. Creo entonces, desde la perspectiva de la continuidad de cierto régimen conceptual, que el término escogido es poco escandaloso. Por otra parte, en la primera página del libro nos disculpamos por no haber tenido en cuenta en nuestro discurso, como características fundamentales, otras formas

imperiales. Simplemente hemos tomado una tradición jurídica que posteriormente se mostró dominante durante la modernización. La otra cuestión que nos interesaba respecto del término imperio era la de retomar de manera central las temáticas postcoloniales. Porque esas temáticas serán luego centrales con el cambio de paradigma que sobrevino en torno al sesenta y ocho. Ello no quiere decir que existe un postcolonialismo que tendría las mismas características y la misma significación que el antiguo colonialismo. Hablar hoy de postcolonialismo es referirse a una situación que se ha transformado profundamente y en la cual una parte de los viejos países coloniales participan del imperio mientras que otros son excluidos de él o por lo menos juegan un rol en esta nueva división internacional del trabajo que incluye normalmente en el centro del imperio aún a las élites de los países más descentrados.

Se trata de retomar la tradición del pensamiento político occidental, de volver sobre los problemas tal como han sido expuestos por Gibbon, Montesquieu y todos aquellos que han escrito sobre la crisis y la decadencia del Imperio romano, y ello porque se trataba de esquemas clásicos para tratar las formas de gobierno. Y lo que no deja de sonar extraño en este esquema es el hecho de que en toda la tradición de las Luces respecto del problema del Imperio romano, el cristianismo fue considerado como una fuerza negativa, destructora. Para nosotros, por el contrario, el problema que encaramos es el de una nueva religión, completamente atea y materialista: la religión de la Ciudad de los hombres en vez de la Ciudad de Dios. Y es en el horizonte de la potencia que debe dibujarse ese pasaje hacia el afuera. No sé con certeza cómo se hace eso. La teoría de la deconstrucción ha definido bastante bien este proceso en el cual se debe lograr ir siempre hacia el límite. Pero sucede que esa teoría, así como acontece con las posiciones de tipo Agamben que son si se quiere mucho más materialistas, todas ellas son posiciones que sólo llegan al margen para ser luego re-aspiradas hacia el interior. Nosotros, en cambio, quisiéramos saber si es posible ir hasta el margen para comenzar a circular en el afuera, a caminar por ese afuera. No sé hacia dónde nos dirigimos y no obstante, es claro que se trata de una concepción del margen que dice: desde ahora todo está dentro, ya no hay posibilidad alguna de innovación si no es rozando el margen, deconstruyendo hacia el margen. El problema consiste

en lograr comprender que esta deconstrucción hacia el margen reduce paulatinamente el campo y la amplitud del poder. Un poder que se ha vuelto lenguaje, dominado por ese lenguaje, por la moneda, por los intercambios. Se trata de ver si es posible la creación de zonas libres, es decir, liberadas del lenguaje y de la fuerza. Crearlos por afuera y de ir restringiendo el campo del poder hasta que caiga. Debe existir la posibilidad de construir el afuera desde dentro y ello significa luchar, crear modos de vida diferentes, utilizando la biopolítica contra el biopoder. En ese preciso momento podemos apreciar cómo el término multitudes deviene útil, porque él toma a cargo las nuevas significaciones, otros nombres, nombres que han sido rechazados, dejados al costado por la tradición obrera, pero que ahora, poco a poco, pueden ser reconquistados para un nuevo proyecto.

Buenos Aires, Noviembre de 1998.

¿OTRO TESTIMONIO SIN TESTIGOS?

¿Habéis oído hablar de un tal Toni Negri? ¿No está en prisión simplemente por ser un intelectual?

Michel Foucault.

Recuerdo haber leído en una de las varias biografías escritas sobre Jean-Paul Sartre una anécdota acontecida en una reunión de gabinete de Charles de Gaulle, hacia comienzos de los turbulentos años sesenta en Francia. En esa reunión se debatía acerca de qué hacer respecto de la efervescencia intelectual/social en torno de la tortura y la represión de las fuerzas militares francesas en Argelia. El “corachiano” ministro del interior de entonces sugirió encarcelar a Sartre.

El general de Gaulle le respondió con un lacónico: “No se pone en prisión a Voltaire”. Sin embargo, hoy mismo, Toni Negri, uno de los mayores filósofos políticos de nuestro tiempo, está preso. Decidió interrumpir su exilio político francés para regresar a Italia, tratando así de ayudar a obtener la amnistía para ciento ochenta presos políticos y resolver la situación procesal de otros ciento cincuenta exilados dentro del mismo “proceso” que se efectuara a Negri por su nunca probada conexión con las Brigadas Rojas. Al ingresar a su país, fue de inmediato encarcelado en una Italia gobernada por una coalición de centro-izquierda. Él sabía lo que pasaría, pero como le dijera a otro grande de la teoría política actual, su amigo Paolo Virno en la víspera misma de su retorno a Italia: “Ya que forzosamente soy parte del problema, trataré de ser parte de su solución”.

En prisión escribió *El Exilio*, libro que tuve la bendición de poder leer accidentalmente. Desde los tiempos de mi primera lectura de Proust no me ocurría con tanta intensidad ese milagro que la escritura puede acontecernos. En ese libro encontré una de las máquinas más potentes de conjunción entre la intimidad, la política, las penas yocicas y las republicanas, los fracasos políticos y las desilusiones, la desesperanza y también la línea de fuga libertaria respecto de un estado de cosas que nos siniestra. Negri, como muchos de nosotros, está triste, por su soledad: es decir, por su impotencia política. Política en su sentido más ausente en estos tiempos, o sea política por nues-

tra forma de ser-en-torno-de-sí.

Como buen spinozista trata, no obstante, de aplastar esa soledad buscando alegremente la libertad propia y ajena (en realidad son sólo una) en la cárcel. Desde ese lugar disciplinariamente ideado para los residuos sociales, Negri trata de inventar, en los términos de otro entrañable amigo suyo, Gilles Deleuze, ese pueblo por venir. Su actitud es una bofetada para tantas buenas conciencias, para tanta confortable academia, para tanta falsa intelectualidad, para tanto progresismo acomodado. Desde ese pretendido encierro intenta liberar los sentidos de las luchas pasadas, abriendo un devenir de deseos acallados, de potencias contenidas, en fin, de comunidades futuras.

Basta de intelectualidad. La ética, la acción política, la búsqueda de lo común son hoy directas. La soledad de Negri, como dijera Baruch de Spinoza, reside en “la tristeza de ver cada átomo de la realidad desunido, desgarrado...”. Pero esa vida consumida en las sombras de una celda está inventando nuevas formas de vida común.

El testimonio está ahí, crudo, inevitable. Pero ¿somos testigos de él? Esto no es sólo cuestión de solidaridad. Debemos evitar que, una vez más, un cuerpo/alma afectivo, deseante, intenso, jubilosamente intelectual como el suyo sea reapropiado por la Historia que petrifica en lugar de afectar vitalmente nuestra ética para así romper, fisurar, agrietar la masa de poder, utilitarismo y opresión respecto de la cual no siempre nos exilamos.

INDICE

Prólogo, por Ana Fernández.....	7
Resistir el Asesinato o el Poder del Diagnóstico, por Dr. Carlos A. Mendes.....	11
El Hilo de Ariadna.....	15
Introducción.....	19
Primera Parte: Sobre el ocaso civilizatorio del capitalismo y el modelo de genocidio en la sociedad argentina	25
El fracaso político del capitalismo.....	27
<i>Introducción.....</i>	27
<i>Fundamentos del sistema económico neoliberal.....</i>	32
<i>Causas de la victoria del pensamiento único a fines de los setenta y diagnóstico acerca de la derrota del pensamiento crítico.....</i>	34
<i>Éxito del sector capitalista en imputar las razones de la crisis a las conquistas de la clase trabajadora y al Estado de Bienestar</i>	37
<i>Retirada de los gobiernos a través de las concesiones realizadas al gran capital productivo y financiero. Pérdida de la trascendencia política del Estado. Pérdida de su soberanía económica y monetaria. Privatización de lo político.....</i>	38
<i>Naturalización de las políticas económicas de desinflación competitiva, más allá del color político de los gobiernos de turno.....</i>	42
<i>Dificultades ideológicas, discursivas, teóricas, gremiales, mediáticas y del orden de la atomización disolvente en lo social para agrietar a la hegemonía del pensamiento único.....</i>	44
<i>Efectos de no retorno de las políticas en materia de expulsión.....</i>	46
<i>En lo inmediato, parar la miseria y la violencia a través de nuevos compromisos sociales, como por ejemplo la reducción del tiempo de trabajo.....</i>	49
<i>Desarrollo del proceso de traslado del conflicto capital/trabajo al conflicto capi- tal/desocupación.....</i>	51
<i>La naturaleza de la actual productividad laboral es inédita, instantánea y eminentemente social. A mediano plazo no hay ingeniería política liberal que resuelva este desmoronamiento de las bases genealógicas de la socialización capitalista.....</i>	53

Capitalismo siglo XXI la impostergable Alternativa	
¿Imperio hobbesiano o Multitudo spinozista?.....	55
<i>Introducción</i>	55
<i>El tiempo del nombrar, el nombre de nuestros tiempos</i>	66
<i>¿Una crisis más o mucho más que una crisis?</i>	71
<i>Un poco de historia</i>	80
<i>Devenir de multitudes</i>	84
<i>Notas</i>	89
Argentina: de la no sociedad a la sociedad cero	
Algunas reflexiones sobre el genocidio de la sociedad argentina implementado por la gestión De la Rúa – Cavallo.....	91
<i>Introducción</i>	91
<i>Preliminares</i>	93
<i>Tesis del Estado genocida De la Rúa-Cavallo</i>	94
<i>Hipótesis</i>	98
<i>Las cuatro monedas</i>	103
<i>Las cuatro ciudadanías</i>	104
<i>La quinta moneda y el carácter germinal, radical y alternativo al sistema dominante</i>	106
Del maltrato social.....	107
¿Ajuste o democracia?.....	113
Goce podrido.....	123
Prolegómenos a toda política económica alternativa.....	125
¿La cuestión social o lo social en cuestión?.....	129
Argentina 2001: Urnas Blindadas.....	135
Encuentro Pro-Alca en Buenos Aires: Seattle, Praga, Zurich, Porto Alegre ... La resistencia global mundial nos mira y la historia nos interpela: plebiscito ya	139
Presente Griego	
El apoyo de Bush ante la crisis económica argentina.....	143
El modelo de genocidio.....	147

Segunda parte:

En torno a la cátedra de Economía Internacional..... 151

Programa de la materia “Economía Internacional”,

Carrera de Ciencias Políticas, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.....	153
<i>Objetivos</i>	153
<i>Contenidos</i>	154
<i>Módulos</i>	155
<i>Bibliografía</i>	156

Alimentando la Utopía,

por Morena Quiroz..... 159

Capitalismo: crisis, crítica y alternativa,

por Ariel Filadoro..... 167

<i>Cuestiones relativas a nuestro (des)conocimiento</i>	169
<i>El trabajo humano como fuente de riqueza (ajena)</i>	174
<i>Afinando categorías de análisis: las formas de competencia, el régimen internacional, el régimen monetario, el Estado y las modalidades de acción política</i>	176
<i>Primera crisis capitalista: primer reconfiguración del proceso de trabajo</i>	178
<i>Segunda gran crisis: el capital parece aprender la lección de la historia</i>	188
<i>Tercera crisis: entonces, la culpa es del estado y los sindicatos</i>	197
<i>Crisis, crítica y alternativa</i>	210
<i>Bibliografía</i>	217

¿De qué hablamos cuando hablamos de decisión?

por María Cecilia Abdo Ferez y Amilcar Salas Oroño..... 221

<i>Introducción</i>	221
<i>Estado y Política : el quiebre de la identidad</i>	225
<i>Entre la Edad Media y la modernidad: Dios, autopreservación y movimiento</i>	233
<i>La autonomización de la política o del nacimiento de la represión legítima. Los neoestoicos</i>	241
<i>La construcción de liderazgos en Argentina: repeticiones y novedades</i>	243
<i>Argentina: un imaginario social de superposiciones</i>	245
<i>Últimas palabras</i>	252

Tercera parte:

Textos “Out of Joint”..... 255

El cero y el Infinito, por Eduardo Grüner..... 257

Filosofía, ética, paideia. Elogio de Gilles Deleuze..... 273

Universidad, multitudes y general intellect.....	277
<i>El capitalismo posfordista</i>	281
<i>Corolario</i>	285

Homicidios en América Latina, por Pierre Salama.....	287
<i>Panorama de los trabajos econométricos: pobreza, desigualdad, debilidad de la represión: ¿factores constitutivos de la expansión de la violencia?</i>	291
<i>El análisis económico de las causas de la violencia es fructífero</i>	293
<i>El análisis económico de las causas de la violencia puede ser reductor</i>	304
<i>A manera de conclusión</i>	311
<i>Bibliografía</i>	312

Cuarta parte:

En torno a Toni Negri	317
El misterio irresuelto de la multitud.....	323
Manifiesto por la libertad de Toni Negri.....	329
Entrevista a Toni Negri de la revista “Vacarme”, “El Contra-Imperio ataca”.....	331
¿Otro testimonio sin testigos?.....	351